

A woman with long, wavy brown hair, seen from behind, stands on a wooden balcony of a thatched hut. She is wearing a bright orange, long-sleeved dress. She is looking out over a vast, turquoise ocean under a clear blue sky. The hut's roof is made of dried palm fronds, and the wooden railing of the balcony is visible in the foreground.

ORGULLO Y DOLOR

SANDRA GABRIEL

Orgullo y dolor

Sandra Gabriel
Orgullo y dolor

Obra: Orgullo y dolor □2019

Autor: Sandra Gabriel □ todos los derechos reservados.

Diseño de portada y contraportada: Fernando Carús

Corrección: Sandra Cuervo

Sello: Romantica's Sandra

Primera edición: noviembre de 2019

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación de la autora. Los lugares y los personajes son ficticios. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier formato o medio, sin permiso previo del titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Dedicado a mi madre, que me inculcó desde niña el amor por la
lectura,

Y a *Corazón salvaje* que me sirvió de inspiración.

Edith ya está con Eduardo en el cielo.

I

Isla Ventura. En algún lugar del Caribe.

Eva Espina miraba a su prima Sofía con rabia. Sabía que, a sus trece años, su prima la veía como un incordio porque no se mordía la lengua a la hora de decir lo que creía que estaba bien y lo que estaba mal. Su dulce apariencia, con sus largos cabellos rubios y sus grandes ojos azules, hacía pensar en una falta de carácter; pero su aparente dulzura escondía unos firmes principios que le habían sido inculcados por su madre desde su más tierna infancia. Odiaba las injusticias y no creía que por ser de una clase social inferior se fuera mala persona. A pesar de haber perdido a su madre hacía unos años, no había olvidado nada de lo que le había enseñado, así que escuchar a su prima Sofía hablar con desprecio de Feran y llamarlo bastardo, cuando días antes había visto cómo se besaba con él en el jardín de su casa, le parecía, como mínimo, hipócrita.

—¡No decías lo mismo el otro día en el jardín! —exclamó Eva visiblemente enojada.

Su prima la miró avergonzada por su exabrupto. Se giró hacia ella y le explicó en un tono que no admitía réplica:

—Querida, Eva. Te comportas como una niña; sin embargo, pronto te darás cuenta de que hay hombres para casarse con ellos y otros... para hacer otras cosas —terminó entre las risas cómplices de sus amigas, como si ellas conocieran algo que ella no supiera—. Está bien un poco de diversión. No obstante, cada uno ha de saber cuál es su lugar. No es solo que sea bastardo —murmuró como si hablara de una terrible enfermedad—, sino que también es un muerto de hambre y, por muy bien que bese, no es el partido adecuado.

Todas sus amigas asintieron ante sus palabras. A Eva toda la conversación le resultaba repugnante. ¡Era de una persona de quien estaban hablando! Alguien de carne y hueso, con deseos y pasiones como los de cualquier otro.

Su tía había obligado a su prima que la llevara consigo al mercado, sin embargo, Eva sabía que no la soportaba porque la consideraba una mojigata.

Con furia, se apartó de su prima. Ni siquiera el hecho de que la llamara para que no se alejara la detuvo. Estaba furiosa con ella y con todas sus amigas, que solo valoraban a los jóvenes por el dinero que poseían. Estaba tan furiosa que empezó a caminar sin rumbo fijo y, cuando se quiso dar cuenta, estaba en una parte del pueblo por la que no solía caminar. Sabía que debía dar la vuelta y alejarse de allí, hasta que se quedó inmóvil cuando le vio.

Al final de la calle se encontraba Feran. Sabía que se veía a escondidas con su prima, sin embargo, jamás había hablado con él. Tan furiosa estaba por las palabras de Sofia que, sin saber por qué, se levantó las faldas para echar a correr y alcanzarle. Con desesperación vio que entraba en un edificio. Iba a perderle de vista y necesitaba hablarle. Necesitaba que lo supiera.

—¡Feran! —gritó sin aliento para que se detuviera, sin ser consciente de lo inapropiado de su actuación.

Feran oyó cómo le llamaban y al girarse para descubrir a una jovencita rubia de grandes ojos azules que le perseguía casi sin aliento, se detuvo intrigado.

—¿Nos conocemos? —le preguntó divertido al verla acercarse. No le parecía, pero, en realidad, todas esas señoritas le parecían iguales: tontas y egoístas, ¿Quién era? ¿Y por qué le perseguía con tanto afán?

Cuando Eva le alcanzó, tardó unos segundos en recuperar el aliento mientras él la observaba. Con sorpresa, Feran se dio cuenta de que era muy joven y muy hermosa, con unos ojos azules tan grandes que le recordaron a los de un cachorrillo. Llevaba un vestido de un azul tan profundo que realzaba aún más el color de sus ojos. Ella, a su vez, le miró con atención. Eva siempre le había visto de lejos, y al estar tan cerca de él comprendió por qué atraía tanto a su prima y sus amigas. Tenía el cabello largo de una forma impropia para un caballero, nariz aguileña y unos sorprendentes ojos de color verde tan claro que casi parecían azules. De una de sus orejas colgaba un arete, lo que le daba el aspecto de un pirata. Pulseras de cuero en sus muñecas y un anillo con forma de calavera en una de sus manos, una camisa de lino cubierta por un chaleco, pantalones de tergal y botas de caña alta complementaban el atuendo. Todo ello rodeado de un aire de peligro que, si no se hallara tan alterada por las palabras de su prima, la hubiera asustado.

—No me importa que seas bastardo —le espetó en cuanto llegó a su lado.

—¿Qué dices? —le preguntó él entre molesto y divertido. No era la primera vez que le llamaban bastardo, pero habían pasado tantos años que ya ni recordaba la última y, desde luego, nunca una jovencita con aspecto de cachorrillo abandonado.

—Tampoco me importa que seas un muerto de hambre —continuó ella sin resuello.

—¡Ah! ¿No? ¡Qué amable! —replicó Feran con sorna mientras se cruzaba de brazos y se apoyaba en la pared más próxima, expectante por lo que la jovencita estaba dispuesta a contarle.

—Y tampoco me importa que no seas un buen partido —siguió Eva mientras enumeraba todo lo que había dicho su prima.

Llegados a ese punto, la curiosidad de Feran por saber quién era aquella jovencita se disolvió para convertirse en enojo por su descaro. No obstante, antes de que pudiera pensar en una réplica adecuada que la pusiera en su lugar, esta le sorprendió de nuevo con sus palabras:

—Si te amara... me casaría contigo incluso aunque no supieras besar —afirmó con contundencia, y a continuación huyó a toda velocidad dejándole sorprendido e irritado a partes iguales. ¿Quién se creía que era esa... *duquesa* para decirle semejante cosa?

Feran entró en la taberna sin poder sacarse a la extraña jovencita de sus pensamientos, hasta tal punto que, incluso cuando minutos después se introducía en el cuerpo de una mujer, no pudo apartar de sí el recuerdo de sus inmensos ojos azules.

Tres años después. Isla Ventura.

Incapaz de olvidar aquel encuentro con Feran, Eva sabía que había sido una imprudencia hablar con él y, aunque no se arrepentía, en los años transcurridos nunca había vuelto a dirigirle la palabra a pesar de haber coincidido en multitud de ocasiones.

Si se cruzaba con él, fingía que no le conocía avergonzada por el recuerdo de su comportamiento inapropiado e infantil aquel lejano día. Él también aparentaba no conocerla aunque, en ocasiones, Eva tenía la sensación de que la observaba.

Se rumoreaba en el pueblo que se dedicaba al contrabando, aunque nadie

sabía si eso era cierto o no. Sus únicas posesiones eran una modesta cabaña junto al mar y su barco, una balandra llamada *El canto de la Sirena*. Cada vez que regresaba de uno de sus viajes los soldados revisaban el barco, pero al no encontrar pruebas de contrabando lo dejaban en paz.

Eva, en ocasiones, sentía envidia de Feran y de su vida, que no estaba regida por las absurdas normas que a menudo sentía que la constreñían como un corsé demasiado apretado. Esa misma mañana había mantenido una discusión con su padre, que consideraba inapropiado que una jovencita de dieciséis años acudiese de casa en casa a ayudar a la gente enferma. Eva se había visto en la obligación de recordarle a su padre los deberes cristianos que su madre le había inculcado, sobre todo en lo referente a ayudar al prójimo en caso de necesidad.

Hacía una semana que una tormenta había asolado la isla. Como consecuencia, habían surgido miles de mosquitos y provocado la fiebre amarilla en una parte de la población. Esta enfermedad provocaba vómitos, al principio de tonalidad verdosa, que acababan volviéndose de color negro; producía, además, una intensa diarrea y una tonalidad amarillenta en la piel, de ahí su nombre. Debido a esta plaga, muchas familias habían visto cómo sus mujeres se encontraban incapacitadas para realizar las labores más elementales, como la limpieza o la comida del hogar. Por ello, Eva, junto con otras jóvenes misericordiosas, acudían a muchas casas humildes para ayudar. Todo el mundo sabía que la enfermedad no era contagiosa, así que Eva no comprendía cómo su padre podía oponerse a que prestara ayuda a aquellas familias que lo necesitaban.

Tras detectarse los primeros casos en la isla, se habían acometido una serie de medidas para tratar de acabar con esos mosquitos. Se habían drenado las charcas, pulverizado las larvas y limpiado los aljibes. Aun así, las autoridades no habían podido evitar que muchos isleños se contagiaran.

Eva llevaba varios días preocupada por Feran. Sabía que estaba en el pueblo, puesto que su barco permanecía amarrado a puerto; sin embargo, no le había visto ni una sola vez, lo cual era bastante raro, ya que solía verle pasear por el mercado o por el puerto, y esa ausencia la preocupaba. Sospechaba que pudiera estar enfermo. Imágenes suyas solo y enfermo en su cabaña, sin nadie que le ayudara, la acompañaban desde hacía varios días.

Esa misma noche, en su cuarto, no conseguía quitarse a Feran de la cabeza. Su preocupación fue en aumento, hasta que no pudo más y, por segunda vez en

su vida, decidió lanzar la prudencia por la ventana y hacer algo totalmente inapropiado. Se asomó a la puerta de su cuarto y comprobó que toda la casa se hallaba a oscuras y en silencio. Tanto su padre como el personal de servicio se habían retirado a dormir. Salió del cuarto y se deslizó por la casa, sin hacer ruido, en busca de lo que sabía que podría necesitar para aliviar los dolores y bajar la fiebre en caso de que Feran, como ella sospechaba, estuviera enfermo. Cogió algo de comida de la despensa, lo metió todo en una cesta, se cubrió con una capa y se escabulló de la casa con el corazón en un puño.

La cabaña de Feran estaba situada al otro lado del pueblo, frente a la costa, en una zona escondida por las abundantes rocas que adornaban los márgenes de la isla. Eva intentó llegar lo más deprisa posible. Le aterrorizaba la idea de que alguien la descubriera y pudiera llegar a oídos de su padre lo que había hecho. Era un acto de caridad, ni más ni menos; exactamente lo mismo que llevaba haciendo con diferentes familias del pueblo desde hacía una semana. Aun así, al tratarse de Feran, estaba segura de que su padre no lo aprobaría.

Recorrió los últimos metros que la separaban de la cabaña a tal velocidad que cuando llegó a la puerta le faltaba el aliento. Llamó con los nudillos y esperó unos segundos. Al no recibir respuesta, volvió a tocar con los nudillos y le llamó con voz trémula:

—Fe... ran, ¿estás... ahí?

No oyó ningún ruido. Todo sucedió tan rápido que no tuvo tiempo de reaccionar. La puerta se abrió con violencia y una mano invisible la arrastró al interior de la cabaña. Chocó con un pecho firme y una voz áspera le susurró al oído:

—¿Por fin has decidido venir a descubrirlo?

Eva empezó a temblar sin poder evitarlo, pero no de temor, como hubiera sido lo lógico, sino de excitación, porque sabía que era Feran quien la sostenía. Reconoció su voz. Muchas noches se había despertado empapada en sudor después de haber soñado que Feran la sostenía entre sus brazos. Sin embargo, esto no era un sueño; era la realidad y estaba dispuesta a disfrutar de ello lo poco que durase.

—¿Descubrir? ¿El qué? —preguntó con voz entrecortada.

—Si sé besar —murmuró él en su oído, al tiempo que repasaba su cuello con los labios tan cerca que su aliento le produjo escalofríos y, a la vez, lo bastante lejos como para no llegar a tocarla.

Un río de lava recorrió su cuerpo y, durante un instante de locura, deseó que la besara. Una batalla se entabló en su interior entre sus deseos y las normas, producto de su educación, que le gritaban que no debía permitir lo que estaba sucediendo.

En el momento que abrió la boca para decir algo, no sabía si para que se acercara o se alejara, él se apartó con brusquedad. En la oscuridad que la rodeaba no pudo distinguir lo que pasaba, solo oyó un gemido ahogado y le dio la impresión de que Feran se apoyaba en el vano de la puerta, como si se le hubieran agotado las fuerzas.

—¿Estás enfermo? —preguntó en voz baja. Esa certeza era la que la había empujado hasta allí. Una risa ronca resonó en la oscuridad de la noche:

—Me temo, *duquesa*, que tendrás que volver en otro momento. Ahora mismo, no creo que te dejara satisfecha.

Eva enrojó ante la grosera insinuación y, haciendo un esfuerzo por disimular sus temores, se acercó hasta él y ante su mirada asombrada le sujetó por la cintura, le cogió de la mano y se pasó el brazo por encima de sus propios hombros para ayudarle a volver al dormitorio, del que era evidente que no debería haber salido.

—Será mejor que vuelvas al cuarto y te recuestes —le indicó con voz firme, al tiempo que le instaba a moverse.

Con cierto esfuerzo, le ayudó a llegar hasta la cama. La cabaña era muy pequeña. Un diminuto salón con cocina y, al fondo, un cuarto. Eva agradeció que la distancia desde la puerta fuera corta, porque Feran cada vez apoyaba más su peso en ella, así que cuando llegaron a la cama ambos estaban sudando por el esfuerzo. Fue un alivio verse libre de su peso. Le ayudó a echarse sobre la cama y trató de arroparle mientras le regañaba:

—No deberías haber malgastado tus escasas fuerzas en intentar asustarme.

Feran, mientras tanto, no decía nada, solo la miraba. No entendía qué hacía la *duquesa* en su casa, pero no le importaba. Después de años deseándola desde la distancia, la impetuosa jovencita que se había acercado a él en la puerta de un burdel se había convertido en esa hermosa mujer que le volvía loco. ¿Cuántas veces se había preguntado si su piel sería tan suave como la soñaba?, ¿si sus besos serían tan dulces como se imaginaba? Por fin, después de tantos años, podía responder a una de sus preguntas: efectivamente, su piel era tan suave como había soñado.

Ella le regañaba con suavidad mientras le arropaba. Sin embargo, él no la

escuchaba. Estaba hipnotizado por su presencia, por la suave fragancia a jazmín que se desprendía de sus cabellos, por la suave blancura de sus pechos que, gracias a la luz de la vela que titilaba en la mesita y al hecho de que se había tenido que agachar para arroparle, le permitió una amplia visión del valle de sus senos. Sintió cómo se endurecía mientras se imaginaba en el interior de su cuerpo mientras la poseía. De pronto, fue consciente del silencio que reinaba en la estancia. La *duquesa* había interrumpido su parloteo, y al mirarla a la cara, se dio cuenta del motivo.

Eva se había percatado de la evidencia de su excitación y miraba sonrojada el bulto que se percibía bajo las sábanas. Feran se preguntó hasta qué punto llegaría su inocencia. Sabía cómo eran muchas de aquellas señoritingas: a los hombres como él les permitían algunos besos, unas cuantas caricias, pero después preservaban su virginidad para el hombre con quien se casarían.

Aquellas que le permitían ir más allá eran unas zorras y las inocentes de verdad, como Eva, esas no se acercaban a él. Le temían. ¿Qué quería la *duquesa* de él? Tenía que descubrirlo.

—*Duquesa* —susurró con voz ronca.

Aquella sola palabra sacó a Eva de la inmovilidad en la que estaba sumida. La visión de aquel bulto entre las piernas la había hecho consciente de la gravedad de lo que estaba haciendo; de sus posibles consecuencias.

—¿Por qué me llamas *duquesa*? —murmuró con consternación—. No soy *duquesa*.

—Lo sé —respondió él con una sonrisa irónica—. Sin embargo, te comportas como si lo fueras.

Eva enrojeció avergonzada por la evidente crítica. Estaba claro que el título no era ningún halago.

—Yo... —murmuró nerviosa—, nunca me he creído superior a ti.

—Ya —respondió él con acidez en la voz—. Solo te acercaste a decirme que aunque era muy inferior a ti, si me amaras, no te importaría, ¿no fue eso lo que quisiste decir?

—Sí... —respondió ella, azorada por el recuerdo—. No... No fue exactamente eso lo que dije.

—No. Tienes razón —reconoció él—. Aquellas no fueron tus palabras exactas, aunque eso era lo que querías decir, así que no te extrañe que te llame *duquesa*. Y eso me recuerda... ¿por qué has venido... *duquesa*?

La joven percibió ese apodo como una puñalada. Era evidente el tono despectivo con el que se refería a ella. Aunque tampoco le extrañó, en algo tenía razón: lo que le había dicho hace años había sido un poco condescendiente. Había dado por hecho que era inferior a ella y que debería estar agradecido de que a ella no le importara.

—Yo...

En ese momento ya no le parecía tan buena idea haber venido. Le miró unos segundos en silencio, sin saber muy bien qué decir, hasta que empezó a darse cuenta de pequeños detalles. Feran tenía la frente perlada de sudor, los ojos enrojecidos y cierto tono amarillento en la piel. Era evidente que aún tenía fiebre aunque tratara de fingir que estaba bien. Eva se enderezó y le miró con decisión.

—He venido a ayudarte —le advirtió, en un intento de no parecer atemorizada ante su intensa mirada potenciada por la fiebre.

—No necesito tu ayuda —replicó él de forma despectiva. Una pulsación entre los ojos profundamente dolorosa hizo que gimiera con dolor y le demostrara a Eva hasta qué punto mentía.

—Sí. Ya veo que no me necesitas —replicó ella al tiempo que le ignoraba para dirigirse a la cocina.

Cerró la puerta de la cabaña que habían dejado abierta al entrar, y recogió la cesta con la comida y las medicinas que se le habían caído al suelo cuando Feran la había arrastrado al interior. El bañal de la cocina estaba lleno de cacharros sucios, así que se dispuso a fregarlos. Por suerte, llevaba el viejo vestido que se había puesto para ayudar por las casas, así que no pasaría nada si lo estropeaba.

Una vez fregados los cacharros, limpió un poco la cocina y preparó algo de cena con la comida que había traído. No estaba segura de si Feran habría cenado o no pero si no deseaba comerlo en aquel momento, podría hacerlo al día siguiente. Buscó una bandeja y depositó en ella el plato y los cubiertos y, después de inspirar con profundidad para darse valor, regresó al cuarto.

Cuando entró, se sorprendió al encontrar a Feran dormido. Depositó la bandeja con la comida encima de la mesita y se inclinó sobre él. Pasó la mano por su frente. Estaba ardiendo. En el momento en el que iba a retirar la mano, Feran abrió los ojos y se la sujetó con firmeza. Tiró de ella hasta que obligó a Eva a reclinarse sobre su pecho.

—¿Qué quieres, *duquesa*? —preguntó con sorna, aunque su voz era un

poco débil y los ojos con los que la miraba estaban algo vidriosos.

Eva trató de hablar, pero no fue capaz de emitir sonido alguno. Notaba los labios reseco y tirantes. Sacó la lengua para humedecerlos y tratar de decir algo. En ese momento, Feran la soltó con tal violencia que trastabilló y estuvo a punto de caerse al suelo.

—¡Vete! —rugió él con voz ronca—. No necesito tu caridad.

—No es caridad —musitó Eva mientras le ignoraba y cogía la bandeja con la cena de la mesita.

Se sentó en una silla junto a la cama. Tomó la comida con el cubierto y la sostuvo delante de Feran durante unos segundos para darle la oportunidad de rechazarla.

Él se debatía con su orgullo. Por un lado, no quería que ejerciese su caridad sobre él. Le hacía sentirse inferior y no le gustaba; por otro lado, la comida olía tan bien y tenía un aspecto tan delicioso que se le hacía la boca agua. Llevaba varios días enfermo y no se había sentido con fuerzas para cocinar. Se había estado alimentado de fruta y poco más, y estaba muerto de hambre.

Eva interpretó su silencio como una aceptación y se dispuso a alimentarlo. Notaba cómo el corazón le latía a mil por hora. No podía dejar de mirarle. En un momento determinado le tembló el pulso, lo que provocó que se derramara parte de la comida por la cama.

—Lo siento —murmuró consternada—. Traeré algo para limpiarlo.

Se dirigió a la cocina, cogió un trapo, volvió al cuarto y empezó a limpiar. Después de un rato observándola, Feran la sujetó por el brazo. Eva le miró con sorpresa.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó Feran de nuevo.

Ella se mordió el labio, dudosa y sin saber qué decirle para que comprendiera.

—Yo... estaba preocupada por ti. Quiero ser tu amiga —contestó azorada.

—¡Mi amiga! —exclamó Feran con una risa ronca—. Yo no tengo amigas. Tengo amantes —replicó para incomodarla.

Eva, lejos de amilanarse, le miró con ternura. No sabía por qué, pero le conmovía la soledad que percibía en él.

—Creo que va siendo hora de que tengas una amiga.

Feran quedó tan sorprendido ante su respuesta que no volvió a decir nada más. Permitted que Eva terminara de alimentarlo. Una vez acabado, ella lavó lo

que había utilizado, recogió la cocina y le hizo entrega de la medicina que había traído.

—Deberías tomar esta medicina. Te hará sentir mejor.

—*Duquesa*... —la llamó al ver que se alejaba para irse.

Ella se detuvo en la puerta del cuarto de espaldas, sin volverse:

—¿Qué? —Su voz sonó entrecortada.

—¿Volverás mañana? —le preguntó él con voz suave.

—Si quieres... —susurró ella sin aliento y con el corazón latiendo a mil por hora.

—Quiero.

—Entonces, volveré.

Durante la siguiente semana se estableció una rutina entre los dos. Cuando llegaba la noche y en casa de Eva todo el mundo se iba a la cama, ella se escabullía para acudir a casa de Feran. No podía acudir durante el día porque no quería arriesgarse a que alguien la viera e informara a su padre.

Llamaba con suavidad a la puerta de la cabaña, aunque siempre se la encontraba abierta en una clara señal para adentrarse sin invitación, y preparaba la comida del día siguiente junto con la cena de ese día. Los primeros días le ayudaba a cenar. Mientras él comía, charlaban.

Esa noche, sin embargo, cuando llegó a la cabaña encontró a Feran levantado y con los platos dispuestos en la mesa de la cocina. Ella fue consciente con tristeza de que si ya estaba repuesto sus visitas carecían de sentido. Con miedo a que fuera la última vez que le viera, mientras cenaban, encontró el valor para decirle lo que pensaba desde hacía tiempo:

—Aquel día... —comenzó a decir avergonzada.

—¿Qué día? —la interrumpió Feran.

—El día que te dije eso de que si te amara no me importaría que fueras...

—¿Un muerto de hambre? —volvió a interrumpirla—. ¿Un bastard...?

—¡Basta! —exclamó ella con furia ante la mirada socarrona de él. Había comenzado a conocerle un poco y sabía que se estaba burlando de ella—. No debí decirte lo que te dije, como si yo fuera mejor que tú. —Miró a Feran, pero él solo la observó en silencio, sin hacer gesto alguno que le permitiera interpretar sus pensamientos—. Solo puedo decirte que estaba indignada con

mi prima y por eso te dije lo que te dije. No pretendía hacerte sentir inferior. Perdóname.

—Indignada con tu prima, ¿por qué? —preguntó él con curiosidad.

—Por... cosas —afirmó de forma vaga. No quería repetir las palabras de su prima.

—¿Qué tipo de cosas? —insistió él con curiosidad.

—Tonterías —refunfuñó Eva al tiempo que se levantaba de la mesa y empezaba a recoger los platos. Le dio la espalda y se puso a fregarlos.

Notó el momento exacto en el que Feran se situó a su espalda. Estaba tan cerca que su aliento le golpeaba en la nuca y le provocaba escalofríos que recorrían su columna vertebral.

—¿Qué tonterías? —murmuró Feran con voz suave. Cogió uno de sus bucles y tiró suavemente de su cabello—. Dime, *duquesa*, ¿eres tan verdadera como pareces o eres una bruja que ha aparecido en mi vida para tentarme?

—No quiero tentarte —contestó con voz ahogada sin encontrar el valor para darse la vuelta y enfrentarle.

—Pues lo haces —replicó Feran. Soltó sus cabellos y se alejó de ella—. Será mejor que te vayas y que no vuelvas más—le exigió con voz tensa.

Eva se volvió hacia él, que la miraba con dureza. Se sintió otra vez como una tonta. Sabía que él tenía razón. Ya estaba recuperado. Sus visitas ya no tenían sentido. Asintió en silencio y se secó las manos con un paño. Recogió sus cosas y se dirigió a la puerta con la intención de salir de la cabaña para no volver jamás.

En el preciso instante en el que pasó junto a Feran, que la esperaba apoyado junto a la puerta, este la detuvo. Interpuso un brazo en su camino, atravesando el hueco de la puerta como una barrera que le impidiera pasar. Eva se detuvo con la respiración agitada y temblorosa. Tenía miedo de lo que él le pudiera decir.

—Me voy de viaje —confesó él—. No sé cuándo volveré. ¿Me darás algo para recordar hasta que vuelva, *duquesa*?

Ella le miró en silencio. Los ojos le escocían por las lágrimas no derramadas. Sabía lo que estaba haciendo. El hecho de que la llamara por ese apodo odioso. Quería que ella le besara y así ponerla al mismo nivel que a otras mujeres; aquellas que le habían utilizado para satisfacer sus deseos hasta que habían encontrado un partido mejor.

—Ya te he dado algo para recordar —susurró ella con tristeza y sin

levantar la mirada. No quería que la viera llorar.

—No me has dado nada —replicó él mientras cogía un mechón de sus cabellos y lo enredaba entre sus dedos.

—Te he dado mi amistad —murmuró Eva con tristeza. Él le lanzó una mirada sorprendida y ella aprovechó ese momento de desconcierto para apartar su brazo de la puerta y escabullirse de la cabaña.

Un mes después de la partida de Feran, su padre decidió que ya era hora de que Eva viajara a la capital para asistir a bailes y comenzar la caza de un buen partido. Ella hubiera deseado poder decirle que no necesitaba ir a la capital para buscar marido; que ya conocía al hombre que deseaba como esposo. Sin embargo, sabía que era imposible. No solo porque dudaba que su padre lo considerara un partido adecuado, sino porque era evidente que sus sentimientos no eran correspondidos. No creía que durante el mes transcurrido desde su último encuentro Feran hubiera pensado en ella más allá de cinco minutos.

Con el paso del tiempo, el recuerdo de sus encuentros se fue volviendo más difuso. Eva se convenció de que había imaginado cosas que en realidad no habían existido; que él se había limitado a ser educado y a tolerar su presencia, y que con toda seguridad no debía haberle dedicado ni uno solo de sus pensamientos. Aunque a ella le hubiera gustado poder decir lo mismo, no era cierto, ya que no había podido arrancarle de sus pensamientos ni un solo día.

Finalmente, una mañana partió hacia la ciudad a casa de su tía, donde se instaló rodeada de las comodidades que correspondían a una señorita de su posición. Allí, tal y como deseaba su padre, asistió a múltiples bailes en los que conoció a otros tantos jóvenes educados y de buena familia, mientras se juraba a sí misma que intentaría olvidar a Feran y complacer a su padre.

II

Dos años después – Isla Ventura.

Dos años sin saber de Feran. Sin poder preguntarle a nadie por su vida. ¿Seguiría viviendo en el pueblo o no habría regresado de su búsqueda de fortuna? Solo pensar en que ya no viviera en el pueblo hizo que sintiera una congoja tan grande que le apretó el corazón. La leve esperanza de volverle a ver era lo único que le había permitido soportar la separación. Temía que tal vez ni siquiera la recordara, o encontrarse con que estaba casado o que incluso tuviera hijos. Esa mera posibilidad hizo que la asaltaran las náuseas y que notara un picor en los ojos.

Dos años sin saber de Feran. Sin poder preguntarle a nadie por su vida. ¿Seguiría viviendo en el pueblo o no habría regresado de su búsqueda de fortuna? Solo pensar en que ya no viviera en el pueblo hizo que sintiera una congoja tan grande que le apretó el corazón. La leve esperanza de volverle a ver era lo único que le había permitido soportar la separación. Temía que tal vez ni siquiera la recordara, o encontrarse con que estaba casado o que incluso tuviera hijos. Esa mera posibilidad hizo que la asaltaran las náuseas y que notara un picor en los ojos.

—Estás preciosa —le susurró su padre en cuanto la vio descender del carruaje—. Tu madre estaría muy orgullosa de ti si te viera. No entiendo qué les pasa a los hombres de la capital. ¡Cómo han podido resistirse a tus encantos! —exclamó frustrado por el hecho de que después de dos años regresara sin un compromiso.

—Estás preciosa —le susurró su padre en cuanto la vio descender del carruaje—. Tu madre estaría muy orgullosa de ti si te viera. No entiendo qué les pasa a los hombres de la capital. ¡Cómo han podido resistirse a tus encantos! —exclamó frustrado por el hecho de que después de dos años regresara sin un compromiso.

Eva enrojeció avergonzada. Solo quería deslumbrar a un hombre y este no se encontraba en la capital.

—Padre —saludó con una trémula sonrisa. Quería a su padre, pero

renegaba de que la ofreciese como si fuera un objeto en venta al mejor postor. Era lo que había hecho al obligarla a permanecer en la capital con la esperanza de que le echase el lazo a algún joven de buena familia.

—Pasa, querida —le dijo su padre tras abrazarla—. Tu tía y tu prima están dentro. Te esperábamos para comer.

Eva miró a su padre con cariño. Aunque habían intercambiado correspondencia con asiduidad, hacía más de un año que no se veían en persona. Eva notó los cambios. Seguía conservando el porte de todo un caballero y gran parte del atractivo que le había acompañado en la juventud, pero el año transcurrido se notaba en las abundantes canas que poblaban sus cabellos. Notó las patas de gallo que habían empezado a formarse bajo sus ojos.

Adoraba a su padre. Aunque en ocasiones había oído historias que le perfilaban como un hombre avaricioso y cruel, para ella, ese hombre era un desconocido. Ella solo había conocido a un padre amoroso. Aunque también era cierto que siempre había sido una hija sumisa y obediente. Sin embargo, en los últimos tiempos, sobre todo desde que había confraternizado con Feran, sentía la necesidad de romper con lo que se esperaba de ella. Soñaba con que Feran llegara a buscarla, le confesara que no había podido olvidarla y se la llevara en su barco a otro lugar. Un lugar en el que no importaran las clases sociales. Sabía que eran sueños tontos, pero no podía evitarlos.

Entró en la casa y saludó a su prima y su tía, que les esperaban en el salón.

—Hola, prima—saludó Sofía con una falsa sonrisa. Detestaba a Eva, pero las normas de educación le impedían manifestarlo de forma abierta.

Eva correspondió a su prima con educación. Sofía era una mujer muy hermosa, y estos dos años lo único que habían hecho era incrementar su belleza. De figura delgada, cabellos castaños y ojos color miel, su dulce apariencia escondía una personalidad altiva y caprichosa acostumbrada a que se cumplieran todos sus deseos.

—Eva, querida —la saludó su tía María—. ¿Qué tal se encuentra mi hermana Rosa?

—Muy bien, tía María. La tía Rosa os manda recuerdos, y me ha pedido que os haga saber que está esperando a que aceptéis su invitación de pasar unos días en la capital.

—¡Madre! —exclamó su prima Sofía con entusiasmo—. ¡Espero que aceptes su invitación!

—Claro que sí, hija. Podemos ir la semana que viene. Le escribiré un telegrama para avisarla de nuestra llegada.

—En este pueblo no hay muchos caballeros entre los que escoger —afirmó su padre con la mirada fija en Eva—, pero en vista de que no has encontrado ninguno en la capital, podemos celebrar un baile con motivo de mi cumpleaños para que puedan verte y, quién sabe, quizás atraigas el interés de alguno.

Eva sintió cómo se le revolvía el estómago ante la imagen de verse exhibida de nuevo como una yegua en busca de su amo. Sabía de dónde venían esos pensamientos. Feran le había hecho darse cuenta de lo absurdo de determinados convencionalismos. Durante la semana en que habían estado juntos, el joven se había sorprendido de alguno de los pensamientos de Eva y le había transmitido la idea de que el valor de una persona no lo medían el dinero o la clase social, sino la honradez, el valor o la bondad. Se había reído de ella cuando le había manifestado que esos eran los rasgos de cualquier caballero.

—*¿Te crees que por tener dinero y clase social es una buena persona? —le había preguntado con ironía.*

—*Por supuesto —afirmó ella de forma categórica.*

—*Entonces, por definición, ¿el que no tiene esas cosas no lo es?*

—*No, por supuesto que no. No se es mala persona por ser pobre.*

—*Entonces, ¿qué es lo que determina que uno sea buena persona? Tengo curiosidad por saber tu opinión.*

—*La educación —respondió Eva con voz remilgada. Tenía la sensación de que Feran se estaba riendo de ella.*

—*¿Insinúas que como yo no he recibido educación soy mala persona? —le preguntó él en tono ácido.*

—*¡No es eso lo que he querido decir! —exclamó ella mientras le miraba entre consternada y vehemente.*

—*¿Ah sí? Entonces, ¿qué querías decir? —replicó él con una sonrisa irónica.*

—*Tú entiendes lo que quiero decir. —Eva, azorada, apenas encontraba justificación alguna.*

—*No, no lo entiendo, Eva, y si lo pensaras bien, tú tampoco lo entenderías —había afirmado él con dureza.*

Durante estos dos años había pensado muchas veces en las palabras de Feran y se había dado cuenta de que tenía razón. En la capital se había

relacionado con la flor y nata de la sociedad, y había podido comprobar que el dinero y la clase social no convertía de forma automática en buenas personas a aquellos que los poseían, sino que esto venía determinado por otros factores. Eva no alcanzaba a saber cuáles, pero en este tiempo no había podido evitar comparar a cada caballero que había conocido con Feran, y en todos los casos esos caballeros habían salido perdiendo, y no solo en apostura.

Entre la alta sociedad, si bien había algunos cuyo mayor esfuerzo físico era escoger la ropa que ponerse, también era cierto que otros tenían una buena presencia debido a que se ejercitaban con deportes como la esgrima o la equitación. Algunos estaban más instruidos que Feran en determinadas materias, no lo dudaba, pero estaba segura de que no muchos sabían manejar una balandra o cómo guiarse a través de las estrellas. La mayoría ni siquiera sabía el nombre de las constelaciones. Recordó su decepción, también, al comprobar cómo caballeros que aparentaban buenos modales, criticaban a sus espaldas a aquellos que, se suponía, eran sus amigos, o se reían, cómplices, de la falta de belleza de alguna dama, si bien es cierto que se aseguraban previamente de que la dama en cuestión no se enterara, algo que a Eva le resultaba especialmente de mal gusto. Sabía que si Feran alguna vez hubiera alabado su belleza, habría sido un cumplido sincero nacido del corazón. Él no soportaba las mentiras ni la hipocresía, y fue durante su estancia en la ciudad cuando comprobó que ella tampoco las toleraba.

Su prima Sofía, que no cabía en sí de gozo, empezó a hablar de la fiesta, de los invitados y de la ropa que se pondría. Eva escuchaba su parloteo en silencio. Al día siguiente le pediría a su padre que pospusieran lo de la fiesta, no estaba de ánimos para ello. En lo único en lo que era capaz de pensar era en cómo podía averiguar algo sobre Feran sin que su prima sospechara de su interés. Al final, resultó más fácil de lo que creía, ya que una vez acabada la comida, su tía sugirió que ella y Sofía pasearan un rato por los jardines para ponerse al día, ya que salvo un par de notas corteses, apenas habían tenido contacto en estos dos años.

Eva sabía que su prima la envidiaba por el tiempo que había pasado en la capital. No se imaginaba que se hubiera cambiado gustosa por ella.

—¿Acudiste a muchas fiestas? — le preguntó Sofía en cuanto quedaron a solas — . ¿Conociste a muchos caballeros?

—No solo fui a fiestas —respondió Eva en tono aparentemente remilgado.

—Sí, claro —replicó su prima con aburrimento al tiempo que hacía un

gesto despectivo—, aunque supongo que no estarías en casa todo el día. Mi tío te mandó a la capital para que buscaras marido.

—Sí, pero también visité algún museo y salí a merendar con alguna amiga.

—¿Y no conociste a ningún caballero de tu agrado? —insistía su prima con asombro—. De haber sido yo, ya estaría prometida —afirmó con orgullo al tiempo que giraba sobre sí misma como mostrándole todos sus encantos—. Lo más probable es que fueras tú las que no les gustaste a ellos —sentenció con desprecio.

Eva la miró espantada. Siempre le había parecido que su prima era una persona bastante frívola y cruel, sin embargo, hasta ese momento no se había dado cuenta de hasta qué punto.

—Tú, en breve, estarás prometida —le recordó Eva con consternación. Sabía que su madre y los padres de Saúl Pedralbes estaban en negociaciones para un futuro compromiso cuando él regresara del internado en el que estaba a punto de finalizar sus estudios.

—Sí —reconoció ella con altanería—. No obstante, si hubiera tenido la oportunidad de ir a la capital, como tú, habría aprovechado el tiempo y ya estaría prometida con un mejor partido. Saúl no está mal teniendo en cuenta lo que hay en este pueblo. No obstante, nada que ver con lo que habría podido encontrar en la capital.

Eva escuchaba espantada las palabras de su prima. Conocía a Saúl Pedralbes desde niña y, aunque hacía años que no le veía, desde que se había ido al internado, sabía que era una buena persona. Le sorprendió cuando su tía María le había escrito para contarle sobre el posible compromiso de su prima Sofía con él, puesto que siempre había sospechado que él estaba enamorado de Olivia, la hija de la cocinera. Se entristeció al pensar que hubiera renunciado a ella, para casarse con su prima.

—¿Hay algún cotilleo interesante en el pueblo? —preguntó Eva en un intento de cambiar de tema y averiguar sobre Feran sin que su prima sospechara—. ¿Algún matrimonio? ¿Alguien que se haya ido del pueblo y no haya vuelto?

Su prima detuvo el paso y la miró con extrañeza:

—¿Desde cuándo te interesan los cotilleos?

—En estos dos años he cambiado —murmuró avergonzada.

Sofía la miró detenidamente mientras analizaba sus palabras.

—Sí... puede —aceptó reanudando la marcha—. Bodas... no se ha casado

nadie de importancia.

La frustración inundó a Eva de tal manera que incluso sintió ganas de llorar. ¡Se había quedado como estaba! Si Feran continuaba en el pueblo, ¿seguiría viviendo en la cabaña junto a la playa? De pronto, deseó poder escaparse para comprobarlo.

Su prima se apoyó en el respaldo del banco para disfrutar del sol y ambas permanecieron unos minutos en silencio. Eva, sin embargo, tenía ganas de ponerse a gritar. Deseaba estar a solas, pero era incapaz de articular palabra.

Afortunadamente, al cabo de unas horas, su prima y su tía se fueron tras tomar el té de la tarde.

—Adiós, prima —se despidió Sofía—. Ha resultado... interesante volverte a ver.

—Lo mismo digo —replicó Eva con la misma cortesía fingida que habían mantenido toda la tarde.

—Adiós, sobrina —se despidió su tía—. Estás preciosa. No hagas mucho caso a mi hija. Será mejor que la lleve también a la capital, por lo menos, para que deje de volverme loca con sus caprichos.

Eva no pudo evitar sonreír ante las palabras de su tía. Aunque no soportaba a su prima, siempre le había gustado su tía María. Esta había hecho lo que había podido; sin embargo, Eva estaba convencida que haberle concedido todos sus deseos a Sofía era lo que la había convertido en una persona tan superficial.

—Al fin a solas —afirmó su padre, abrazándola afectuosamente mientras veía cómo el carruaje se alejaba—. Te he extrañado todo este tiempo —confesó con tristeza.

Eva le miró con asombro.

—Padre, os pedí que me dejarais regresar en múltiples ocasiones, y nunca me lo permitisteis. ¿Por qué?

—Porque quiero que te cases pronto y me des nietos —respondió a una enrojecida Eva, a la que la sola imagen de tener un hijo llevó a su mente escenas inapropiadas entre ella y Feran.

Lo que Eva no había contado a su prima era que en la capital había oído cosas que le habían ayudado a entender los sentimientos y las sensaciones que había despertado Feran en ella. Incluso le habían prestado algún libro que haría que su padre se escandalizara si supiera que había osado leerlo.

—Padre... —Eva sintió el impulso irremediable de preguntarle hasta qué

punto deseaba su felicidad.

—¿Me permitiríais casarme con quién yo decidiera? —preguntó con temor ante su respuesta.

—¡Por supuesto! —replicó su padre con la seguridad de que cualquier caballero que escogiera su hija sería un yerno adecuado, sin siquiera imaginar la posibilidad de que ella pudiera poner los ojos en alguien de clase social inferior—. ¿Estás cansada, hija? —preguntó al notar su palidez.

—Un poco —respondió Eva—. Si no os importa, quisiera acostarme temprano.

—Muy bien. Pediré que te lleven la cena a tu habitación, y que no te molesten. Así podrás recuperarte del viaje.

—Gracias, padre —le agradeció Eva con una sonrisa, para después añadir mientras le abrazaba—. Yo también os he echado de menos.

Feran observaba cómo su barco se aproximaba a la costa. Esperaba que su llegada en medio de la noche le facilitara las cosas. Traía muchos productos de contrabando y, aunque estaban escondidos de forma conveniente, un soldado diligente y con ganas de ascender quizás los pudiera encontrar. Le convenía llegar en plena noche y encontrarse con un soldado cansado y con ganas de dormir que mirara por encima.

Una vez más, como tantas veces a lo largo este tiempo, sus pensamientos volvieron a Eva. Dos años habían transcurrido desde aquella semana que ahora veía como algo lejano, como un sueño. Era consciente de que jamás podría aspirar a una dama como ella. Sabía que no estaba en el pueblo, sino en la capital. En estos dos años había visitado el pueblo en varias ocasiones. Seis meses después de haberse despedido de Eva, regresó y descubrió que ella se había ido a vivir a la capital. Según supo más tarde, había ido allí en busca de marido, y estaba seguro de que a estas alturas ya estaría comprometida con algún caballero. Feran sintió unos celos terribles, como siempre que se imaginaba al imbécil con el que se debía haber comprometido. Algún patán incapaz de comprender lo perfecta que era.

Cada vez que abandonaba el pueblo lo hacía convencido de que a la vuelta se enteraría de su matrimonio, y una ola de alivio le invadía cuando descubría que aún no, que todavía podía soñar con que algún día podría merecerla. Por

eso se arriesgaba cada vez más en sus operaciones. Ansiaba reunir una pequeña fortuna y poder llegar a merecerla.

Tal y como esperaba, en cuanto arribó a puerto, un soldado medio dormido subió a bordo del barco e hizo una inspección superficial para poder volver al cuartel y seguir durmiendo. Cuando todo estuvo despejado, la tripulación de Feran bajó la mercancía de contrabando y, sin que nadie se percatara, la llevaron al escondite. En unos días contactaría con los mercaderes habituales para venderla. Pagó a su tripulación y los despidió hasta la próxima misión.

Feran dejaba que pasase un tiempo entre una operación y otra. No quería pecar de avaricioso y levantar más sospechas de las que ya le rodeaban. Con cansancio, se dirigió a su cabaña. No soportaba la incertidumbre de no saber de Eva. Era el único inconveniente de llegar en mitad de la noche. No había ningún lugar al que ir. Ninguna persona a la que le pudiera preguntar.

Se sentó con gesto cansado en la silla de la cocina y al cabo de unos minutos sintió como si se ahogara, y no solo porque estuvieran en pleno verano y el calor fuera sofocante. Decidió darse un baño en la playa. Era lo que necesitaba para tranquilizarse.

Se dirigió a la puerta con decisión. La abrió y salió de la cabaña con rapidez para chocar con alguien que permanecía de pie junto a la puerta. Tal fue la violencia del encuentro que, sin querer, provocó que aquella sombra con la que había tropezado cayese al suelo y emitiera un leve quejido.

—¡Qué demonios! —exclamó Feran con sorpresa—. ¿Quién es?

La oscuridad de la noche hacía que no pudiera distinguir el rostro de la persona que permanecía inmóvil en el suelo, pero la luz de la luna iluminó la blancura de un vestido que le hizo percatarse de que se trataba de una mujer. La miró con fastidio al tiempo que extendió su mano para ayudarla a incorporarse. No era la primera dama que acudía a buscarle a su cabaña. Lo hacían atraídas por su mala fama. Como marido le despreciaban, sin embargo, como amante... Había estado con muchas mujeres en estos dos años; no obstante, su corazón permanecía cautivo de unos preciosos ojos azules.

En el momento que sus manos se juntaron, notó que la de la dama temblaba y un perfume de jazmín le rodeó por completo. Feran no pudo reprimir un escalofrío. Aquel aroma, casi narcótico, hizo que el recuerdo de Eva invadiera sus sentidos. Sintió un anhelo tan grande que se convirtió en un dolor casi físico. Tan afectado estaba que no pudo evitar que se le escapara un nombre:

—*Duquesa* —susurró sin aliento.

La figura se quedó inmóvil unos segundos, hasta que una dulce voz llenó el silencio de la noche:

—Soy yo... Feran.

Esa voz. La misma voz que le había estado volviendo loco en sus sueños. Antes de arrepentirse; antes de que ella reuniera las fuerzas para impedirselo, la acercó hasta su pecho y, sin siquiera haber visto su rostro, devoró su boca.

Eva no podía verle por la oscuridad reinante, pero en el momento que oyó cómo la llamaba, se sintió transportada a la última vez que se habían visto. Feran la acercó hasta su pecho e invadió su boca. En un primer momento, se quedó paralizada por la sorpresa. No se lo esperaba. La invadieron sensaciones para las que no estaba preparada. Se sintió desfallecer, y se apoyó más en su pecho para que la sostuviera. No tenía fuerzas. Empezó a temblar.

Feran, consciente de ello, detuvo su asalto y la abrazó más fuerte, mientras intentaba tranquilizarse. Se sintió avergonzado. La había tratado como si fuera una furcia. Se había lanzado sobre ella como un animal. No sabía qué podía decir para que ella le perdonara tan vil comportamiento.

—Yo... —murmuró con vergüenza. Sentimiento al que no estaba acostumbrado—. Lo siento.

Eva estaba feliz, sin embargo, al oír sus palabras, sintió como si Feran hubiera pinchado la burbuja de felicidad en la que se encontraba y las lágrimas anegaron sus ojos. Sabía que no era el tipo de mujer al que estaba acostumbrado, pero le avergonzaba haberlo decepcionado con la torpe respuesta a sus besos.

—No pasa nada —replicó ella con voz ronca en la que se podían adivinar las lágrimas que cubrían sus ojos. Trató de apartarse de él, que se había quedado inmóvil al darse cuenta de que la había humillado con su comportamiento.

—Perdóname —le rogó Feran con tristeza—. Mi comportamiento ha sido inaceptable. Lo único que puedo decir es que me volví loco. Sé que no es justificación, pero llevo dos años soñando con probar tus besos. Al saber que estabas frente a mí... Lo siento —terminó avergonzado.

Entró en la cabaña y encendió una lámpara, sin ser consciente de que la sorpresa ante sus palabras había dejado a Eva incapaz de dar un solo paso. ¿Llevaba dos años soñando con sus besos? No sabía qué decir. Se limpió las lágrimas que rodaban por sus mejillas. No quería que hubiera malentendidos entre ellos, así que se adentró en la cabaña para aclararlos.

—Si llevabas... —tragó saliva con dificultad para poder decir las palabras—, dos años soñando con mis besos, ¿por qué te disculpas?, ¿no es porque te haya decepcionado?

—No. Por supuesto que no —negó Feran con vehemencia mientras la miraba asombrado—. Ha sido... —se interrumpió con una mirada extraña, incapaz de creer que la tuviera de pie frente a él. Levantó una mano para acariciar sus cabellos.

—Ha sido mejor que en mis sueños.

—Entonces —susurró Eva con consternación—, ¿cuál es el problema? ¿Por qué me pides perdón?

—Te pido perdón porque me lancé sobre ti sin preguntarte, sin darte la oportunidad de que me rechazaras.

—No te hubiera rechazado —susurró Eva en una voz tan baja que, durante un momento, Feran no estaba seguro de haberla oído.

—¡No me digas eso! —exclamó con vehemencia. Cerró los puños en un esfuerzo para no encerrarla en el círculo de sus brazos—. No sabes cuánto te deseo. Todo lo que he imaginado en estos dos años.

—Yo también... he soñado contigo —reconoció Eva avergonzada. No sabía de dónde había sacado el valor para confesarle algo así.

Feran la miró de forma intensa. Cedió a sus deseos, se acercó a ella y acarició su rostro. Con asombro, Eva vio cómo su mirada apasionada se tornaba en una de ternura y se le derritió el corazón.

—¿Has pensado en mí? —susurró Feran con voz ronca mientras se inclinaba para besar sus labios. Eva no pudo evitar que se le escapara un suspiro. Sintió el beso como una caricia con una dulzura que le afectó en el corazón.

—Sí —reconoció con voz temblorosa cuando él se apartó para mirarla a los ojos.

Feran quería estar seguro de que ella sentía lo que decía; que no le engañaba. En sus ojos leyó deseo y también algo más; algo que no estaba muy seguro de reconocer. ¿Podría ser amor? Eva era tan dulce e inocente que se dio cuenta de que, si fuera una persona sin escrúpulos, podría tomarla allí mismo y ella no se opondría. Sin embargo, se contuvo. Se merecía ser tratada con respeto. En ese momento se juró a sí mismo que haría lo que fuese necesario para merecerla.

La atrajo contra su pecho y la abrazó. Le envolvió el olor a jazmín que

desprendía y que afectaba a sus sentidos. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no deslizar las manos por su cuerpo, levantarle las faldas y poseerla allí mismo. Con esfuerzo, se apartó de ella antes de perder la voluntad y dar rienda suelta a sus deseos.

—Será mejor que te vayas —murmuró tratando de mostrarse distante. Sin embargo, la mirada de dolor que le devolvió Eva ante la brusquedad de su tono hizo que se maldijera a sí mismo por su incapacidad para mostrarse como el caballero al que, con toda seguridad, estaba acostumbrada.

Eva asintió en silencio, avergonzada ante la dureza de su tono y pasó a su lado para alejarse de la cabaña. Sin embargo, Feran la detuvo. Sujetó su brazo con cuidado pero con firmeza, y la acercó a él.

—No te equivoques —susurró en su oído—. No te pido que te vayas porque no te desee, sino porque te deseo demasiado.

Eva tiró de su brazo para soltarse. Estaba confundida. No entendía a Feran. Por un lado le decía que la deseaba y por otro la apartaba. Dolida, se alejó de él y abandonó la cabaña sin pronunciar una palabra mientras se frotaba la parte del brazo donde la había tocado, ya que le ardía.

Feran la vio alejarse en silencio y se maldijo de nuevo por su comportamiento. Se había portado como un imbécil y no era lo que pretendía, pero su sola presencia le trastornaba.

III

Durante los siguientes dos días Eva no vio a Feran. No se había atrevido a volver a su cabaña por miedo a que la rechazara de nuevo. Estaba confundida. No sabía qué pretendía de ella. En ese momento, Eva se encontraba recostada en el jardín de la casa intentando leer, aunque no había sido capaz de pasar de la primera hoja.

—Señorita Eva.

Levantó la vista del libro y vio a Susana, la nueva doncella, que la miraba con expectación. Era una joven muy agradable. Su padre la había contratado para que fuera su doncella y ayudara en la casa. Tenía casi su misma edad y parecía una joven muy dulce, de cabellos negros y ojos grises.

—Dime, Susana —le contestó—. ¿Qué querías?

—La llama su padre. Tienen visitas.

—¿Pediste que prepararan el té?

—Sí, señorita.

—Gracias, Susana, ¿puedes llevarme el libro a la habitación? —le preguntó al tiempo que se lo entregaba.

—Sí, no se preocupe —respondió ella cogiendo el libro para dejarlo en el cuarto.

Eva se levantó de la silla para ir hacia el salón. Mientras se encaminaba hacia allí, no pudo evitar que sus pensamientos se dirigieran hacia Feran y todo lo sucedido en su cabaña. En cuanto entró en el salón reconoció a una de las personas que la esperaban. Era Santiago Miravalles, el mejor amigo de su padre, y junto a él se encontraba un joven a la que en aquel preciso instante no reconoció.

—Eva, querida —saludó Santiago Miravalles—. Estás preciosa —le dijo tras acercarse y besar su mano—. Permíteme que te presente a mi hijo Tomás.

No creo que le recuerdes. Ha pasado los últimos diez años en un internado y acaba de regresar a casa.

El joven se acercó a ella y besó su mano. Tomás Miravalles era alto y delgado, con el cabello negro pulcramente peinado. Todo un caballero. Sin embargo, Eva encontraba en él algo que le desagradaba profundamente aunque años de cortesía le permitieran disimularlo. Era cierto que hacía años que no le veía, pero le recordaba como un niño cruel e insensible. Esperaba que hubiera cambiado con el paso del tiempo; sin embargo, cuando Tomás fijó sus ojos marrones en ella le dedicó una mirada cargada de lujuria que le confirmó que no lo había hecho..

En ese instante Susana, la doncella, entró con el té. Ayudó a Eva a servirlo mientras Santiago y su padre hablaban amigablemente.

—Apenas recuerdo esta casa —comentó Tomás—. Quizás Eva podría enseñarme los jardines.

Eva, que en ese momento servía el té en su propia taza, notó cómo le fallaba el pulso ante sus palabras y derramaba el contenido de la pequeña taza encima de su plato.

—Por supuesto —contestó su padre por ella—. Estará encantada en cuanto terminemos el té.

—Sí, claro —aceptó Tomás sin dejar de mirarla de un modo que a Eva le pareció que rayaba la grosería.

Siguieron hablando de banalidades hasta que Eva se dio cuenta de que no podía demorarlo más.

—Si nos disculpan —anunció un poco incómoda—. Si Tomás aún lo desea, puedo enseñarle los jardines.

Todos los hombres se levantaron al hacerlo ella. Tomás se disculpó y salió tras ella, mientras Susana le seguía unos pasos por detrás a modo de carabina. Durante el paseo Eva comenzó a describirle las diferentes plantas y flores que adornaban el camino, hasta que él la interrumpió de forma abrupta:

—Ambos sabemos que no me interesan las plantas —afirmó mirándola fijamente.

—No, supongo que no —reconoció ella con tirantez.

—Lo que me interesa de verdad eres tú —le dijo sujetándole el brazo, lo que la obligó a detenerse.

—Me siento halagada —respondió Eva—, aunque lamento decirte que no estoy interesada.

Durante un momento la ira relampagueó en la mirada de Tomás, pero fue algo tan breve que Eva no hubiera podido asegurar si había sido real o fruto de su imaginación.

—Supongo que por lo menos podremos ser amigos. No me negarás tu amistad, ¿verdad? —preguntó él con una sonrisa que a Eva le produjo escalofríos.

Le hubiera gustado negarse; decirle que no deseaba volver a verle y que le soltara el brazo. Sin embargo, las normas de cortesía se lo impedían. Normas que jamás había encontrado tan restrictivas como en aquel momento. Normas por las que se veía obligada a aceptar la amistad de alguien que le desagradaba profundamente y que la obligaban a fingir que no conocía al hombre que amaba.

Siguieron el recorrido por los jardines y, aunque Tomás se limitó a mantener una charla cortés, Eva no pudo evitar dejar escapar un suspiro de satisfacción cuando por fin regresaron junto a sus padres, quienes parecían encantados por su supuesta amistad.

—Tomás ha quedado prendado de ti —le comentó su padre en cuanto Tomás y su progenitor abandonaron la casa y se quedaron a solas.

—No he notado particular interés —mintió Eva, temerosa de que su padre tratase de propiciar un mayor acercamiento entre ellos.

—Le he comentado a su padre que no vería con malos ojos un compromiso entre vosotros. Al contrario, me encantaría —le anunció su padre sin ser consciente de la turbación que le produjeron sus palabras—. Mañana por la mañana, Tomás vendrá a buscarte para que le enseñes el pueblo.

—¡Padre! —exclamó Eva con frustración—. Él ya conoce el pueblo. Nació aquí. No necesita que se lo enseñe.

—Hace diez años que no lo visita. Está tan cambiado que no creo que lo reconozca —insistió el hombre, ignorando los evidentes intentos de Eva de deshacerse de aquel compromiso.

—Está bien, padre —aceptó Eva con un suspiro resignado.

Al día siguiente, apenas finalizado el desayuno, Susana entró en la estancia para anunciar la llegada de Tomás.

—Mi padre quiere que le enseñe el pueblo a Tomás—le explicó Eva a

Susana—. Podemos aprovechar para comprar algo en el mercado.

—Como desee, señorita Eva —contestó Susana—. Haré una lista de lo que hace falta.

Eva se dirigió al salón, donde la esperaba Tomás en animada charla con su padre.

—Eva, estás preciosa —la saludó Tomás al tiempo que besaba su mano ante el padre de Eva, que contemplaba la escena con satisfacción.

—Gracias —contestó ella mientras enrojecía ante la mirada apreciativa con la que Tomás recorrió todo su cuerpo, incomodándola—. He pensado que, ya que vamos a recorrer el pueblo, podría comprar algo en el mercado.

—Por supuesto. Ya que tenemos que llevar carabina, por lo menos que haga algo útil y lleve la compra —replicó él de forma desagradable al tiempo que miraba con desprecio a Susana que en ese momento entraba en el salón.

Eva sintió un escalofrío. Tal y como había sospechado, Tomás seguía siendo tan cruel e insensible como recordaba.

—¿Nos vamos? —murmuró poniéndose un chal sobre los hombros. Se despidieron de su padre y salieron de la casa seguidos por Susana.

Eva y su padre vivían a las afueras del pueblo, pero lo bastante cerca como para poder acercarse en una breve caminata. Durante todo el camino, Tomás se entretuvo explicándole los planes que tenía en mente para sus propiedades en cuanto su padre le permitiera administrarlas. Eva, más preocupada por un posible encuentro con Feran, apenas le escuchaba.

El paseo se alargaba. Recorrieron todo el pueblo, pasearon por el mercado y Eva, con los nervios a flor de piel, realizó algunas compras mientras Tomás no paraba de hablar de sí mismo, de todos sus logros y de sus múltiples posesiones.

—Creo que deberíamos regresar —sugirió Eva cansada ya de escucharle, aunque aliviada de no haberse encontrado con Feran.

—Aún no me has enseñado el puerto —le señaló Tomás—. Vayamos hasta allí, aún es pronto para regresar.

Eva asintió con tirantez. No se atrevió a decir una palabra por miedo a que le temblara la voz y delatara su nerviosismo. Se dirigieron a la parte baja del pueblo, la que desembocaba en el puerto. A medida que descendían por el camino empedrado, las velas de la balandra de Feran fueron apareciendo ante sus ojos recortadas contra el sol. Como siempre que se acercaba al puerto, el olor a mar invadió los sentidos de la joven, saturándolos de una sensación

placentera. Adoraba ese olor porque le recordaba a él.

—No recordaba este olor tan desagradable —murmuró Tomás arrugando la nariz con desaprobación—. Menos mal que solo se nota aquí. No soportaría pasear por el pueblo si oliera así todo el rato.

—Si tanto te desagrada, lo mejor será que nos vayamos —propuso Eva, que había distinguido la figura de Feran a bordo del barco y lo último que deseaba era ser vista en compañía de Tomás.

—¿No es ese Feran? —preguntó Tomás mientras miraba a lo lejos.

—¿Qui... quién? —preguntó Eva sin poder evitar que le temblara la voz.

—Feran —repitió Tomás con lentitud, mientras la miraba con gesto extrañado—. ¿No te acuerdas de él? No le veo desde niño y aun así, le he reconocido.

—Sí, sí —reconoció Eva fingiendo indiferencia—. No pensé que te acordaras de él. Nunca frecuentamos los mismos círculos.

—No—admitió Tomás—. Sin embargo, no creo que haya nadie en el pueblo que no le conozca —murmuró sin dejar de observarle—. Será mejor que regresemos. Este olor es insoportable.

Feran trataba de contener los repentinos celos que le atacaron al ver a Eva con aquel joven. Al principio le costó reconocerlo, pero luego se dio cuenta de quién era: Tomás Miravalles. El hijo del mejor amigo del padre de Eva. Por lo poco que recordaba de él, siempre había sido un niño rico y caprichoso. Era evidente que ya no era un niño; por lo demás, estaba seguro de que seguía siendo igual de rico y caprichoso.

Ver a Eva con Tomás le hizo hervir la sangre, y el hecho de que ella evitase mirar hacia su barco, como si se avergonzara de reconocer que le conocía, le hizo constatar las diferencias que les separaban. Quizás ella estuviera interesada en aquel estúpido. Esa misma noche la confrontaría y le exigiría respuestas. No estaba dispuesto a permitirle que se riera de él. Había dejado pasar días sin verla ni hablar con ella porque necesitaba poner algo de distancia entre ellos para poder pensar con claridad. Sin embargo, verla con aquel imbécil le había hecho decidirse. Dejaría las cosas claras con Eva y le explicaría lo que esperaba de ella.

Eva contemplaba la noche desde la puerta que daba acceso a la terraza de su

habitación. Se había retirado pronto porque tenía un terrible dolor de cabeza. No estaba segura si era a consecuencia del calor insoportable, muy superior al de días pasados, o de la charla incesante de Tomás. Por si fuera poco, a su llegada a la casa se había encontrado con la desagradable sorpresa de que su padre había invitado al joven a comer, y aunque este se había ausentado apenas iniciada la sobremesa para resolver unos asuntos en la hacienda, su padre extendió su invitación a la cena, con lo que se había visto obligada a soportar su incesante charla durante gran parte del día.

Si había algo que parecía complacer a Tomás era hablar de sí mismo. Se había deleitado contándole minuciosamente todos sus logros en el internado en un esfuerzo por demostrarle que era el mejor en todo. Los estudios, los deportes, las mujeres... Había tenido incluso el mal gusto de contarle que las mujeres le perseguían por ser un buen partido para, posteriormente, asegurarle cuán afortunada era por contar con su atención.

Sabía que su padre estaba propiciando un acercamiento entre ambos con la esperanza de que formalizaran algún tipo de relación. Sin embargo, aunque no estuviera enamorada de Feran, jamás podría estar con una persona tan egoísta como Tomás. Si bien era rico y apuesto, eso no era lo que ella buscaba en un futuro marido. Había conocido a jóvenes como Tomás en la capital y ninguno había logrado arrancar de su corazón el recuerdo de Feran.

Sofocada por el calor, abrió la puerta de acceso a la terraza y, sintiéndose libre, se desabotonó un poco el camisón con la idea de refrescarse. Quizás si lograba dormir un poco se le pasase el terrible dolor de cabeza a consecuencia de la tensión que había sufrido todo el día. La charla incesante de Tomás, sus miradas continuas, la posibilidad de que Feran la viera con él y pensara lo que no era... Todo ello se había juntado y la consecuencia era que le palpitaban las sienes. Se apartó de la ventana y se acercó a la lámpara para apagar la luz, y tratar de dormir.

—¿Te gusta ese imbécil? —susurró una voz a su espalda que provocó que diera un salto, asustada.

—Feran —acertó a murmurar al reconocer aquella voz. Se dio la vuelta y le vio en el balcón. Su silueta se recortaba contra la luz de la luna.

—¿Cómo has entrado? —preguntó con voz temblorosa. Había algo extraño en él que la asustaba. Aunque no podía ver su expresión por la oscuridad que le rodeaba, notaba la rigidez de su cuerpo. Estaba disgustado por algo y le daba la impresión de que su enfado era con ella.

—He trepado —susurró acercándose a ella con mirada depredadora—. Necesitaba hablar contigo. —Al acercarse más distinguió sus rasgos y, tal y como sospechaba, era evidente que ella era la causante de su enfado.

Eva retrocedió asustada y trató de detener su avance levantando una de sus manos. Él no se detuvo y continuó acercándose hasta que la mano de Eva tocó su pecho. Sin dejar de mirarla, tomó su mano, le giró la muñeca y depositó un beso en el punto en el que latía el pulso enloquecido de Eva. Entreabrió los labios y le lamió la muñeca para notar con satisfacción cómo ella temblaba.

—¿Te gusta ese imbécil? —volvió a preguntar Feran, al tiempo que tiraba de ella para atraerla contra su pecho y sujetarla por la cintura.

Eva estaba confundida. No entendía nada. La última vez que se habían visto, él la había rechazado y ahora, de pronto, llegaba con exigencias y preguntas absurdas, a la vez que la hacía enloquecer con el solo roce de su cuerpo. En un instante de lucidez, le empujó con furia para alejarse, y Feran se lo permitió al liberarla de sus brazos.

—¿Por qué te crees con derecho a hacerme esa pregunta? Tú y yo no somos nada —replicó ella con furia—. Eso me diste a entender la última vez que nos vimos.

—¿Y quieres ser algo con ese imbécil? —masculló Feran con rabia—. Lo único que tiene es dinero, ¿es eso lo que quieres?—. Se volvió a acercar a ella con mirada lujuriosa—. No creo que eso te caliente la cama —le susurró al oído, al tiempo que le mordía el lóbulo de la oreja.

Eva empezó a temblar, avergonzada, y se apartó de él de nuevo. Retrocedió hasta llegar al otro extremo de la habitación y escondió las manos a la espalda en un intento de ocultar su nerviosismo.

—Vete —le ordenó con voz temblorosa—. Si no deseas nada conmigo, no tienes derecho a preguntarme —se le rompió la voz antes de continuar—, ni a hacer lo que estás haciendo.

Feran le lanzó una mirada furiosa y se dirigió hacia el balcón con la clara intención de abandonar la habitación. Tenía razón. Ella no merecía la pena. Era como todas. Sin embargo, en el último minuto se giró para mirarla. Ella le observaba con orgullo en la mirada, aunque durante un segundo le pareció distinguir un punto de dolor y esto le apuñaló el corazón. El único imbécil era él, ¿qué estaba haciendo? Con furia, se acercó de nuevo a ella, que se pegó aún más contra la pared. Feran continuó en su avance, hasta que se detuvo tan cerca que su aliento acarició el rostro de la joven.

—Si tuviéramos una relación en este momento —murmuró él con furia reprimida—, lo perderías todo. ¿Lo entiendes? Tus amigos te repudiarían. Tu padre te desheredaría. ¿Crees que merece la pena?

Ella alzó sus ojos con el corazón en la mirada.

—Mi padre me ama, si él supiera que te quiero...

—¡Eres tan ingenua! —Feran empezó a reírse sin creerse del todo su declaración de amor—. Soy un bastardo sin dinero. Tu padre no se alegrará. Te lo aseguro. Y yo sí te amo demasiado como para someterte a esa ignominia.

—No me importa —murmuró Eva sin aliento al oír cómo le declaraba su amor—. Te amo, Feran. Quiero estar contigo.

—Puede ser que no te importe ahora —insistió Feran como quien reprende a un niño—. Porque lo ves como algo romántico. ¿Qué te imaginas? ¿Que podremos escapar? ¿Qué te llevaré en mi barco a una isla donde nos casaremos y seremos felices para siempre?

Eva retuvo la respiración y enrojeció avergonzada porque eso era realmente lo que se había imaginado, aunque oírsele decir de esa forma la hacía sentirse tonta.

—Cuando tengas que fregar y limpiar porque no tengas criados para hacerlo; cuando todos tus conocidos te repudien por estar con un bastardo, en ese momento, te arrepentirás y me odiarás —afirmó él con vehemencia.

—¡No es cierto! —exclamó ella con enojo—. ¿Tan superficial me crees?

—Puede ser —reconoció Feran con cierto matiz de duda—. Aun así, no pienso arriesgarme.

—¿Y entonces? —preguntó ella con un hilo de voz—. ¿Qué quieres de mí?

—Voy a marcharme —le anunció Feran con firmeza.

Eva sintió una punzada en el corazón y bajó la mirada, para que Feran no fuera consciente del daño que le hacía la idea de su partida. Sin embargo, él, sabedor de sus sentimientos, la acarició con un dedo, la cogió por la barbilla y la obligó a levantar el rostro hacia él. Ella cerró los ojos en un acto de rebeldía. No quería mostrarle hasta qué punto le había hecho daño con sus palabras.

—Abre los ojos —le pidió él con dulzura. Ella obedeció y le miró con aquellos ojos que a Feran le recordaban el color del cielo—. Volveré por ti —juró—. Y cuando lo haga, tendré suficiente dinero para que no sufras penurias. Pediré tu mano en matrimonio, pero solo cuando pueda demostrar que no soy un bastardo y no te avergüences de estar a mi lado.

Eva le miró sorprendida, ¿cómo que no era un bastardo?

—No soy un bastardo, en realidad —confesó Feran al comprobar su sorpresa.

—¿Có...cómo? —tartamudeó Eva—. Siempre... todo el mundo... no puede ser —calló mientras sacudía la cabeza con consternación.

—Cuando llegué al pueblo con mi madre desde Inglaterra—le explicó Feran—, apenas tenía tres años. Solo habían pasado un par de días cuando hubo un terremoto. Murieron muchas personas ese día, entre ellas mi madre. Me encontraron herido y solo. No fui capaz de recordar mi apellido. Tardaron una semana en encontrar su cadáver. Cuando lo hicieron, tenía las ropas destrozadas y ningún documento en su poder. En un primer momento ni siquiera pudieron identificarla. Gracias a una mujer del pueblo que recordaba vagamente haberme visto con ella supe que había muerto. Yo solo recordaba haber llegado de Inglaterra en un barco y que mi nombre era Feran.

—¿No trataron de averiguar? —No se podía creer que nadie se hubiera molestado en descubrir quién era.

—En aquellos días hubo mucha confusión —admitió con una sonrisa triste—. Seamos honestos, ¿crees que a alguien le importaba un niño de tres años al que nadie conocía? El dueño de la posada se ofreció a cuidarme pero, en realidad, lo que buscaba era mano de obra barata. Fue él quien empezó a llamarme *bastardo*. Yo era demasiado pequeño para comprender lo que significaba, pero cuanto más negaba serlo, más me lo llamaban, y al final dejé de tener importancia.

—¿Y tu padre? ¿No intentaste encontrarlo?

—Apenas lo recuerdo. Tampoco sé el motivo por el que vinimos al pueblo. Ni siquiera si continúa con vida. Al principio, era demasiado pequeño para buscarle y cuando crecí lo suficiente llegué a la conclusión de que, si nos hubiera querido a mi madre y a mí, nos hubiera buscado. Sin embargo, ahora pienso encontrarle y demostrarte a ti y a todo el pueblo que no soy ningún bastardo. Cuando vuelva a presentarme frente a ti, no quiero que te avergüences de mí.

—¡Yo no me avergüenzo de ti! —exclamó Eva con desesperación. Quería que él comprendiera que le amaba tal y como era. No obstante, Feran ignoró sus palabras. En lugar de ello, anunció con arrogancia:

—A mi vuelta nos casaremos.

En este punto, Eva abrió la boca con asombro:

—¿Qué has dicho?

Feran la miró con una gran sonrisa antes de continuar:

—Que cuando regrese con un apellido para ofrecerte y dinero para poder mantenerte, hablaré con tu padre y le pediré tu mano... Si estás de acuerdo, claro.

Ella le devolvió la mirada con una mezcla entre extrañeza y fascinación, hasta que una dulce sonrisa iluminó su rostro, al tiempo que afirmaba con voz dulce:

—Estoy de acuerdo.

—Hasta que me vaya —le exigió Feran mientras cogía uno de sus cabellos y lo giraba entre sus dedos—, no quiero que te vuelvas a ver con ese imbécil.

La sonrisa de Eva se apagó un poco.

—No puedo evitarlo —reconoció con tristeza—. Mi padre le ha invitado a él y a su padre a comer con nosotros durante toda la semana.

—Dile que no quieres —replicó Feran con enfado.

—No puedo hacer eso —rebatía Eva con consternación.

Feran se enfureció durante un segundo. Si le amara tanto como decía, accedería. En el momento que iba a reprochárselo, vio su mirada avergonzada y se contuvo. ¿Acaso no era ese el motivo por el que quería poseer dinero y un apellido? Porque sabía que, a pesar de su supuesto amor, pesaban más los convencionalismos. Una vida entera de educación restrictiva no iba a desaparecer de un plumazo solo porque él lo deseara.

—Está bien —aceptó con renuencia—. Sal por el día con ese estúpido. Hasta que llegue el día de mi partida te visitaré en las noches, como ahora. A no ser que no quieras verme.

—No —negó ella—. Quiero verte.

—Bien, pues duerme, *duquesa* —le susurró antes de abandonar la alcoba.

En esta ocasión el apodo sonó como una caricia, sin rastro del tono despectivo con el que solía acompañarlo.

Los días trascurrieron con rapidez hasta que llegó el momento de la partida de Feran. Haciendo gala de su condición de invitados, Tomás y su padre acudían a diario a comer a casa de Eva, cuyo padre no cejaba en su empeño de propiciar un acercamiento entre los jóvenes. Tras la comida, Eva se veía

obligada a acompañar a Tomás a pasear por el pueblo, siempre con Susana, que hacía las funciones de carabina. A pesar de que él no había vuelto a hacerle ningún comentario inapropiado, a medida que le conocía, a Eva le resultaba cada vez más insoportable su presencia. Lo único que ocupaba sus pensamientos era que llegara la noche para ver a Feran. Este la visitaba de madrugada cuando todos estaban ya dormidos.

Tras la cena, Eva se retiraba temprano y se encontraba en su cuarto con Feran, ávido de su presencia. Nunca volvió a pedirle que no viera a Tomás, aunque sabía que la situación le enfurecía. En varias ocasiones había coincidido con Feran en el pueblo acompañada de Tomás y, en todas ellas, Feran la había saludado con ironía.

—Ese hombre es un descarado. —Tomás apenas podía disimular el rechazo que le producía el *bastardo*—. Me parece que alguien va a tener que ponerle en su sitio.

A Eva le asustaba la idea de un enfrentamiento entre ambos, más que nada, porque no creía que eso favoreciera el consentimiento de su padre cuando Feran le pidiera matrimonio.

—No le des importancia, Tomás —le había implorado—. No me molesta.

No obstante, aquella noche aprovechó su encuentro con Feran para recriminarle su actitud:

—¿Por qué le provocas? —le preguntó con consternación.

—Porque no soporto ver cómo puede estar a tu lado —confesó él con furia contenida—; ver cómo puede tocarte, pasear de tu brazo... mientras que yo, lo único que puedo hacer es saludarte como si solo fuéramos meros conocidos.

—Eres tú el quien lo ha decidido así —replicó Eva con suavidad, recordándole que era él quien había decidido no hacer pública su relación hasta que volviera con dinero y un nombre.

—Lo sé —reconoció Feran de mala gana—. Si embargo, eso no significa que no me muera de celos cada vez que os veo juntos. Sobre todo ahora, que llegó el momento de mi partida.

—¿Ya te vas? —preguntó Eva con tristeza, bajando el rostro porque no quería que viera el dolor en su mirada.

—Sí. Esta madrugada. No te entristezcas —le pidió mientras la abrazaba. Eva refugió el rostro en su pecho haciendo un esfuerzo para no llorar—. Cuando vuelva tendré fortuna y un apellido para poder pedir tu mano. ¿Me esperarás? —preguntó cogiéndole el rostro entre las manos y dándole un dulce

beso en la boca.

—Siempre —afirmó ella con los ojos brillantes.

—Espero que sea cierto No soportaría que me traicionaras. Te amo demasiado.

—¡Nunca! —exclamó ella con pasión—. Jamás te traicionaría.

—Me voy, aunque mi corazón se queda contigo —susurró Feran antes de besarla.

—Lo cuidaré hasta que vuelvas —murmuró ella mientras las lágrimas empañaban sus ojos.

—No llores —le pidió Feran con dulzura mientras acariciaba su rostro—. No soporto verte llorar.

Eva trató de retener las lágrimas sin conseguirlo. Resbalaron por sus mejillas y mojaron la mano de Feran que la acariciaba con ternura.

—¿Tienes unas tijeras? —preguntó Feran mientras observaba la humedad en su mano.

Eva parpadeó sorprendida ante la pregunta. Se giró hacia la mesita que había junto a la cama mientras, con manos temblorosas, intentaba secarse las lágrimas que cubrían su rostro. Sacó unas tijeras del cajón y se las entregó a Feran sin entender el motivo de su petición. Él tomó las tijeras, acarició de nuevo el rostro de la joven con dulzura y, antes de que pudiera protestar, cortó un mechón de sus cabellos.

—Me servirá de recuerdo —murmuró con admiración. Tomó el medallón que colgaba de su cuello, lo abrió e introdujo el mechón en su interior.

—¿Me darás algo a mí de recuerdo? —preguntó ella a su vez con una sonrisa triste—. Me has robado algo mío. Te exijo una retribución.

Feran le lanzó una sonrisa torcida y se quitó el anillo que llevaba en el dedo; el que tenía forma de calavera. Desde que le había visto por primera vez, hacía tantos años, siempre lo llevaba puesto.

—Este anillo era de mi padre —le explicó con solemnidad mientras lo depositaba en su mano abierta—. No sé cómo lo consiguió ni lo que significaba para él; solo recuerdo que mi madre me lo entregó el día que llegamos a este pueblo. Nunca me lo he quitado hasta hoy.

—Lo guardaré junto a mi corazón —le prometió Eva. Se quitó la cadena que colgaba de su cuello, sacó la cruz que lucía en ella y la sustituyó por el anillo de Feran. Se giró hacia él para que le ayudase a cerrar la cadena alrededor de su cuello.

Feran apartó sus cabellos con ternura. Cerró la cadena, acarició sus brazos y la acercó a su pecho, al tiempo que la rodeaba por la cintura y aspiraba el aroma a jazmín de sus cabellos. En aquel momento no lo sabía, pero aquel recuerdo le perseguiría durante años. Jamás volvería a oler el jazmín sin pensar en ella.

—¡Júrame que me esperarás! —le exigió con ferocidad. La giró entre sus brazos y la miró a los ojos en busca de una respuesta.

—Te lo juro —prometió Eva con voz ronca—. Te esperaré siempre.

IV

*S*eis meses después.

Eva contemplaba el puerto desde la ventana. Buscaba un barco en concreto, *El canto de la Sirena*, la balandra de Feran. Llevaba meses esperando su regreso. Abrió los ojos con asombro al distinguir sus velas. Sintió una emoción tan grande que durante un momento se quedó sin aire y se mareó. Se sujetó al marco de la ventana mientras susurraba con los ojos cerrados:

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Por fin! —exclamó con un suspiro.

Durante todos y cada uno de los días transcurridos desde la partida de Feran, había contemplado el puerto desde la ventana todos los días, esperando su regreso.

—¿Pensando en tu enamorado? —le preguntó su padre desde la entrada del cuarto lo que provocó que un respingo saliera de sus labios.

—Pa... padre. Me ha asustado —tartamudeó con una sonrisa trémula—. ¿Enamorado? ¿De qué enamorado habla? —se rio con tirantez como si se tratase de una broma.

—No hace falta que finjas conmigo, querida mía —contestó su padre con una sonrisa condescendiente—. Conozco el interior de tu corazón y no debes avergonzarte porque conozca tus sentimientos. Me alegro de ellos. Sé que regresa hoy en barco y te doy mi bendición si deseas casarte con él.

—¿Vu... es...tra bendición? —tartamudeó Eva con asombro. Debía estar soñando. Jamás hubiera imaginado que su padre le diría eso—. Gracias, padre. Nunca imaginé que estaría de acuerdo con mis deseos—murmuró con candidez aunque sin poder creerse lo que estaba escuchando.

—Sí. Venía a decirte que tengo que salir en este instante de viaje. Ha surgido un problema y he de acudir a la capital para resolverlo. No volveré

hasta mañana por la noche, pero puedes decirle a tu enamorado que, a mi vuelta, venga a cenar para pedir tu mano. Con gusto se la concederé —le comunicó su padre con una sonrisa.

—Pero... pa... pa... dre —tartamudeó de nuevo, sin comprender cómo podía ser que su padre hubiera descubierto lo de Feran y estuviera de acuerdo con ello. ¿Por eso habría dejado de insistir en que viera a Tomás a todas horas? ¿Había comprendido que amaba a otro? No sabía cómo era posible pero agradecía que lo hubiese descubierto sin necesidad de que ella le dijese nada.

—Gracias, padre —suspiró mientras le abrazaba.

Rodrigo Espina se subió al carruaje mientras se ufanaba del papel que había desempeñado en el futuro compromiso de su hija. Desde que su amigo Santiago le había contado que Tomás estaba encaprichado de Eva, ambos habían propiciado varios encuentros entre ellos. Era evidente que ella había tratado de fingir que no era partidaria de sus afectos, sin embargo él no era tonto. Sabía que a las jóvenes les gustaba fingir desinterés para hacerse más atractivas a los ojos de sus enamorados.

Desde que su amigo Santiago había tenido que viajar al extranjero junto con su hijo, había sido evidente el anhelo de Eva porque regresara. Todas las mañanas la veía observar el puerto desde la ventana. Oteaba el horizonte en un deseo evidente de que su enamorado volviera. Cuando esa misma mañana Santiago le había mandado un telegrama para informarle que estaba previsto que el barco en el que volvía su hijo arribase a puerto, lo había tenido claro: ya era hora de que Tomás y Eva formalizaran su compromiso.

Al verla en la ventana, esperando con ansiedad a que Tomás regresara, no pudo evitar confesarle que veía esa relación con muy buenos ojos. Eva siempre había sido una niña dulce y buena. Recordaba con mucha satisfacción todas las alegrías que les había reportado durante todos aquellos años, a él y a su amada esposa. Si su madre pudiera verla ahora estaría muy orgullosa, y más aún si supiera de su compromiso con el hijo de Santiago, su mejor amigo. Quizás no debería haberle dicho nada; sin embargo, estaba tan contento... le frustraba pensar que aunque Tomás regresara ese día no podría hablar con él, así que decidió acelerar un poco las cosas. Por eso, se le había ocurrido

pedirle a Eva que invitara ella misma a Tomás y le confirmara que podía pedir su mano.

Durante un tiempo, había temido que su hija cayese en las garras de algún advenedizo. Le habían frustrado los dos años que había pasado en la capital para finalmente, regresar tal y como se había ido, sin compromiso alguno. No había trabajado duro durante todos estos años para que su fortuna fuera a parar a cualquier muerto de hambre. Tomás era todo lo que deseaba para su hija. Si todo iba bien, en unos meses podrían celebrar la boda.

Mientras Rodrigo se regodeaba en esos pensamientos, Eva no cabía en sí de gozo al pensar que su padre estaba de acuerdo con su relación con Feran. Había tenido tanto miedo de contarle, y al final no había hecho falta, porque ya lo sabía.

Bajó las escaleras de la mansión con una risa alegre. Le hubiera gustado correr al muelle para esperar a Feran y darle la noticia. Lamentablemente, no podía. Hasta que estuvieran comprometidos no convenía que le vieran con él a la luz del día. Entró en el despacho de su padre y se sentó en el escritorio para escribirle una nota a Feran. Escribió, tachó y volvió a escribir. Finalmente, frustrada, decidió tirar la nota y escribir otra nueva. Quería contarle lo de su padre en persona. No quería que lo leyera a través de una nota, así que al final solo escribió unas breves palabras para que supiera que sabía de su regreso y que le esperaría como tantas veces en su cuarto cuando acabara el día. No podía aguantar las ganas de decirle que su padre ya sabía de su relación y que contaban con su bendición.

Llegada la noche, Eva se paseaba inquieta por el cuarto. Se había pasado todo el día en un estado de nervios tal que no sabía cómo había sido capaz de aguantar hasta la noche. Odiaba las absurdas normas sociales que le impedían acercarse hasta la cabaña de Feran. Además, se había visto obligada a soportar de nuevo la presencia de Tomás.

Había regresado esa misma tarde de su viaje del extranjero y lo primero que había hecho había sido presentarse en su casa. Le había pedido a Susana que le dijera que se encontraba indispuesta y, aprovechando que su padre se encontraba ausente, había podido librarse de su presencia.

Miró el reloj que presidía el tocador y se preguntó cuánto más tardaría

Feran en presentarse. Durante unos segundos las dudas la asaltaron: ¿habría recibido la nota?, ¿y si la había recibido y ya no quería nada con ella?, ¿y si la había olvidado? A pesar de sus promesas, después de seis meses quizás había cambiado de opinión y ya no quería casarse con ella. Una y otra vez se angustiaba con esos pensamientos. Con el corazón encogido tuvo que reconocer que seis meses era mucho tiempo. Con toda seguridad había conocido a otra mujer más adecuada y había perdido el interés. Se aferró al anillo que colgaba de su cuello, el que ocultaba entre sus ropas, símbolo de su supuesto amor.

Con el transcurrir de las horas comprendió que ya era demasiado tarde. No aparecería. Intentando no llorar, se acostó con el corazón en un puño. Tardó mucho en dormirse y cuando lo consiguió, sueños sin sentido poblaron su mente e hicieron que gimiera hasta que se despertó sobresaltada. Un aire frío entraba por el cuarto como si estuviera abierta la puerta de la terraza.

—*Duquesa* —oyó un susurro frente a ella. Su corazón se saltó un latido y Feran emergió de entre las sombras.

—¡Feran! —exclamó Eva con alegría. Se levantó con rapidez y se lanzó a sus brazos.

Feran la abrazó muy fuerte y aspiró el aroma a jazmín que desprendían sus cabellos. La apartó para poder mirarla a los ojos. Durante estos seis meses su mayor temor había sido que le hubiera olvidado. Se acercó a sus labios y los lamió despacio hasta que Eva emitió un gemido. Feran lo bebió con pasión e introdujo la lengua a través de sus labios entreabiertos, arrasando todo a su paso.

Eva se aferró aún más a él. Escalofríos de placer la recorrían por completo. Partían del centro de su ser y se extendían como ondas, afectando a todo su cuerpo. Feran bajó la mano, acarició uno de sus pechos y el placer hizo que Eva se sintiera desfallecer. Al notar la rendición de Eva ante sus caricias, Feran trazó un camino con sus besos y descendió por el cuello hasta llegar a sus pechos. Eva notó una explosión entre las piernas y una ola de placer tan abrumadora que la dejó a un tiempo saciada y anhelante, aunque sin saber de qué.

Feran la cogió entre sus brazos y la depositó en la cama. Eva se sentía abrumada. No entendía lo que pasaba, de lo único de lo que estaba segura era de que quería más. Feran se situó entre sus piernas, levantó el camisón, le bajó la ropa interior y antes de que pudiera protestar lamió el centro de su ser. De

nuevo, la explosión de placer la afectó de tal manera que pensó que se iba a desmayar.

—¿Qué me estás haciendo? —logró murmurar en un gemido.

—Amarte —susurró Feran sin dejar de prodigarle caricias—. No te imaginas la cantidad de noches que he soñado con este momento. Ahora me doy cuenta de que mis sueños palidecen ante la realidad de tocar tu piel, de besar tus labios.

Feran se apartó ligeramente para despojarse de la ropa sin apartar los ojos de ella. Eva se sentía confusa. No se podía creer lo que Feran le estaba haciendo a su cuerpo. Jamás hubiera imaginado que se pudiera sentir un placer así. Estaba abrumada por las sensaciones. Solo sabía que deseaba más aunque, al mismo tiempo, estaba avergonzada. Apartó la mirada al ver la desnudez de Feran.

—¿Podemos hacer esto? —preguntó Eva avergonzada.

—Vengo dispuesto a pedir tu mano—declaró Feran tumbándose junto a ella en la cama—. Eres mía y yo soy tuyo—. Se arrodilló frente a ella que estaba inmóvil y se dejaba hacer con abandono. Feran comenzó a deslizar el camión por el cuerpo de Eva, hasta que le despojó del mismo—. Si tu padre se niega a darme su bendición —le aseguró mientras la besaba—. Te secuestraré.

—No se negará —afirmó ella con una sonrisa. Más tarde le contaría lo que le había dicho su padre esta mañana.

Feran le sonrió y la cubrió de besos y caricias. Se situó entre sus piernas y con suavidad se introdujo en su interior. Un jadeo ahogado escapó de la boca de Eva al romper su virginidad, pero pronto el dolor fue sustituido por un inmenso placer que se prolongó hasta que una nueva ola lo arrasó todo a su paso y dejó a ambos temblorosos y agotados.

—Te amo —susurró Feran tiempo después, en el silencio de su cuarto—. Jamás hubiera pensado que se pudiera amar así. He estado estos seis meses con un dolor en el corazón que solo volver a verte ha mitigado.

Se quedaron unos minutos más en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Desnudos y abrazados. Eva reposaba la cabeza en el pecho de Feran. Y en ese momento comprendió que eso era la felicidad.

—Esta mañana mi padre me ha confesado que sabe que te amo —le contó ella con una dulce sonrisa—. No me lo podía creer cuando me ha dicho que está de acuerdo con nuestra relación, y que desea que vengas mañana por la

noche para pedir mi mano.

—Me alegro —afirmó él con una sonrisa—, porque no pienso aceptar un no de su parte.

—¿Encontraste a tu padre? —preguntó ella con curiosidad, girándose hacia él.

—Sí —suspiró él mientras la acercaba de nuevo contra su pecho—. Nos creía muertos a mi madre y a mí. Hubo un cúmulo de circunstancias que provocaron que no supiera nuestro paradero. Mi madre no le abandonó, como siempre había pensado. Los abuelos de mi madre eran del Caribe y ella había decidido traerme de visita, ya que no me habían vuelto a ver desde el día de mi nacimiento. Parece ser que una tormenta durante el viaje produjo desperfectos en el barco que nos traía, lo que provocó que arribase en Isla Ventura para realizar las reparaciones. Fue entonces cuando ocurrió lo del terremoto. En la confusión posterior, el barco zarpó de nuevo sin nosotros para hundirse antes de llegar a su destino. Tanto los abuelos de mi madre como mi propio padre creyeron que habíamos perecido al hundirse el barco. Nunca supieron la realidad de lo que había pasado.

—¡Dios mío! —exclamó Eva sobrecogida por la historia—. Le impactaría descubrir lo que había pasado y que continuabas con vida.

—Sí, así es.

—¿Cómo pudiste encontrarle?

—Yo tenía más información. Sabía que había venido en un barco. El hombre que se ocupó de mí me había dicho el nombre del barco en el que había llegado. No me costó mucho averiguar que había partido de Inglaterra. Un vistazo a la lista de pasajeros buscando una madre con su hijo y ahí encontré mi verdadero nombre y el de mi madre. A partir de ahí, no fue complicado encontrar a mi padre. Resulta que es un hombre rico.

—¿De verdad? —murmuró Eva, adormecida por el sueño. Sabía que lo que le estaba contando Feran era importante, sin embargo, estaba tan cansada que se le cerraban los ojos y le costaba seguir el hilo de la historia.

—Sí, *duquesa* —susurró Feran mientras la acunaba. Poco a poco, Eva se dejó vencer por el sueño hasta que se durmió entre sus brazos. Cuando la sintió dormida, Feran abandonó la cama y se vistió despacio sin dejar de observarla. Pronto sería su esposa. Se juró allí mismo que haría lo que fuera necesario, pero la haría feliz para que nunca se arrepintiera de haberse entregado a él.

—¿Le has dicho a tu enamorado que venga esta noche para hablar conmigo?
—le preguntó su padre a Eva en cuanto regresó del viaje al día siguiente.

Eva, sumida en los recuerdos de lo que había sucedido durante la noche con Feran, tardó un instante en reaccionar hasta que las palabras de su padre la despertaron a la realidad.

—Sí, padre. Vendrá esta noche para hablaros.

—Me alegro —afirmó su padre con una sonrisa—. No te imaginas lo feliz que me haces. Quiero ser abuelo lo más pronto posible.

Eva enrojeció ante sus palabras. Como si su padre supiera lo que había hecho con Feran. Nunca hubiera imaginado que hacer el amor pudiera ser tan placentero. Había oído historias. Sabía que no en todos los casos era así. Había mujeres que sufrían durante el coito y, a pesar de ello, se esperaba que estuvieran siempre dispuestas a complacer a su marido. Su padre pensaba que lo desconocía todo sobre la intimidad entre un hombre y una mujer, y lo cierto era que hasta que había ido a la capital así había sido. Sin embargo, allí también había sido testigo de cómo algunos hombres mostraban a sus amantes sin ningún tipo de pudor, y alguna de las amigas de su prima le había contado cosas. Al principio se había sentido avergonzada, pero ahora agradecía haber tenido una pequeña idea de lo que podía esperar.

La hora de la cena se aproximaba junto con el momento en el que Feran por fin pediría su mano. Quería tenerlo todo preparado. Que todo fuera perfecto. Subió a su cuarto para acicalarse. Se puso un vestido color crema con un estampado de flores rosas y un escote pronunciado que dejaba los hombros al descubierto. Las mangas llegaban hasta los codos. Se miró en el espejo, satisfecha con su aspecto. Bajó a la cocina para darle a Susana las últimas indicaciones. Le había dicho que tendrían un invitado, pero no había especificado quién era y estaba segura que daba por hecho que sería Tomás.

—Susana —la llamó al entrar en la cocina. Tenía el estómago atenazado por los nervios—. ¿Conoces a Feran?

—Todo el mundo conoce a Feran —respondió Susana al tiempo que le lanzaba una mirada de extrañeza.

—Va a venir a cenar con nosotros —explicó ante la mirada sorprendida de Susana—. Cuando llegue, quiero que le hagas pasar al salón. Mi padre y yo le

estaremos esperando.

—Como quiera, señorita Eva.

Aunque era evidente que le había sorprendido su petición, no dijo nada. Aún faltaban quince minutos para la hora en la que había citado a Feran pero Eva, impaciente, decidió bajar al salón para esperarle. Estaba tan nerviosa que sentía náuseas. Cuando llegó al salón, su padre ya se encontraba en él y se levantó en cuanto la vio entrar.

—Estás preciosa —la alabó con una sonrisa orgullosa—. Tomás es muy afortunado.

—¿To... Tomás? —tartamudeó Eva mientras una horrible sospecha empezaba a surgir en su mente—. ¿Qué tiene que ver Tomás en todo esto?

—¿Qué qué tiene que ver? —preguntó su padre con la sonrisa congelada en el rostro—. ¡Va a ser tu prometido! —exclamó—. ¡Claro que tiene que ver!

Ahora fue el turno de Eva de congelarse y palidecer mientras negaba con la cabeza y retrocedía unos pasos. Tragó saliva con dificultad, ya que notaba la garganta repentinamente seca.

—¿Se puede saber quién va a venir a pedir tu mano si no es Tomás? —exigió su padre con furia al verla palidecer y negar con consternación.

—Feran —contestó Eva con un hilo de voz.

—¿Feran? —preguntó su padre horrorizado—. ¿Feran, el *bastardo*? ¿Ese Feran? ¿Es algún tipo de broma?

—No es un *bastardo* —replicó Eva ofendida por la palabra—. Traerá los documentos necesarios para demostrarlo.

Su padre empezó a reírse de forma histérica, mientras se enfurecía cada vez más.

—Va a traer los documentos... ¡y crees que eso va a marcar alguna diferencia! —exclamó con furia—. Ni siquiera tiene donde caerse muerto.

—Ha conseguido una pequeña fortuna —replicó Eva con voz tensa.

—Con el contrabando —escupió su padre con rabia—. ¿Eso es lo que pretendes? ¿Casarte con un contrabandista? ¡Cómo he podido estar tan ciego! ¡En qué momento te has relacionado con ese bastardo! —exigió saber acercándose a ella con las manos cerradas en un puño como si tuviera que contenerse para no golpearla.

—Me dijiste... que estabas de acuerdo con mi decisión —le recordó Eva con angustia, mientras retrocedía asustada.

—¡Porque pensaba que te ibas a comprometer con Tomás! —exclamó él a

su vez con rabia.

—¡No soporto a Tomás, padre! —confesó Eva mientras enrojecía de angustia.

—Pues aprenderás a soportarlo —le anunció su padre con prepotencia.

Feran, ajeno a lo que allí ocurría, llegó antes de la hora y llamó a la puerta de la casa con nerviosismo. Aunque ella le había asegurado que su padre estaba de acuerdo con el compromiso, él tenía sus dudas.

—Buenas tardes, señor Feran —saludó Susana al abrirle la puerta.

—Anderson —corrigió él, lo que hizo que Susana le mirara con extrañeza.

—Feran Anderson. Ese es mi nombre completo.

Ella le miró con sorpresa, pero no añadió nada más. Le hizo un gesto para que pasase y le acompañó hasta la puerta de la sala. En el interior se oía el murmullo de las voces de Eva y de su padre.

—Le están esperando.

—No me anuncies, entonces —le pidió Feran haciéndole un gesto para que se marchara. Susana permaneció, indecisa, con la mano en la puerta.

—Dices que me están esperando ¿no? —preguntó Feran con una sonrisa torcida. Sabía que la muchacha no le aprobaba y, en cierta manera, disfrutaba con ello.

Susana afirmó despacio con la cabeza.

—Entonces no hará falta que me anuncies —replicó él con una sonrisa y le hizo un gesto para que se apartara.

Susana dudó durante unos segundos y al final accedió. Se alejó de la puerta para dejarle pasar. Feran respiró profundo durante unos segundos para tranquilizarse. Le parecía increíble sentir más miedo ante la presencia del padre de Eva que durante los años que había practicado el contrabando.

Apoyó la mano en el picaporte de la puerta para entrar en el salón cuando el volumen de las voces se elevó lo suficiente para permitirle escuchar con claridad lo que decían:

—¿Qué se supone que le voy a decir a Feran cuando venga? —preguntaba Eva con voz tensa.

—La verdad —le respondió su padre con voz ácida—. Que nunca has tenido intención de casarte con él porque no está a tu altura. Me parece

increíble que un hombre como él haya creído, por un momento, que podría aspirar a casarse contigo. Le dirás que te vas a casar con Tomás y que él ha sido un simple entretenimiento.

Eva se sintió sobrecogida ante las palabras de su padre. ¿Cómo la creía capaz de decirle a Feran algo semejante? ¿Qué clase de mujer pensaba su padre que era? Sin poder creerse lo que su padre le estaba sugiriendo, preguntó con voz estrangulada:

—¿Y qué sugieres que le diga para explicarle por qué le he hecho venir con el pretexto de pedir mi mano?

—Le dirás la verdad, que solo buscabas humillarle y reírte de él —sentenció su padre.

Eva le miró horrorizada. ¿Cómo la creía capaz de semejante crueldad? Tomó aire para responder a su padre de la forma más adecuada y darle a entender que amaba a Feran, y que nada de lo que dijera o hiciera iba a hacerle cambiar de opinión.

Feran al otro lado de la puerta palideció con dolor. No necesitaba escuchar más. Pensar que lo que pretendía era humillarle hizo que se enfureciera. ¿Cómo podía haber pensado que era distinta a su prima? Era peor que ella. Por lo menos Sofía no escondía su verdadera naturaleza. Asqueado, se dio la vuelta para abandonar la casa.

—¿Se va? —le preguntó Susana con sorpresa cuando pasó a su lado como una exhalación rumbo a la salida.

—Sí. He cambiado de opinión —explicó Feran con desdén—. No le digas a tu señora que he venido. No merece la pena.

Mientras tanto en el salón, Eva miraba a su padre horrorizada.

—No pienso decirle nada de eso. Es una cruel mentira y, desde luego, no pienso comprometerme con Tomás —afirmó con voz temblorosa.

—Si me desafías y sigues adelante con esa locura, te echaré a la calle —la amenazó su padre, furioso.

—No me importa —replicó Eva con orgullo, aunque por dentro estaba temblando de miedo.

Su padre se acercó hasta ella y, preso de la ira, le cruzó la cara de un bofetón, lo que provocó que cayera al suelo a sus pies.

—¡Vete entonces con ese desarrapado! —rugió su padre enfurecido—. Si algo te puedo asegurar es que no voy a permitir que ese hombre ponga un pie en esta casa. ¡Susana! ¡Susana! —empezó a llamar a gritos.

—¿Qué ocurre, señor! —exclamó Susana al entrar en el salón, asustada por las voces.

—¿Conoces a Feran? —le preguntó el señor Espina con furia. Ella palideció mientras asentía.

—Bien —dijo el padre de Eva—. Bajo ninguna circunstancia quiero que ese hombre ponga un pie en esta casa. ¿Está claro? Si me desobedeces te echaré a la calle.

Susana asintió con temor. Miró a su señora, que lloraba de rodillas en el suelo mientras se tapaba una de las mejillas con la mano. No se atrevió a confesar que Feran ya había estado allí por miedo a las consecuencias. Eva se levantó despacio del suelo, dejó escapar un sollozo angustiado y, sin mirar a su padre a la cara, salió del salón con rapidez.

—Que no salga de su cuarto —ordenó su padre a Susana—. Si ese hombre se atreve a venir a esta casa, no le permitas el paso y avísame de inmediato.

Susana hizo un gesto de asentimiento y salió tras la señorita Eva; sin embargo, ya era tarde. Consternada, comprendió que la joven ya había abandonado la casa. No se atrevió a decir nada al señor Espina, así que cuando este le preguntó dónde estaba Eva, solo pudo contestar con un hilo de voz:

—En su cuarto.

V

Feran estaba furioso y dolido. Notaba un dolor punzante en el corazón como jamás había sentido. Se dirigió a la taberna dando tumbos con la idea de emborracharse. Estaba conmocionado. En cuanto entró en la taberna, una prostituta se acercó hasta él para ofrecerle sus servicios.

—En mi casa. No quiero follarte aquí —le ordenó mientras tiraba de ella para besarla. Le metió la lengua hasta la garganta. Quería exorcizar a Eva de su cuerpo. Olvidar el sabor de sus besos. Poseer a esta mujer en su cabaña. En el mismo lugar donde se había enamorado de Eva. Recuerdos de ella en su cabaña invadieron su mente, de cómo le había cuidado durante su enfermedad. Los repelió con repugnancia. Llevó a la mujer casi a rastras, tal era la urgencia que tenía de sumergirse en su cuerpo. Necesitaba arrancar el recuerdo de Eva de su cuerpo, de su alma. Borrar sus besos con otros besos. Inhalar el aroma de otra piel hasta anular sus recuerdos.

—No corras tanto —jadeó la mujer, molesta, mientras trataba de caminar a su mismo ritmo—. Vaya prisa que tienes.

—¡No hables! —le ordenó Feran en cuanto llegaron a la cabaña.

En ese momento su voz le molestaba porque no era la de ella. Su olor le molestaba porque no era el de ella. Cerró los ojos, porque hasta su visión le molestaba porque no era la de ella. Maldita fuera y mil veces maldita por haber hecho que se enamorara de ella para luego traicionarle.

Comenzó a besar a la mujer, pero sus besos no le saciaban como los de Eva. Le levantó las faldas con violencia y se introdujo entre sus piernas. Se desabrochó el pantalón para poseerla. Quizás así dejase de pensar en Eva.

—¡Feran! —Un gemido angustiado desde la entrada hizo que se detuviera. Se giró hacia la puerta y la vio. A Eva. A la zorra traicionera. A la mujerzuela que seguro que se creía mejor que la prostituta que tenía entre sus brazos y, sin

embargo, no lo era. Con toda la frialdad de la que fue capaz penetró a la prostituta sin apartar sus ojos de los de Eva. Pareció que un gesto de dolor cruzó su rostro al verle, sin embargo, en el mismo instante que ese pensamiento se formó en su mente, lo desechó.

Eva sintió cómo su corazón se rompía en mil pedazos ante la escena que tenía lugar frente a sus ojos. Feran ya no la miraba. Empujaba una y otra vez en el cuerpo de la mujer. Su respiración se había convertido en jadeos. Pasados unos minutos que a Eva se le hicieron interminables, Feran se giró hacia la puerta y la vio inmóvil y pálida frente a él. Eva estaba en estado de *shock*. No entendía lo que estaba pasando. Su mundo se derrumbaba ante sus ojos y no comprendía el motivo. Feran, al ver que no se iba, le lanzó una mirada cargada de odio.

—¿Aún estás ahí? —le preguntó con acidez entre jadeos entrecortados sin dejar de empujar una y otra vez en el cuerpo de la prostituta—. Si quieres, puedes esperar tu turno. Ya estoy acabando—afirmó con crueldad, hasta que tras unos empujones más se corrió en el cuerpo de la mujer.

Sus crueles palabras sacaron a Eva de la inmovilidad en la que estaba sumida. Abandonó la cabaña trastabillando. No llegó muy lejos. Apenas se había alejado unos metros cuando las náuseas la doblegaron. Cayó al suelo de rodillas y vomitó. Las lágrimas se mezclaron con el vómito y mancharon su vestido. No supo cuánto tiempo permaneció arrodillada, hasta que una mano se posó en su hombro:

—¿Estás bien? —le preguntó con mirada triste la mujer que había estado con Feran—. Lo siento. Es duro que te rompan el corazón.

Eva la miró a los ojos y deseó odiarla. Sin embargo, no pudo. Ella no tenía la culpa. No era ella la que acababa de apuñalar su corazón.

—Ven —le dijo la mujer al tiempo que la ayudaba a levantarse—. ¿Dónde vives? Te acompaño.

—No, gracias —susurró Eva humillada—. Yo... prefiero volver sola.

Ya era bastante humillante que la hubiera visto en esas condiciones, pero que la ayudara, era demasiado. No era culpa de esa mujer, pero no soportaba la idea de permanecer junto a ella ni un instante más. Con esfuerzo, se levantó y lentamente emprendió el regreso a su casa. A pesar de que no le importaba que cualquiera pudiera verla, logró llegar a la casa sin encontrarse con nadie. Subió despacio las escaleras y entró en su cuarto como una autómatas.

—Señorita Eva —exclamó Susana cuando la vio—. Estaba muy

preocupada.

A Eva se le aflojaron las rodillas y se derrumbó en el suelo.

—Déjeme que la ayude —murmuró Susana al tiempo que se acercaba a ella y la ayudaba a levantarse—. Su padre no sabe que salió de la casa —le informó mientras la ayudaba a quitarse el vestido manchado de barro y de vómito para ponerse el camión—. Sobre Feran... —comenzó Susana con la intención de contarle que había estado en la casa. Sin embargo, antes de que pudiera decir nada, Eva la interrumpió:

—No digas nada —murmuró con voz enronquecida y temblorosa—. Mi padre tenía razón. Jamás debí poner mis ojos en él.

Las semanas pasaron para Eva como en una nube. Seguía sin creerse lo que había sucedido. Seis meses había esperado por él engañada por una vil mentira, ya que era evidente que jamás la había amado. No entendía por qué le había hecho creer que se casaría con ella para luego engañarla de aquella forma tan cruel.

Su padre pensaba que ella había aceptado que jamás podría casarse con Feran. Se había alegrado cuando había comprendido que Feran al final no se había presentado para pedir su mano, y estaba seguro de que, con el tiempo, Eva acabaría aceptando a Tomás. Mientras esperaba que ese momento llegara, habló con Tomás y, aunque no le contó lo que había pasado, sí le dio a entender que su hija necesitaba tiempo antes de aceptar un posible compromiso.

Feran había abandonado el pueblo en su barco y nadie sabía de él. Los días se sucedieron uno tras otro, hasta que cuando ya habían pasado dos meses desde aquella aciaga noche, su padre se acercó hasta su cuarto para hablar con ella. Estaba sentada en una silla frente a la ventana. Intentaba leer un libro, aunque en la última hora no había sido capaz de pasar ni una sola página.

—Eva, creo que te he concedido tiempo más que suficiente para que superes ese enamoramiento absurdo —le anunció su padre al entrar en el cuarto.

—No voy a comprometerme con Tomás, padre —repitió ella con voz cansada, tal y como había hecho cada día durante los últimos dos meses. El hecho de que Feran no la amara no iba a hacer que se comprometiera con un

hombre al que no soportaba. La mera idea de tener con Tomás la misma intimidad que había compartido con Feran hacía que sintiera escalofríos de repugnancia.

—No quisiera tener que obligarte —la amenazó su padre enfadado—. He sido muy paciente durante estos dos meses. Sin embargo, mi paciencia está a punto de agotarse—. Pasó junto a ella, tenso, y le dio la espalda mientras admiraba desde la ventana los barcos que poblaban el puerto.

—Estoy dispuesta a irme de esta casa si pretende obligarme a aceptarlo —advirtió ella, orgullosa, al tiempo que se ponía en pie. Le tembló la voz, lo que restó un poco de empuje a su valiente afirmación.

—¿Adónde irías? —preguntó su padre mientras se giraba hacia ella con curiosidad y dejaba escapar una carcajada cruel—. No digas tonterías. No tienes dinero.

—Iré a donde sea —afirmó ella con orgullo—. Buscaré trabajo de criada, de costurera, de lo que haga falta.

—¿De prostituta también? Porque así es como acabarás si te vas de esta casa —le aseguró su padre con crueldad.

—¿Y casarme con Tomás no sería una forma de prostituirme? —exigió saber ella, ya que así lo sentía.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan desvergonzada? —preguntó su padre con furia—. Te desconozco, hija.

—¡Intenta venderme como si fuera ganado, padre! —exclamó ella con furia, mientras lágrimas de rabia se deslizaban por sus ojos—. Jamás me casaré con Tomás.

—Te casarás con quien yo te diga —exigió su padre. Se acercó a ella de forma amenazadora, la sujetó por los hombros y la sacudió con violencia. Ante su sorpresa, Eva se desvaneció en sus brazos.

Eva abrió los ojos y observó con perplejidad que estaba tumbada en la cama de su cuarto. Miró a su alrededor, desorientada. Lo último que recordaba era a su padre exigiéndole que se comprometiera con Tomás. Le vio de pie junto a la ventana. Le daba la espalda y por su postura comprendió que seguía enfadado.

—Padre —musitó—. ¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado? —repitió su padre con una risa amarga—. ¿En qué

momento pensabas contarme que te habías revolcado con ese hombre como una vulgar ramera? Con razón no querías casarte con Tomás: habría descubierto que ya no eras virgen.

Eva palideció sin atreverse a decir nada. No sabía cómo su padre podía haberlo averiguado, pero tampoco le dio la oportunidad de fingir que no sabía de qué le hablaba.

—¿Lo sabías? —le preguntó él mientras se acercaba a ella de forma amenazadora.

—¿Si sabía el qué? —repitió ella con un hilo de voz.

—Susana le ha contado al Dr. Mendoza que hace un par de meses que no manchas.

—¿Al Dr. Mendoza? —balbuceó Eva con consternación—. ¿Manchar?

—Sí —rugió su padre—. Si eres lo bastante desvergonzada como para actuar como una ramera, deberías saber que tus actos pueden tener consecuencias.

—¿Consecuencias? —Eva seguía sin entender lo que su padre le estaba insinuando.

—¡Estás embarazada! —gritó su padre con furia.

Eva permaneció inmóvil. No podía ser verdad. Solo había estado una vez con Feran. Era imposible.

—No. No puede ser —negó con incredulidad.

—¿Qué no puede ser? Eso es lo que a mí me hubiera gustado. —Su padre se pasó las manos por el pelo con frustración. Se giró hacia la ventana y se cruzó de brazos tratando de tranquilizarse—. He escrito a la madre superiora del convento de las Clarisas para saber si están dispuestas a acogerte hasta que tengas a tu hijo. Cuando nazca... lo entregarás en adopción.

Un jadeo ahogado siguió a las palabras de su padre. Tragó con consternación. Sentía la garganta reseca. La idea de tener un hijo la aterrorizaba. No estaba preparada. Era demasiado joven y no tenía marido. Sabía que todo el mundo la rechazaría.

—¿Cuándo debo irme? —susurró con temor. Sabía que era la única solución.

—Espero que en unos días tengamos la respuesta de la madre superiora —le informó su padre, un poco más tranquilo al ver que no se oponía a sus planes—. En el momento que sepamos que te aceptan, partirás. Permanecerás en el convento hasta que nazca tu hijo y se lo entregaremos a las monjas. A

nuestros conocidos les diremos que has vuelto a la capital. Veremos qué explicación le doy a tu tía para que nos apoye —le explicó su padre con rigidez.

—De acuerdo, padre —aceptó ella con resignación. Sabía que era lo único que podía hacer. Quedarse a su hijo no era una opción.

Dos días después llegó la respuesta de la madre superiora. Su padre, que llevaba sin dirigirle la palabra desde la conversación sobre su embarazo, se acercó hasta su cuarto y solo le ordenó:

—Prepara la maleta. Te vas esta misma tarde para el convento.

Eva se sentía como si todo le estuviera ocurriendo a otra persona. No podía creer que realmente estuviera embarazada. No sentía nada distinto ni especial. Siempre había creído que el embarazo sería una sensación de felicidad y, sin embargo, no sentía ningún amor irrefrenable hacia el hijo que portaba en su vientre. Al contrario, estaba de acuerdo con la idea de entregarlo. Había amado a Feran. En realidad, si era sincera consigo misma, a pesar de su traición, aún lo amaba. Había intentado de forma infructuosa arrancárselo del corazón y no estaba dispuesta a ver su vida destrozada por un hijo por el que en aquel momento no sentía nada. Así que, cuando su padre se lo ordenó, hizo la maleta sin dilación y sin protestar. Cuando salió del cuarto, se encontró con Susana que también portaba una maleta.

—¿Qué haces, Susana? ¿Para qué es esa maleta? —preguntó con sorpresa.

—Es la mía —afirmó Susana con orgullo—. No quiero abandonarla, señorita Eva. Permítame que la acompañe.

—No sé si mi padre lo permitirá —respondió Eva con una sonrisa triste—. Aunque me encantaría que me acompañaras. Así no me sentiría tan sola.

Finalmente, su padre accedió a que Susana la acompañara para evitar que viajara sola, puesto que él no estaba dispuesto a acompañarla. La despidió de forma fría. Aún no la había perdonado por acostarse con aquel hombre y quedarse embarazada.

Eva y Susana subieron al carruaje, que emprendió el camino hacia el convento. Permanecería en él hasta que diera a luz.

Los días se sucedieron uno tras otro hasta convertirse en semanas y las semanas se convirtieron en meses. Eva notaba la vida que crecía en su interior y cada vez se sentía más renuente a entregarlo. Su padre la visitaba cada pocas semanas, aunque era evidente que aún no la había perdonado; sin embargo, habían logrado alcanzar una pequeña tregua. En una de esas visitas Eva decidió contarle lo que desde hacía tiempo le carcomía el corazón, hasta tal punto que era en lo único en lo que pensaba día y noche.

—Padre... —comenzó a decir. En ese momento el niño le dio una patada que la hizo doblarse por el dolor.

—¿Qué te ocurre, hija? —le preguntó su padre con preocupación, al tiempo que se arrodillaba a su lado.

Eva no pudo hablar por el dolor. El niño no cesaba en sus movimientos, así que cogió la mano de su padre y la acercó hasta su vientre. Al notar los movimientos del niño bajo su mano, su padre la miró en estado de *shock*. Hasta ese momento, el niño había sido para él como algo irreal. Un concepto más que una realidad, pero al notar la vida que se abría camino bajo su mano, comprendió que lo que allí estaba era su nieto, carne de su carne, y sintió por primera vez cómo su decisión de entregarlo se tambaleaba.

—No puedo, padre —confesó Eva con un gemido.

—¿Qué es lo que no puedes? —preguntó él con confusión tras apartar la mano del vientre de su hija.

—No puedo entregarlo —suplicó angustiada—. No me obliguéis.

Él cerró los ojos con dolor. No quería escucharla. No quería que le hiciese dudar de su decisión.

—Es lo mejor —afirmó mientras trataba de convencerse a sí mismo, al tiempo que le dedicaba una mirada acusadora—. Estabas de acuerdo.

—Lo sé, padre —reconoció ella mientras negaba con frustración—. Ya no puedo.

—¿Y qué propones? —preguntó él, al tiempo que se levantaba y comenzaba a pasear de un lado a otro y a gesticular nervioso—. ¿Pretendes volver con tu hijo al pueblo como si nada? ¿Sabes lo que dirían de ti? ¿Cómo te tratarían?

La mente de Eva se llenó de imágenes de amigos y conocidos tratándola con desprecio lo que le provocó un estremecimiento. Sabía que él tenía razón. Si se quedaba con su hijo se convertiría en una paria. Su padre se acercó hasta ella y le pasó la mano por los cabellos con dulzura, como cuando era una niña.

—No pienses en eso ahora —le pidió su padre—. Lo hablaremos más adelante. Aún hay tiempo.

Sin embargo, los días pasaron y, antes de que se dieran cuenta, llegó el día. Tras horas de sufrimiento, por fin, el hijo de Eva llegó al mundo.

—Es una niña —le dijeron al abuelo las monjas mientras se la mostraban. Al verla tan diminuta y a la vez tan hermosa, Rodrigo Espina no tuvo corazón para entregarla.

—Llévesela a su madre —le ordenó a la monja que sostenía a su nieta entre los brazos.

—Quizás fuese mejor que la madre no la viera, por si se encariña —manifestó la monja con duda.

—Mejor lo hubiera pensado antes de traérmela a mí —replicó él con rabia—. Llévesela a la madre —le ordenó de nuevo—. No la vamos a entregar.

La monja le miró con asombro, sin dar crédito a sus palabras.

—Diremos que es la hija de una amiga —afirmó el padre de Eva—. Que su madre murió en el parto.

—Pero... nadie se lo creerá —adujo la monja.

—Puede ser, pero en mi presencia nadie se atreverá a contradecirme.

Pasados unos minutos con la decisión tomada, entró a la estancia donde descansaba su hija, agotada por el esfuerzo.

—Padre —suplicó Eva.

—No vamos a entregarla —le anunció él, provocando que Eva prorrumpiera en sollozos mientras abrazaba a su hija.

—Gracias —susurró.

—Ella es sangre de mi sangre. Te prometo que siempre la protegeré. En cuanto a ti...

—No me casaré con Tomás —anunció Eva con voz temblorosa.

—¿Ni siquiera si te dijera que de eso depende que la niña se quede contigo?

Eva le miró con duda. No acertaba a entender si ese era el precio que le exigía a cambio. Miró a su hija y, en ese mismo instante, lo tuvo claro:

—No me casaré con Tomás, y si ese el precio para que nos admita en su casa, ambas nos iremos.

—¿Y a dónde irás? —preguntó su padre con amargura—. ¿A trabajar de fulana?

—Hay muchos trabajos honrados que podría desempeñar —exclamó

indignada.

—Hablaemos más adelante —claudicó al final su padre con un suspiro cansado—. No es el momento de hablar de estas cosas. Tienes que recuperarte. Si vamos a volver al pueblo, no quiero que nadie te vea con ese aspecto.

—¿Qué aspecto?

—El aspecto de haber dado a luz a un niño.

Los días pasaron con lentitud y Eva cada vez estaba más recuperada. Bautizaron a la niña en la capilla del convento. La llamaron Lucía, como su abuela. Era un bebé adorable que lo único que hacía era comer y dormir, y Eva cada día la amaba más.

Un mes después de haber dado a luz, su padre le explicó lo que había planeado para que nadie sospechara del origen de la niña. Había hecho correr por el pueblo rumores de que un viejo amigo había muerto en un accidente junto con su yerno y su hija, que acababa de dar a luz, por lo que habían dejado un bebé que, al no tener familia, había acabado en el convento de las Clarisas. Estas, sabedoras de su amistad con el abuelo de la criatura, le habían pedido que se hiciera cargo de la niña.

Lo habló con el padre Herminio y lo comentó con alguna chismosa del pueblo. Les expresó sus dudas sobre hacerse cargo del bebé, sobre todo sin estar allí su hija para ayudarlo. Pronto, todos sus conocidos estuvieron al tanto de la situación y le conminaron a hacerse cargo de la niña. Era su deber cristiano. Sabio, manifestó su incapacidad para ocuparse él solo de una criatura recién nacida, y pronto le recomendaron que hiciera volver a su hija para que le ayudara. Se haría de rogar unas semanas, para dar tiempo a que Eva se recuperara, y al final anunciaría que Eva volvería al pueblo para ayudarlo con la niña.

—La boda de tu prima Sofía es el mes que viene —le recordó su padre.

Poco después de que abandonara el pueblo tras descubrir que estaba embarazada, Saúl Pedralbes había vuelto de la ciudad y se había celebrado el compromiso con su prima Sofía y acordado la fecha de la boda.

—Tendrás que volver antes de la boda y tendremos que contratar un ama de cría para Lucía.

—Quiero darle el pecho a mi hija —se quejó Eva—. Sé que no es lo que se espera de mí, pero lo deseo.

—No puedes amamantar a un niño porque tú nunca has tenido un niño —le recriminó su padre con crueldad—. ¿O lo has olvidado?

Eva palideció, pero al final no pudo hacer otra cosa más que asentir.

—Nadie puede saber que tú eres la madre —le exigió su padre—. Más adelante, si quieres, podrás adoptarla. No obstante, ahora mismo no es nada tuyo, ¿lo entiendes? Es el precio que deberás pagar si deseas quedarte con ella.

Las lágrimas se agolparon en los ojos de Eva. Sabía que su padre tenía razón, aunque eso no impidió que le doliesen sus palabras.

—Contrataremos una niñera también —continuó—. Las contrataré yo a ambas. Vendré con ellas para llevarme a la niña. Una semana después, irás tú.

—Pero... —comenzó a protestar Eva.

—¿Prefieres ir tú primero y dejar a la niña con las monjas?

El recuerdo de la madre superiora intentando convencerla para entregar a su hija acudió a su mente y le provocó una ola de escalofríos. No se fiaba. No se atrevía a dejar allí a su hija. Temía no verla más.

—No podéis llegar juntas al pueblo —le recordó su padre—. No quiero que haya la más mínima sospecha de tu relación con ella. ¿Lo entiendes?

—Júreme que no se deshará de ella, padre —le suplicó Eva con voz ronca.

—Te he dado mi palabra —le recriminó su padre con altanería—. ¿Estas dudando de mi honestidad?

Eva negó mientras las lágrimas se derramaban por sus ojos.

—No, padre. Perdóneme.

—Está bien. En unos días vendré a buscar a la niña —le anunció como despedida.

Una semana después, tal y como le había advertido, su padre regresó para llevarse a la niña. Le acompañaban la niñera y el ama de cría. Ya le había advertido a Eva de que no debían verla bajo ningún concepto. Ni la niñera ni el ama de cría debían saber que ella era la verdadera madre de la niña. Solo Susana, Eva y él lo sabrían. Las monjas le explicaron al ama de cría que la anterior nodriza de la niña era una joven descarriada que había perdido a su hijo en el parto y que no tenía valor para despedirse de la niña. Eva los vio irse desde la ventana con el corazón en un puño. Un par de días era el plazo de

espera indicado por su padre antes de volver al pueblo.

Al cabo de ese par de días, se despidió de las monjas y se montó en el carruaje que la devolvería a su vida, aunque estaba segura de que ya nada sería igual.

Olivia cerró la maleta con el corazón roto. Si quería que alguna vez su corazón se recompusiera, debía alejarse.

—¿Has acabado con la maleta? —le preguntó su madre sin esforzarse en disimular su falsa alegría.

—Sí, madre —afirmó ella con tristeza—. ¿Le dirás...

—No —la interrumpió su madre con enfado—. No le pienso decir nada. No se lo merece.

Olivia suspiró con tristeza. Se colocó uno de sus rojos cabellos que se había escapado del apretado moño y dirigió sus ojos verdes hacia su madre. Sabía que ella tenía razón, pero eso no impedía que doliera. Deseaba... deseaba que él supiera de su partida y se lo impidiera. Sin embargo, también era consciente de lo ingenuo que resultaba ese pensamiento. Él ya había escogido y no había sido a ella precisamente.

Los recuerdos la inundaron. No era capaz de reproducir un solo momento de su vida en el que Saúl no estuviera. Habían crecido juntos en esa casa. El hijo de los señores y la hija de la cocinera. Debería haber sabido que él jamás la habría escogido. Sin embargo, se había engañado a sí misma durante demasiado tiempo.

—Lo siento, Olivia —le había dicho meses atrás con frialdad—. Sabes que lo nuestro no es posible. Lamento si te he hecho pensar otra cosa.

Ella le había mirado con dolor. Había sido una ingenua al pensar que la amaba, que estaría dispuesto a enfrentarse a todos por ella.

—Me he comprometido con Sofía Alcántara —le anunció él con cierta soberbia—. Así que te pediría que cuando estemos delante de otras personas no me llames Saúl ni muestres demasiada confianza; puede dar lugar a malos entendidos.

Olivia sintió cómo la humillación le recorría todo el cuerpo. En todos los años que se conocían jamás la había hecho sentirse inferior a él, sin embargo, en ese momento, lo estaba logrando. Por primera vez le vio como

lo que realmente era: el heredero. Saúl le recorrió el cuerpo con la mirada, de la misma forma que la tarde anterior lo había hecho con sus manos y consiguió que ella se sintiese sucia. Se encogió un poco sobre sí misma, deseando desaparecer.

De pie, frente a ella, le pareció mucho más alto de lo que en realidad era. Delgado, de cuerpo fibroso, con el cabello rubio y los ojos azules, a ella siempre le había recordado a un ángel.

—¿Cómo debería llamarte? —preguntó con la voz empañada por las lágrimas no derramadas—. ¿Señor?

—Señor Pedralbes, por supuesto —afirmó él con prepotencia—. Cuando nos encontremos a solas, puedes seguir llamándome Saúl. No me importa.

Olivia asintió avergonzada.

—¿Lo que pasó ayer...? —se atrevió a preguntar con la voz quebrada. Recordaba cada uno de sus besos, de sus caricias. Con toda seguridad, si no les hubieran interrumpido, se hubiera entregado a él.

Saúl la miró con una cínica sonrisa para, a continuación, pisotear su corazón.

—Creo que no deberías darle más importancia de la que tiene. Eres una joven muy deseable, estoy seguro de que no soy el primero que te lo dice ni que hace algo al respecto. Lo mejor será que lo olvidemos. Fue un arrebato, pero te aseguro que no se volverá a repetir.

—Habías dicho que me amabas —balbuceó Olivia humillándose aún más—. Antes de irte al internado —murmuró con consternación—, me pediste que te esperara.

—Era un crío, Olivia. No puedo creer que pensaras que lo decía en serio. —La miró con gesto altivo—. Y tampoco creo que me hayas esperado. Seguro que no soy el primero al que entregas tus besos y tus caricias. Si no estuviera comprometido, quizás tomaría lo que tú tan alegremente me has ofrecido, pero quiero serle fiel a mi prometida.

Olivia enrojó aún más avergonzada. No sabía si él estaba siendo tan cruel de forma deliberada o solo era tan egoísta que no comprendía el daño que le estaba haciendo. La hizo sentirse como una prostituta y le odió por ello.

Por eso, en aquel mismo instante estaba haciendo la maleta para irse de la casa. Llevaba meses disimulando. Se había distanciado de él y le llamaba señor Pedralbes tal y como él le había pedido. No le había vuelto a llamar

Saúl, puesto que había procurado no volver a encontrarse con él a solas. Verle cada día con su prometida le estaba destrozando el corazón y ya no lo soportaba más. Había hablado con su madre. Le había confesado sus sentimientos y ella la había animado a poner tierra de por medio.

—He hablado con Feran —le explicó su madre con tristeza—. Está dispuesto a llevarte a bordo. Me ha prometido que te ayudará a volver a empezar.

—¿Feran? —preguntó Olivia con extrañeza. Si bien le conocía, nunca había hablado con él—. Pensé que no estaba en el pueblo. No sabía que le conocías.

—Viene de vez en cuando. No suele llevar pasajeros, pero le he convencido y está dispuesto a hacer una excepción.

—¿De qué le conoces? —preguntó Olivia con extrañeza.

—Cuando llegó al pueblo con su madre hubo un terremoto y ella falleció. —Se adivinaba un halo de tristeza en las palabras de su madre—. Casualmente, yo llegué a verle con ella, así que cuando tratamos de encontrar su cuerpo, le ayudé. Solo tenía tres años. Nunca lo ha olvidado.

—De acuerdo, madre. En unos meses volveré —afirmó con un suspiro—. En cuanto lo haya superado.

—¡No! No quiero que regreses. Feran te llevará con su familia. Quiero que empieces una nueva vida y no vuelvas jamás.

—Pero madre... si pregunta...

—No le diré dónde estás —afirmó su madre con determinación—. Debes olvidarle.

—Lo sé, madre —acordó Olivia, aunque no creía que le fuera a resultar tan fácil.

Sabía que su madre nunca había estado de acuerdo con aquella amistad. Pese a que la había advertido en numerosas ocasiones, Olivia nunca había querido hacerle caso. Ahora se daba cuenta de lo ingenua que había sido. Comprendió que, en realidad, él tenía razón: no era el niño que recordaba. Durante todos estos años había cambiado. El Saúl que ella recordaba nunca la hubiera despreciado ni tratado con tanta crueldad. Lo único que podía hacer era alejarse y tratar de olvidar.

VI

Cinco años más tarde.

Eva se limpió las manos sudorosas en el vestido de luto. Tenía que resistir. Necesitaba hablar con Saúl. Él la ayudaría y estarían a salvo. Apretó la mano de su hija, de pie a su lado. La homilía llegaba a su fin y Eva no se había enterado de nada. Se le empañaron los ojos al ver el féretro frente a ella.

Casi todo el pueblo se había congregado en la iglesia para despedir a su padre. Había sido un hombre muy querido. Sabía que Saúl estaba allí mismo, sin embargo, no era capaz de verlo. Necesitaba hablar con él a solas. Tomás había tenido el atrevimiento de sentarse a su lado y nadie había dicho nada, como si todo el mundo pensara que tenía algún derecho sobre ella. Se ahogaba. Su cercanía le producía náuseas. Si no salía pronto de allí, vomitaría.

El padre Herminio pronunció las últimas palabras y Eva notó cómo alguien la tomaba por el codo. ¿Qué pasaba? ¿Quién era? ¿Su tía? Tenía la cabeza embotada. El funeral. Tenía que centrarse. Saúl. Giró el rostro y con asco fue consciente de que la persona que la tenía sujeta por el codo era Tomás. La bilis subió por su garganta y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para fingir que su contacto no le repugnaba. Se levantó con rapidez para apartarse de él y siguió al cortejo fúnebre. Con lentitud, caminaron hasta el cementerio. A su lado, su hija lloraba quedamente.

«Aguanta. Aguanta», se repitió a sí misma. «No puedes derrumbarte ahora. No ahora».

Su tía caminaba a su lado y Eva se apoyó en ella. Trataba de alejarse lo más posible de Tomás. No había vuelto a tocarla, pero sentía su presencia a su lado. Temblaba de miedo; de asco. Tuvo que taparse la boca con la mano al

sentir como una carcajada histérica trepaba por su garganta. Él no lo sabía, pero jamás la tendría. Antes se escaparía.

—Sé fuerte, sobrina —le susurró su tía al notar que temblaba, pensando que era por el dolor por la muerte de su padre.

Tenía poco tiempo. Necesitaba estar segura de que Saúl la ayudaría. Tenía que convencerlo, porque si él no la ayudaba, no tenía a quién más recurrir. Al finalizar el entierro, fingió un gran malestar y le suplicó a su tía que la dejaran sola. Quería evitar que Tomás pudiera acercarse a darle el pésame. No soportaría que la tocara de nuevo. Su tía la abrazó, comprensiva, y la condujo hasta el carruaje que las devolvería a su casa.

—Tía —murmuró con angustia al tiempo que se aferró a su mano. No se podía quedar sola—. ¿Te quedarás unos días conmigo? —Esperaba que la presencia de su tía, detuviera a Tomás el tiempo suficiente para que Saúl la ayudara.

—Sí, querida, por supuesto —afirmó su tía con tristeza—. No te preocupes. No te dejaré sola.

Subieron al carruaje que las llevó hasta su casa. Al entrar, Eva fingió un gran malestar. Necesitaba escabullirse.

—No me encuentro bien, tía —murmuró. Hizo un gesto como si se mareara y se fuera a desmayar para darle más credibilidad a sus palabras—. Y Lucía tampoco se encuentra bien. Ambas deberíamos intentar dormir un poco.

—Le diré a Susana que se haga cargo de ella —le sugirió su tía.

—No hace falta —repuso Eva con rapidez. No se atrevía a separarse de su hija. Sabía que con toda seguridad estaba siendo paranoica, pero no pensaba arriesgarse—. Se quedará en mi cuarto. Me tranquiliza tenerla cerca.

—Como quieras —claudicó su tía después de lanzarle una mirada desconcertada. Con toda seguridad pensaba que su comportamiento era extraño, pero a Eva no le importaba. Se despidió de su tía y subió con Lucía hasta el cuarto. Una vez allí, le susurró con complicidad:

—Vamos a jugar a un juego. Le vamos a hacer creer a la tía María que estamos durmiendo, pero en realidad vamos a ir a casa de Saúl.

Le lanzó una fingida risa cómplice, como si realmente fuera un juego y no su vida de lo que estaban hablando. Su hija Lucía, con la cara manchada por los rastros de las lágrimas, sonrió y asintió con la cabeza, obedeciendo de inmediato.

En silencio, sin que nadie las viera, salieron por la puerta trasera de la

casa. Eva se cubrió la cabeza con un pañuelo y cubrió también la cabeza de su hija. Sabía que si se encontraban con algún conocido serían fácilmente reconocibles, pero tenía que arriesgarse.

—Apúrate, que la tía tiene que contar hasta diez antes de buscarnos —le murmuró a su hija antes de cogerla de la mano y correr hacia la casa de Saúl con el corazón en un puño. Faltaba tan poco, que solo pensar en no lograrlo le provocaba mareos.

En cuanto llegaron a casa de Saúl, llamaron a la puerta y la doncella que las recibió las hizo pasar al despacho para que esperaran mientras le avisaba de su llegada.

—¡Eva! No te esperaba —exclamó Saúl con asombro cuando entró en el despacho—. Y la princesa Lucía —añadió inclinándose con solemnidad ante la niña, como si estuviera en presencia de una princesa de verdad.

Lucía rio encantada, se acercó hasta él y se abrazó a sus piernas.

—Te quiero, Saúl —le dijo con esa dulzura que a Eva le rompía el corazón.

Saúl cogió a Lucía entre sus brazos para que estuviera a su altura, la abrazó y la besó con alegría. Al soltarla de nuevo, miró a Eva con gesto serio. No se imaginaba qué podría querer pero, por la angustia reflejada en su rostro, suponía que era algo importante.

—Tienes que ayudarme —le rogó Eva con desesperación—. Lucía, cariño, sal al patio a jugar. Saúl y yo tenemos que hablar.

Feran llegó a la casa de Saúl antes de tiempo. Esperaba que ya hubiera vuelto del funeral. Esa mañana le había explicado que había muerto alguien importante, sin embargo Feran no se había molestado en preguntar. No le interesaba. Saúl era el único amigo que tenía en el pueblo, y era uno de los motivos por los que aún se molestaba en regresar.

Mientras esperaba a que le abrieran la puerta, pensaba en las vueltas que daba la vida. Si alguien le hubiera dicho hacía unos años que sería amigo de Saúl Pedralbes, le hubiera tachado de loco. Aún recordaba el día que se había presentado en su cabaña, hacía casi tres años exigiendo saber el paradero de Olivia.

—¿Por qué quieres saberlo? —le había preguntado Feran con sorpresa

—. *¿Qué quieres de ella?*

—*No es de tu incumbencia —le había replicado Saúl con altanería.*

—*Ahí es donde te equivocas. Olivia me hizo prometer que no le diría a nadie su paradero, así que te puedo asegurar que tu interés es de mi total incumbencia —le respondió con una sonrisa irónica.*

Saúl le miró con rabia. Apretó los puños con furia y se tragó su desprecio para decirle con los dientes apretados:

—*Quiero saberlo porque la amo y... —Sus palabras se vieron interrumpidas por las carcajadas de Feran.*

—*¿La amas? —preguntó entre risas—. Curiosa manera de demostrar tu amor. ¿No estás casado con Sofía Alcántara?*

—*Mi matrimonio ha sido un error —afirmó avergonzado.*

—*No —negó Feran con crueldad—. Tu mayor error fue despreciar a la mujer que, según tú, amas.*

—*Buenos días, señor Anderson —saludó la doncella al abrirle la puerta, haciendo que Feran volviera al presente.*

—*¿Está Saúl en casa?*

—*Ahora mismo está reunido —le explicó la muchacha—. ¿Quiere esperar?*

—*Sí. Por supuesto. Hemos quedado para comer —contestó Feran—. Le esperaré en la biblioteca.*

No llevaba ni cinco minutos en la biblioteca cuando una risa alegre interrumpió sus cavilaciones. Acababa de llegar, y como siempre que visitaba ese maldito pueblo, le asaltaban unos deseos irresistibles de salir huyendo; por eso, permanecía muy pocos días en él, para evitar caer en la tentación de preguntar por ella, porque a pesar del tiempo transcurrido, aún sentía cómo la rabia le corroía el alma con solo recordarla.

Sabía que no se había casado con Tomás, a pesar de que era evidente que habían sido amantes y que había adoptado una niña, la nieta de un amigo de su padre; pero fuera de eso había evitado verla o cruzarse con ella. La risa que no cesaba le sacó de sus pensamientos y le atrajo como el canto de una sirena. No era un experto, pero le parecía la risa de una niña de corta edad. Hasta donde él sabía, en aquella casa no había niños, así que le pudo la curiosidad y salió a investigar.

Siguió el sonido de la risa hasta llegar a un patio interior con un pequeño estanque. Una niña pequeña jugaba con los peces e intentaba alcanzarlos con

la mano. Cuando estaba a punto de tocarlos, estos huían con rapidez y eso desataba su risa.

—Hola, niña —saludó Feran con suavidad para no asustarla.

La niña se giró hacia él y cuando lo hizo quedó impactado por su belleza. Apenas tendría cuatro o cinco años, no estaba muy seguro, ya que no entendía mucho de niños. Parecía una zíngara de largos cabellos negros ensortijados. Cuando dirigió sus ojos hacia él, le recorrió un escalofrío. Poca gente conocía con ese color de ojos, el mismo que veía en el espejo cada mañana. De un color verde tan claro que casi parecían azules. Tan impactado como le dejó el color de sus ojos, lo hizo su mirada, como si en vez de una niña estuviera frente a un adulto; como si esa niña hubiera visto más de lo que debería haber visto un niño de esa edad.

—¿Quién eres? —le preguntó la niña con cautela al tiempo que lanzaba miradas furtivas a su alrededor como si buscara una salida.

Feran la miró con curiosidad. ¿Quién era?

—Me llamo Feran.

La saludó con lo que intentó que fuera una sonrisa tranquilizadora sin moverse. Le dio la sensación de que, al mínimo gesto, la niña escaparía. Así que hizo lo único que se le ocurrió: se sentó en el suelo frente a ella.

La niña le miró con sorpresa al principio, y luego con una pequeña sonrisa. Le evaluó durante unos segundos, y al decidir que no era una amenaza, se giró para seguir jugando con los peces. Feran, al ver que la niña le ignoraba, se acercó despacio, con cuidado de no asustarla, hasta situarse junto a ella.

—¿Quieres que te coja uno? —se ofreció con suavidad.

La niña le miró y asintió con una sonrisa. Feran se quitó la chaqueta, se arremangó las mangas de la camisa y estudió los movimientos de los peces durante unos minutos. Cuando ya estuvo seguro. Se lanzó y atrapó un pez entre sus manos.

—¡Rápido! —le ordenó a la niña—. Tócalo antes de que se escape.

Con temor, la niña acercó la mano. Lo tocó con miedo al principio y luego con más confianza hasta que, por más que hizo Feran por retenerlo, el pez se escurrió de entre sus manos y se sumergió de nuevo en el agua. La niña rio con alegría al verlo nadar de nuevo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Feran con curiosidad.

—Lucía —contestó la niña con suavidad.

Al girarse frente a él, algo que llevaba entre las ropas brilló y llamó poderosamente la atención de Feran. Un anillo. Lo llevaba al cuello y colgaba de una simple cuerda. Feran lo cogió y lo sujetó entre sus dedos. Durante unos segundos se sintió transportado al pasado. Si no supiera que era imposible, hubiera jurado que era el mismo anillo que le había dado a Eva antes de su partida, el anillo de su padre. Un anillo con una calavera. No era una imagen muy común.

—¿Y este anillo? —le preguntó a la niña con voz ronca—. ¿De dónde lo has sacado?

—¡Es mío! —exclamó la niña asustada. Tiró del anillo, se apartó de Feran y lo escondió en el puño como si temiese que se lo fuera a robar.

—Claro, pequeña —murmuró Feran levantando las manos en señal de rendición—. Por supuesto que es tuyo. Solo preguntaba de donde lo has sacado, porque es muy bonito y a lo mejor puedo comprarme uno igual.

La niña negó mientras refulaba con aprensión sin dejar de sostener el anillo en su pequeña mano.

—Papá se lo dio a mamá y ella me lo dio a mí —murmuró la niña con voz llorosa como si temiese que fuera a quitárselo.

—¿Y dónde está tu mamá? —preguntó Feran con curiosidad.

—Está hablando con el tío Saúl.

Se preguntó quién sería la madre de la niña. Sintió cómo lo invadía una profunda tristeza. Esa niña, con esos ojos tan parecidos a los suyos propios; con un anillo similar al que un día le había dado a Eva... Recordó cómo había soñado con formar una familia con Eva y no pudo evitar sentirse invadido por la tristeza.

—Me voy —le dijo Feran a la niña. Necesitaba alejarse de ella. Le recordaba cosas que prefería olvidar. En el momento en que se disponía a alejarse de ella, oyó un ruido a sus espaldas.

—¡Saúl! —exclamó la niña con alegría al tiempo que pasaba como una exhalación junto a Feran para lanzarse a los brazos de Saúl.

—¡Princesa! —musitó su amigo mientras cogía entre sus brazos al pequeño diablillo.

Justo detrás de él, se veía a una dama que iba vestida por completo de negro. En ese momento, Feran se percató de algo a lo que no le había dado mayor importancia, y era que la niña también iba vestida por completo de negro. Debían venir del funeral del que le había hablado Saúl. Su amigo se

apartó con la niña en brazos, con la clara intención de presentarle a Feran a la mujer que le acompañaba. Sin embargo, antes de que pudiera pronunciar palabra alguna, la mujer miró hacia él y palideció al tiempo que lanzaba un gemido.

—Eva —saludó Feran con frialdad al reconocerla. Si tenía pensado fingir que no le conocía, no se lo iba a permitir.

—Feran —saludó ella con voz temblorosa mientras enrojecía.

Saúl miró de uno a otro con sorpresa. No sabía que se conocían.

—Fue hace mucho tiempo —explicó Eva con rigidez al ver su mirada de extrañeza.

—¡Mama! ¡Mama! —exclamó Lucía con entusiasmo—. ¡Feran cogió un pez para que lo acariciara!

La sonrisa que Feran había empezado a esbozar se congeló en su rostro cuando comprendió que Eva era la madre de Lucía. Una terrible sospecha empezó a germinar en su mente. Los ojos de la niña iguales a los suyos. El anillo que la niña afirmaba que pertenecía a su padre era tan similar al que un día había lucido en su propio dedo y que le había entregado a Eva hacía ya varios años que no pudo evitar apretar el medallón que colgaba de su cuello, el mismo que contenía el mechón robado de Eva. Lo conservaba para recordarse a sí mismo que no se podía fiar de ese tipo de mujeres, que eran todas unas traicioneras.

—Tenemos que irnos, Saúl —apresuró Eva, visiblemente nerviosa.

Volver a ver a Feran y hallarlo junto a su hija la había dejado descolocada. Estaba segura de que jamás sospecharía que era su hija, pero no quería correr ningún riesgo, así que se despidió de forma abrupta y se fue, no sin antes arrancarle a Saúl la promesa de que la ayudaría.

—No sabía que conocías a Eva —le comentó Saúl a Feran en cuanto quedaron a solas.

—Fue hace mucho tiempo —murmuró Feran pensativo—. ¿Esa niña es la que dicen que adoptó?

—Sí —afirmó mientras le miraba con extrañeza. Desde que se conocían jamás había mencionado que también conociera a Eva

—Era la nieta de un amigo del padre de Eva, ¿no? —continuó preguntando Feran mientras se dirigían al despacho.

Saúl le miró con abierta sorpresa, se sentó en la silla del despacho y afirmó con gesto extrañado:

—Desconocía que estuvieras tan al tanto de los asuntos de Eva.

—Este es un pueblo muy pequeño —afirmó Feran, al tiempo que se encogía de hombros—. Es que algo me comentó la niña sobre un anillo de su padre...

—¿El de la calavera? —preguntó Saúl con una sonrisa—. Es una baratija que le regaló un día Eva. Le daba pena que la niña no supiera de sus padres, así que se inventó la historia de que el padre de la niña se lo había dado a su madre y se lo entregó como recuerdo.

—Estabas reunido con ella, ¿qué quería? —le preguntó con fingido desinterés mientras se dirigía a la vitrina en que se hallaba el oporto. Necesitaba una copa con urgencia. Sentía la garganta repentinamente seca.

—Me ha pedido un favor —le explicó Saúl de forma dubitativa—, pero no quiero hacerlo.

—¿Qué favor? —preguntó Feran con curiosidad mientras se servía un vaso de oporto.

—Quiere que me case con ella —anunció Saúl, lo que provocó que Feran se quedara inmóvil con el vaso suspendido frente a su boca.

—¿Así, sin más? —preguntó con aparente frialdad, aunque una ola de rechazo recorrió su cuerpo. Se bebió el vaso de un solo trago y lo soltó de un fuerte golpe. Estaba furioso aunque no sabía por qué. Hasta hacía unos minutos, estaba convencido de que hacía años que se había librado del embrujo de aquella mujer.

—Tiene un gran problema a raíz de la muerte de su padre —le explicó Saúl—. Algo relacionado con la herencia. No ha querido explicarme todos los detalles, solo que necesita un marido de forma inmediata.

—¡No te puedes casar con ella! —exclamó Feran con rabia, lo que provocó que Saúl le mirara con sorpresa—. ¿Acaso no amas a Olivia? —le preguntó con furia sin darle tiempo a contestar—. ¿No buscas su perdón? ¿Pretendes conseguirlo casándote con otra?

—Lo sé—reconoció Saúl con incomodidad—, pero es algo que veo cada vez más imposible con el paso del tiempo. Además, Eva necesita mi ayuda. Se lo debo.

Feran sintió una oleada de celos tan grande que tuvo que hacer un esfuerzo para no golpearle. No comprendía qué le pasaba, de dónde provenía esa rabia que le asolaba y le impedía pensar con claridad.

—¿Por qué se lo debes? —preguntó en un intento de aparentar una cierta

normalidad.

—Prefiero no contártelo —afirmó Saúl, aunque lo único que consiguió fue que Feran tuviera mayores deseos de saberlo.

— Yo lo haré —afirmó Feran con dureza, mientras se servía otro trago.

—¿Qué es lo que vas a hacer? —preguntó Saúl con extrañeza.

—Me casaré con ella —afirmó Feran.

—No creo que Eva esté muy de acuerdo —comentó Saúl mientras miraba con sorpresa cómo Feran volvía a tomarse la copa de oporto de una sola vez.

—Sí —Acto seguido, volvió a llenar su copa y a bebérsela de nuevo. Sabía que lo que estaba diciendo era una locura, sin embargo, no lo podía evitar. No permitiría que Saúl se casara con ella—. Si no le queda más remedio, aceptará. Has dicho que necesita un marido con prontitud, ¿para cuándo exactamente?

—Para pasado mañana —reconoció Saúl.

—¿No es un poco exagerado? —preguntó con sorpresa—. ¿Cuál es el motivo del apuro?

—No quiso entrar en detalles —reconoció Saúl—, aunque la noté desesperada.

—Entonces, aceptará casarse conmigo—afirmó Feran con una sonrisa de satisfacción—. Si está tan necesitada de marido, no creo que pueda permitirse el lujo de escoger.

Saúl le miró extrañado durante unos segundos. No entendía la actitud de Feran. Era evidente que conocía a Eva. ¿Cuáles eran sus motivaciones? Feran, al darse cuenta de la manera en la que le miraba, le aclaró:

—Sabes que llevo un tiempo pensando en casarme.

—Lo sé —afirmó Saúl—. Ya me lo habías comentado, sin embargo... tomar una decisión así... tan precipitada. ¿De qué conoces a Eva?

—La conozco desde hace unos años. Yo busco una esposa y ella busca un marido. Creo que es la solución perfecta.

—No quiere que nadie lo sepa hasta que haya sucedido —le confesó Saúl—. Me ha citado en la iglesia pasado mañana. Ya ha hablado con el padre Herminio y está todo preparado. Por lo que me explicó, solo necesita al novio.

—¿El padre Herminio está de acuerdo? —preguntó Feran con asombro.

Nunca lo hubiera imaginado. El asunto debía ser más serio de lo que parecía si el párroco del pueblo estaba implicado y de acuerdo con toda la situación. El padre Herminio era un hombre severo, pero justo. Nunca se prestaría a hacer algo que no le pareciera correcto. Se preguntó a sí mismo por qué estaba dispuesto a casarse con ella, sin embargo, no obtuvo respuesta. Lo único que tenía claro era que la idea de que Eva se casase con otro hombre que no fuera él le provocaba un sentimiento de profundo rechazo. No lo permitiría. Finalmente, se dijo a sí mismo que era porque aún le guardaba rencor por su desprecio en el pasado, y que este matrimonio sería una oportunidad para vengarse de ella de forma definitiva. Si era sincero consigo mismo, aún le guardaba rencor por la humillación que había pretendido hacerle. De no ser porque aquel día había llegado a la casa antes de la hora y había oído la conversación entre Eva y su padre, se habrían reído de él sin ningún tipo de escrúpulos.

No sabía si el matrimonio que le había ofrecido a Saúl era solo de palabra, pero de lo que estaba seguro era de que el suyo no lo sería. Solo

pensar en poseerla de nuevo hizo que se endureciera. Creía que el paso del tiempo había matado su deseo por ella, sin embargo, los últimos acontecimientos le estaban demostrando lo equivocado que estaba. Era su oportunidad de hacerle pagar y no la desaprovecharía.

VII

Susana ayudaba a vestirse a Eva, que temblaba como una hoja.

—¿Estáis segura de lo que vais a hacer?

—No —negó Eva con voz temblorosa—, pero es lo único que se me ocurre para detener a Tomás. Está loco. Sería capaz de hacerle daño a Lucía para obligarme a cumplir sus deseos.

—Lo sé —afirmó Susana—, pero esto...

—Un matrimonio. Eso le detendrá —afirmó con desesperación. Intentó convencerse a sí misma de que funcionaría. En caso contrario... un escalofrío recorrió su cuerpo al pensar que ni siquiera eso pudiera detenerlo.

—¿Y si nos vamos del pueblo?

—Sabes que me perseguiría a dónde fuéramos. No serviría de nada —negó Eva mientras meneaba la cabeza con tristeza—. Está obsesionado y es muy rico. Podría permitirse el lujo de dedicar su vida a perseguirnos. Si esto no lo detiene, nada lo hará —reconoció angustiada—. Necesito que te quedes con Lucía hasta que todo acabe. Ten preparadas las maletas y no le abras la puerta a nadie, y menos a él.

—Está bien, señorita Eva.

Eva abandonó la casa vestida de aldeana y con un pañuelo cubriendo sus cabellos. Agachó la cabeza al pasar junto al hombre que había enviado Tomás para vigilarla y comprobó con alivio que no la reconocía. Con el corazón en un puño, se dirigió a toda prisa a la parroquia. La ceremonia tendría lugar en el propio despacho parroquial.

La primera vez que se lo había planteado al padre Herminio, este se había escandalizado, pero al final había estado de acuerdo. Si esto no le detenía, nada lo haría. Nerviosa, entró en el despacho parroquial. Con alivio, comprobó que Saúl había acudido. Había temido que no lo hiciera. Dos días

antes se había mostrado muy reticente a su propuesta y le había dado la impresión de que al final se iba a negar a ayudarla. Al verlo de espaldas, charlando con el padre Herminio, comprendió que sus temores habían sido infundados y respiró aliviada.

—Tendremos que esperar para ver si Eva está de acuerdo —decía en ese momento el padre.

—¿Si estoy de acuerdo con qué? —preguntó ella.

—Con un cambio de novio —anunció Feran mientras se giraba hacia ella.

Eva comprendió con horror que quien había pensado que era Saúl era en realidad Feran, que le dirigía una sonrisa burlona. Trasladó su mirada de él al padre Herminio, el cual la observaba avergonzado.

—Hija mía —murmuró mientras se retorció las manos.

—Saúl no vendrá —afirmó Feran con crueldad, mientras Eva veía cómo sus esperanzas se hacían añicos frente a sus ojos.

—No sé en qué clase de embrollo estás metida —continuó Feran—, pero me parece muy egoísta por tu parte pretender que Saúl te ayude cuando está enamorado de otra mujer.

Eva notaba cómo le zumbaban los oídos. Oía las palabras pero no las comprendía: ¿enamorado de otra?, ¿de qué le hablaba? Saúl no estaba comprometido. Hasta donde ella sabía, no se había vuelto a relacionar con ninguna mujer desde que se había anulado el matrimonio con su prima Sofía. Notó cómo la habitación giraba ante sus ojos y se tambaleó. El padre Herminio se apresuró a llegar a su lado para servirle de apoyo e impedir que se desmayara.

—Hija, ¿estás bien? —le preguntó con preocupación.

Eva asintió mientras intentaba sobreponerse. Si Saúl no se presentaba, su vida estaba acabada. Lo único que podía hacer era huir, aunque sabía que eso no serviría de nada. Tomás la perseguiría allá donde fuera.

—Debo irme —murmuró sin aliento. Se aferró a la mano del padre Herminio y le lanzó una mirada desesperada.

Feran no entendía a qué venía tanto teatro. No sabía por qué motivo necesitaba un marido con tanta desesperación, pero iba a aprovecharse de ello.

—¿Acaso no quieres casarte? —le preguntó en tono burlón al ver que se incorporaba y hacía ademán de abandonar la estancia.

Eva parpadeó y le miró con palidez, como si no comprendiera la pregunta:

—Si Saúl no va a venir...

—Pero yo estoy aquí —la interrumpió Feran mientras se señalaba a sí mismo con aire burlón—, y estoy dispuesto a casarme contigo.

Eva le miró horrorizada. No podía estar hablando en serio. El no.

—No hace falta que te burles de mí —le reprochó con voz ronca.

—No es una broma —intervino el padre Herminio—. Nunca me prestaría a algo así. De eso estábamos hablando cuando has llegado. Feran está dispuesto a casarse contigo en lugar de Saúl.

—¿Por qué? —No pudo evitar preguntar con voz rota. ¿No le había hecho ya bastante daño? No le podía culpar de lo de Tomás, pero sí de haberse burlado de ella. De haberla enamorado para luego abandonarla de una forma cruel y humillante.

—¿Por qué? —preguntó a su vez Feran con gesto indolente—. Por Saúl, por supuesto —la miró con dureza antes de continuar, como reprochándole su egoísmo—. Al conocer la situación desesperada en la que te encuentras se sentía culpable por no ayudarte. Sin embargo, yo no estaba dispuesto a que sacrificase su felicidad por ti —terminó mientras la miraba de arriba abajo con desprecio.

Sus palabras fueron como puñales que le desgarraron el corazón. ¿Por qué aún tenía la capacidad de hacerle daño? Recordó otra época, cuando ella creía que la amaba. Cuando la miraba con dulzura y no con desprecio, como en ese mismo instante. ¡Qué ingenua había sido! Ahora lo veía como algo lejano. Como si aquella Eva hubiera sido otra persona y no ella.

—Así que estás dispuesto a sacrificarte y casarte conmigo. —Le costaba hablar. Tenía la garganta seca y le tembló la voz al pronunciar las últimas palabras.

—Así es —Acompañó su mueca burlona con una reverencia fingida.

Eva se erigió, altiva, en toda su estatura. No le permitiría saber cuánto daño le hacían sus palabras, ni que estaba tan desesperada que aceptaría lo que fuera.

—Será un matrimonio de verdad en todos los sentidos —le advirtió él mientras levantaba una ceja sin abandonar el gesto burlón..

—¡No! ¡Eso no! —Jamás permitiría que la tocara—. Si pretendes un matrimonio de verdad, puedes irte. —Se atrevió a decir aunque por dentro seguía temblando.

—¿Está de acuerdo con eso, padre? —preguntó Feran con curiosidad—.

¿Le parece bien que nuestro matrimonio vaya a serlo solo de nombre?

El padre Herminio miraba de uno a otro de forma alternativa mientras se retorció las manos con angustia. Feran cada vez sentía mayor interés en descubrir el motivo por el que Eva necesitaba ese matrimonio. El hecho de que el padre Herminio estuviera de acuerdo le daba aún más interés al asunto. Si Eva no le hubiera traicionado, quizás incluso hubiera sentido lástima por ella. Era evidente de que, a pesar de sus esfuerzos, Tomás solo la consideraba como amante, nunca como esposa, ya que en ese caso hubiera sido con él con el que hubiera llegado a este acuerdo. Quizás hasta se lo había pedido y él la había rechazado.

—Si no estás dispuesta a que sea un matrimonio de verdad, no te importará que durante nuestro matrimonio busque a otra mujer para que me dé lo que tú me niegas.

Eva palideció aún más, aunque asintió con tirantez. Encontraba humillante toda la conversación, pero estaba claro que Feran aún no había acabado. No estaba dispuesto a que siguiera manteniendo una relación con Tomás después de la boda y ver cómo aceptaba sin pestañear su posible infidelidad, le hizo enfurecer aún más. Deseaba con todas sus fuerzas hacerle daño.

—Sin embargo, tú sí tendrás que serme fiel. Si quieres acostarte con algún hombre... tendrá que ser conmigo. ¿Serás capaz de mantener las piernas cerradas? —El padre Herminio dejó escapar un gemido ahogado ante la crudeza de semejantes palabras.

—No tengo pensado tener ningún amante —murmuró Eva con voz ronca en respuesta al insulto.

Sentía un dolor sordo en el corazón. Se recordó a sí misma, que no solo lo hacía por ella. También lo hacía por su hija, porque temía lo que le pudiera pasar. ¿Qué importaban las palabras? No eran nada. Se las llevaba el viento. Feran la miró en silencio durante unos segundos, tal vez evaluando la veracidad de su afirmación.

—Bien. Me alegro de que estés de acuerdo, porque no te permitiría traicionarme.

El padre Herminio, abochornado por la conversación que se desarrollaba ante sus ojos, carraspeó con incomodidad para darles a entender que no se encontraban a solas.

—¿Podemos comenzar con la ceremonia? —preguntó con incertidumbre.

Eva y Feran asintieron en silencio, cada uno por sus propias razones. Eva

se situó junto a Feran, aunque lo bastante alejada de su alcance en un claro gesto para evitar su contacto. La ceremonia apenas duró cinco minutos. Se leyeron las palabras de rigor y firmaron en el libro de registro. No hubo beso para sellar la ceremonia. El padre Herminio no se atrevió a plantearlo y Eva se apartó aún más de Feran para que ni siquiera hubiese la opción de sugerirlo.

Feran se despidió del padre Herminio y le hizo un gesto a Eva para que le precediera hacia la salida. Ella le miró angustiada. Solo en ese momento fue consciente de la magnitud de lo que acababa de hacer. Se había casado con Feran. Esperaba no haber cometido un error de proporciones bíblicas.

—¿Vienes, esposa mía? —le preguntó él con falsa dulzura al verla dudar.

Eva estaba impactada por el desprecio y la amargura que se desprendía de Feran. Rezumaba por todos sus poros, aunque no comprendía el motivo. Debería ser ella la que le despreciara por lo que le había hecho. La única explicación que encontraba era que tal vez la estaba juzgando por los rumores que circulaban. El propio Tomás se había encargado de correr la voz de que habían sido amantes, lo que había provocado que una buena parte de la sociedad la rechazara.

Hubo una época de su vida en la que le importaba lo que decían de ella; en la que sus acciones estaban sujetas por los convencionalismos. Ahora lo recordaba como algo absurdo. Se sentía tan alejada de aquella Eva que se había enamorado de Feran, que parecía que se tratara de otra persona, y quizás lo fuera. Había tenido que surgir de las cenizas de su propio cuerpo, de su propia alma, para poder sobrevivir. Nada de lo que dijera Feran la quebraría, porque ya estaba rota por dentro y jamás se compondría de nuevo.

No obstante, cuando días antes había encontrado el cuerpo sin vida de su padre, comprendió que Tomás volvería, y si ella no se plegaba a sus deseos, estaba segura de que haría daño a Lucía. Ella era lo único que le importaba en esta vida, así que si tenía que aceptar las humillaciones de Feran para protegerla, las aceptaría.

Le miró a los ojos, iguales a los de su propia hija y en ese momento comprendió que nadie la protegería mejor que su propio padre. Eso le hizo darse cuenta de que no había cometido un error. No importaba lo que le pasara a ella. Él protegería a Lucía. Se aseguraría que así lo hiciera.

—¿Adónde vamos? —le preguntó con incertidumbre en cuanto salieron de la parroquia. En realidad, no sabía nada de Feran. Ni siquiera el lugar en el

que vivía cuando venía al pueblo, lo que hacía muy de vez en cuando. Lo único que sabía a ciencia cierta era que la cabaña en la que le había conocido ya no existía.

—Tengo alquilada una casa en el centro —le explicó él mientras salían por la puerta—. Me alojo en ella en las escasas ocasiones en las que visito el pueblo. ¿Quieres pasar por tu casa a recoger a... —se interrumpió durante unos segundos mientras se preguntaba si sus sospechas serían ciertas—, ... tu hija?

Eva agradeció que se lo preguntara, porque no se consideraría a salvo hasta que estuvieran los tres en casa de Feran.

—Sí. Preferiría recoger antes a Lucía. Esta mañana hemos preparado el equipaje, así podremos llevárnoslo cuando la recojamos.

—Un carruaje nos espera en la puerta de tu casa —le informó Feran—. Supuse que querrías recoger a la niña. Iremos a pie hasta allí, ya que está muy cerca.

Eva tragó saliva con aprensión. Notaba la garganta seca. Si iban a pie, corrían el riesgo de encontrarse con Tomás. Solo pensar que pudiera enterarse allí mismo de su matrimonio, hacía que un frío helador la paralizase y le impidiese pensar con claridad.

—Estoy cansada —comentó mientras tragaba con dificultad—. Preferiría ir en carruaje en vez de caminar.

Feran la miró con evidente desprecio. Sabía que era una consentida, pero suponía que por lo menos habría intentado disimularlo. Sin embargo, estaba muy equivocada si pensaba que le iba a permitir todos sus caprichos.

—Ya he dado órdenes al cochero de que nos espere en tu casa. No vamos a enviarle un cambio de planes para luego tener que volver de nuevo a tu casa. Iremos a pie. —Le hizo un gesto para que tomara su mano para comenzar a caminar, dejando claro que esperaba su obediencia.

Eva le miró resignada. Sabía que tenía razón, que a sus ojos podía parecer una exigencia absurda. Como no estaba dispuesta a explicarle sus motivos para no querer ir a pie, lanzó una plegaria silenciosa para no encontrarse con Tomás y extendió una mano temblorosa para tomar la que le tendía Feran.

Feran se detuvo con alivio frente a la casa de Eva. Había sido un tremendo error tomar su mano. En el mismo instante en que sus manos se tocaron, un

intenso escalofrío recorrió su cuerpo. Los recuerdos acudieron a su mente sin que pudiera hacer nada para impedirlo. Recuerdos de manos acariciando su cuerpo, de lenguas entrelazadas y de una profunda pasión que aún hoy en día, su solo recuerdo hacía que se estremeciera.

Notó con furia cómo se endurecía su cuerpo. Imágenes de ella tumbada en la cama, vestida solo con su propia piel, suplicando que la tomara, casi le hicieron doblarse sobre sí mismo. Sin embargo, con rapidez, esas mismas imágenes fueron sustituidas por otras en las que Eva era poseída por Tomás. Llegó a imaginar sus gritos de placer mientras aquel imbécil llenaba su interior y eso le devolvió la frialdad que necesitaba.

Sabía que era una ambiciosa sin escrúpulos y era mejor que no lo olvidara. Era la amante de Tomás desde hacía años y si había aceptado este matrimonio era solo porque, con toda seguridad, el propio Tomás no la consideraba digna de casarse con él. El motivo por el cual él mismo había decidido ofrecerle su nombre a pesar de lo que sabía de ella era algo que en ese momento prefería no analizar.

—¡Mami! —saludó la niña en cuanto les vio al entrar. Se lanzó a los brazos de Eva y esta le devolvió el abrazo con ternura.

—Te quiero, mami —susurró la niña, y se apartó para darle un beso en la mejilla a su madre.

—Y yo a ti —respondió Eva con una dulce sonrisa.

Esa imagen afectó a Feran más de lo que esperaba. La posibilidad de que esa niña fuera su hija le trastornaba. Averiguaría la verdad. Necesitaba estar seguro.

—Señorita Eva. Tenemos las maletas listas —anunció Susana, que permanecía en pie tras Lucía.

En ese momento apareció la tía de Eva, que miró con asombro tanto a ellos como a las maletas que estaban dispuestas en la puerta.

—¿Qué pasa aquí, Eva? —preguntó con sorpresa—. ¿Qué significan esas maletas?

—Su sobrina y yo nos hemos casado —anunció Feran con voz burlona—. Me las llevo a ella y a Lucía a su nuevo hogar.

Un gemido estrangulado salió de su tía mientras miraba a Eva, anonadada, como esperando que esta lo negara. Ante su evidente silencio, no pudo evitar preguntar:

—¿Es cierto? ¿Te... has... casado? ¡Por qué! ¡Cuándo!—exclamó

horrorizada—. Tu padre acaba de fallecer. No entiendo nada —gimió mientras meneaba la cabeza con preocupación.

Eva sabía que su tía la quería, pero no podía ayudarla. Aunque hubiera sabido la verdad, no había nada que hubiera podido hacer.

—Me voy, tía —anunció con suavidad al tiempo que la abrazaba—. Más adelante te lo explicaré. Te agradezco lo que has hecho por mí desde que mi padre falleció, pero ya puedes volver a tu casa.

Su tía la miró con horror, pero, al ser consciente de que no había nada que pudiera hacer, se limitó a murmurar que haría la maleta y también se iría.

—¿A dónde vamos, mami? —preguntó Lucía mientras se abrazaba a las piernas de Eva.

—Vamos a casa de Feran —anunció Eva con voz suave.

—Hola —saludó Feran a la niña. Se acercó y se agachó para situarse a su altura—. ¿Te acuerdas de mí?

La niña se limitó a abrazar más a su madre al tiempo que le ignoraba.

—Lucía, cariño. Saluda a Feran.

—No importa —replicó él con tranquilidad al ver que la niña le ignoraba—. Ya habrá tiempo. Si estáis listas —afirmó mientras se enderezaba—, subid al carruaje. A no ser que prefiráis ir a pie, claro.

—No —musitó Eva. El estrés emocional le estaba pasando factura y se encontraba agotada—. Iremos en el carruaje.

—Bien.

Feran subió tras ellas y juntos se dirigieron hacia su nuevo hogar. Al cabo de unos minutos llegaron a su destino y Eva casi lloró de alivio al saber que, por fin, estaba a salvo.

Al descender, se sorprendió al darse cuenta de que conocía la casa de Feran. Era la de la familia De la Peña. Hacía años que no vivían en el pueblo, pero Eva recordaba que la casa había estado en alquiler hasta hacía un par de años. Todo el pueblo se preguntaba quién la habría alquilado y ahora ya sabía la respuesta.

La casa era de dos plantas. La planta inferior estaba destinada el comedor, la cocina y los cuartos de la servidumbre, mientras que en la parte superior se hallaban las habitaciones de la familia. Sabía que en la parte de atrás la casa tenía un amplio jardín de unos mil metros cuadrados. Un criado les recibió al entrar en la casa. Feran presentó a Eva como la señora de la casa y esta parpadeó para contener las lágrimas de dolor que la atenazaron al recordar

otro momento, otra vida. Cuando soñaba con tener un hogar con Feran.

—Os mostraré las habitaciones —indicó Feran sin ser consciente de los pensamientos de Eva.

Hizo un gesto para que le precedieran a la parte de arriba y ordenó al criado que les había recibido que subiera el equipaje. Le indicó a Susana dónde estaba la cocina. Le pidió que hablase con la cocinera para ponerla al día del funcionamiento de la casa y le enseñara su cuarto.

Eva tragó saliva con temor, mientras subía las escaleras con piernas temblorosas y se preguntaba si Feran esperaba que compartieran habitación. Aquella misma mañana había acudido a la parroquia preparada para aceptar un matrimonio en el que tendría que compartir cama con su marido. Podía hacerlo. Solo tendría que cerrar los ojos y pensar en otra cosa, ya lo había hecho antes. No obstante, la mera posibilidad de que Feran pudiera tocarla le provocaba un temor helado que la dejaba paralizada. Cualquier otro hombre no le importaría. Pero él no. No lo soportaría. Si llegaba a tocarla, conseguiría lo que no había logrado Tomás. La destruiría.

Trató de esbozar una sonrisa tranquilizadora hacia su hija, que no le había soltado la mano desde que habían abandonado su propia casa para dirigirse a la de Feran. Subió los escalones mientras miraba a su hija con falsa valentía, como si en realidad no estuviera aterrorizada.

—A la derecha —le indicó Feran cuando llegaron a lo alto de la escalera—. El primer cuarto es el de Lucía y el siguiente, el *tuyo*.

Una ola de alivio la inundó ante sus palabras. No había dicho el *nuestro*. Aunque le había advertido de que no pretendía tener un matrimonio de verdad, sabía que, si él lo deseaba, podría obligarla. Ahora estaba en sus manos, así que ante el temor de llevarse a engaños, se atrevió a preguntar:

—¿Y tu cuarto?

Feran calló durante unos segundos, como si conociera de su sufrimiento y estuviese disfrutando con él.

—Mi cuarto está al final del pasillo.

—Mami, me haces daño —se quejó Lucía.

Eva se dio cuenta de que, debido a la tensión, había apretado la mano de su hija con excesiva fuerza. La miró consternada y aflojó la presión en el acto.

—Lo siento, cariño. Ha sido sin querer.

—Quiero ver mi cuarto —pidió la niña mientras esbozaba una tímida sonrisa.

—Por supuesto —afirmó Eva con dulzura.

Entraron en el cuarto de Lucía y esta quedó encandilada. Se notaba que había sido acondicionado para una niña. Una pequeña cama presidía la estancia con una colcha de color rosado y un par de muñecas de porcelana encima, cuya visión hizo que la niña lanzase una exclamación de alegría.

—Espero haber acertado —murmuró Feran—. No entiendo mucho de niños y no he dispuesto de mucho tiempo...

—Está bien así —le interrumpió Eva con voz tensa—. Si no te importa, déjanos a solas —replicó con voz más agria de lo que en realidad pretendía. Al ver la decoración de cuarto, comprendió que Feran había estado seguro de que ella no iba a rechazar su propuesta de matrimonio. Eso la hizo sentirse más humillada aún que cuando había entrado en el despacho parroquial y le había visto frente a ella.

—Por supuesto —afirmó Feran con educación, aunque molesto por su tono. Decidió que tenía que darle algo de tiempo para que aceptara la situación. Esperaría unos días y luego le dejaría claro que, a pesar de lo dicho, pretendía que este fuera un matrimonio real en todos los sentidos.

—¿La niña no tiene institutriz? —preguntó con curiosidad. Por lo que Saúl le había comentado, no acudía al colegio, por eso le extraño que no viniesen acompañadas de una institutriz.

Eva enrojeció. A raíz de lo sucedido con Tomás había tenido tanto miedo a lo que le pudiera hacer a Lucía que no se había atrevido a mandarla a ningún colegio. No la quería lejos de ella. Sabía que para Tomás hubiera sido mucho más fácil secuestrarla. Tampoco se había atrevido a meter a nadie extraño en su casa por temor a que trabajase para él, tal era la paranoia que la rodeaba, por lo que ella misma se ocupaba de la educación de su hija. Sin embargo, no estaba dispuesta a confesarle todo eso a Feran, así que se limitó a contestar de forma escueta:

—No. Yo misma me ocupo de su educación.

Si a Feran le pareció raro que una dama como ella se ocupase personalmente de la educación de su hija, no dijo nada. Se limitó a hacer un gesto de asentimiento y abandonar el cuarto. Eva lanzó un suspiro de alivio al ver que abandonaba el cuarto y se giró hacia su hija con una trémula sonrisa. Por fin estaban a salvo.

VIII

Tres días después, Feran contenía su furia mientras Eva jugaba con Lucía. La actitud de la joven no había cambiado un ápice. Continuaba tratándole con la misma frialdad del primer día. Solo la veía en las comidas y siempre acompañada de la niña, lo que impedía que pudieran mantener cualquier tipo de conversación íntima. No es que tuviera intención alguna de forzarla a la intimidad, pero quería que comprendiera que este matrimonio, más tarde o más temprano, acabaría siendo real en todos los sentidos.

No sabía qué era lo que más le molestaba, si su actitud de novia virginal cuando sabía que con toda seguridad se había entregado a Tomás en múltiples ocasiones o su forma de vestir, más propia de una monja que de una joven de su condición. Cuando se habían conocido, hacía años, no vestía así, de una forma tan... gazmoña, por decirlo de algún modo. Ni siquiera el hecho de llevar luto justificaba esos vestidos.

En esta época del año, el calor y la humedad eran una constante, y a pesar de ello, Eva iba tapada desde el cuello hasta los pies. No dejaba a la vista ni una franja de piel y eso le enloquecía. Deseaba ver algo. Lo que fuera. Sus brazos. La tersura de sus senos a través del escote... Algo. Sin dejar de observarla, sonrió con maldad al imaginar la sorpresa que se iba a llevar en cuanto supiera lo que había hecho. Se moría de ganas de que llegara el momento y se regodeaba al imaginar su reacción. Con toda seguridad se enfurecería, aunque no le quedaría más remedio que aceptar sus deseos.

Harto de verla con semejantes ropas, esa mañana había subido con determinación hasta el cuarto de Eva mientras ella se encontraba en el jardín con Lucía y había echado un vistazo a su armario. Con desagrado, había confirmado lo que ya sospechaba, que todos sus vestidos eran iguales, incluso los que no eran de luto. No se podía creer que vistiera de esa forma. Le

parecía ofensivo que pretendiera fingir lo que no era. Así que, sin que ella lo supiera, le había mandado una nota a la modista y le había encargado varios vestidos de color negro, pero todos ellos escotados y con los brazos descubiertos. Después, había llamado a Susana y le había ordenado que cogiese todos los vestidos de luto del armario de Eva y, junto con la nota, los llevase a la modista para quitarles las mangas y parte del escote.

Con una sonrisa malvada vio a Eva subir a su cuarto para buscar un libro de cuentos de Lucía que tenía en su habitación. Esperaba con expectación el momento en que descubriera lo que había hecho.

Eva entró en su cuarto y abrió el armario para coger el libro cuando observó con asombro que toda su ropa de luto había desaparecido.

—¡Susana! —llamó con extrañeza.

—Dígame, señora —respondió ella con presteza.

—¿Dónde está mi ropa?

—El señor me ordenó esta mañana que la llevara a la modista —respondió Susana mientras la miraba de forma dubitativa—. Pensé que lo sabía.

—No. No tenía ni idea —negó ella consternada—. No te preocupes. —La miró con sonrisa fingida—. Le preguntaré a Feran el motivo.

Cerró la puerta del armario con manos temblorosas. No sabía lo que pretendía, aunque temía que no fuera por su bienestar. Salió del cuarto en busca de Feran con el corazón latiéndole a mil por hora. No estaba en el jardín, allí solo estaba Lucía. Le dio el libro que había subido a buscar y se dirigió al despacho. Tampoco se encontraba allí. Sin saber dónde podía hallarse, subió las escaleras y probó en el cuarto de Feran. Era la primera vez que entraba en él, lo había evitado. Al asomarse a la puerta, le vio de pie frente a la ventana.

—Feran —llamó con un hilo de voz—. ¿Por qué has mandado toda mi ropa de luto a la modista?

—Puede ser que a Tomás le guste tu aspecto monjil —replicó él mientras se giraba y la miraba con dureza—. Sin embargo, a mí me desagrada profundamente. Ambos sabemos que no eres ninguna novia virginal.

Eva acusó el golpe con fingida indiferencia, aunque no pudo evitar que las manos le temblaran ante sus palabras. Sabía lo que Feran pensaba de ella, lo que casi todos pensaban. Era algo que, aunque aparentara indiferencia, le dolía profundamente..

—¿Y se puede saber que vas a hacer con ella? —preguntó con falsa valentía—. ¿Me vas a obligar a renunciar al luto?

—Nada más lejos de mi intención —respondió con la misma sonrisa burlona de la que hacía gala desde su reencuentro—. Solo he pedido que hagan algunos arreglos en la ropa. Incluso te he encargado nuevos vestidos.

—¿Qué clase de arreglos?

—He pedido que recorten las mangas y un poco el escote. No hace falta que finjas lo que no eres. Aún no comprendo cómo resistes esas ropas con este calor.

Eva palideció ante sus palabras. Notó como le faltaba el aire. Cerró los ojos y empezó a temblar sin poder evitarlo.

—¡Ordena que vuelva mi ropa! —exigió ella en un intento por mostrar determinación.

—Tu ropa volverá después de los arreglos —replicó él endureciendo el tono.

—No me la pienso poner —afirmó ella con voz queda.

Feran se sorprendió con la imagen, pálida y temblorosa, que Eva le ofrecía. ¿Estaba así por la ropa? ¿Pretendía llamar la atención? No se lo permitiría. ¿Quién se había creído que era?

—Mañana mismo te la devolverán —le repitió con el mismo tono que emplearía con una niña caprichosa—. Una vez hayan hecho las modificaciones oportunas.

—No quiero que le hagan nada a mi ropa —rogó ella con angustia, abandonando la fingida indiferencia. Ya no le importaba humillarse frente a él. Solo que le devolviera su ropa tal y como estaba.

—Demasiado tarde —replicó él con un gesto de desprecio y el mismo tono burlón que estaba empezando a exasperarla. Se giró de nuevo hacia la ventana y la ignoró, dando por terminada la conversación.

Feran estaba furioso. Habían pasado dos días desde el enfrentamiento por la ropa y no estaba dispuesto a tolerar más el comportamiento caprichoso de Eva.

Al día siguiente de mandarla a la modista, la ropa había sido devuelta con los cambios solicitados por Feran. Eva, por su parte, se había negado a

ponérsela. Continuaba usando el único vestido monjil del que disponía ahora; el mismo que llevaba usando dos días seguidos. Se comportaba como si ella fuera la parte ofendida pero esta chiquillada había llegado a su fin. Esa misma noche, Feran se había colado en su cuarto y se había deshecho de aquel vestido, así que renunciaba al luto y usaba una prenda que no fuera de color negro, o cedía y empezaba a ponerse los vestidos que había mandado arreglar.

En ese momento estaba en su despacho bebiendo una copa de oporto mientras esperaba con tranquilidad y cierta expectación a que Eva se presentara hecha una furia. Estaba seguro de que lo haría en cuanto viera que el vestido no estaba. Entonces, le explicaría de una vez por todas que no estaba dispuesto a tolerar sus caprichos.

La puerta se abrió con violencia, y tal y como se había imaginado. Eva se presentó frente a sus ojos hecha una furia. Iba vestida con el camisón y la bata de dormir, y con desagrado comprobó que ambas prendas eran tan monjiles como el resto de su ropa. La cubrían desde el cuello hasta los pies sin dejar a la vista siquiera un trozo de piel.

—¡Devuélveme mi vestido! —exigió con determinación.

—Lo he tirado a la basura. —La media sonrisa de él fue más de lo que Eva pudo tolerar. Furiosa, se lanzó contra él y comenzó a golpearlo.

Este gesto tomó a Feran por sorpresa, por lo que permaneció inmóvil durante un instante. Sin embargo, enseguida reaccionó y la inmovilizó, sujetándole los brazos a la espalda.

—Eres una gata salvaje —le dijo con aire burlón—. ¿Tomás no te domó?

Esas palabras fueron más de lo que Eva pudo resistir y enloqueció. Reaccionó como la gata salvaje que le acusaba de ser y le mordió en el brazo, lo que provocó que Feran la soltara por la sorpresa. Eva trató de darle un puñetazo. La esquivó e intentó sujetarla de nuevo. Ella lanzó un rugido y forcejeó para escapar de su agarre. Al ver que estaba a punto de conseguirlo, Feran tiró de su ropa para que evitar que se alejara.

El sonido de la tela al rasgarse invadió la estancia, y Feran encontró en su mano un trozo del camisón desgarrado. Eva se giró con ojos enloquecidos tratando de buscar una salida, sin ser consciente de que Feran podía atisbar a través del desgarro sus pechos desnudos. Se quedó tan impactado que no fue capaz de moverse. Fueron los segundos que Eva necesitó para huir entre lágrimas.

Feran estaba tan aturdido que durante unos minutos no fue capaz de

procesar lo que había visto. Se sintió miserable por tratar de obligarla a ponerse la ropa que había ordenado arreglar, porque ahora comprendía que su negativa no era debida a ningún capricho pasajero. Desde el cuello hasta el pecho tenía el cuerpo cubierto de cicatrices. No imaginaba cómo se las habría podido hacer, pero ahora comprendía por qué siempre iba tan cubierta. Preso de remordimiento, cogió un trozo de papel, escribió un mensaje y llamó a Susana:

—Ve al cuarto de Eva y recoge su ropa para volver a llevarla de nuevo a arreglar. Toma. —Le tendió la nota que había escrito para la modista—. Dile a Eva que se la devolverán tal y como estaba.

Susana le miró confundida, pero se limitó a obedecer en silencio y salir de la estancia.

Mientras tanto, en su cuarto, Eva no podía parar de llorar. Había sido demasiado humillante. Si hubiera sido Saúl, le hubiera contado la verdad y estaba segura de que la hubiera creído, pero a Feran... no era capaz. Le había amado tanto... Había sido tan ingenua cuando había pensado que él compartía los mismos sentimientos... Sin embargo, él había cogido sus sentimientos y se los había lanzado a la cara con desprecio.

—Señora —llamó Susana a través de la puerta ya que Eva se había encerrado por dentro—. El señor me ha pedido que recoja la ropa para llevarla de nuevo a la modista.

Eva se acercó a la puerta y la abrió para que pasara. Susana la miró con vergüenza, mientras ella se sujetaba los trozos rotos del camisón.

—Voy a dormir un poco —murmuró cuando Susana salió con todo la ropa—. Si Lucía pregunta por mí, dile que no me encuentro muy bien.

—Está bien, señora.

—Gracias —murmuró Eva.

En realidad no quería dormir, pero necesitaba un tiempo para recuperarse antes de volver a ver a Feran. La humillación había sido demasiado grande. Al cabo de unos minutos, oyó de nuevo el sonido de la puerta.

—Mami, ¿estás ahí? —Eva sonrió con tristeza al escuchar a su hija.

—Sí, cariño. Pasa.

Lucía asomó la cabeza por la puerta y preguntó con curiosidad.

—¿Qué haces?

—Estaba descansando un poco —le explicó Eva con dulzura.

—¿Por qué? ¿No te acabas de despertar?

—Sí, cariño, tienes razón.

—¿Feran te ha hecho daño? —preguntó con duda al ver su rostro surcado de lágrimas.

—No, cariño —respondió Eva—. Él no es como Tomás.

Al oír su respuesta, Lucía se acercó a ella y la abrazó.

—Me gusta mucho, mamá. ¿Podría ser mi papá?

Las lágrimas se agolparon en los ojos de Eva. Sintió como si un hierro candente le partiera el corazón. ¿Cómo podía haber fingido amarla cuando no era cierto? ¿Cómo había podido ser tan cruel? El dolor fue sustituido por la rabia. Era el padre de Lucía. Le obligaría a reconocerla y a protegerla.

—¿Me ayudas a vestirme? —susurró con una sonrisa.

—Sí, mami ¿Ya no vas a descansar?

—No, mi cielo. Ya no voy a descansar.

Eva cogió un vestido del armario de los que no eran de luto. No estaba bien vestirse de color, pero en ese momento no tenía otra cosa que ponerse. Lucía la miró con curiosidad, pero no dijo nada.

Feran daba vueltas por su despacho sin dejar de pensar. Tenía tantas preguntas para hacerle a Eva... ¿Quién la había atacado? ¿Cuándo? Sabía que tenía que darle tiempo para que se tranquilizara, pero le estaba costando mucho no ir a su habitación y exigirle respuestas.

Como no soportaba más la situación, salió del despacho para abandonar la casa cuando vio, con sorpresa, cómo Eva descendía las escaleras en compañía de Lucía. Ella enrojeció de vergüenza al ver que la mirada de Feran se dirigía a su pecho, quizás recordando sus cicatrices. Llevaba un vestido marrón. Era lo más discreto que había encontrado, aunque no era de luto. Feran, consciente del lugar donde había posado sus ojos, se forzó a sí mismo a levantar la mirada y esbozar una sonrisa tranquilizadora al tiempo que se dirigió a Lucía con dulzura:

—Hola, preciosa. Eva... —saludó con una leve inclinación de cabeza, como si no hiciera tan solo unos minutos que se había producido la terrible escena en su despacho.

Eva se inclinó hacia su hija y con dulzura le pidió que los dejara a solas. Una vez la niña se alejó, le rogó a Feran:

—¿Podemos ir a tu despacho?

Feran asintió mientras la miraba asombrado. Cuando pensaba que ella no querría verle, le sorprendía con esa petición. Le hizo un gesto para que le precediera y la siguió hasta su despacho. Ardía en deseos de hacerle una y mil preguntas. No obstante, Eva le sorprendió con sus palabras:

—Lucía es tu hija —le confesó con voz tensa.

A pesar de que ya se lo imaginaba, oír la confesión de su propia boca le afectó más de lo que hubiera pensado, y a su vez le enfureció tanto que, a pesar del evidente parecido de la niña con él y de que no albergaba dudas sobre su paternidad, no pudo evitar preguntarle con amargura:

—¿Estas segura? Podría ser hija de Tomás.

Eva palideció ante sus palabras y le miró incluso con odio. Feran se arrepintió en el mismo instante en que las palabras abandonaron su boca. Sin embargo, ya era tarde para recuperarlas. La miró con resentimiento y se sorprendió a sí mismo al comprender que ardía en deseos de oírla decir que era imposible; que le jurase que jamás se había entregado a Tomás, incluso aunque se tratara de una vil mentira. Sin embargo, a pesar de sus deseos, Eva no lo negó. Apretó los labios y le espetó con rabia:

—Estoy segura de que es tu hija. Nació nueve meses después de que estuviéramos juntos, y, por si lo has olvidado, yo aún era virgen.

—Sí . Eras virgen. —Aunque no pudo resistirse a añadir: —O eso me hiciste creer. Si le preguntara a todos tus amantes, ¿me dirían lo mismo?, ¿que eras virgen?

Eva se acercó a él y le cruzó la cara de una bofetada. Feran sintió a su vez como la furia le desbordaba y, sin poder evitarlo, la cogió de forma violenta por la cintura y le devoró la boca. Quería castigarla. Que sufriera de la misma forma que él llevaba años sufriendo.

Al principio, Feran se dejó arrastrar por su propio deseo, pero poco a poco fue consciente de que Eva no solo no le estaba devolviendo el beso, sino que temblaba entre sus brazos. Permanecía inmóvil, sin resistirse, lo que le había llevado a pensar que lo deseaba tanto como él; sin embargo, ahora dudaba.

Eva era incapaz de moverse, de protestar. El terror reptaba por su cuerpo y la aprisionaba en un abrazo mortal. Era inútil resistirse. Esa era una dura lección que había tardado en aprender.

—*Abre la boca. Estás deseándolo* —le susurró Tomás antes de

desgarrarle la ropa. Introdujo la mano entre sus piernas. Al encontrar la ropa interior, con frustración, la lanzó sobre la cama.

—Te voy a enseñar cómo comportarte —la avisó mientras se quitaba el cinturón.

Feran se apartó de ella con violencia. Estaba asqueado de sí mismo y de su debilidad. No comprendía cómo podía desearla todavía. Eva, al verse libre de los brazos que la sujetaban, se derrumbó en el suelo, trémula y sin emitir sonido alguno. Pasaron unos interminables segundos durante los cuales Feran no supo qué decir. Sabía que debía disculparse, porque si de algo era consciente era de que se había comportado como un animal.

—Discúlpame —terminó diciendo con voz ronca y le tendió una mano para ayudarla a levantarse.

Ella tomó su mano sin mirarle a la cara y sin decir nada. Él notó que estaba helada y que aún temblaba. En el momento que estuvo en pie, Eva se liberó de su mano. Se abrazó a sí misma y sin mirarle, se giró hacia la ventana. Apoyó la cabeza en el marco con derrota y murmuró en un tono de voz tan bajo que, al principio, a Feran le costó un poco entender lo que decía.

—Cuando mi padre supo que estaba embarazada me envió a un convento para que tuviera a Lucía y la entregara en adopción.

Feran no dijo nada, aunque apretó los puños para controlar su ira ante el pensamiento de que su hija hubiera sido entregada a las monjas.

—Al principio, yo estaba de acuerdo —reconoció Eva—. No quería ser señalada por la sociedad. No obstante, cuando nació Lucía no fui capaz de renunciar a ella y mi padre tampoco.

—¿Por qué me lo estás contando?

Eva lanzó un suspiro antes de continuar.

—Porque quiero que me prometas, ¡que me jures! —le exigió con firmeza al tiempo que se giró hacia él y le sostuvo la mirada—. Si algo me pasa algún día, ¡lo que sea! Júrame que la protegerás. Eres su padre. Quiero estar segura de que nunca la abandonarás.

Feran no entendía nada. Eva hablaba como estuviese en algún tipo de peligro, aunque no se imaginaba cuál podía ser. Parecía incluso que ella ignorase de desagradable escena que había sucedido entre ellos hacía solo escasos minutos. Sin embargo, él no era capaz de olvidarlo. No era capaz de analizar sus propios sentimientos, así que, en ese momento, prefirió darle a Eva lo que le estaba pidiendo:

—Te prometo. Te juro —se corrigió a sí mismo—, que, pase lo que pase, protegeré a Lucía incluso con mi propia vida.

La tensión pareció abandonar los hombros de Eva ante sus palabras.

—Gracias —susurró con un hilo de voz.

—Será mejor que me vaya —afirmó Feran, que ya no soportaba mirarla. Verla así, pálida y temblorosa, le removía algo en su interior que no le gustaba. Se despreciaba a sí mismo por sentir lástima por ella. No se lo merecía—. No dormiré aquí esta noche —afirmó antes de abandonar la estancia.

Eva se sintió avergonzada porque supo que era la culpable de su partida. Aun así, se sintió más tranquila. Sabía que pasara lo que pasase, él protegería a Lucía.

Los días pasaban con lentitud y Eva se sentía cada vez más sola. Adoraba a su hija, pero el desprecio continuo de Feran poco a poco había ido minando su corazón. Desde que le había confesado que Lucía era su hija, este había adoptado una actitud de total frialdad hacia ella. Apenas le veía, solo en el desayuno y en la comida, jamás en la cena. Pasaba todas las noches fuera y no regresaba hasta la madrugada. Una de esas noches, se encontró con él en la cocina. No había podido dormir. Los recuerdos que en ocasiones invadían sus sueños habían provocado que se despertase angustiada y envuelta en sudor. Tenía la garganta seca, así que se dirigió a la cocina para buscar agua.

Cuando entró, le vio a la mesa cenando. Sorprendida, le saludó con voz entrecortada. Dudó durante unos segundos, mientras él la observaba en silencio tras contestar a su saludo. Cuando pasó junto a él, notó en su cuerpo el olor a perfume de otra mujer. Los recuerdos la asaltaron. Recuerdos de aquella noche tan lejana cuando la humilló y le destrozó el corazón mientras poseía a otra mujer delante de ella. Con manos temblorosas, bebió un poco de agua y abandonó la cocina.

Al llegar a su cuarto no pudo evitar que una lágrima solitaria se derramase por su rostro. Darse cuenta de lo triste y patética que debía parecerle a Feran hizo que sintiera la necesidad de salir de la casa. Desde su boda no la había abandonado y antes de eso, desde lo de Tomás, apenas había salido, temerosa de encontrarse con él. Sin embargo, ahora era libre. Su matrimonio con Feran

por fin la había liberado. Tan escasa era la atención que Feran le prestaba, que estaba segura de que ni siquiera se habría dado cuenta de que ella nunca salía, aunque en el fondo agradecía su falta de atención. Temía tanto que pretendiera obligarla a cumplir con sus deberes maritales que intentaba hacerse invisible en su presencia. Gracias a Dios, cuando Feran estaba en la casa, pasaba casi todo el tiempo con Lucía.

La niña le adoraba. Por un lado estaba encantada, aunque el hecho de que su hija, en ocasiones, prefiriera la compañía de Feran frente a la suya propia, la hacía sentirse como si sobrara. Sabía que no era cierto, que su hija la quería, pero se daba cuenta de que ya no la necesitaba como antes. Estaba encantada de que tuviese una buena relación con su padre, ya que eso le garantizaba que él la protegería frente a cualquiera que le quisiera hacer daño, pero no podía evitar que ese mismo hecho le hiciera sentirse mal.

Aquella mañana, tras el desayuno, Feran anunció que en esta ocasión no solo no cenaría en la casa, sino que tampoco comería. Eso le hizo darse cuenta de que ya era hora de empezar a tener una vida propia, así que en cuanto Feran salió de la casa, subió a su cuarto y se arregló con esmero con la idea de acudir al mercado. Cuando se lo comentó a Susana, esta la miró con gesto de alivio:

—Estaba preocupada por usted —le confesó con alegría—. Me alegro de que por fin vaya a salir.

Dejaron a Lucía con la niñera que Feran había contratado, ya que había insistido en que Eva tuviera tiempo para sí misma. Aunque a ella le había parecido innecesario, no se había opuesto. Ahora que había desterrado a Tomás de su vida, era hora de volver a la normalidad. Salió a la calle con Susana. Se dirigieron hacia el mercado y empezaron a recorrer los puestos. Eva estaba feliz. No recordaba la última vez que había paseado por el pueblo sin temor. La sensación era maravillosa, como un sueño. Sin embargo, el sueño no tardó en convertirse en pesadilla.

—Por fin te encuentro.

Un escalofrío recorrió su cuerpo al oír aquella voz. Las manos le temblaron. Con el corazón en la garganta, se giró para hacer frente a Tomás. Él la miraba con una sonrisa de suficiencia, le dirigió una sonrisa lasciva y, con un dedo, acarició su brazo. Una sensación de repugnancia invadió el cuerpo de Eva. Con asco, se apartó para que no pudiera tocarla.

—¡Qué quieres! —exclamó con indignación, aunque no pudo evitar que su

voz transmitiese cierto temor—. Estoy casada.

—Ya —afirmó él con una mirada furiosa—. Eso me han dicho. ¿Y dónde está tu marido? —preguntó con voz jocosa, mientras miraba a los lados como si buscara a Feran.

Eva enrojeció, avergonzada. ¿Cómo había sido tan inocente al pensar que un matrimonio solo de nombre le serviría para defenderla de Tomás? Se necesitaba algo más. Algo que con toda seguridad no iba a encontrar en Feran.

—¿Gritas de placer cuando te toca? —le susurró Tomás de tal forma que solo ella pudiese oírlo.

Al estar en público no pudo responderle como se merecía, puesto que eso hubiera dado lugar a más habladurías. Sabía lo que se decía de ella, que había jugado con Tomás, e incluso había quien aseguraba que habían sido amantes. Eva sabía de dónde provenían esos rumores: del propio Tomás. Era su forma de coaccionarla. De aislarla de la sociedad.

—¡Susana! —llamó con voz trémula—. Debemos irnos.

Cuando estaba a punto de alejarse, Tomás la agarró de la mano y la retuvo a su lado. Con fingida educación giró su muñeca y depositó un beso en su mano para, a continuación, entreabrir los labios y, sin que nadie lo viera, lamérsela. El asco que le produjo a Eva su contacto no deseado hizo que se le revolviere el estómago mientras los recuerdos acudían a ella en tropel.

—*Grita para mí —le susurraba Tomás mientras entraba y salía de su cuerpo con furia—. Me encanta oírte gritar.*

Los gritos retumbaron en la estancia al tiempo que se incrementaban las embestidas.

Eva se soltó con asco, sacudida por los recuerdos, sin importarle ya las apariencias. Temblaba de forma incontrolada.

—En breve, te haré una visita —le aseguró Tomás con una sonrisa malvada—. Estoy seguro de que a tu marido no le importará como no le importó a tu padre.

Eva apresuró el paso cuanto pudo, seguida por Susana que, azorada, había observado la escena sin poder intervenir. Solo era una criada. Jamás podría enfrentarse a un noble, aunque fuera para defender a su ama.

«No podré soportarlo. No podré» gemía Eva en su interior mientras las lágrimas se escurrían por sus mejillas.

Los recuerdos la atenazaban. En cuanto llegaron a la casa, subió con esfuerzo a su cuarto. Apenas veía por las lágrimas y le costaba respirar. Se

aflojó la ropa, presa de la histeria. Necesitaba aire. Se arrancó el vestido con desesperación y vomitó en el suelo.

Se derrumbó, angustiada, cuando comprendió que no tenía salida. Jamás se libraría de él. Era inútil lo que había hecho. La desesperanza se apoderó de ella y se dio cuenta de que no había nada que pudiera hacer. Necesitaba alguien que la ayudara; que la defendiera. Si Feran lo hiciera...

Eso era lo que necesitaba. Que él no permitiera que nadie le hiciera daño. Sabía que la deseaba. Si cumplía con sus deberes maritales estaba segura de que dejaría de ignorarla y la protegería. Sabía lo que debía hacer. Se limpió las lágrimas del rostro, se cambió de ropa y llamó a Susana para que limpiase el cuarto. Le avergonzaba que viese el estado en el que había quedado su vestido. Esa misma noche, se entregaría a Feran y así él se sentiría obligado a defenderla. Prefería entregarse a él antes que a Tomás. A pesar de su posterior traición, recordaba cómo había sido entregarse a él: la había tratado con dulzura, aunque fuera fingida.

Se pasó el resto del día pensando en lo que iba a suceder esa noche. Estaba tan nerviosa que hasta su hija se dio cuenta y le preguntó en varias ocasiones qué le pasaba. Estaba distraída. Feran, tal y como había anunciado, no apareció por la casa ni para la comida ni para la cena. Sabía que no volvería hasta la noche, lo cual era perfecto para lo que tenía planeado. Tras la cena, acostó a Lucía.

—Te amo, hija mía —le dijo sin poder evitar que al hacerlo se le quebrara un poco la voz. Lucía la miró con dulzura y le dijo:

—Yo también te quiero, mami. —Se abrazó a su cuello y le dio un dulce beso.

Eva abandonó la habitación mientras silenciosas lágrimas empapaban sus mejillas. Durante unos instantes flaqueó su decisión, hasta que los recuerdos la asolaron de tal forma que se sintió desfallecer. Era lo mejor. Podía hacerlo. De esa forma, Lucía y ella estarían a salvo.

Se introdujo en el cuarto de Feran y se desnudó con manos temblorosas. No sabía a qué hora regresaría a la casa, pero quería que él no tuviera dudas sobre sus intenciones. Era tal la angustia que sentía que comenzó a temblar. Durante unos minutos dudó. No sabía si sería capaz. Se le revolvió el estómago y tuvo que levantarse con rapidez para vomitar. No podía parar de temblar. Estaba aterrorizada. No obstante, tenía que hacerlo. No había otra salida. Se derrumbó en el suelo y comenzó a llorar. No supo cuánto tiempo

permaneció en el suelo llorando hasta que se le acabaron las lágrimas. Se levantó de forma trabajosa y se limpió la cara. Se dio cuenta de que se sentía mejor. Era como si se hubiese desahogado. Supo que estaba haciendo lo correcto. Lo único que podía hacer. Feran era el único que le podía salvar de Tomás. Limpió el vómito como pudo y se introdujo en la cama desnuda. No sabía cuándo volvería Feran. Lo único que sabía era que ya no se podía echar para atrás. Con el paso de las horas, el cansancio y la tensión pudieron con ella y, sin poder evitarlo, se durmió.

IX

Feran subió las escaleras trastabillando. No debería haber bebido tanto, pero solo la imagen de Eva esa mañana en el desayuno había hecho que tuviese que tomarse varios tragos para controlar su libido. Cada día le costaba más contenerse. En ese mismo momento tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no presentarse en su cuarto y poseerla.

Al entrar en su propio cuarto le asaltó el perfume a jazmín. Con solo aspirar ese aroma que le recordaba a Eva notó cómo se endurecía. Enfadado consigo mismo por permitir que le afectara un simple olor, comenzó a quitarse la ropa. Hasta que se sentó en la cama no fue consciente del cuerpo que allí descansaba. Con sorpresa, encendió la luz, lo que provocó que Eva se despertara y le mirara con ojos somnolientos y algo asustados.

—Fe... ran —susurró con voz trémula y entrecortada—. Te... esperaba.

Feran no era capaz de pronunciar palabra alguna. Se le agrandaron los ojos al darse cuenta de que estaba desnuda bajo las sábanas.

—¿Qué pretendes? —preguntó con voz ronca.

Eva miró al suelo mientras enrojecía. Sintió cómo el temor la atenazaba. «No es Tomás. No es Tomás» se repitió a sí misma, en busca del valor para seguir adelante.

—Quiero... —El temblor de la voz le impidió continuar.

—¡Qué quieres! —le exigió Feran con fiereza, al tiempo que la cogía por la barbilla y la obligaba a mirarle a los ojos.

Durante unos instantes el terror la paralizó. Cerró los ojos y se obligó a inspirar y espirar.

—*¡Mírame a los ojos!* —resonó en su mente la voz como un látigo. Una bofetada cruzó su rostro, para después cogerla por la barbilla y magullar sus labios con un violento beso.

Se obligó a sí misma a abrir los ojos e intentó dejar la mente en blanco. Feran la miraba con pasión, con deseo, como una vez la había mirado. Eso le permitió salir de la bruma de los recuerdos que la estaban consumiendo.

—Quiero ser tu mujer —afirmó con voz trémula. Estaba aterrorizada. Temía ponerse a gritar en cualquier momento.

Feran la observó durante unos segundos. ¿Qué pretendía? ¿A qué se debía el cambio de actitud? Sin soltar su rostro, con la otra mano apartó la sábana que la cubría para admirar su cuerpo. Eva instintivamente trató de taparse. Feran imaginó que tomaba los pechos entre sus manos. Estaba seguro de que no los abarcarían. Descendió su mirada hasta la unión de sus muslos y se imaginó a sí mismo introduciéndose en el valle entre sus piernas. Se obligó a mirarla a los ojos y admiró lo buena actriz que era. Casi parecía... asustada, como una novia virginal, a pesar de que sabía que no lo era.

—¡Sal de la cama! —le ordenó con dureza, al tiempo que se apartaba de ella.

Eva estaba aterrorizada, aunque trataba de disimularlo.

«No es Tomás. No es Tomás», se repetía una y otra vez para que los recuerdos no la asaltaran.

Feran permanecía de pie frente a ella, sin camisa pero con los pantalones puestos. Se desabrochó el cinturón y se bajó la cremallera para dejar su miembro libre, que se mostró frente a ella en toda su longitud.

—Ponte de rodillas y tómame con la boca —le ordenó con voz ronca. Otra vez se admiró de sus buenas dotes de actriz. Pálida, inmóvil y en silencio parecía como si mantuviera algún tipo de lucha interna.

Se acercó despacio y se arrodilló frente a él, le temblaban las manos.

«Puedo hacerlo. Puedo hacerlo. No será la primera vez» pensó con repugnancia mientras los recuerdos volvían a invadir su mente. Trató de apartarlos y se introdujo el pene en la boca.

Feran sintió un placer tan intenso que casi se le doblaron las rodillas. Tenerla frente a él, de rodillas, dándole placer era más de lo que se hubiera atrevido a soñar. Le gustaba tenerla así, de forma servil. Sin poder evitarlo la imagen de ella haciéndole eso mismo a Tomás invadió sus pensamientos, sustituyendo todo el placer que estaba sintiendo por rabia y frustración. Ya no sentía placer, solo el deseo de humillarla, tal y como él se había sentido cuando la había sorprendido hablando de él con su padre, con desprecio.

—Apártate —le dijo con asco al tiempo que la apartaba de un empujón—.

¿No te enseñó nada Tomás? Lo haces fatal. Lo disfruto más con una furcia — resopló con enfado—. Creo que me iré a buscar otra mujer que me deje más satisfecho.

Apenas hubo pronunciado aquellas crueles palabras, se subió la cremallera del pantalón, cogió la camisa y abandonó la estancia sin percatarse de la inmovilidad y el silencio de Eva tirada en el suelo.

«Me quiero morir. Me quiero morir», pensó Eva con angustia.

Aquello era más de lo que podía resistir. Ni siquiera Tomás, después de sus violaciones, había conseguido que se sintiera así de humillada. Solo Feran era capaz de conseguirlo. No podía más. Durante todos estos años, el temor de lo que pudiera sucederle a Lucía si ella no estaba era lo único que había conseguido mantenerla en pie. Ahora sabía que Feran protegería a Lucía aunque a ella la odiara.

Se levantó con dificultad. Sabía lo que tenía que hacer; lo que hubiera hecho hace tiempo si no fuera por su hija. No se molestó en vestirse. Con piernas temblorosas se dirigió al cuarto de baño. Cogió la navaja que Feran usaba para afeitarse todas las mañanas y con mano sorprendentemente firme se cortó las venas de la mano izquierda. Contempló en silencio, casi ausente, cómo manaba la sangre de la herida abierta. Intentó cortarse las venas de la otra mano, pero la sangre que se le escurría entre los dedos hizo que le resbalara la navaja y cayera al suelo con un golpe seco. No le importó. Se sintió mareada. Las fuerzas la fueron abandonando y poco a poco se sumergió en la inconsciencia. Se iba a un lugar mejor. Ya no sufriría.

En cuanto Feran abandonó la casa se dio cuenta de que se había portado como un miserable. No debería haberla tratado de esa manera. Ella no le había obligado a casarse, había sido decisión suya. Si ahora no podía soportar los celos, eso no justificaba que la hubiera tratado de esa manera. Preso del remordimiento, volvió a la casa con intención de disculparse. No era culpa de ella que la deseara y la odiara al mismo tiempo. Comprendía que Tomás se hubiera encaprichado de ella, aunque demostraba ser más listo que él, ya que por lo menos no le había ofrecido matrimonio.

Subió a su cuarto y, al no encontrarla, tras unos segundos de duda, decidió que era mejor que hablasen cuando llegara la mañana. Con ese pensamiento, se dirigió al cuarto de baño. Al entrar, lo primero que notó fue un olor acre familiar que inundaba el cuarto. Permaneció inmóvil en la oscuridad durante un instante. Encendió la luz y con horror descubrió el cuerpo de Eva en un charco de sangre. Rápidamente se agachó junto a ella. Al ver la vena cortada de la que manaba sangre sin parar, tomó una toalla para cubrir su muñeca y detener la hemorragia. Vio la cuchilla ensangrentada y abandonada en una esquina del cuarto y sintió una rabia tan grande que durante un momento su vista se nubló de rojo. ¿Cómo podía ser tan egoísta? ¿No pensaba en su hija? ¿Tan repugnante le resultaba que la hubiera tocado que prefería quitarse la vida, cuándo había sido ella misma la que se había ofrecido? Era cierto que la había humillado, pero llegar a ese punto, le parecía exagerado.

La cogió en brazos y la depositó en la cama. No quiso llamar a voces a Susana para no despertar a Lucía, así que, en silencio pero con rapidez, bajó hasta su cuarto. La despertó y la urgió a ir en busca del médico. No iba a permitir que Eva muriera.

El médico llegó con rapidez. Le vendó las muñecas y les informó de que lo único que podían hacer era esperar. Había perdido mucha sangre y corría el riesgo de coger una infección. Feran la veló durante toda la noche. Quería asegurarse de que viviera, aunque solo fuera para que supiera lo que opinaba de ella y de su egoísta intento de suicidio.

Cuando Lucía despertó por la mañana, le dijeron que su madre estaba enferma y que era peligroso que la viera porque tenía una enfermedad contagiosa. Al mediodía tuvieron que volver a llamar al médico, ya que Eva estaba ardiendo por la fiebre. Los siguientes cinco días se debatió con la fiebre, hasta que al sexto, despertó.

Eva abrió los ojos y, derrotada, comprobó que seguía viva. Levantó el brazo con esfuerzo y observó la venda que cubría su muñeca. No pudo evitar que un débil lamento abandonara su garganta.

—Has despertado —susurró Feran en el silencio del cuarto.

Eva se sorprendió al oír su voz. ¿Qué hacía allí? Giró la cabeza y le vio sentado en un sillón a su lado.

—Eres una egoísta —le espetó él mientras la miraba con desagrado—. ¿Has pensado en tu hija durante un segundo?

Eva cerró los ojos angustiada. Ojalá no se hubiera despertado nunca. Ojalá

podiera desvanecerse para siempre. No podía más. ¿Por qué no la había dejado morir?

—¿Tanto te desagrada tu vida? —continuó Feran con crueldad—. ¿Tan desesperada estabas por casarte con Tomás? ¿Ha sido por él? —preguntó mientras se cernía sobre ella con furia contenida—. Me han dicho que le viste en el mercado. ¿Por eso me ofreciste tu cuerpo? Cómo no podías tenerlo a él, ¿pensaste en mí como sustituto?

Una tras otra, se sucedían las acusaciones pero la mente de Eva se había ido a otro lugar. Se giró sobre sí misma y se hizo un ovillo con la mirada perdida. No escuchaba nada de lo que decía Feran.

«Me quiero morir. Me quiero morir», se repetía una y otra vez. No entendía por qué Dios no se lo permitía.

Feran, consciente de que le estaba ignorando, abandonó el cuarto dando un portazo. Se sentía como un imbécil. Ni siquiera le escuchaba. ¡Qué clase de madre era! La tenía por una mujer caprichosa pero siempre había pensado que era una buena madre. Ahora tenía sus dudas.

—¡Susana! —llamó en cuanto salió del cuarto—. La señora está despierta. Avisa al Dr. Mendoza para que la examine.

—Ahora mismo, señor. —Susana, había llegado apresurada al oír su llamada.

Feran, que aún no había logrado calmarse, terminó de bajar las escaleras con furia. Ahora estaba molesto consigo mismo por haberse preocupado por Eva.

Al cabo de media hora, el Dr. Mendoza llegó para examinarla. Estuvo unos diez minutos en el cuarto. Cuando salió, pidió hablar con Feran:

—La herida está bien y el riesgo de infección ya ha pasado. Su cuerpo sanará, de eso no hay que preocuparse. Lo que me preocupa es su estabilidad mental. ¿Le ha dicho el motivo por el que ha intentado quitarse la vida? Conmigo no ha querido hablar.

—No —replicó Feran aún visiblemente enfadado—. Me ha ignorado cuando le he hablado.

Susana, que escuchaba la conversación en silencio, emitió un carraspeo que hizo que ambos hombres la miraran.

—Ella... —murmuró y se quedó en silencio. No sabía cómo decirlo, pero quería ayudar a su señora.

—¡Habla, muchacha! —la animó el Dr. Mendoza. Susana tragó saliva con

dificultad.

—Ella... se encontró con el señor Tomás en el mercado.

—Entiendo —asintió el médico ante la mirada sorprendida de Feran.

—¿Entiende? ¿Qué es lo que entiende? —preguntó Feran con sorpresa. Él también sabía de su encuentro en el mercado. El día anterior, una de las chismosas del pueblo se lo había contado y le había dado a entender que había habido demasiada confianza entre Tomás y Eva; por eso estaba tan enfadado con ella, porque ahora estaba seguro de que se le había ofrecido en un acto de despecho.

—Supongo que Eva no le ha contado nada a su esposo. —El Dr. Mendoza, con gesto cómplice, se dirigió a Susana que, avergonzada, no se atrevía a mirar a Feran.

—¡Qué demonios...! —exclamó Feran mientras el Dr. Mendoza le miraba con gesto tenso—. ¿Se puede saber qué es lo que no me ha contado?

—Yo no soy la persona indicada para contárselo, señor —afirmó el Dr. Mendoza—. Un buen médico debe guardarse las confianzas de sus pacientes.

—¡Es mi esposa! —exigió Feran con furia.

—En aquel momento, no lo era. Creo que su mujer ha sufrido algún tipo de crisis de ansiedad. Deberá tener mucha paciencia con ella. Es lo único que puedo contarle. Como ya le he dicho, su cuerpo sanará. El problema es su mente. —El médico se giró hacia Susana para darle las últimas instrucciones—. Hay que cambiarle el vendaje todos los días. Avísenme en caso de que volviera a subirle la fiebre. Por lo demás... —Se volvió hacia—. El único consejo que puedo darle es paciencia.

—Si eso es todo... Susana, acompaña al doctor hasta la puerta —ordenó Feran, consciente de los esfuerzos de Susana por evitar mirarle a la cara.

Apenas el doctor se hubo ido, Feran bajó las escaleras furioso. No comprendía el misterio que se traían Susana y el Dr. Mendoza, pero estaba dispuesto a averiguarlo. Se dirigió a su despacho, donde se sirvió un vaso de *whisky*. Cuando oyó a Susana pasar por delante de la puerta tras despedir al Dr. Mendoza, la llamó:

—¡Susana! Entra y cierra la puerta.

Ella le obedeció y entró en el despacho y cerró la puerta tras ella. Pálida, inmóvil y sin pronunciar palabra alguna, sabía lo que el señor quería saber; de lo que no estaba tan segura era de si tendría el valor para contárselo, y si su

señora, una vez restablecida, comprendería que lo hubiera hecho.

—¿Y bien? —preguntó Feran apoyado contra la mesa con el vaso de *whisky* en la mano.

Ella permaneció en silencio. Feran soltó el vaso con brusquedad sobre la mesa, lo que provocó que Susana diera un respingo.

—¡Quiero saber qué pasó con Tomás en el mercado! —Su voz sonaba furiosa.

Susana palideció aún más, pero permaneció en silencio. Feran la observó con frustración y decidió cambiar de táctica:

—Si me lo cuentas, quizás pueda ayudarla; aunque para eso... necesito saber la verdad.

—Él...

—Él... ¡Qué!

—Él la amenazó —confesó Susana.

—¿La amenazó? —preguntó Feran confuso—. ¿Con qué la amenazó y por qué?

Susana tragó saliva y se retorció las manos, presa del nerviosismo:

—Él...

Al ver que dudaba de nuevo, Feran trató de animarla suavizando el tono:

—¿Qué le dijo?

—Amenazó con visitarla.

Feran no salía de su asombro. ¿Amenazó con visitarla? ¿Qué significaba eso?

—No entiendo nada —afirmó mientras meneaba la cabeza—. ¿Qué hay de malo en que la visite?

—No ese tipo de visita —murmuró Susana mientras miraba al suelo avergonzada. Feran lanzó un suspiro frustrado. Era como intentar sacarle algo con cuchara.

—Susana, explícate de una vez porque no entiendo nada.

Ella le miró consternada. Sabía que la señora le había amado en algún momento y sospechaba que era el padre de Lucía. Si alguien podía protegerla de ese otro hombre, era él.

—¿Puedo sentarme, señor? —susurró avergonzada. Si iba a contárselo todo, prefería no hacerlo de pie.

Feran le hizo un gesto para que se sentara mientras él hacía lo propio tras la mesa del despacho.

—Empieza a hablar —le exigió.

Susana lanzó un suspiro de resignación y decidió que lo mejor era contarle toda la verdad.

—El señor Tomás siempre ha estado obsesionado con la señora Eva —comenzó a explicarle con voz entrecortada—, a pesar de que ella nunca le ha correspondido.

Feran emitió un bufido de disgusto ante la flagrante mentira. Susana le lanzó una mirada interrogativa.

—Continúa —le ordenó Feran con un gesto brusco. Cogió el vaso de *whisky* y se lo bebió de un trago; iba a necesitarlo si seguían contándole tonterías.

—Cuando la señora Eva volvió con Lucía, el señor Tomás empezó a acosarla. Quería que se casara con él, pero ella se negó una y otra vez.

—¡Alto! —exclamó Feran enfadado—. Eso no es cierto. Ella estaba loca por casarse con él. ¿Qué es eso de que la acosaba y ella le rechazaba? ¡Eso es mentira!

—No sé qué es lo que creéis, señor —afirmó Susana en un tono más seco de lo habitual en ella—. Me limito a contaros lo que yo sé y lo que he visto. Ahora, que si preferís que no os cuente nada... —Hizo el amago de levantarse, pero Feran se lo impidió con un gesto de su mano.

—Ni se te ocurra moverte.

Susana volvió a sentarse y, ante el silencio de Feran, continuó con su relato:

—Hace un par de años... —Se interrumpió y tragó saliva de forma ruidosa, ya que en ese momento sentía la garganta seca—. Hace un par de años, el padre de la señora empezó a enfermar; a tener un comportamiento extraño. Al principio, eran cosas inofensivas. Se olvidaba de lo que le habían dicho o de dónde había dejado las cosas. Poco a poco, empezó a empeorar. Se obsesionó con la muerte y con lo que les iba a pasar a la señora Eva y a Lucía el día que él no estuviera. El señor Tomás le convenció de que debía obligar a la señora a aceptar su proposición de matrimonio; de lo contrario, Eva acabaría casándose con algún advenedizo que se apropiaría de su fortuna. Como ella se negaba, hace un año más o menos le convenció para hacer algo que la comprometiera y así ella se viera obligada a aceptarle.

Feran cada vez estaba más sorprendido por lo que estaba escuchando.

¿Acaso era cierto que Eva no había querido casarse con Tomás? Entonces, ¿qué había de la conversación que había escuchado?, ¿qué significaba? Recordó la forma en la que la había tratado aquella terrible noche, cuando pensó por sus palabras que había jugado con él, y que lo que buscaba era casarse con Tomás. Se vio obligado a revisar todo lo que había creído hasta ese momento y a ver las cosas desde otro punto de vista. ¿Era posible que se hubiera equivocado? La recordó frente a él mientras poseía a aquella prostituta; mientras Eva le decía que le amaba y le suplicaba que la escuchara. ¿Y si fuera posible que hubiera cometido una ignominia contra ella? Sin embargo, sabía con toda seguridad que ella, finalmente, se había convertido en la amante de Tomás. El propio Tomás se lo había confirmado. Eva, por su parte, tampoco lo había negado cuando la había acusado.

—¿Cómo pretendía comprometerla? —preguntó al ver que Susana permanecía callada.

Susana enrojeció aún más y se retorció las manos con angustia. No sabía si estaba haciendo lo correcto al contarle toda la verdad.

—Ahora que has empezado, térmalo. —A Feran se le empezaba a acabar la paciencia.

—Una noche —empezó ella con voz trémula—, el señor Tomás... se presentó en la casa muy tarde... Se encerró con el padre de la señora en el despacho. No sé de lo que hablaron, pero cuando salió, el señor Tomás llamó a gritos a la señora Eva. Cuando ella apareció asustada, porque pensaba que le había pasado algo a su padre... —Susana parecía no encontrar las palabras mientras retorció sus manos y se revolvía en el asiento.

—¡Termina de una vez! —le exigió Feran al límite de su paciencia.

—Él... —continuó con voz quebrada—. Él... la llevó a rastras al cuarto y la forzó.

X

El silencio se extendió por la habitación como una losa. Feran, durante unos segundos, no comprendió lo que había escuchado:

—¿La *forzó*? ¿Cómo que la *forzó*? —preguntó al final sin dar crédito a lo que acababa de escuchar—. ¿De qué demonios estás hablando?

—Él... —continuó Susana, mientras las lágrimas que hasta ese momento había sido capaz de contener se derramaban por sus ojos—. Él pensó... que de esa manera la señora accedería. Yo... ninguno nos atrevimos a ayudarla —confesó con vergüenza—. Fui al despacho para contárselo al padre de la señora... le dije lo que estaba haciendo el señor Tomás... pensé... que lo impediría.

—¿Y no lo hizo? —preguntó Feran con voz ronca mientras se aferraba a los brazos de la silla hasta que los nudillos se le volvieron blancos.

—No. Se limitó a mirarme como si no me viera ni me entendiera. Solo murmuraba una y otra vez que era lo mejor.

La furia y la vergüenza invadieron a Feran. Recordó aquella conversación en la taberna cuando escuchó a Tomás cómo se jactaba ante su grupo de amigos de que Eva era su amante y cómo les proponía compartirla. Asqueado y despreciando a Eva más que nunca, se había ido del pueblo sin preocuparse por su suerte, sin preguntarse si era cierto lo que estaba oyendo y dándolo por supuesto. Un agudo dolor apuñaló su corazón al darse cuenta de que había abandonado a Eva por celos, y que él mismo se la había entregado a ese degenerado.

—Aquella noche... —continuó Susana con voz llorosa—. La señora gritaba... hasta que dejó de hacerlo. Cuando el señor Tomás salió del cuarto, aseguró que a la señora no le quedaría más remedio que casarse con él. En cuanto se fue, entré en el dormitorio de la señora... —a Susana se le rompió la

voz y dejó de hablar.

Feran trataba de contener las náuseas que le atenazaban, hasta que al cabo de unos minutos Susana pudo continuar con su relato:

—La ayudé a lavarse y a vestirse, y me pidió que la acompañara para hablar con su padre, ya que apenas se tenía en pie. Entró en su despacho y, con toda la dignidad de la que fue capaz, le anunció que no iba a casarse con Tomás. Que no importaba lo que este hubiera hecho, que jamás se casaría con él.

—Su padre, ¿qué dijo? —preguntó Feran con voz ronca.

—Nada —susurró Susana. Al darse cuenta de la mirada sorprendida de Feran, se armó de valor para contarle la verdad—. Luego vino lo peor.

—¿Lo peor? —preguntó Feran con incredulidad, mientras intentaba tragar la bola de repugnancia que tenía alojada en la garganta.

—Al día siguiente, el señor Tomás volvió a la casa... Cuando se enteró de lo que ella había dicho, se puso furioso. Se la llevó de nuevo al cuarto y... no salió en toda la noche.

Feran no quería seguir escuchando, pero al mismo tiempo necesitaba saberlo todo. Sintió asco de sí mismo, recordó como la había tratado al pensar que había jugado con él y que lo único que pretendía era casarse con Tomás. No comprendía la conversación que había oído entre Eva y su padre, pero fue consciente de que la había malinterpretado. No le había engañado. Darse cuenta de ello, hizo que fuera consciente de cómo la había humillado, había poseído a otra mujer frente a ella, y luego no contento con eso, la había abandonado.

Recordó con un escalofrío la conversación que había oído en la taberna, hace unos pocos meses, aunque en esta ocasión, le dio otra interpretación. La de un loco obsesionado, con horror comprendió que había sido testigo de cómo planificaban la violación de Eva y él solo la había abandonado.

—*Es una fiera en la cama —contaba Tomás a su grupo de amigos—. Su mayor fantasía es entregarse a varios hombres.*

—*¿No eres bastante para ella? —se burló uno de ellos mientras apuraba su cerveza.*

—*¿Queréis participar o no? —preguntó Tomás con fiereza.*

Feran estaba en la mesa de al lado oyéndolo todo. Sintió asco de todos ellos y lástima de la prostituta de la que hablaban, y que se iba a ver

obligada a satisfacer a esa panda de imbéciles.

—¿Y su padre que dice? —preguntó otro de los hombres en ese momento.

—El padre sabe que la hija es una zorra. No le importa a cuantos se entregue Eva ¿venís o no?

En ese punto Feran tuvo que abandonar la taberna. No podía ser. No podían hablar de Eva. Aunque en el fondo de su corazón lo supo. Tomás estaba obsesionado con ella, siempre lo había sabido. Lo que nunca hubiera pensado es que a ella se prestaría para eso.

—¿Cuánto tiempo? —logró preguntar con voz entrecortada—. ¿Cuántas veces?

—Tres días —murmuró Susana en un tono tan bajo que a Feran le costó oír—. Todas las noches.

—¿Y su padre lo permitió? —preguntó horrorizado.

—Ya le he dicho que el señor no estaba muy bien en esa época. Duró hasta... hasta el tercer día. Hasta aquella noche.

—¿Qué noche?

Susana tragó saliva con angustia antes de continuar.

—La noche en la que el señor Tomás no vino solo.

Feran cerró los ojos, horrorizado ante lo que se preparaba para escuchar.

—Aquella noche... —prosiguió Susana—, el señor Tomás no vino solo. Estaban todos borrachos. Se llevaron a la señora a rastras mientras ella gritaba. —Susana empezó a sollozar quedamente—. Gritó durante mucho tiempo, hasta que solo se oyeron las risas y los jadeos. Fue horrible... —recordó con angustia.

*Feran se levantó. Con manos temblorosas se sirvió otro trago de *whisky* y se lo bebió de un trago. Cerró los ojos y a su mente acudieron las terribles palabras que le había lanzado aquella misma mañana, cuando la había acusado de ser una egoísta por intentar acabar con su vida, y fue en ese momento cuando vio todo con claridad. El encuentro con Tomás en el mercado, la actitud de Eva cuando él había llegado a casa, su desesperación, el ofrecerse ante él, desnuda, y la posterior humillación a la que la sometió una vez más. Comprendió que el único culpable de que Eva hubiera intentado quitarse la vida era él mismo. Susana había enmudecido al verle tan agitado, Feran se sirvió otro trago, se giró hacia ella y le hizo un gesto para que continuara. Tenía que saberlo todo.*

—Cuando se fueron, horas después... tuvimos que llamar al médico. La

señora estuvo a punto de morir —explicó Susana con voz queda—. El Dr. Mendoza se horrorizó con lo que había pasado. Se reunió con el padre de la señora en su despacho e incluso hizo traer al padre Herminio. Entre los dos le hicieron comprender al señor que estaba enfermo, y que era una locura lo que había permitido que pasase allí. El doctor y el padre Herminio nos prohibieron abrirle de nuevo la puerta al señor Tomás, y nos ordenaron que, en caso de que se atreviese a entrar por la fuerza, llamásemos a las autoridades. Incluso se reunieron con el señor Tomás y le amenazaron con denunciarlo. A partir de aquel día, no volvió a tocar a la señora Eva.

—Las cicatrices... ¿son de ese día?

Susana asintió avergonzada. Se retorció las manos con nerviosismo, aún insegura sobre si había hecho lo correcto o no al contar toda la verdad.

—La señora Eva le tiene terror al señor Tomás —le explicó con angustia—. Estaba convencida de que tras la muerte de su padre, él haría daño a la niña Lucía para obligarla a que se casase con él. Está obsesionado, así que pensó que un matrimonio con otro hombre le haría desistir, pero parece que no fue así. En el mercado, el señor Tomás se burló de que su marido no estuviese con ella.

—¿Por qué Saúl no hizo nada? —preguntó asqueado. No se podía imaginar que su amigo lo hubiera sabido y no hubiera hecho nada.

—En ese momento no estaba en el pueblo y cuando volvió... a la señora le avergonzó que lo supiera. No sé si ahora lo sabe, aunque no creo.

—Gracias, Susana —murmuró Feran con voz rota—. Puedes irte.

Susana, aún visiblemente afectada, se levantó y se dirigió hacia la puerta; sin embargo, en el último minuto, se giró hacia Feran:

—¿Qué va a hacer, señor?

—No lo sé —respondió Feran, aunque mentía. Tenía muy claro lo que iba a hacer. Buscaría a Tomás y lo mataría.

Horas después, Feran, que aún no había logrado calmarse, volvió a la casa, se dirigió al despacho y se sirvió un trago de *whisky*. Se había acercado a la casa de Tomás, con la intención de matarle, solo para descubrir que no se encontraba allí. Al parecer, y por lo que le habían informado, había recibido una carta de la capital y había salido a toda prisa. Tendría que esperar a su

vuelta. Entonces, le mataría. No solo a él. Encontraría a aquellos hombres de la taberna y también acabaría con ellos.

Con manos temblorosas, se bebió el vaso de *whisky* de un golpe y se sirvió otro, mientras repasaba una y otra vez las palabras de Susana. Las náuseas no cesaban. Su comportamiento con Eva le parecía cada vez más deleznable. Con vergüenza, recordó cada una de las palabras que le había dirigido aquella aciaga noche; la misma en que la había humillado una vez más, hasta el punto de empujarla a quitarse la vida. El temblor de sus manos se agudizó al comprender lo cruel que había sido y lo que hubiera pasado si no hubiera regresado a la casa a tiempo. Un temblor le sacudió al pensar que si se hubiera demorado un poco más, la habría encontrado muerta. Se sirvió otro trago. Lo necesitaba. Lo bebió y se sirvió otro más. Necesitaba embotar los sentidos porque solo así dejaría de sentir asco de sí mismo. Finalmente, dejó el vaso encima de la mesa con frustración, con tal fuerza que derramó parte del líquido por encima de la mesa. Comprendió que emborracharse no iba a borrar lo que había hecho. Necesitaba hablar con Eva. Con horror, recordó las últimas palabras que le había dirigido aquella noche antes de dejarla en el suelo, desnuda y quebrada. En ese momento fue aún más consciente de la crueldad sus palabras:

—*¿No te enseñó nada Tomás? Lo haces fatal. Lo disfruto más con una furcia.*

Cerró los ojos y no pudo evitar que las lágrimas cubrieran su rostro. Con furia contra sí mismo, se las limpió y se dirigió al cuarto de Eva. Tenía que pedirle perdón. Lo necesitaba. Subió las escaleras con decisión. En la puerta del cuarto, sentada en una silla, Susana vigilaba a la joven con gesto serio. Al verle acercarse se levantó y se quedó de pie frente a él sin atreverse a mirarle a los ojos. Se sentía avergonzada por lo que le había contado; sin embargo, él estaba agradecido.

—¿Cómo está? —preguntó consternado y con cierto miedo de enfrentarse a ella. Comprendió que nunca se la había merecido.

—No sé qué decirle, señor —contestó Susana con preocupación—. Se ha levantado de la cama.

—Eso es bueno —replicó él con cierto alivio. Recordaba su actitud de la mañana, como si no le escuchara. Como si estuviera en su propio mundo.

—Sí, señor —reconoció Susana antes de explicarle un detalle que no sabía cómo interpretar—. Es que... está de pie frente a la ventana. He tratado

de hablarle, pero es como si no me escuchara. Está inmóvil y tararea una y otra vez la misma melodía. Es lo único que ha hecho durante la última hora.

Feran asintió con preocupación y entró en el cuarto. Vio a Eva, tal y como le había explicado Susana, de pie frente a la ventana. La miró durante unos segundos con una emoción que le atravesó el corazón. Sintió asco de sí mismo al recordar todo lo que le había hecho y se juró que haría lo que hiciera falta para conseguir su perdón.

—Eva —susurró con dulzura.

Le melodía no se detuvo. Era como si no le hubiera escuchado. Parecía ausente. Con temor, comprendió que eso era lo que ella pretendía. No estar en este mundo. Había intentado quitarse la vida y al no conseguirlo se estaba aislando a su propio mundo de fantasía. Un mundo en el que no estaba Tomás ni, con toda probabilidad, él mismo. Feran, destrozado ante las consecuencias de su cruel comportamiento, se juró que haría lo que hiciera falta para recuperarla.

—Eva —repitió con ternura al ver que le seguía ignorando. Y, por fin, se atrevió a pronunciar aquel nombre que poblaba sus recuerdos y que hacía años había desterrado de su mente y de su corazón:

—*Duquesa* —murmuró con suavidad.

Durante un segundo la melodía se interrumpió. Fue algo tan breve, que si no fuera porque estaba tan atento a cualquier reacción, Feran no lo hubiera percibido. No obstante, pasado ese fugaz segundo, se reanudó la melodía.

—He hablado con Susana —le explicó Feran con dulzura en un intento de llegar hasta ella y sacarla de aquel mundo en el que parecía sumida. Un mundo en el que no cabía nadie más y en el que, con toda seguridad, permanecía a salvo, ajena al sufrimiento—. Me ha contado lo que te hizo Tomás—. Feran tras sus palabras, calló durante unos segundos esperando algún tipo de reacción, una palabra, un movimiento, lo que fuera. Sin embargo, nada pasó. Era como si no le hubiera oído—. No tienes que temerle. ¡Nunca volverá a acercarse a ti! —exclamó con vehemencia—. Le mataré antes de que pueda volver a tocarte. Te lo juro, *duquesa*.

Eva interrumpió bruscamente su tarareo. Se abrazó a su propio cuerpo y apoyó la cabeza en la ventana mientras gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas. Ante su silencio, Feran se acercó con cautela. Cuando ya estaba lo bastante cerca, extendió su mano y tomó un mechón de sus cabellos. Un escalofrío de horror recorrió el cuerpo de Eva al verse arrastrada de nuevo

por los recuerdos.

—*Abre la boca. —Tomás le tiraba del cabello mientras empujaba su cabeza hacia el suelo.*

Se apartó con violencia de la mano que había tomado su cabello y que había osado sacarla de su burbuja para devolverla a este mundo que la aterrorizaba. Trémula, se tapó los oídos con las manos y volvió a tararear, aunque en esta ocasión más y más fuerte, hasta que logró volver a su mundo, en el que ni Tomás ni Feran podían entrar; un mundo propio en el que nadie más pudiera dañarla.

Feran la contempló, avergonzado, y se dio cuenta de que había cometido un error. No debería haberla tocado.

—Perdóname —susurró con arrepentimiento antes de abandonar el cuarto.

Durante dos días más, Eva continuó sumida en su mundo. Se negaba a volver a la cruel realidad. Permanecía tumbada o de pie, frente a la ventana e ignoraba todos los esfuerzos de Feran para comunicarse con ella. Solo miraba al infinito y tarareaba. Tampoco comía y, aunque la obligaban a beber, Feran pronto se dio cuenta de que aquella situación no podía continuar.

Desde su intento de suicidio, había mantenido a Lucía alejada de ella con el pretexto de una enfermedad contagiosa. No obstante, al ver que no mejoraba y en un intento desesperado, llevó a la niña ante su presencia. Si el ver a su hija no la hacía regresar de su mundo de fantasía, nada lo haría. Emitió un suspiro agradecido al ver cómo el simple hecho de que la niña se abrazara a las piernas de su madre y le tomara la mano hizo que Eva se derrumbara en el suelo y rompiera a llorar con desesperación.

Desde ese día, Feran no volvió a abandonar la casa. Le daba gracias a Dios por haberla salvado. Excepto cuando trabajaba en su despacho, procuraba pasar las horas con Lucía y con Eva, a pesar de que esta última lo tratara con absoluta frialdad. Él lo aceptaba. Sabía que se lo merecía. Cuando Lucía estaba presente ambos fingían una cierta cordialidad; sin embargo, cuando se quedaban a solas, Eva le demostraba su desprecio ignorando su presencia. Feran, pese a ser consciente de que merecía todos y cada uno de aquellos desplantes, no podía evitar sentirse profundamente herido.

—¡Mira, mami! —exclamó Lucía una tarde al entrar en el salón en el que

su madre leía—. Feran me ha traído un gatito.

Eva alzó la vista, sorprendida, al ver a su hija, que entraba en el salón con un gatito entre los brazos. Era una criatura diminuta y temblorosa. Cuando se dio cuenta de que Feran se acercaba tras la niña, devolvió su mirada al suelo, presa de tristeza. No soportaba su presencia, no solo por las humillaciones a las que la había sometido, sino porque se avergonzaba de que él supiera lo ocurrido con Tomás. Si ya antes la despreciaba, estaba segura de que ahora sentiría incluso asco. Se maldijo a sí misma porque comprendió que, a pesar de todo, aún amaba al Feran de su juventud aunque tuviera que convencerse de la cruel realidad. Aquel Feran nunca había existido. Había sido producto de su imaginación. El único Feran que existía era el que estaba frente a ella, el mismo que la había desgarrado de parte a parte. No sabía cómo recomponerse y ni siquiera estaba segura de que mereciese la pena hacerlo. Si no fuera por la presencia de su hija, con toda seguridad, hubiera intentado de nuevo quitarse la vida.

—También he traído algo para tu madre —anunció Feran mientras extendía su mano hacia Eva y mostraba una rosa roja que llevaba sujeta por el tallo.

—¡Mami! ¡Mami! —exclamó Lucía con alegría—. ¡Yo también quiero una!

Eva aceptó la flor con una trémula sonrisa. ¿Cómo podía ser tan cruel? Fingía amabilidad delante de Lucía para que ella no osara despreciar sus atenciones. Le hubiera gustado poder rechazar el regalo, o cogerlo para tirárselo a la cara, sin embargo, en presencia de su hija no podía. Ella no lo entendería.

—Toma, cariño. — Eva se giró hacia Lucía e hizo ademán de entregarle la flor —. Te la regalo.

—¡No! —exclamó Feran con una fiereza que los sorprendió a los tres. Al darse cuenta de la mirada asustada de la niña, dulcificó el tono y le explicó:

—Esta es para tu madre. Si quieres una, te prometo que esta tarde traeré otra para ti.

Lucía sonrió con alegría y pareció conformarse, por lo que Eva se vio obligada a aceptar el presente. Feran la miró atentamente. Durante los últimos días parecía que había recuperado un poco la sonrisa, aunque solo se la dedicaba a su hija. Sus ojos transmitían una profunda tristeza que le provocaba un sentimiento de culpabilidad tan grande que le destrozaba por dentro. ¡Había estado tan ciego! En ese mismo instante, se juró que haría lo que fuese necesario, pero conseguiría su perdón.

—Lucía, cariño, ¿por qué no sales al jardín con el gatito? —le sugirió Feran. Necesitaba quedarse a solas con Eva. Quería hablar con ella, pero no podía hacerlo en presencia de la niña.

Fue consciente del momento en el que Eva palideció al escuchar sus palabras. Era evidente que bajo ninguna circunstancia quería quedarse a solas con él. Cuando Lucía abandonó la estancia para salir al jardín con el gatito, Eva se levantó y murmuró una disculpa azorada, con la intención de irse.

—No te vayas —le pidió Feran, al tiempo que la sujetaba por la muñeca.

Eva se soltó bruscamente y retrocedió como si la hubiera golpeado. Pálida y con la respiración agitada, permaneció inmóvil, como si esperara que en cualquier momento la atacara. A Feran le dolió su actitud, aunque tampoco le sorprendió. A fin de cuentas, ¿qué podía esperar de él después del maltrato al que la había sometido?

—Tenemos que hablar. Por favor, quédate —le rogó con un suspiro cansado y un gesto para que se sentara de nuevo, al tiempo que se sentaba frente a ella.

Eva le miró en silencio, con angustia. No sabía lo que Feran pretendía con esa actitud, pero prefería el modo en el que la trataba antes. Podía soportar su desprecio, pero su ternura... eso la destruiría. Se sentó, pálida, y escondió sus manos temblorosas en el regazo. Oiría lo que quería decirle y luego se iría.

—*Duquesa* —murmuró él con dulzura, lo que hizo que los ojos de Eva se llenaran de lágrimas—. Sé que no merezco tu perdón. Me he comportado como un miserable y comprendo que me desprecies por ello. —Ante el silencio de ella, se animó a continuar—. Quiero que sepas que te amé profundamente y que aún te amo.

—¿Es algún tipo de broma? —preguntó ella con una carcajada histérica y los ojos brillantes por las lágrimas retenidas y que se negaba a derramar.

—No —negó Feran con tristeza—. No es ninguna broma, aunque entiendo que no me creas.

—¿Por eso me trataste como a una furcia? —preguntó ella con la voz rota—. ¿Por lo mucho que me amabas?

Feran palideció ante sus palabras. Sin embargo, no pudo negarlo. Así era como la había tratado.

—Necesito que me perdones —le suplicó de nuevo. Extendió la mano con la clara intención de tomar la de ella, lo que provocó que Eva se levantara de repente para alejarse de él e impedir que la pudiera tocar.

—¿Que te perdone? —exclamó Eva intentando contener su ira. Dejó escapar una carcajada amarga—. ¿Desde cuándo te importa mi perdón?

—Aquella noche... —Feran se levantó del asiento para situarse a su misma altura y la miró directamente a los ojos—. La noche en la que iba a hablar con tu padre.

En ese punto Eva sintió que ya había oído suficiente y trató de abandonar el salón de nuevo.

—¡No quiero escucharlo! —exclamó con furia. Pasó junto a Feran que la detuvo al cogerla por la muñeca. Trató de desasirse, pero él no se lo permitió. Incapaz de soltarse, se giró para darle la espalda. Fue entonces cuando comenzó a temblar con ansiedad, lo que provocó que Feran se sintiera culpable y la soltara.

—Aquella noche fui a tu casa —susurró él a su espalda. Necesitaba que lo entendiera, que supiera por qué había actuado como lo había hecho—. Llegué antes de la hora. Te oí a través de la puerta hablando con tu padre, cuando le preguntabas qué deberías decirme cuando llegara. Tu padre te respondió que me dijeras la verdad, que no tenías intención de casarte conmigo y que lo harías con Tomás.

—Y tú lo creíste —susurró Eva mientras la invadía la desolación. Sintió como si un hielo abrasador capturase su corazón y detuviera sus latidos.

—¡Por qué no lo iba a creer! —exclamó Feran con enfado—. Yo no era nadie.

Eva sintió su corazón romperse un poco más, aunque, al menos, comprendió por qué la había humillado aquella terrible noche. Le dolió que hubiese confiado tan poco en su amor; que unas pocas palabras en mitad de una conversación le hubieran convencido de su supuesta traición. Estaba sin fuerzas. Ni siquiera podía llorar. Se giró hacia él y le preguntó con gesto derrotado:

—Han pasado muchos años, Feran, ¿qué quieres de mí?, ¿qué te perdone? Está bien. Te perdono. ¿Puedo irme ya?

Feran la vio frente a él, pálida pero orgullosa, y sintió una ola de amor tan grande que creyó que caería de rodillas frente a ella.

—No —susurró con voz ronca—. No puedes irte.

La cogió por la cintura y la atrajo hacia su pecho. Notó cómo se estremecía. Recordó cómo le había ofrecido su cuerpo no hacía muchas noches, antes de que él, con su crueldad, la empujara a intentar quitarse la

vida. La deseó con fiereza, como la había deseado siempre, incluso cuando creía que la odiaba. Miró sus labios temblorosos y los acarició con el pulgar.

—Abre —le ordenó. Ella le miró temerosa, aunque le obedeció.

Convencido de que ella lo deseaba tanto como él, introdujo el dedo en su boca. Eva se dejó hacer de forma pasiva, con los brazos caídos, el cuerpo trémulo y sin mirarle a los ojos. Feran dejó de mirar su boca para mirarle el rostro, y en ese momento, al verla inmóvil y con la mirada perdida, lo comprendió. Si él insistía, le obedecería. Le permitiría que la poseyera aunque no lo deseara. Sus temblores no eran de deseo, tal y como se había hecho creer a sí mismo, sino que eran fruto del temor. Feran se sintió avergonzado. Pensar que unas simples palabras a modo de disculpa borrarían años de sufrimiento, no le convertían, desde luego, en alguien mejor que Tomás. Cómo podía haber pensado que algo así bastaría para que Eva olvidara el sufrimiento que le había ocasionado. Con esfuerzo, se apartó de ella y la liberó.

—Perdóname. Soy un miserable.

Ella no dijo nada, ni siquiera le miró. Se limitó a abandonar la estancia para dejarle a solas con sus remordimientos. Pasados unos minutos de reflexión, Feran salió tras ella. Se sentía como un idiota, no sabía cómo actuar con ella, qué decir. Lo único que sabía con toda seguridad era que quería, que necesitaba una oportunidad.

XI

Feran se dirigió al jardín para buscar a Eva y la encontró allí, sentada en el suelo, con la mirada perdida. Frente a ella, Lucía jugaba con el gatito sin ser consciente de la actitud de su madre.

Feran se acercó con cuidado para no asustar a Eva y se sentó a su lado. Al notar su presencia, ella no pudo evitar envararse.

«Que no me toque». «Que no me toque» era el único pensamiento que acudía a su mente. Lanzó una súplica silenciosa al ver que pasaban los minutos y Feran no la tocaba. Se limitaba a permanecer sentado a su lado mientras ambos contemplaban cómo Lucía jugaba con el gatito.

—¡Gracias por Mimitos! —exclamó Lucía al verle. Se acercó a Feran con el gatito entre los brazos para darle un tierno beso en la mejilla.

—¿Mimitos? —preguntó Feran con una dulzura que atravesó el corazón de Eva. Horrorizada, se dio cuenta de que sentía celos de su propia hija por haber logrado aquello en lo que ella había fracasado de forma estrepitosa. Sin poder resistirlo, se levantó de forma precipitada mientras se tocaba el punto del corazón donde le dolía y huyó al interior de la casa.

—¿Adónde va mamá? —preguntó Lucía con extrañeza al observar su partida.

—Todavía no está recuperada de su enfermedad, cariño. Ha entrado en la casa para descansar un poco —le explicó Feran con lo que trató de que fuera una sonrisa tranquilizadora—. ¿Qué te parece si te quedas aquí jugando con Mimitos y yo entro para comprobar que está bien?

Lucía asintió, aunque era evidente que no estaba muy convencida de sus palabras.

—No temas, Lucía —le aseguró Feran al notar su reticencia—. Yo protegeré a tu mamá y no permitiré que nadie le haga nada malo. —Se levantó

del suelo para ir en busca de Eva, cuando las siguientes palabras de Lucía le detuvieron:

—¿También la protegerás del hombre malo? —preguntó la niña en un murmullo angustiado.

—¿Qué has dicho? —replicó Feran con sorpresa.

—¿También la protegerás del hombre malo? —volvió a preguntar la niña.

—¿Qué sabes tú del hombre malo?

—Que le hizo daño a mamá y que ella le tiene miedo —susurró como si se tratase de un gran secreto.

Feran sintió cómo la furia le invadía. Algún día, ese miserable tendría que regresar y se aseguraría de que pagase por lo que había hecho.

—Te juro que ese hombre no le volverá a poner un dedo encima a tu madre —le prometió con firmeza. Le dio un beso en la cabeza y añadió con dulzura—. Cuando te canses de jugar, entra en la casa y pídele a Susana que te haga algo para merendar.

Acto seguido, Feran entró en la casa para buscar a Eva.

—Señor —le llamó Susana al verle pasar—. Ha llegado...

—Lo sé —afirmó Feran sin dejarla terminar—. ¿Está en el despacho?

—Sí, señor —respondió ella.

—Bien, dile que iremos enseguida.

Se dirigió al cuarto de Eva, pero allí no había nadie. Recorrió los diferentes cuartos sin encontrarla en ninguno. Bajó al salón y entró en la cocina. Se sorprendió al no ser capaz de hallarla. Solo quedaba el desván. Subió las escaleras y se encontró la puerta entreabierta. Se adentró en la penumbra y, aunque al principio le pareció que estaba desierto, cuando estaba a punto de irse distinguió, al fondo, la puerta entreabierta de la terraza. Con paso rápido se dirigió hacia ella y al atravesar el umbral distinguió la silueta de Eva, de espaldas, que miraba a la lejanía.

—*Duquesa* —susurró al acercarse. Eva se envaró al sentir su presencia.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó con la voz quebrada y sin mirarle—. ¿Por qué te casaste conmigo?

Feran suspiró a su espalda. Tenía que ser sincero con ella. Era imprescindible si quería establecer algún vínculo verdadero entre ambos, si quería conseguir su perdón.

—Me casé contigo para castigarte —reconoció con voz tensa. Eva acusó el golpe en silencio. A fin de cuentas, ya se lo imaginaba desde que le había

contado lo que pensaba acerca suyo—. Estaba convencido de que te habías burlado de mí hace años y, aunque pensaba que lo había superado, cuando volvimos a encontrarnos en casa de Saúl, comprendí que me había engañado a mí mismo.

—¿Dejarme aquella noche no fue suficiente castigo? —replicó ella con voz quebrada—. ¿Humillarme con aquella mujer?

—No —reconoció Feran con tristeza—. Durante muchos años así lo creí. Llegué a engañarme a mí mismo pensando que no había nada de ti que quisiera... que deseara. —Se acercó despacio, con suavidad para no asustarla, hasta situarse tan cerca que Eva notó aquel aliento que le producía escalofríos—. Sin embargo... —continuó Feran con voz ronca—. Me bastó un instante para que todo lo que una vez había sentido volviera con fuerza, y eso, a su vez, me hizo odiarte... por desearte.

Con suavidad, cogió un mechón de sus cabellos y lo acercó a su nariz, provocando que el aroma de jazmín que desprendían invadiera sus sentidos. En todos estos años, nunca había vuelto a oler el jazmín sin pensar en ella. Eva tembló al notar como la tomaba del cabello y se vio arrastrada por los recuerdos.

—Vas a aprender a obedecer —le dijo uno de los hombres que acompañaba a Tomás mientras la arrastraba por el pelo. Ni siquiera sabía su nombre. No lo había visto jamás. La lanzó sobre la cama bocabajo, con violencia, y le aplastó la cabeza contra el colchón sin dejar de tirar de sus cabellos—. Esto te va a doler —le susurro con satisfacción. Le levantó las faldas, rasgó su ropa interior y con brutalidad trató de empujarse en su interior.

—Qué estrecha estás. Tomás aún no te ha estrenado —rio con satisfacción mientras miraba a Tomás, que contemplaba la violación mientras se masturbaba.

Se apartó para separarle las nalgas e introducir un dedo para dilatarla. Cuando le pareció que ya era suficiente, sustituyó el dedo por su miembro y la poseyó. El dolor tan atroz que le provocó hizo que Eva soltara un alarido. El hombre dejó escapar una risa satisfecha; entró y salió de su cuerpo mientras ella no dejaba de gritar hasta que, a consecuencia del dolor y el sufrimiento, se desmayó. Cuando recuperó la conciencia, deseó no haberlo hecho, ya que en ese momento, eran dos los hombres que la embestían con furia. Uno se había situado encima y otro debajo. Trató de gritar, aunque no

fue capaz. Se le había roto la voz.

—¡No me toques! —siseó aterrorizada. Se apartó de repente para obligarle a que le soltara el cabello y alejar de sí los recuerdos, mientras trataba de controlar los temblores descontrolados que recorrían su cuerpo.

—Tienes una visita —le anunció Feran con voz ronca. Dio un paso hacia atrás y se alejó aún más de ella—. Es Saúl. Supuse que te alegrarías de verle.

—¿Le has pedido tú que venga? —No le había vuelto a ver desde el día que había estado en su casa y le había pedido que se casara con ella—. ¿Por qué? —preguntó en un gemido ahogado.

—Porque quiero que te sientas mejor —reconoció Feran con un suspiro de tristeza—. Supuse que hablar con Saúl te ayudaría. Ha estado muy preocupado por ti.

—No había venido hasta ahora... —murmuró ella con acritud.

Feran se avergonzó de sus acciones, aunque se obligó a sí mismo a confesarle el motivo:

—Yo no le permití que te visitara—confesó mientras Eva palidecía ante sus palabras—. Al principio, estaba furioso contigo y después... lo siento.

Ella acusó sus palabras en silencio. No tenía nada que decir, así que pasó a su lado, sin mirarle a la cara, para salir de la terraza y abandonar el desván. En el momento que se disponía a atravesar el umbral de la puerta, las palabras de Feran la hicieron detenerse:

—¿Lo sabe Saúl? —le preguntó con un atisbo de celos en sus palabras.

—¿El qué? —preguntó ella con rigidez, aunque ya sabía a lo que se refería.

—Lo de Tomás —gruñó él con desagrado—. Lo que te hizo.

Eva cerró los ojos con angustia y se mantuvo unos segundos en silencio antes de contestar en un tono tan bajo que a Feran le costó escucharla:

—No.

En el momento que se disponía a alejarse, de nuevo, se detuvo ante su siguiente pregunta:

—¿Se lo hubieras contado en algún momento?

—Es posible —aventuró ella. En realidad no estaba segura, aunque se había preparado para esa posibilidad.

—¿Y a mí? —Quiso saber él—. ¿Me lo hubieras contado alguna vez?

—A ti... ¡jamás! —sentenció Eva antes de alejarse con rapidez sin darle tiempo a reaccionar.

Cuando Eva entró en el despacho y vio a Saúl, se lanzó a sus brazos entre sollozos. El joven no supo cómo reaccionar. Feran, de pie junto a la puerta abierta, le observaba furioso. Era evidente que le molestaba que estuviera abrazando a Eva, sin embargo, no dijo nada. Saúl no entendía qué pasaba y, ante el silencio de Feran, se limitó a abrazar a Eva para consolarla.

—Tranquila —le susurró con dulzura—. Tranquila, Eva. Siento no haber venido antes. Feran me aconsejó que no lo hiciera.

Sus palabras provocaron que aumentaran los sollozos de Eva. Saúl dirigió su mirada a Feran, que permanecía pálido e inmóvil frente a la puerta. Tras lo que le parecieron unos interminables minutos, los sollozos de Eva disminuyeron de intensidad hasta convertirse en pequeños hipidos.

—¿Qué te ocurre, Eva? ¿Feran te ha hecho algo? —le preguntó con dulzura, sin dejar de mirar a Feran, que se envaró y apretó los puños, mientras le dirigía una mirada helada.

Eva negó con la cabeza, lo que hizo que se liberase la tensión que agarrotaba a Feran. Había llamado a Saúl porque sabía que Eva necesitaba desahogarse con alguien y, hasta donde sabía, Saúl era su único amigo. Trató de controlar los intensos celos que sintió al verlos abrazados. Pensar en la mera posibilidad de que Saúl hubiera aceptado casarse con ella hacía que se pusiera enfermo. De no haber vuelto a verla aquel día en su casa, se hubiera alejado de su vida sin llegar a conocer jamás la verdad.

Solo pensar en lo que Eva había pasado por su culpa le provocaba náuseas, porque si de algo estaba seguro era de que todas las desgracias por las que Eva había pasado a lo largo de estos años eran culpa suya. Y todo por su estúpido orgullo. Si no hubiera desconfiado de ella, no la habría abandonado y Tomás jamás le hubiera puesto una mano encima. Por ese motivo, resistió las ganas de apartarla de los brazos de Saúl. Sabía que en, ese momento, lo que Eva necesitaba era alguien en quien confiar; alguien que no la hubiera traicionado como había hecho él.

—¿Por qué lloras, Eva? —le preguntó Saúl.

Eva no pudo contestar, porque en realidad no lo sabía. Solo sabía que ver a Saúl le había hecho recordar todos los planes que había trazado

cuidadosamente para librarse de Tomás. No habían servido de nada y ahora estaba aún peor que antes.

Feran carraspeó para llamar la atención de Saúl y Eva se envaró al darse cuenta de que aún permanecía en la puerta.

—Pediré que os traigan algo para comer —murmuró Feran entre dientes.

—¿Podrías decir que nos lo llevaran fuera? —preguntó Saúl—. Hace un día maravilloso para estar en el jardín.

Feran asintió sin decir nada y, de mala gana, se apartó de ellos para permitirles que hablaran a solas. Fue en busca de Lucía para evitar que los interrumpiera y concederles la intimidad que necesitaban.

—¡Feran! —exclamó Lucía con alegría en cuanto le vio en su cuarto.

—Te buscaba, princesa —la saludó él con dulzura.

Lucía le respondió con una amplia sonrisa y, durante un momento, Feran vio a la Eva de la primera vez que se le había acercado hacía ya tantos años. Cuando, de forma torpe, le había asegurado que si le amara, no le importaría que fuera pobre o bastardo, o incluso que no supiera besar. Sintió una puñalada tan fuerte en el corazón al contemplar a su hija, tan parecida a su madre, y a la vez con los mismos ojos y el cabello negro ensortijado que contemplaba todos los días al ver su reflejo en el espejo que, durante unos segundos, no fue capaz de respirar. Tantos años perdidos por culpa de su orgullo. Sintió rabia contra sí mismo y se juró que haría lo que hiciera falta para recuperar el amor de Eva.

—Perdóname, Saúl —murmuró Eva con tristeza una vez sentados a la mesa del jardín. Susana había traído un refrigerio y les había dejado a solas.

—No tengo nada por lo que perdonarte —la contradujo Saúl de forma cariñosa—. Al contrario, deberías perdonarme tú a mí por lo que te hice, por permitir que Feran tomara mi lugar.

—No —musitó Eva—. Fui tan egoísta que no me importó que amases a otra mujer. Feran me lo ha contado. ¿Quién es ella?

—Olivia —confesó Saúl con un suspiro—. Era la hija de la cocinera.

—Entiendo —afirmó Eva con tristeza. Recordaba que durante un tiempo había pensado que entre ella y Saúl había algo, pero lo había rechazado al enterarse de su compromiso con Sofía.

—No. No creo que lo entiendas —prosiguió Saúl con amargura—. Olivia era lo más hermoso que tenía en mi vida aunque en aquel momento no me diera cuenta. Desde que tengo uso de razón siempre estuvo a mi lado, y eso precisamente, el saber que siempre estaba ahí, fue lo que no me permitió valorar su amor como se merecía. Cuando mis padres me enviaron a la capital, no sé cómo, pero lo olvidé. Olvidé lo que era importante. Olvidé cómo me hacía sentir su amor. Me convertí en un joven caprichoso y egoísta, y me convencí de que no era la mujer que me convenía. Cuando regresé, la encontré tan... vulgar —reconoció con vergüenza—, y a pesar de ello... tan hermosa, que la deseé en cuanto la volví a ver. Sabía que me amaba y me aproveché de aquel amor. A pesar de que mi intención era comprometerme con una mujer de mi misma clase social, la busqué y llegué a pensar en poseerla a pesar de que no la quería como esposa.

—Saúl —le interrumpió Eva con tristeza—. No hace falta que sigas.

—Necesito contarlo —afirmó él con derrota—. Me porté como un miserable. Cuando me comprometí con tu prima sentí lástima de Olivia y de su amor hacia mí, así que, en el colmo de la generosidad, decidí dejarle claro el lugar que ocupaba en mi vida para que no se humillara. Lo que hice, en realidad, fue humillarla aún más. Le confesé que me había comprometido con tu prima y que ese era el tipo de mujer que deseaba como esposa. Yo... —lanzó un suspiro cansado—. No me extraña que se marchara.

—Te casaste con Sofía —le recordó Eva—. ¿Qué esperabas?

—Lo sé, ya te he dicho que me comporté como un imbécil. Cuando conocí a tu prima supuse que era la mujer perfecta para mí. Al irse Olivia, en cierta medida, sentí alivio. Pensé que me había ahorrado momentos incómodos. Tardé un tiempo en comprender el enorme error que había cometido.

—Por eso me pediste que te ayudara a demostrar el adulterio y conseguir la anulación de tu matrimonio.

—Sí. Quería recuperar a Olivia, y pensé que cuando supiera que se había anulado mi matrimonio volvería corriendo a mis brazos. —Se rio con amargura—. Sabía que Feran había ayudado a Olivia a salir del pueblo, así que le busqué para exigirle que me dijera dónde se encontraba. En mi mente lo tenía muy claro: la buscaría, le diría que la amaba y podríamos estar juntos.

—Es evidente que no fue así.

—No —confesó Saúl con una carcajada amarga—. Feran se negó a decirme su paradero. Se lo había prometido a ella. Le había hecho jurar que si

algún día trataba de buscarla, jamás pudiera encontrarla. Tan solo accedió a entregarle una carta en mi nombre, en la que le contaba lo imbécil que había sido, que la amaba y que quería casarme con ella. Estaba convencido de que, en el momento en que la leyera, correría a mis brazos agradecida.

—Como no está aquí contigo, supongo que te rechazó —aventuró Eva.

—Sí y no —reconoció Saúl con una sonrisa triste. Buscó en el bolsillo de su camisa, el más cercano a su corazón y extrajo una carta arrugada y manoseada por el paso del tiempo. Se la tendió a Eva para que la leyera.

Estimado Saúl:

Mi corazón está roto por tu culpa. Nunca me sentí una persona inferior por mi clase social; sin embargo, con unas pocas palabras conseguiste que me avergonzara de mí misma.

Hiciste que mis sentimientos y los que creía despertar en ti se convirtieran en algo sucio y vergonzoso, y eso es lo que no te puedo perdonar. Dices que siempre me has amado. No obstante, esos supuestos sentimientos no te limitaron a la hora de casarte con otra. Me dices que has descubierto la verdadera naturaleza de tu esposa, lo que me hace pensar que, de no haber sido por eso, jamás me hubieras buscado.

¿Acaso me echaste de menos tras mi partida o en el fondo sentiste alivio de que me marchara? Perdona que no te crea; que dude de tu amor. Merezco a alguien que me ame por encima de todo; que me considere su primera opción.

Me pides una oportunidad. Después de mucho pensar, he decidido que te la daré si eso es lo que deseas.

Me esperarás tres años, tiempo que yo emplearé en intentar olvidarte. Si después de ese tiempo aún me amas, acudiré a tu lado y te diré si yo no te he olvidado.

Eva le devolvió la carta mientras le miraba con incertidumbre.

—Tú no la has olvidado. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Dos años, once meses y dos días.

—¿Volverá?

—Eso espero, porque se van a cumplir tres años desde entonces. Pronto se cumplirá el plazo en el que prometió volver. Espero que lo haga y que no me haya olvidado, como yo no he podido olvidarla a ella.

—¡Saúl! —exclamó Lucía que interrumpió en ese momento al aparecer en

el jardín junto con Feran. Se lanzó a los brazos del joven para abrazarle.

—¿Cómo está la princesa? ¿Feran te trata bien? —preguntó Saúl con una sonrisa mientras la niña giraba entre sus brazos sin parar de reír, al tiempo que asentía con alegría.

—Me alegro —acordó Saúl con una gran sonrisa.

Feran y Lucía se sentaron con ellos en la terraza. Aunque al principio se notaba una cierta tirantez entre Feran y Eva, según fue pasando el tiempo, y gracias a la conversación de Saúl, ambos se relajaron y poco a poco disminuyó la tensión.

Almorzaron juntos, y cuando acabaron, Lucía se entretuvo con el gatito por el jardín. El resto de la tarde transcurrió plácidamente entre conversaciones triviales solo interrumpidas por Lucía que, de vez en cuando, reclamaba su atención. Para Eva supuso un interludio en mitad de la tormenta en la que se había transformado su vida. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió en paz. Durante unos instantes, se permitió incluso elucubrar sobre cómo hubiera sido su vida si Feran no la hubiera abandonado. «Algo parecido a esto», supuso.

—Debería irme —sugirió Saúl al cabo de unas horas.

—Sí. Deberías irte —afirmó Feran sin importarle parecer grosero.

—Perdona, Saúl —murmuró Eva sin saber cómo disculparse por la actitud de Feran.

—No importa, Eva —la tranquilizó Saúl con una sonrisa al tiempo que se disponía a despedirse—. Conozco a Feran desde hace mucho tiempo. No me afectan sus groserías. Quería proponerle a Lucía, si vosotros estáis de acuerdo, que viniera unos días a mi casa. Creo que lo podríamos pasar muy bien.

—¡Sí! —exclamó Lucía mientras daba un chillido de alegría y se giraba hacia Eva—. ¿Puedo, mami? Por fi —suplicó con voz lastimera.

Eva no supo qué decir. No quería quedarse a solas con Feran. Utilizaba a Lucía como barrera y no sabía lo que pasaría si se quedaban a solas.

—¿Eva? —le preguntó Saúl al tiempo que le lanzaba una mirada interrogativa.

—Yo no tengo ningún inconveniente —anunció Feran con voz resuelta. Sopesaba todas las posibilidades que se abrían ante sus ojos sin la presencia de Lucía. Sabía que Eva la estaba utilizando para evitar cualquier tipo de acercamiento entre ellos.

—Está bien —claudicó Eva con un suspiro de resignación. No quería que Feran pensara que tenía miedo de quedarse a solas con él, y sabía que Lucía adoraba a Saúl, y él a ella.

—¡Gracias, mami! —Lucía se lanzó, exultante de alegría, a los brazos de su madre.

—La princesa tiene que preparar la maleta si quiere venir conmigo —le conminó Saúl.

Eva aprovechó ese momento para interponer distancia física entre Feran y ella. Necesitaba tiempo para tranquilizarse. La sola idea de quedarse a solas con él hacía que sintiera un frío helador que le penetraba hasta los huesos.

—Vamos, cariño —le dijo a Lucía al tiempo que le tendía la mano para que la acompañase—. Voy a avisar a Susana para que nos ayude a hacer la maleta.

Feran esperó a que se hubieran alejado antes de hablar.

—Gracias, Saúl.

—No sé lo que ha pasado entre vosotros —afirmó Saúl mientras contemplaba cómo Lucía y Eva se alejaban—. Y no estoy seguro de querer saberlo. Solo espero que podáis arreglarlo.

Al cabo de unos minutos, Lucía y Eva bajaron acompañadas de Susana, que portaba una maleta.

—Pórtate bien —le pidió Eva a su hija mientras la despedía. La abrazó y le dio un beso en la mejilla.

—La cuidaré bien —prometió Saúl tras despedirse de Eva y Feran.

—Estoy segura de ello —afirmó Eva con una sonrisa.

Saúl y Lucía salieron de la casa y subieron al carruaje. Eva no se atrevía a mirar a Feran a la cara. Le costaba respirar y le sudaban las manos.

—Estoy indispuesta —murmuró con voz entrecortada—. Voy a recostarme hasta la hora de la cena. Le diré a Susana que la suba a mi habitación —anunció al tiempo que se giraba para subir las escaleras y alejarse de Feran.

—No podrás huir durante mucho tiempo, *duquesa* —anunció él, a su espalda, mientras se alejaba.

XII

Londres - Inglaterra

—¿Estás segura? —preguntó la señora Anderson, la madre de Feran, mientras contemplaba cómo Olivia cerraba la maleta.

—No. No estoy segura —reconoció Olivia con una sonrisa triste—. Sin embargo, lo prometí y debo cumplirlo. De lo único que estoy segura es que no he podido olvidarle. Creo que el hecho de saber que aún me espera... no sé, quizás cuando le vuelva a ver, me dé cuenta de que en el fondo he idealizado su recuerdo.

—Sabes que puedes volver cuando quieras.

—Lo sé, Alicia —afirmó Olivia al tiempo que la abrazaba—. No sé qué hubiera sido de mí sin vosotros. Agradezco tanto a Feran que me trajera a vuestra casa...

—Soy yo la que agradezco a Feran que te trajera. Te quiero como a la hija que nunca tuve.

Olivia sintió que se le encogía el corazón. Cuando se había subido a la balandra de Feran cinco años atrás, nunca se hubiera imaginado que la llevaría a la casa de su propio padre, la que compartía con su segunda mujer. Con asombro, había descubierto que todos los rumores que afirmaban que Feran era un bastardo no solo eran falsos, sino que incluso provenía de una familia acomodada.

Feran le explicó que su padre les había dado por muertos tanto a él como a su primera esposa. Pasados unos años, había vuelto a casarse, aunque no habían conseguido tener hijos. Feran había descubierto sus orígenes y se había presentado ante su padre, quien con gran alegría había descubierto que el hijo que creía muerto, en realidad no lo estaba.

Desde entonces, pasaba largas temporadas en casa de sus padres. Feran le

explicó que cuando él era niño, la madre de Olivia le había ayudado, así que, en compensación, cuando esta se dirigió a él con la idea de que ayudara a su propia hija, se dio cuenta de que la mejor manera en que podía hacerlo era llevándola a casa de sus padres.

Estos estuvieron encantados y la recibieron con los brazos abiertos. La señora Anderson la había tomado bajo su cuidado y durante estos cuatro años la había tratado como a una hija. Tenía tanto que agradecerles... sobre todo porque, tras la muerte de su propia madre a consecuencia de una pulmonía a los pocos meses de su llegada, se había quedado sola en el mundo. Los padres de Feran no solo la habían apoyado emocionalmente, sino que incluso la habían animado a estudiar una profesión, así que le habían pagado los estudios en la Escuela de Entrenamiento y Hogar Nightingale para Enfermeras en el hospital de St. Thomas.

Gracias a Feran había encontrado una nueva familia. Cuando llevaba dos años en su nuevo hogar, había recibido la carta de Saúl. Feran le había contado sobre la anulación de su matrimonio con Sofía. Había llorado amargamente, porque a pesar de que en su carta manifestaba que siempre la había amado, ella supo leer entre líneas. Fue consciente de que si no hubiera sido por la traición de su esposa, jamás hubiera pedido la anulación del matrimonio ni hubiera vuelto a pensar en ella, y lo peor de todo era que, durante unos instantes, se había planteado regresar y perdonarle.

—No lo hagas —Alicia sentía el dolor de la joven como el de la hija que nunca había tenido.

—Me ama —afirmó Olivia entre lágrimas—. Quiere que regrese.

—¿Se lo merece? —preguntó ella con tristeza—. Si regresas ahora, siempre te considerará inferior a él. Está tan seguro de ti y de tu amor, que cree que con decirte que te ama correrás a su lado. Si regresas ahora, te arrepentirás.

Comprendió que la señora Anderson tenía razón. Él jamás la consideraría como a la que había sido su esposa. Si regresaba en ese momento, siempre tendría que estar agradecida por su amor. Ella se merecía más. Se merecía ser la primera. Así que, con todo el dolor de su corazón, le escribió una carta y le impuso, y se impuso a sí misma, una penitencia.

—Ya es hora de que regrese —afirmó Olivia con tristeza—. Se lo prometí y me lo prometí a mí misma.

—Lo sé Estoy siendo egoísta porque no me resigno a que te marches—.

Alicia se acercó a ella y la abrazó con cariño—. Quedará impactado cuando te vea, estoy segura.

Olivia siempre había sido hermosa, pero estos años le habían dado una madurez de la que antes carecía. Sus rojos cabellos habían atenuado un poco su color y se habían tornado en un caoba que enfatizaba aún más el verde de sus ojos. Su trabajo como enfermera le había proporcionado un aplomo y una confianza en sí misma que, estaba segura, iba a necesitar.

—Si en cualquier momento quieres regresar —le pidió Alicia—, tan solo díselo a Feran y te traerá de vuelta.

—Lo sé —afirmó Olivia mientras la abrazaba de nuevo.

Habían pasado ya dos días desde que Lucía se había ido con Saúl y nada había cambiado entre Eva y Feran. Él quería darle tiempo, pero consideraba que ya era suficiente y no estaba dispuesto a que pasara ni uno más.

Como todas las mañanas desde su matrimonio, desayunaron juntos sentados uno a cada extremo de la mesa y sin apenas mirarse.

—Hoy comeré fuera —anunció Feran, a lo que Eva se limitó a sentir. Evitaba hablarle más allá de lo estrictamente necesario, y eso le enfurecía, aunque trataba de no demostrarlo—. Le he pedido a Susana que prepare algo especial para cenar y le he dado la noche libre al servicio. Estaremos solos tú y yo.

Un ligero temblor hizo que Eva derramara parte del zumo que se estaba sirviendo en una copa—. He encargado un vestido especial para ti, espero que te lo pongas para la cena. —Feran continuó como si no se hubiera percatado de cómo le habían afectado a Eva sus palabras.

Ella no pronunció palabra alguna. Continuó sirviendo el zumo en su vaso y se lo bebió sin mirarle, en un intento de fingir indiferencia, como si sus palabras no la hubieran estremecido por completo. Feran se levantó con brusquedad, molesto por su fingida indiferencia, lo que provocó que Eva emitiera un gemido ahogado y se echase un poco para atrás, como si temiese que Feran fuera a tocarla. Él se quedó inmóvil. La rabia fluía a través de su cuerpo al ver que ella aún le temía. Con voz ronca, se vio obligado a aclararle:

—Sé que te he hecho daño en el pasado. No obstante, jamás te maltrataría

físicamente ni te obligaría a hacer algo contra tu voluntad.

Tras esas palabras, abandonó la estancia.

Horas después, en su cuarto, Eva contemplaba el paquete que le había enviado Feran sin atreverse a abrirlo. Dos veces había hecho el intento, pero en cuanto tocaba el enorme lazo de satén que lo cerraba, sus manos empezaban a temblar de forma incontrolada. Por eso, en ese instante, estaba sentada en la cama mientras observaba con derrota el paquete sin abrir.

¿Qué quería Feran de ella? No lo comprendía. Si supiera lo rota que estaba, el vacío tan grande que habitaba en su interior, comprendería que no había nada que pudiera hacer para recomponerla y la dejaría en paz. Quizás fuera egoísta, pero ya no tenía fuerzas para luchar. Solo sabía que moriría antes de permitir que Tomás la volviera a tocar y que su matrimonio no le iba a detener. Él mismo se lo había dicho. Nada de lo que Feran hiciera cambiaría ese hecho.

Contempló, una vez más, la caja sin abrir y rozó con sus dedos la carta que la acompañaba. Con manos temblorosas, la cogió de encima de la caja y puso una mano en su corazón, en un intento de regular sus latidos. Antes de arrepentirse, sacó la nota del interior del sobre y la abrió.

Nunca me he olvidado de tus sueños.

Era lo único que ponía. Eva miró la nota confundida. No sabía de qué sueños le hablaba. Había soñado con casarse con él, con tener una familia, pero esto era una burda imitación de sus sueños. Deshizo el lazo de la caja y no pudo evitar dejar escapar una exclamación ahogada al ver su contenido. Los ojos se le llenaron de lágrimas y la invadieron los recuerdos.

—No quiero que te vayas —murmuró Eva mientras le abrazaba.

—Ni yo quiero irme —reconoció Feran con un suspiro.

—Entonces, no lo hagas.

—Sabes que debo hacerlo. —La interrumpió con un gesto al ver que quería rebatir sus palabras—. Puede que en este momento pienses que no hace falta, pero te equivocas. Te arrepentirías.

—¿No confías en mi amor? —musitó ella con voz quebradiza.

—Quisiera creer —afirmó Feran mientras le acariciaba la barbilla con un dedo y depositaba un dulce beso en los labios—. Sin embargo, has sido

educada con una serie de prejuicios y aunque ahora digas que no te importan, con el paso del tiempo te importarán.

Eva emitió un bufido y se apartó de él para darle la espalda.

—Cuando dices esas cosas, me dan ganas de hacer algo inapropiado para demostrarte lo poco que me importa lo que piensen de mí.

Feran no pudo evitar reírse al tiempo que la abrazaba por la espalda y la pegaba a su cuerpo.

—¿Qué harías? —le preguntó con una risa ronca que acarició todas las terminaciones nerviosas de Eva.

—Me pondría un vestido rojo —aseguró Eva con la voz agitada—, y bailarías conmigo toda la noche.

Feran se rio ante lo que Eva consideraba un acto escandaloso. Le parecían tan absurdos los convencionalismos que hacían que un simple color determinase lo que era apropiado y lo que no...

Eva acarició con sus manos el vestido que yacía en el interior de la caja, mientras volvía al presente. Notó la suavidad de la tela. Con cuidado, sacó el vestido de la caja y lo sostuvo frente a ella. Era un vestido de baile. Aunque durante su estancia en la capital había asistido a varios bailes, nunca se hubiera atrevido a llevar un vestido como ese. De un color rojo tan vivo como la sangre.

Se situó frente al espejo del cuarto y sostuvo el vestido contra su cuerpo. El escote y las mangas estaban cubiertos de un encaje tan delicado, que incluso tuvo miedo de romperlo. Se miró en el espejo, cosa que hacía en muy pocas ocasiones, ya que contemplar las marcas de su cuerpo hacía que se sintiese sucia, por eso lo evitaba. Por más que lavaba su cuerpo, la podredumbre parecía no abandonarla jamás. Sin embargo, al ver ese vestido sobre ella, durante unos instantes, volvió a recordar cómo era, cómo se sentía antes de que Tomás hiciera su vida jirones.

Las lágrimas se acumularon en sus ojos y se derramaron por sus mejillas. Sintió la compulsión de probárselo. No supo por qué pero, de pronto, tenía que ponérselo. Empezó a tirar de los enganches de su propio vestido con desesperación para poder quitárselo. Le temblaban tanto las manos que no era capaz de soltarlos, y cuanto más difícil le resultaba, mayor era la urgencia que sentía por hacerlo. Tal era la angustia que la poseía, que arrancó las costuras de su propio vestido sin que le importara lo más mínimo. Nada le importaba en ese momento, salvo sentir el vestido rojo contra su cuerpo.

Tras unos minutos de desesperación, por fin consiguió quitarse el vestido que llevaba puesto para enfundarse en el que le había regalado Feran. Se contempló en el espejo con una sonrisa trémula. Le encajaba como un guante. El encaje era tan delicado que apenas lo notaba en su cuerpo. Mostraba piel pero no permitía que se distinguiesen las cicatrices que afeaban no solo su cuerpo, sino también su alma. La falda del vestido tenía pequeños brillantes engarzados que hacían que el vestido reluciera. Se sintió como una princesa de aquellos cuentos de hadas que le leía su madre cuando era pequeña y que aún recordaba. Se le encogió el corazón al darse cuenta de que Feran lo había encargado para ella; para que se sintiese mejor. Sin embargo, ese mismo pensamiento hizo que se derrumbase en el suelo y comenzase a llorar con el corazón roto. Un vestido no podía recomponer un alma. No supo cuánto tiempo permaneció en el mismo sitio sin dejar de llorar. Hasta que se le acabaron las lágrimas, supuso.

—¡Señora Eva! —Susana la llamaba al otro lado de la puerta—. ¿Se encuentra bien?

—Sí —logró responder con voz rota—. Déjame sola, por favor.

Eva había llegado al límite de su resistencia. La idea de la muerte la obsesionaba una y otra vez con su promesa de paz. Ni siquiera la noticia que le había dado Feran, en un intento de tranquilizarla, de que Tomás no se encontraba en el pueblo, la había aliviado. Sabía que más tarde o más temprano regresaría a buscarla.

Olivia paseó por el pueblo con el corazón encogido. No había querido avisar a Feran de su regreso. La última vez que se habían visto le había asegurado que aún no sabía si regresaría o no, aunque le había mentido. Amaba a Saúl. No había podido olvidarle, aunque tampoco perdonarle.

Una vez más, como en los cinco años transcurridos, pensar en él le hizo sentir amor y odio al mismo tiempo. Con rabia, se recordó a sí misma que su amor no había sido suficiente. Él no había correspondido a su amor con la misma intensidad que ella había demostrado. Maldijo a su corazón traidor, que se negaba a olvidar.

Apenas fue consciente de que sus pasos la dirigieron hasta la casa de Saúl. El corazón le palpitaba a toda velocidad. No lo había planeado. Sin embargo,

en ese momento se encontraba frente a la puerta de la casa de Saúl sin saber qué hacer. A su llegada al pueblo, había acudido a una casa de huéspedes para buscar alojamiento. No deseaba quedarse en casa de Feran; sabía que acababa de casarse y no quería importarlo en modo alguno. Dudó durante unos minutos delante de la puerta de Saúl hasta que, antes de perder el valor, llamó al timbre. Pasados unos segundos, una criada abrió la puerta:

—Buenos días —la saludó con amabilidad—. ¿Qué deseaba?

—Yo... quisiera ver al señor Pedralbes —murmuró Olivia tras unos instantes de duda.

—¿A quién tengo que anunciar?

—A Olivia Dunham.

—Pase. Avisaré al señor.

La criada la condujo hasta la sala de espera. Olivia sentía una opresión en el pecho que le dificultaba respirar. Los recuerdos acudían en cascada. Todo estaba igual que el día que se había ido. Se acercó a la ventana y miró el jardín. Recordó las tardes que había pasado en él con Saúl. En los sueños que había tejido, que ahora comprendía que habían sido fantasías infantiles, en las que él caía rendido en sus brazos y le declaraba su amor. Oyó una risa y le vio a través de la ventana, en el jardín, acompañado de una niña. Vio como la criada que le había abierto la puerta, se dirigía hacia él y le informaba de quién le estaba esperando. Saúl miró a la criada con extrañeza y no pudo evitar que su mirada se dirigiera hacia la ventana desde la que ella le observaba, lo que provocó que Olivia diera un paso atrás. Saúl intercambió unas palabras con la niña y se apresuró hacia la salita en la que Olivia esperaba.

Se intensificó la opresión de su pecho y Olivia empezó a respirar de forma agitada.

—Olivia —Oyó un susurro a su espalda—. ¡Has vuelto! —exclamó Saúl sorprendido.

—Hola, Saúl —saludó Olivia con fingida indiferencia. Se giró hacia él y durante unos segundos quedó impactada por su cercanía. Estaba... diferente a como le recordaba. Más maduro. Ya no tenía aquel aire de despreocupación que le había acompañado desde que se conocían. La miraba con seriedad. La estudió de arriba abajo, lo que provocó que enrojeciera ante su escrutinio.

—¿Has venido... —Saúl se interrumpió durante unos segundos, como si le costase hablar—. ¿Has venido para quedarte?

—Aún no lo sé —afirmó ella con altivez. Y no mentía. Sabía que tenía que volver. Necesitaba volver a verle y comprobar si tenía fuerzas para romper de forma definitiva con su recuerdo.

—¿Dónde has estado todos estos años?

—He estado viviendo con los padres de Feran desde que me fui.

—¡Será cabrón! Siempre se ha negado a decirme tu paradero. Jamás hubiera imaginado que estuvieras en casa de sus padres—. Al ver como ella palidecía ante sus palabras, trató de tranquilizarse—. ¿Dónde te estás hospedando? ¿En casa de Feran?

—No. Aún no sabe que he venido. Estoy en una casa de huéspedes.

Tras esas palabras, ambos se quedaron en un tenso silencio. Un breve instante le había bastado a Olivia para arrepentirse de haber acudido a la casa y, en aquel mismo instante, lo único que deseaba era salir corriendo.

—Será mejor que me marche —afirmó mientras se dirigía hacia la puerta. Tenía la sensación de haber cometido un error.

—No te vayas —le suplicó él con voz ronca, al tiempo que la sujetó por el brazo para que no se alejara.

Ella permaneció inmóvil durante unos segundos, sin atreverse a mirar ni a Saúl ni a la mano que la sujetaba. Le ardía el brazo en el punto donde él la tocaba. Se desasió con un movimiento brusco.

—Tengo que irme —afirmó con voz espesa.

—Tenemos que hablar —le exigió él a su vez, con voz tensa.

—Y lo haremos —claudicó ella con un suspiro cansado—. Aunque no ahora.

Él la dejó marchar con frustración. La acompañó hasta la puerta y en el momento en que abandonaba la casa, le preguntó:

—¿Por qué has venido?

Ella se giró hacia él y Saúl enmudeció impactado por su belleza. Desde que la había visto a través de la ventana, no había sido capaz de hilar un pensamiento coherente en su cabeza. Se juró que esta vez no iba a ser tan tonto como para dejarla escapar. Ella le miró en silencio durante unos segundos y se alejó de su lado sin responder a su pregunta.

Feran ardía de deseos de llegar a la casa y llevar a cabo su plan. Había

ordenado al servicio que pasara la noche fuera. No podía esperar para ver a Eva. Se la imaginaba con el vestido que había encargado para ella. Le había dado horas para que se arreglara y ya no podía esperar más.

Entró en la casa y fue en su búsqueda. No le costó mucho encontrarla. Estaba en el salón, pero le sorprendió que no llevara puesto el vestido que le había hecho llegar.

—¿Por qué no te has puesto el vestido? —preguntó decepcionado.

—¿Para qué? —replicó Eva con una risa amarga—. Ya me ves como una furcia. No creo que haga falta que me vista como una.

Feran palideció ante sus palabras, ofendido con el comentario.

—Ese no es un vestido de furcia —afirmó con tirantez.

—Si lo que quieres es hacer valer tus derechos como marido, no hace falta que te tomes tantas molestias. Solo tenías que decirlo —anunció Eva con frialdad. Empezó a soltar los lazos del vestido que llevaba puesto, sin dejar de mirarle, como si nada le importara. Como una prostituta de verdad.

—¡Detente! —le ordenó Feran con furia al tiempo que la detuvo con una mano firme—. No es eso lo que quiero.

Al estar tan cerca de ella, Feran se dio cuenta de que su actitud fría era una fachada ya que le temblaban los labios. Resistió el impulso de lamerlos a pesar de lo mucho que lo deseaba. Se apartó de ella y cerró los ojos para intentar tranquilizarse. Estaba tan duro que incluso le dolía. No obstante, el recuerdo de Eva en un charco de su propia sangre sirvió para extinguir su excitación.

—Perdona si te he ofendido con mi regalo. Sé que hasta ahora me he portado como un miserable contigo; sin embargo, jamás ha sido mi intención humillarte.

Eva se abrazó a sí misma con dolor y se giró hacia la ventana, mientras Feran intentaba explicarse para que le entendiera.

—La noche... —Feran tuvo que detenerse al notar cómo le temblaba la voz—. Sé que tuve la culpa de que te intentaras quitar la vida —aseguró avergonzado y con la voz enronquecida—. Aquella noche te traté con brutalidad y no te imaginas cuánto me he arrepentido de ello. Desearía borrar todos mis actos. Tanto los que cometí hace ya cinco años, cuando cogí tu amor y te lo tiré a la cara, como mi terrible comportamiento desde que nos casamos y, sobre todo, la humillación a la que te sometí aquella terrible noche por la que decidiste... —Tragó saliva antes de continuar—. Daría mi vida por

borrarlo todo. No obstante, sé que no puedo.

Eva temblaba y sentía cómo su corazón se descomponía en mil pedazos ante sus palabras.

—*Duquesa* —susurró Feran acercándose de nuevo a ella, aunque sin tocarla. El dolor de Eva se intensificó hasta tal punto que tuvo que frotarse el pecho en un intento de aliviarlo—. No te pedí que te pusieras ese vestido porque tuviera la intención de obligarte a cumplir con tus deberes maritales. No porque no lo desee, sino porque estoy seguro de que tú no lo deseas y... jamás, te lo juro, jamás volveré a hacerte daño.

—¿Por qué lo hiciste? —susurró ella con voz rota—. ¿Por qué me trataste así la otra noche?

—Porque me moría de celos —reconoció Feran con arrepentimiento. Eva se giró hacia él, y a pesar del dolor le miró con sorpresa—. Tenía celos de Tomás. Pensé que pretendías utilizarme para olvidarte de él. Imágenes de él mientras poseía tu cuerpo me atormentaron.

Eva palideció horrorizada y asqueada ante los recuerdos que invocaban aquellas palabras. Cerró los ojos y dejó escapar un gemido angustiado.

—Sentí la necesidad de hacerte daño —reconoció Feran con pesar—. Aunque no solo te lo hice a ti, sino que también me lo hice a mí mismo. Dañé al amor de mi vida.

Eva negó con lágrimas en los ojos. No quería aceptar lo que estaba escuchando. Era mentira. Una cruel mentira que solo buscaba hacerle daño.

—*Duquesa* —susurró de nuevo Feran—. Solo quería que supieras que jamás te he olvidado. Que cada vez que he oído el jasmín me ha recordado a ti. Quisiera borrar todo lo que ha ocurrido en estos años. Sé que no hay nada que pueda hacer para conseguirlo, pero me gustaría, al menos, sustituir los recuerdos amargos por otros más bellos. Te juro que lo único que tenía planeado para esta noche era que habláramos.

—¿Hablar de qué? —preguntó ella con consternación mientras negaba con la cabeza.

—De lo que quieras.

—Está bien —aceptó ella cansada de luchar. Cansada de sufrir.

Feran le hizo un gesto para que le precediera al comedor. Al principio estaba tensa, dudaba de la veracidad de sus afirmaciones respecto a que lo único que pretendía era que hablaran; sin embargo, poco a poco, empezó a relajarse al darse cuenta de que no le había mentado.

Mientras cenaban, en ningún momento le hizo ningún tipo de insinuación o comentario inapropiado, e incluso se abstuvo de hacerle cualquier tipo de pregunta de índole personal. Se limitó a entretenerla con anécdotas de sus viajes. Eva se sorprendió al descubrir que era dueño de una pequeña fortuna que había obtenido con el contrabando y que había invertido de forma sabia a lo largo de estos años, de tal forma que, si así lo deseara, no tendría que volver a trabajar jamás, además del hecho de que aunque pareciera increíble, provenía de una familia acomodada. Le contó de cómo había logrado encontrar a su padre, que vivía en Inglaterra con su segunda esposa ignorante de que su hijo aún vivía, e incluso le habló de Olivia, la enamorada de Saúl. Le explicó que cuando la madre de Olivia se acercó a él para rogarle que sacara a su hija del pueblo, se sintió tan conmovido y a la vez tan indignado por la actitud de Saúl, que decidió llevarla al hogar de sus padres. Estos la habían recibido con los brazos abiertos y habían llegado a considerarla incluso como a una hija, hasta tal punto que le habían pagado sus estudios de enfermería.

—Creo que voy a retirarme —anunció Eva al cabo de un rato con un suspiro cansado. Hacía más de una hora que habían acabado de cenar y, a pesar de que se encontraba mejor, la tensión del día le había pasado factura y se sentía agotada. Se levantó de la mesa para retirarse a su cuarto a descansar.

—Te acompañaré a tu habitación —anunció Feran. Al verla palidecer y retraerse, le aclaró—. Te prometí que no te tocaría sin tu consentimiento. Solo te quiero acompañar.

Ella le mantuvo la mirada durante unos segundos y asintió. Cuando llegaron a la puerta de su habitación, Feran la miró durante unos instantes y murmuró en tono ronco antes de alejarse:

—Que duermas bien... *duquesa*.

Al día siguiente, Olivia observaba, nerviosa, la nota que le había enviado Saúl. Cuando le había hecho saber que ya estaba en el pueblo, lo último que esperaba era esa propuesta. Sabía que tenía que aceptar, a fin de cuentas, había vuelto para eso. Necesitaba estar con Saúl y comprobar si se merecía una oportunidad, porque después de haberle visto en su casa, tenía claro que los sentimientos que un día había tenido hacia él no habían disminuido ni un

ápice.

Con un suspiro cansado, escribió la respuesta. Salió del cuarto para buscar un mensajero que la entregara, cuando se encontró con la dueña de la pensión.

—Señorita Dunham. Tiene una visita.

Olivia se quedó sin aliento al pensar que Saúl se hubiera atrevido a ir a buscarla. Aunque no recordaba haberle dicho el sitio exacto donde tenía el alojamiento.

—¿Quién es? —preguntó con temor.

—Es una dama —afirmó la dueña de la pensión—. No me ha querido decir su nombre. La está esperando en la salita.

Olivia la miró con sorpresa. No se imaginaba qué dama podría estar interesada en visitarla. Solo Saúl y Feran, al que había informado esa misma mañana, sabían de su presencia en el pueblo, así que no se imaginaba quién podría buscarla.

Aunque alguien la hubiera visto el día anterior cuando se acercó hasta la casa de Saúl, dudaba que la hubieran reconocido. Había abandonado el pueblo cinco años atrás como la hija de la cocinera y había vuelto convertida en una dama. Solo alguien que la conociera bien hubiera sido capaz de reconocerla.

—¿Han preguntado por Olivia Dunham?

—Sí... claro —contestó la dueña de la pensión con extrañeza. No entendía la pregunta, ¿por quién iban a preguntar?

—Está bien. —Olivia le entregó la nota, al tiempo que le decía:

—¿Podría encargarse de que hicieran llegar esta nota?

—No se preocupe —afirmó la dueña de la pensión—. Haré que la envíen.

Olivia regresó un momento a su habitación antes de dirigirse a la salita donde la esperaba la misteriosa dama. Se contempló en el espejo del cuarto, se arregló el peinado y se limpió las manos sudorosas. No sabía por qué estaba tan nerviosa, pero tenía la sensación de que esa visita no auguraba nada bueno. Cuando ya se encontró un poco más calmada, se dirigió a la salita.

Al entrar, observó a la dama que la esperaba, que en ese momento le daba la espalda y miraba por la ventana. Llevaba un vestido de paseo de color lima haciendo juego con un sombrero del mismo color que cubría unos cabellos de color miel. Al ser consciente de su presencia, la dama se giró hacia ella:

—Hola, Olivia —la saludó con cierta altanería.

Olivia la contempló con asombro. Hacía años que no la veía y aun así la reconoció al instante. Seguía siendo tan hermosa como entonces.

—Hola, Sofía —le devolvió el saludo con la misma confianza. Enseguida percibió que Sofía arrugaba el ceño al ver que la tuteaba.

—Veo que con los años has subido de categoría —replicó Sofía mientras la examinaba de arriba abajo—. Ahora vistes como una dama.

—¿Qué quieres? —preguntó Olivia con gesto altivo sin responder al insulto —¿Cómo has sabido que estaba en el pueblo?

—¿Crees que no iba a saber que habías regresado para robarme a mi marido? —preguntó Sofía en un tono despectivo.

Olivia la miró asombrada durante unos segundos para luego soltar una carcajada. ¿En qué realidad vivía esta mujer? Saúl había anulado su matrimonio con ella y, por lo que le había contado Feran, no mantenían ningún tipo de contacto. Sofía se había ido a la capital y disfrutaba allí de la fortuna que le había entregado Saúl tras la anulación. Este podría haberse divorciado por adulterio, sin embargo, prefirió la anulación del matrimonio. Sofía, que se oponía a cualquier término, solo aceptó a cambio de una considerable suma de dinero.

—Saúl no es tu marido —afirmó Olivia de forma categórica—. Vuestro matrimonio fue anulado.

—¿Eso es lo que te dices a ti misma para justificar tu comportamiento? —la acusó Sofía mientras se acercaba a ella de forma amenazadora.

Olivia sintió miedo durante unos instantes al ver la forma en la que la miraba. ¿Estaba desequilibrada? Le pareció que tenía las pupilas dilatadas y la frente perlada en sudor. Sin saber muy bien a qué atenerse, retrocedió unos pasos para alejarse de ella.

—¡Aléjate de mi marido! —le exigió Sofía presa de furia. Tras esas palabras, abandonó la estancia como una tromba y dejó a Olivia confusa y temblorosa. Aún no comprendía con exactitud lo que había pasado.

XIII

Eva, sentada en el comedor, tomaba el desayuno mientras observaba a Feran con asombro.

—¿Qué has dicho?

Había oído perfectamente sus palabras. No obstante, no podía creérselas. Feran la observaba desde el otro lado de la mesa de una forma que Eva no sabía descifrar, y eso hacía que se pusiera más nerviosa aún.

—Le he pedido a Susana que nos prepare un almuerzo para llevar. Hace una mañana magnífica para acercarnos en balandra a la Isla de la Sirena—le repitió Feran con suavidad.

—¿En tu barco? —Siempre había deseado que la llevase en él, pero eso había sido hace años. Ahora no se imaginaba qué podían hacer ellos en esa isla. Hasta donde sabía, estaba deshabitada. El nombre se debía a que la isla realmente parecía una sirena recostada sobre el agua. Corrían rumores de que en ella, yacía un tesoro escondido por un pirata. Aunque ella se imaginaba que solo eran cuentos, cada cierto tiempo alguien visitaba la isla en un intento infructuoso de encontrar una pequeña fortuna.

—Sí. Llevaremos una pequeña tripulación —le explicó Feran—. La Isla de la Sirena está deshabitada. Nadie nos molestará.

—¿Qué es lo que pretendes? Ya sé que la isla está deshabitada —preguntó molesta por su referencia a que nadie les molestaría.

—Nada, *duquesa* —le contestó con dulzura mientras sonreía y se levantaba del asiento para situarse frente a ella—. No pretendo nada.

Con delicadeza tomó su mano, que reposaba encima de la mesa. Eva trató de retirarla, sin embargo, Feran no se lo permitió. Solo cuando notó que dejaba de resistirse, la soltó.

—Ponte ropa adecuada —le advirtió Feran mientras recorría su atuendo

con la mirada—. Nos vamos en una hora.

—¿Qué le pasa a mi ropa? —preguntó Eva con voz entrecortada. Se frotó la mano que él había tomado contra el vestido, en un intento de borrar la sensación de su contacto. Feran, al darse cuenta de lo que hacía, pensó que era por repugnancia, así que la miró con una tristeza tan profunda que Eva se sintió culpable y dejó de intentar eliminar el rastro de Feran de su piel. Notaba un calor que partía del punto que él había tocado y que le recorría el cuerpo entero y le provocaba sensaciones indeseadas.

—A tu ropa no le pasa nada, *duquesa* —le explicó Feran con dulzura—. Aunque estoy seguro de que no querrás estropearla con el salitre del mar.

Ella no pudo más que reconocer que tenía razón. Con un gesto de asentimiento, se retiró a su cuarto para vestirse de forma más sencilla con prendas que, en caso de que se estropearan, pudiera deshacerse de ellas sin ningún tipo de malestar.

Apenas habían pasado unos minutos, cuando Eva se sobresaltó por una llamada en la puerta de su cuarto. Con el corazón latiendo a toda velocidad en su pecho, se acercó para abrir. La presencia de Feran ocupaba todo el vano de la puerta y durante unos instantes sintió temor por lo que de forma inconsciente retrocedió unos pasos. Feran la observó durante unos segundos en silencio. Dio un paso para introducirse en el cuarto y extendió su mano con suavidad.

—¿Qué quieres! —exclamó Eva con voz entrecortada y miró su mano extendida en la vio que reposaba un anillo.

—¿Qué es eso? —preguntó con confusión.

—Es un anillo —contestó Feran, como si ella no se hubiera dado cuenta—. Estamos casados y, a pesar de ello, no te he entregado ningún anillo.

Eva negó, al tiempo que escondía las manos a la espalda. Sabía que era un comportamiento infantil, pero no podía evitarlo. No quería ese anillo. En realidad, no quería nada que la vinculara a Feran más de lo que ya estaba. Él se le acercó mientras ella retrocedía con las manos escondidas y negaba con la cabeza hasta que se detuvo abruptamente al chocar contra la pared. Feran no se detuvo, siguió caminando hasta que solo unos centímetros los separaban.

—Extiende la mano derecha —le pidió con suavidad.

Eva se negó, mientras lágrimas de rabia inundaban sus ojos. No quería ese anillo. Al ver su negativa, Feran endureció su mirada y le advirtió con voz tensa:

—Si no extiendes la mano, te la cogeré y te lo pondré yo mismo.

Eva empezó a temblar ante la posibilidad de que la tocara. No permitiría que le pusiera una mano encima. Sentía que se quebraría como el cristal si la tocaba. Por eso, para evitarlo, extendió una mano temblorosa. Feran depositó el anillo en su palma, sin tocarla.

—Póntelo —le ordenó con suavidad. Ella solo pudo obedecerlo. Al ponerse el anillo sintió como si una banda de acero hubiera rodeado su dedo y también su alma.

—Te espero abajo, *duquesa* —susurró él con satisfacción antes de abandonar el cuarto.

La brisa de la mañana acariciaba las mejillas de Eva. Sentada a bordo de *El canto de la Sirena*, se sentía en paz por primera vez en mucho tiempo. Después de la escena del anillo Feran había abandonado el cuarto y la había esperado en el *hall* para darle el tiempo necesario para que se recuperara. Cuando descendió las escaleras para reunirse con él, Feran se limitó a ayudarla a subir al carruaje sin pronunciar palabra alguna. El carruaje les llevó con rapidez al puerto para subir a bordo del barco que les llevaría hasta la isla.

Una vez a bordo, Feran dio las indicaciones oportunas para que soltaran el amarre y pusieron rumbo a la Isla de la Sirena. Eva, que nunca había subido a un barco, se dio cuenta de que estaba incluso emocionada. Era una experiencia nueva para ella. La inmensidad del océano en lugar de sobrecogerla, como hubiera sido lo normal, le producía una inmensa paz.

Durante todo el viaje nadie la molestó. Al subir a bordo, Feran le había presentado a su tripulación que, tras los saludos corteses de rigor, se había sumido en sus quehaceres y la había ignorado. Feran no se acercó a ella, quizás porque adivinaba que necesitaba tiempo para procesar todo los cambios que se estaban produciendo en su relación. Solo cuando se aproximaron a su destino, se acercó para sentarse a su lado.

—*Duquesa* —la llamó con voz aterciopelada y una mirada de ternura en el rostro. Durante un momento, Eva se sintió transportada al pasado, a un tiempo anterior a Tomás y a todo lo que había pasado entre ellos—. Hemos llegado —anunció Feran sacándola de sus ensoñaciones—. Hace un día precioso. Comeremos en la playa.

Eva con incomodidad se dejó ayudar por Feran para subirse a la barca que les llevaría a tierra firme. Iban acompañados de un miembro de la tripulación. Una vez llegaron a la orilla, Feran la tomó en brazos y la depositó sobre la arena húmeda sin darle tiempo a protestar. Se despidió del miembro de la tripulación que les había acompañado y tras coger de la barca una manta y la cesta con la comida que les había preparado Susana, regresó junto a Eva.

Estaba tan nerviosa que le resultó más fácil ignorarle, así que se giró sobre sí misma y recorrió la isla con la mirada. Se asombró ante su belleza. Cuando ya no pudo seguir ignorando su presencia, miró hacia él y se dio cuenta, con angustia, que en realidad estaban solos en la isla. Ese pensamiento hizo que cuando se acercó hasta ella, empezara a temblar sin poder evitarlo.

Feran observó la cantidad de emociones que cruzaron el rostro de Eva. Sorpresa y admiración por la belleza de la isla, nerviosismo al comprender que estaban solos sin nadie alrededor, y al final, al mirarle, miedo. Bajo ninguna circunstancia estaba dispuesto a aceptar esto último.

—*Duquesa* —susurró con dulzura, al tiempo que se acercó hasta ella—. Nunca te tocaré sin tu consentimiento. Te lo juro.

—Ya lo hiciste —le recordó ella con voz ronca. Se retorció las manos con angustia y se giró para apartarse aún más de él.

Feran lanzó un suspiro apesadumbrado. Eran tantas las ignominias a las que había sido sometida, algunas de ellas cometidas por él mismo, que comprendió que no iba a ser fácil recuperar su confianza. Extendió la manta sobre la arena seca y después de depositar en ella la cesta con la comida, se sentó para quitarse las botas.

—Quítate los zapatos. Vamos a pasear por la orilla —la animó con voz alegre y decidido a fingir que no era consciente de su incomodidad.

Eva le miró dudosa hasta que, al ver que se quitaba las botas y se levantaba para mirarla con expectación, decidió imitarle. Se acercó a él con mirada dubitativa. Al percibir su cautela, Feran se apartó de ella para que no se sintiera amenazada por su cercanía. Eva se sentó en la manta y se quitó los zapatos sin dejar de mirarle de soslayo, como si esperase que en cualquier momento se fuera a abalanzar sobre ella.

Feran apartó la mirada al atisbar la blancura de sus muslos y eso le hizo recordar la noche en la que se le había ofrecido. El recuerdo de su cuerpo desnudo, hizo que el deseo inundara sus venas. No obstante, el recuerdo de sus propios actos posteriores, de cómo la había humillado hasta el punto de desear

la muerte, hizo que se apagara su deseo.

Eva se puso en pie descalza y le miró con cautela. Feran extendió su mano para que la tomara y ella le miró dudosa. No sabía muy bien qué hacer. Él esperó con calma y tras unos minutos que se le hicieron eternos, Eva tomó su mano y provocó que Feran dejara escapar un suspiro de alivio. La sostuvo con ternura y tiró de ella para arrastrarla hasta la orilla y que introdujera los pies en el agua. Eva levantó un poco las faldas y emitió un débil jadeo cuando las olas del mar le lamieron los tobillos.

—¡Está fría!

—¡En unos minutos no lo notarás! —le aseguró Feran con una sonrisa, al tiempo que la salpicaba con el pie de forma juguetona.

Eva emitió un gritito al ver que le mojaba el vestido y se apartó un poco de él. Se quedaron mirando en silencio unos segundos, hasta que sin que ninguno de los dos lo esperara, Eva dio una patada al agua que le dejó completamente empapado. Ambos se quedaron inmóviles por la sorpresa. Ninguno se podía creer lo que acababa de pasar. Eva no sabía de dónde había sacado el valor para hacer algo así. Una sonrisa depredadora cruzó el rostro de Feran, al tiempo que comenzaba a acercarse lentamente a ella.

—Yo... —trató de explicar Eva azorada mientras retrocedía con temor—. No sé por qué lo he hecho. Te lo juro.

—No importa —la amenazó Feran con una sonrisa de satisfacción en el rostro y sin dejar de acercarse a ella—. Creo que estás muy seca... te voy a mojar —la amenazó al tiempo que hizo un gesto con el pie como si fuera a salpicarla. Eva echó a correr medio risueña, medio asustada, mientras Feran la perseguía.

—¿Lo has hecho?

Sofía no se molestó en contestar. Siguió arreglándose el cabello frente al espejo. Una mano la sujetó por el brazo y la giró con violencia.

—Te he preguntado si lo has hecho —le exigió Marco con voz acerada.

Sofía le miró con satisfacción al tiempo que se lamía los labios. Le excitaba que la tratase de esa manera y a él también le excitaba tratarla así. Deslizó la mano por su pecho hasta rozar su masculinidad. Él estaba completamente duro. La sujetó fuerte por el pelo y la empujó contra su boca.

—Me provocas a propósito —afirmó él al tiempo que le rompía la camisa por la mitad para dejar a la vista sus pechos—. Apuesto a que cuando te follaba tu marido ni siquiera te corrías.

Sofía se humedeció ante su lenguaje vulgar. Eso era lo que le había atraído de él desde el primer momento. Su rudeza y vulgaridad. Y tenía razón. Cuando su marido la había poseído la había dejado completamente fría. Le gustaba que la trataran con rudeza. Empujó a Marco para provocarle más. Él la acercó contra su pecho, la levantó de tal forma que sus pies dejaron de tocar el suelo y los empujó a ambos contra la cama. Recorrió su cuerpo para apartarle las faldas y poseerla mientras ella jadeaba y fingía que no era lo que deseaba. Le empujó para que la tratase con rudeza. Recordó la primera vez que le vio.

Cuando conoció a Saúl, dio por hecho que era el tipo de hombre que quería y que necesitaba. Siempre había sospechado que era diferente a las otras mujeres. Sin embargo, hasta su matrimonio no comprendió cuánto. En su noche de bodas, su marido no fue capaz de satisfacerla. Sus besos no la excitaron y cuando poseyó su cuerpo, mientras Saúl entraba y salía emitiendo gemidos de placer, ella solo era capaz de pensar en que la estaba cubriendo de sudor. Cuando se derramó en su cuerpo, Saúl la abrazó y ella lloró con amargura

Había oído historias. Sabía que muchas mujeres no disfrutaban del acto sexual con sus maridos y que para algunas era algo incluso doloroso. Sin embargo, nunca hubiera imaginado que eso le iba a suceder a ella. Desde que se había convertido en mujer había tenido deseos, pensamientos. De forma instintiva había descubierto cómo darse placer a sí misma y de esa forma había disfrutado de múltiples orgasmos. Había pensado que las relaciones sexuales con su marido serían incluso mejores, pero no había sido así, apenas había sentido nada y él ni siquiera se había dado cuenta.

Según fueron pasando los días, se dio cuenta del horrible destino que le esperaba. Se sentía insatisfecha. Conocer el placer que era capaz de proporcionarse a sí misma hacía que su frustración fuera mayor, hasta que llegó un momento que el contacto de su marido empezó a resultarle molesto. No comprendía que Saúl fuera tan egoísta como para no comprender que la dejaba insatisfecha. Cada vez que él se derramaba en su interior, Sofía sentía una rabia tan grande que deseaba golpearle.

Hasta que un mes después de su boda, una mañana, paseaba por el jardín y se acercó a las caballerizas. En ese momento, lo oyó. Golpes y

jadeos entrecortados que provocaron que se excitara ante el sonido. Se acercó sin poder evitarlo, a pesar de saber que una mujer de su posición debía ignorar esas cosas, y lo que vio la dejó impactada, no solo por su crudeza, sino porque la humedeció de tal forma que la transformó para siempre.

En una de las cuerdas, una pareja se entregaba a los placeres de la carne. La mujer, con las piernas abiertas y las faldas levantadas, gemía mientras el hombre la empalaba contra la pared una y otra vez.. Entraba y salía de su cuerpo con furia, de forma violenta. Esa imagen hizo que Sofía se humedeciera y sin poder evitarlo, se acercó más. El hombre, con un rugido, salió del interior de la mujer, la giró, la obligó a arrodillarse y la azotó en el trasero con la mano.

El gemido de placer que emitió la mujer enmascaró el que se escapó de los labios de Sofía mientras observaba hipnotizada cómo el hombre introducía uno de sus dedos en el esfínter de la mujer mientras la golpeaba. En ese punto, de nuevo se le escapó un gemido a Sofía. No comprendía por qué esa escena tan soez la excitaba tanto.

El hombre oyó el gemido, giró la cabeza y la vio. Sofía se sintió atada con su mirada, de tal forma que no fue capaz de moverse, a pesar de saber que eso era lo que debería haber hecho. El hombre sonrió y se lamió los labios sin dejar de mirarla. Sacó el dedo del interior de la mujer, la sujetó por el pelo y la giró con violencia para estamparla contra la otra pared, de tal forma que se situó de frente a Sofía. Sin dejar de mirarla entró despacio en el cuerpo de la criada. Sofía sintió como si fuera a ella a la que estuviera penetrando. Con la mirada enlazada en la de aquel desconocido, se sintió enfebrecida, se levantó las faldas y peleó con la ropa interior hasta que pudo introducir una mano entre sus piernas. Él siguió poseyendo a la criada y solo cuando le vio gemir con satisfacción, fue capaz de alcanzar ella su propio placer. El hombre, que no había apartado la mirada de ella ni siquiera al alcanzar el orgasmo, sonrió con suficiencia. Esa sonrisa fue la que la sacó del embrujo al que estaba sometida. Al ser consciente de lo que acababa de suceder, palideció y huyó asustada. Corrió y corrió hasta llegar a la casa. Subió con rapidez hasta su cuarto, el mismo que compartía con su marido y se lanzó sobre la cama. Tenía la respiración agitada y las mejillas enrojecidas. No se podía creer lo que acababa de suceder.

Sofía, tumbada en la cama, miraba el cuerpo de Marco con adoración.

Pelo negro como el ala de un cuervo, con el cuerpo endurecido por el trabajo en el campo y la piel tostada por su exposición al sol. Era un hombre grande, mucho más grande que ella. Con su metro ochenta y cinco, imponía respeto a todo aquel que le miraba y, para ella, era como un dios griego. Le encantaba que la tratase con dureza, era lo que le excitaba. Sabía que no era lo más común, pero hacía ya tiempo que había comprendido que sus deseos no eran comunes. Bastaba una mirada de Marco, una palabra, para que se derritiera en sus brazos.

Marco abrió los ojos y vio a Sofía mirándole con adoración. Ella no lo sabía porque no se lo había dicho, pero le tenía completamente hechizado. Ninguna mujer le había vuelto nunca tan loco como ella. Siempre le había gustado el sexo rudo y a lo largo de los años había encontrado varias compañeras dispuestas, pero ninguna como ella. Jamás hubiera imaginado que encontraría a una mujer que disfrutara con plenitud de aquella forma ruda de placer y menos una dama de la alta sociedad.

—¿Lo has hecho? ¿Has hablado con esa mujer? —le preguntó acariciando su cuello de forma posesiva.

Ella se excitó y deseó que fuera un poco más lejos, así que se negó a responderle. Marco apretó su cuello un poco más, hasta que notó que empezaba a desmayarse, aflojó su agarre y repitió:

—¿Lo has hecho? —En esta ocasión, Sofía asintió mientras resollaba para recuperar el aliento—. Bien. Vístete—. La visita a Olivia formaba parte del plan. Era una forma de ejercer presión sobre Saúl y que le interesara solucionar el problema a la mayor brevedad posible.

Sofía se levantó para ponerse la ropa, cuando una mano de acero sobre su muñeca la detuvo.

—¿Qué es esto? —preguntó Marco con voz helada. Ella tembló. Había tenido la esperanza de que no lo viera.

—Nada —musitó y tiró de su brazo para soltarse. Sin embargo, él no se lo permitió.

—Te dije que no volvieras a inyectarte morfina —le recordó con voz fría al ver las recientes marcas de la aguja en su brazo.

—Y no lo he hecho —replicó ella mientras se lamía los labios de forma nerviosa—. No me he inyectado morfina. Es heroína.

—Morfina, heroína... me importa una puta mierda como lo llames. ¡No lo

volverás a hacer!

—La heroína no crea adicción. Lo dicen en todos los anuncios —afirmó ella nerviosa. Marco tiró de ella para acercarla.

—Si lo sigues haciendo —la amenazó con voz acerada—, te dejaré. No me costará mucho encontrar a otra zorra que se abra de piernas como tú.

Sofía acusó con dolor la crueldad de sus palabras. Era su culpa que necesitara de la heroína. Si no le amara tanto, no se moriría de celos cada vez que le veía hablando con otra. Saber que no la amaba, que lo único que sentía por ella era atracción sexual, la estaba destrozando y las drogas eran las únicas que le ayudaban a sobrellevarlo.

—Necesito que estés en plenas facultades —replicó Marco con enfado—. Por culpa de tu adicción a la morfina es por lo que estamos en esta situación. Me dijiste que no te ibas a inyectar más. —Al ver que abría la boca para afirmar de nuevo que esa mierda de heroína no provocaba adicción, la detuvo con un gesto.

—Ni se te ocurra volver a decirlo. Me importa una mierda lo que digan los periódicos. No te volverás a inyectar más.

Olivia observaba como el viento mecía los árboles. Siempre le había gustado ese bosque. Era una de las cosas que más había echado de menos en estos años. Con tristeza, recordó las tardes de su niñez, antes de que todo se estropeará. Los juegos, los paseos, las conversaciones que Saúl y ella habían mantenido al abrigo de la tarde. Antes de que sus ilusos sentimientos lo estropearan todo. Y aquí estaba como una tonta. Había bastado una nota para que ella echase a correr.

Le sintió antes de verle. Un cambio en el aire que hizo que se le erizara la piel. Siempre había sido así con él, era capaz de notar su presencia.

—Si fuera una de esas señoritas de la alta sociedad que tanto te gustan, me pregunto si me hubieras citado a escondidas en mitad del bosque —le reprochó sin darse la vuelta.

Saúl se quedó inmóvil. Era evidente la amargura que destilaban sus palabras. Olivia se giró hacia él y, como el día anterior, quedó impactado por su belleza. Una sola mirada a sus ojos encendidos y se dio cuenta de que los años transcurridos no habían atemperado el malestar por su traición.

—No te cité aquí porque me avergonzara de ti —afirmó en un susurro contrito, que llegó a ella a través del viento y que hizo que se girara para mirarle. Saúl no se atrevió a acercarse a ella aunque las manos le ardían por la necesidad de tocarla, de acariciar su pelo, de besar sus labios. Aún recordaba cómo se había bebido sus gemidos, aquella tarde, hacía ya tantos años.

—Te cité aquí —trató de explicarle con voz ronca—, porque pensé que jugaría con ventaja; que los recuerdos te afectarían tanto como a mí. Desde que te fuiste no ha habido un solo día en el que no haya pensado en ti y nos haya recordado a ambos en este bosque. He recorrido sus caminos mientras pensaba en ti y me he arrepentido tanto... —Olivia emitió una carcajada amarga que interrumpió su discurso.

—¿Eso fue antes o después de que te casaras? —preguntó con furia mal disimulada. Se acercó a él despacio, mientras le golpeaba con cada una de sus palabras—. ¿En la noche de bodas? ¿Al día siguiente? ¿En qué maldito momento descubriste que me amabas? ¿Antes o después de que supieras que tu mujer te engañaba? ¡Eres un malnacido!

Él aceptó sus palabras en silencio. Sabía que eran ciertas. No comprendía cómo podía haber sido tan imbécil, tan ciego, pero ya no lo era. No desaprovecharía esta oportunidad que se le ofrecía, si es que eso era lo que significaba su presencia frente a él.

—Y sin embargo, aquí estás —replicó él con dulzura. Extendió una mano y recogió las lágrimas que se habían formado en los ojos de Olivia y se resbalaban por sus mejillas. Ella le apartó la mano de un manotazo y se alejó con furia. Le dio la espalda en un intento de recuperar la compostura. Se odiaba a sí misma y a su maldito corazón. No entendía por qué no había sido capaz de arrancarse este amor.

—Me he entregado a otros hombres —anunció con la majestuosidad de una reina; como si estuviera orgullosa de lo que le había dicho, aunque fuera una maldita mentira.

Saúl palideció ante sus palabras. No obstante, asumió el golpe. No había nada que pudiera decir o de lo que la pudiera acusar. Le había jurado que intentaría olvidarle y estaba claro que lo había intentado. No obstante, aquí estaba, frente a él. Había vuelto y eso solo podía significar una cosa: aún le amaba. Así que haría lo que hiciese falta para conseguir otra oportunidad.

—Dime lo que tengo que hacer para que me perdones —le pidió mientras

le lanzaba una mirada de súplica.

—De ti no quiero nada —replicó Olivia con amargura.

Saúl se acercó a ella despacio, midiendo sus pasos con cuidado. A medida que se acercaba, fue consciente de su respiración agitada, del temblor de sus labios. Por más que fingiera indiferencia, no era eso lo que sentía. Sacó del bolsillo su carta, la misma que le había mandado tres años atrás, y le leyó el último párrafo:

«Me esperarás tres años, que yo emplearé en intentar olvidarte. Si después de ese tiempo, aún me amas, acudiré a tu lado y te diré si no te he olvidado».

Se acercó aún más a ella, acarició su rostro con ternura y le hizo la pregunta que le carcomía:

—¿Me has olvidado?

Las palabras quedaron flotando frente a ellos mientras el silencio se extendía por el bosque. Al ver que no contestaba a su pregunta, Saúl se le acercó. La sujetó por la cintura y comenzó a devorar su boca. La desesperación invadió a Olivia y se dejó arrastrar por la pasión que destilaban sus labios. Le besó con el corazón, con el alma. Derramó sobre él toda la tristeza y soledad que la habían acompañado en estos años. Poco a poco, la pasión se fue atenuando hasta que se transformó en una ternura que acarició su corazón.

—Olivia, mi cielo —susurró Saúl entre beso y beso—. Yo no te he olvidado. Quiero que seas mi esposa y que nunca te vuelvas a ir de mi lado.

La mención del matrimonio fue la que pinchó la burbuja de felicidad en la que Olivia se encontraba inmersa y que le hizo recordar la escena vivida esa misma mañana. Haciendo un esfuerzo, logró apartarse de él.

—Ha venido a verme —respondió Olivia mientras daba un paso atrás para que dejara de tocarla.

—¿Quién ha ido a verte? —preguntó Saúl, confuso.

—¡Tu mujer! —exclamó Olivia casi escupiendo las palabras—. No sé ni cómo pudo saber que había regresado, pero fue a buscarme a la casa de huéspedes y me exigió que me alejase de su marido. Creí que vuestro matrimonio había sido anulado.

—Sofía ya no es mi esposa —replicó Saúl endureciendo la mandíbula con furia—. Hace más de tres años que no la veo, desde que se anuló nuestro matrimonio.

—Pues creo que no lo tiene muy claro —replicó Olivia con acidez—. Está aquí, en el pueblo.

Saúl cerró los ojos para tratar de tranquilizarse y dejar ir la rabia que le invadía. Cuando los volvió a abrir y la vio frente a él, orgullosa pero con una sombra de dolor en la mirada, sintió una ola de amor que le recorrió por entero, aunque acompañada de vergüenza y de arrepentimiento, ¿cómo podía pretender que Olivia le perdonara, si ni siquiera era capaz de perdonarse a sí mismo?

—Aún no me has contestado —susurró con dulzura—. ¿Me has olvidado?

—No quiero contestarte —replicó ella con amargura. No estaba preparada para confesarle que aún le amaba.

—Lo prometiste —exigió él. Se acercó hasta ella y la tomó por la cintura. Olivia quedó sin aliento. Temblaba por su cercanía. Aun así, se negó a contestarle.

No hizo falta. Saúl cubrió sus labios con un beso y, durante un instante mágico, Olivia se permitió fingir que no había pasado el tiempo y que él no la había despreciado.

—¿Es cierto que tu matrimonio está anulado? —preguntó con voz trémula mientras le abrazaba.

—¡Por supuesto! —replicó él con indignación—. No te mentaría sobre ello. Puedes confirmarlo con Feran si no me crees.

—Pues deberías hablar con Sofia y explicárselo.

Se dio la vuelta para alejarse, pero él se lo impidió. La cogió por el brazo y tiró de ella para empujarla de nuevo contra su pecho.

—Hablaré con Sofia. Estará en casa de su madre. Le dejaré las cosas claras y luego volveré a por ti para planificar la boda. No pienso permitir que me abandones de nuevo —sentenció tras besar sus labios con dulzura.

—Sobre lo que te dije de otros hombres... —trató de aclarar Olivia en un murmullo avergonzado.

—¡Shh! —susurró él mientras la callaba con un dedo—. No importa. No importa lo que hayas hecho para intentar olvidarme. Lo único que importa es que no lo has conseguido. Te amo, Olivia. Hace cinco años fui un idiota por no darme cuenta de ello. En esta ocasión, no estoy dispuesto a cometer el mismo error.

XIV

Sentados en una manta en la arena, Eva y Feran comían en silencio. Él fingía no darse cuenta de las miradas furtivas que ella le dirigía. La había perseguido por la orilla, y al final había fingido que no era capaz de alcanzarla. La situación entre ellos era tan frágil que no quería asustarla con la intensidad de sus sentimientos. Ella se lo agradeció, porque lo que había comenzado como un juego, acompañado de risas nerviosas, a medida que corría para escapar de él, empezó a asustarla. Feran se dio cuenta del cambio y la dejó escapar. Cuando Eva comprendió que no la perseguiría, se detuvo y se giró hacia él. Se miraron a los ojos. Uno frente al otro, con metros de arena entre ellos, y las olas que lamían sus tobillos al romper en la orilla. Feran la recorrió con la mirada, lo que provocó que una ola de calor recorriera su cuerpo por la fuerza de su deseo.

—No tienes que huir más—le juró él dejando que sus palabras le llegaran a través del viento—. No volveré a hacerte daño—. Ella le miró con cautela. Quería creerle aunque, en ese momento, no se sentía capaz.

—Te he fallado en el pasado —confesó Feran—. No obstante, te juro que jamás te volveré a fallar.

Eva le miró en silencio, sin evidenciar de ninguna manera si estaba de acuerdo o no con sus palabras. Feran le dio la espalda y se dirigió a la manta en la que habían dejado las cosas. Empezó a sacar la comida, sin mirarla, como si no estuviera pendiente de cada uno de sus movimientos. Eva, como un cervatillo asustado, se acercó despacio, con temor. Feran sentía que estaban unidos por un hilo tan delicado que cualquier movimiento desafortunado por su parte sería capaz de romperlo y temía que esta vez fuera para siempre. Por eso ahora, mientras comían, fingía que no se daba cuenta de cómo Eva le miraba, como si tratara de descubrir todos sus secretos, de averiguar si podía

confiar en él o no.

—En estos años... —empezó a relatar él sin mirarla, con los ojos puestos en la lejanía—cada vez que olía el jazmín, me acordaba de ti y no lo soportaba. Cuando abandoné el pueblo... después de abandonarte, regresé a casa de mi padre. Sentía tanta rabia hacia ti... tanto odio —añadió con un suspiro doloroso—. En casa de mi padre el olor a jazmín me rodeaba. Su jardín estaba lleno. Le exigí que lo arrancara. Le amenacé a él y a su esposa con que si no se deshacían de todo el jazmín, me iría y jamás regresaría.

—¿Y lo arrancaron? —preguntó Eva en un murmullo.

—Sí —reconoció Feran con una carcajada amarga—. Mi padre hubiera hecho cualquier cosa que le hubiera pedido. Cuando le encontré y supo que no había muerto, quiso que recuperáramos el tiempo perdido. Me pidió que me quedara con él y con su esposa; sin embargo, en aquel momento yo no podía quedarme. Tenía que volver a tu lado, *duquesa* —susurró al tiempo que extendió una mano como si fuera a tocarla. Al ver como ella se apartaba de forma instintiva, la dejó caer mientras la miraba con tristeza—. Te amo Eva. Nunca he dejado de amarte.

—¿Cómo pudiste creer eso de mí? —musitó Eva con dolor—. ¿Cómo pudiste pensar que te había traicionado?

—Porque siempre me he sentido inferior —reconoció Feran con amargura—. Solo ahora puedo reconocerlo. No podía creer que alguien como tú me quisiera, así que cuando oí tus palabras, estas solo sirvieron para confirmar lo que ya sabía, que no era posible que me amaras. Por eso estuve tan dispuesto a creer lo peor de ti. No te imaginas lo que me arrepiento y lo culpable que me siento por no haberte protegido de Tomás.

—No te culpo por lo de Tomás —murmuró ella en un tono tan bajo que, si no fuera porque estaba tan atento a sus palabras, no hubiera sido capaz de oírla.

—Pues yo sí me culpo —replicó él con rabia. Quiso ser sincero aunque eso significase que se alejara más de él. Ya no quería más engaños entre ellos—. ¡Estaba en la taberna aquella noche! —escupió con rabia.

—¿Qué noche? —preguntó ella con confusión.

—La noche en la que Tomás convenció a aquellos hombres para que abusaran de ti. Yo estaba allí. Lo escuché todo y no hice absolutamente nada —confesó con amargura.

Eva se levantó como un resorte y se alejó de él. No quería escucharlo.

Feran se levantó también y se acercó hasta ella. Eva tenía la espalda rígida. Él sabía que le estaba haciendo daño, pero necesitaba que lo supiera.

—Te juro que, si lo hubiera sabido, jamás lo hubiera permitido. Antes los hubiera matado.

Eva se giró hacia él. Temblaba de rabia. Los ojos le brillaban con las lágrimas no derramadas.

—¡Si lo hubieras sabido lo hubieras impedido! —exclamó con furia—. ¿Qué necesitabas saber? ¿No dices que escuchaste sus planes?

—Lo que escuché fue lo que Tomás planeaba hacer con su amante —replicó el con acidez. Eva palideció—. Se jactaba de todas las cosas que había hecho contigo —continuó Feran con amargura.

Se acercó hasta ella y elevó una mano para rozar una de sus mejillas, aunque Eva se lo impidió al dar un paso atrás para alejarse de él. La mano de Feran acarició el vacío.

—Aseguraba que deseabas ser poseída por varios hombres a la vez— continuó Feran con voz ronca—. Yo... le creí. No te imaginas lo que me arrepiento de ello. Me marché de la taberna, asqueado.

Eva no dijo nada, le dio la espalda y se alejó. Feran se lo permitió. Sabía que lo necesitaba. La vio abrazarse a sí misma y alejarse por la orilla. Feran se sentó en la manta sin dejar de observarla. Se odió a sí mismo por su debilidad, por no creer lo suficiente en ella, por odiarla cuando debía haberla amado y por haberla abandonado cuando debería haberla protegido.

Pasó el resto de la tarde, comenzó a oscurecer y Eva aún no había regresado junto a él. Después de alejarse de Feran, Eva recorrió la playa sumida en sus pensamientos. El orgullo de Feran le había causado mucho daño, pero aun así no podía culparle por los actos de Tomás, aunque se había horrorizado al saber que podía haber impedido que aquella horrible noche sucediera. Le invadió la tristeza al comprender que, aunque le creía cuando le aseguraba que la amaba, ella le había amado más. Era algo que debía aceptar si quería darle a este matrimonio alguna oportunidad. Con tristeza, se apartó de la orilla y se sentó sobre la arena seca.

Feran la observó apesadumbrado. Reprimió sus deseos de ir a buscarla y estrecharla entre sus brazos hasta que llegó el momento en el que debían regresar. Se acercó hasta ella, que durante la última hora había permanecido sentada en la arena sumida en sus pensamientos.

—*Duquesa.*

Al oír a Feran, Eva dio un respingo asustado y le miró confusa. Se dio cuenta de que había oscurecido sin enterarse.

—Debemos irnos —le explicó Feran al tiempo que le entregaba los zapatos. Esperó hasta que se los puso y extendió su mano para ayudarla a levantarse. Eva le miró con sombras en los ojos, tras un instante de duda tomó su mano y dejó que la ayudara a ponerse en pie. Feran dejó escapar el aire que estaba conteniendo. Esperaba que esto fuera una buena señal.

En silencio, se dirigieron a la orilla, donde ya les esperaba la barca para llevarles de nuevo a bordo de *El canto de la Sirena*. Con rapidez, sin darle tiempo a protestar, Feran la cogió en brazos, se acercó a la barca y la subió a bordo para evitar que se mojara los zapatos. Sin mirarla a los ojos, subió a la barca de un salto. Durante el corto trayecto ninguno de los dos dijo una palabra, ni siquiera se miraron. A los pocos minutos se encontraron a bordo del barco y en cuanto zarparon y la tripulación les dejó a solas, Feran se acercó a ella:

—Dame una oportunidad, *duquesa*.

—No sé si puedo dártela —reconoció Eva con tristeza—. Tengo un vacío en el pecho —afirmó mientras se tocaba el lugar donde se hallaba el corazón—. Solo sé que no me amaste lo suficiente —murmuró con pena. Feran quiso negarlo, pero no pudo.

—Es cierto —reconoció con tristeza—. Debí haberte amado más que a mi estúpido orgullo. Aun así, te suplico que me des una oportunidad. Déjame que intente hacerte feliz.

Eva se rio con amargura. No creía que pudiera ser feliz, aunque fuera lo que más deseara.

—De acuerdo —claudicó—. Quiero intentarlo.

Feran contuvo sus deseos de abrazarla y besarla. Sabía que no era ni el momento ni el lugar, así que se limitó a cogerle la mano, se la giró con la palma hacia arriba y depositó un dulce beso en ella.

—No te arrepentirás —le prometió con un susurro.

El resto del viaje permanecieron en un cómodo silencio. La fría brisa hizo que Eva se estremeciera. Feran al darse cuenta, cogió el echarpe y se lo pasó sobre los hombros. Eva se giró sorprendida al sentir su contacto y le mostró una tímida sonrisa en agradecimiento. Durante unos instantes, comenzó a temblar, pero no por frío, sino por todo lo contrario. Las manos de Feran sobre sus hombros hacían que estos ardieran. Con suavidad, las manos se deslizaron

por sus brazos en una caricia que provocó que se estremeciera.

—¿Sigues teniendo frío? —susurró Feran en su oído.

Eva negó con la cabeza. No se atrevía a pronunciar palabra alguna. Despacio, como pidiéndole permiso, Feran empujó el cuerpo de Eva contra el suyo propio, hasta que se encontró recostada contra su pecho. Todo ello, sin dejar de acariciar sus brazos con ternura. Eva cerró los ojos y sintió una tristeza tan desoladora que los ojos se le empañaron con lágrimas no derramadas. Se le escapó un gemido involuntario que provocó que Feran permaneciera inmóvil.

«No me preguntes, por favor. No me preguntes», murmuró Eva para sí misma.

No quería que le preguntara qué le pasaba, porque ni ella misma lo entendía. No sabía cómo gestionar lo que estaba sintiendo en ese momento. El dolor, la tristeza, incluso la rabia que le hacía lamentar que no hubiera confiado en ella. Sin embargo, sabía que tenía que lograr deshacerse de esos sentimientos si querían darse una oportunidad.

Saúl daba vueltas por el saloncito como un león enjaulado. No le había costado mucho averiguar dónde se alojaba Sofía. Había pensado que estaría en casa de su madre. Sin embargo, cuando había ido a verla, esta le había asegurado, sorprendida, que ni siquiera sabía que estaba en el pueblo. Si tenía en cuenta que en el pueblo solo había dos casas de huéspedes, supuso que si Olivia se alojaba en una, Sofía lo haría en la otra, así que con rabia contenida se dirigió hacia allí. Tenía que hablar con ella. Necesitaba saber a qué demonios estaba jugando.

—Tu marido está aquí —advirtió Marco a Sofía al entrar en la *suite* que ambos compartían. La señora de la pensión no había desconfiado cuando se habían presentado como hermanos y habían reservado una *suite* con dos habitaciones.

Sofía, que permanecía tumbada en el sofá del saloncito, se incorporó con rapidez al oírle entrar en la habitación e hizo un movimiento nada sutil para esconder algo a su espalda. Marco, a quien el movimiento no le había pasado desapercibido, se acercó hasta ella y tiró de su brazo para ver lo que escondía.

—¿Qué escondes? —preguntó con furia al ver que ella se resistía en mostrarle y tiraba del brazo para impedir que viera el objeto que sostenía entre sus manos.

Una sola mirada a sus ojos vidriosos le confirmó a Marco lo que ya sabía; aun así debía comprobarlo por sí mismo. Sofía se resistió furiosa, hasta que Marco dio un fuerte tirón y consiguió apartarle la mano de la espalda y ver lo que sostenía: una aguja hipodérmica. Con rabia, le dio un empujón que la tiró al suelo e hizo que la aguja saliera volando por el cuarto.

—¡Te he dicho que no te inyectes esa porquería! —rugió sin poder contener su ira.

—Lo necesitaba —gimió ella con angustia mientras se levantaba con movimientos torpes y buscaba desesperadamente la aguja que había caído al suelo del cuarto—. Me temblaba todo el cuerpo —le explicó con voz pastosa—. Tenía náuseas y sudores. —Extendió las manos hacia él para que viera que en ese momento ya no le temblaban—. En cuanto me lo he inyectado he dejado de temblar.

—¡Arréglate! Tenemos suerte de que estuviera en la sala de espera cuando he visto entrar a tu marido —le ordenó con mirada asqueada. Ella le obedeció con pasos inseguros. Se dirigió al baño, se lavó la cara y se maquilló. Una llamada a la puerta la sobresaltó. Era la dueña de la casa de huéspedes para anunciarles que Sofía tenía una visita.

—Dígale que enseguida va —le pidió Marco a la dueña.

A los pocos minutos Sofía abandonó el cuarto y se dirigió a la salita en la que Saúl la estaba esperando. Cuando la vio, después de tres años, le sorprendió su aspecto. Estaba mucho más delgada, con aspecto enfermizo debido a la palidez de la piel. Los ojos rojos y las pupilas dilatadas y, a pesar de su juventud, ya se le apreciaban arrugas en la piel. Parecía que hubiesen pasado mucho más tiempo de los tres años que Saúl recordaba.

—Hola, Sofía —la saludó con cortesía, aunque no era precisamente eso lo que le hubiera gustado decirle. No entendía por qué había vuelto a su vida ni por qué le había dicho a Olivia que se apartara de él.

—Hola, Saúl, querido esposo —saludó ella con una falsa sonrisa.

—Hace mucho tiempo que no soy tu esposo. En concreto, desde que anulamos nuestro matrimonio —la corrigió Saúl con frialdad.

—Creo que en eso te equivocas —le replicó ella con una sonrisa burlona.

—Nuestro matrimonio está anulado desde hace más de tres años. Fui muy

generoso contigo —le recordó Saúl con acritud—. Te di una pequeña fortuna para que salieras de mi vida, a pesar de no estar obligado a ello.

—Lo recuerdo perfectamente —aseguró ella con un mohín burlón—. No obstante, no estoy de acuerdo contigo en lo de la pequeña fortuna; apenas fue un pelo de gato para ti. Estoy segura de que podrías haber sido más generoso conmigo.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó con calma. Quería averiguar lo que quería, dárselo y que se fuera, esta vez para siempre, de su vida—. ¿Por qué fuiste a importunar a Olivia asegurándole que aún estamos casados? Sabes que eso es una mentira.

—Bueno... eso de que es mentira...

—¿Qué quieres decir! —la interrumpió con furia.

—Nunca firmé los papeles de la anulación —afirmó Sofia con una sonrisa de suficiencia—. La firma que aparece en los documentos no es la mía. En realidad, nuestro matrimonio no está anulado.

Saúl palideció mientras se tambaleaba. Tuvo que sentarse en el sofá que había a su espalda porque se sentía incapaz de creer lo que acababa de escuchar. Recordaba haber visto los documentos y en aquel momento le había parecido que era la firma de Sofia la que aparecía en ellos. Sin embargo, al verla frente a él, mientras afirmaba lo contrario con esa seguridad, tuvo sus dudas. Necesitaba comprobarlo por sí mismo.

—No te creo —aseguró mientras la miraba con reprobación.

—Ya me imaginaba que no me creerías, aunque te aseguro que es muy fácil de comprobar.

Abrió la puerta del saloncito, se asomó al pasillo para llamar a la dueña de la pensión y le pidió que le dejara papel y pluma. Cuando esta se lo proporcionó, se sentó en el escritorio del saloncito, escribió una frase, firmó el papel y se lo entregó.

—Toma —le dijo mientras se lo extendía—. Compara esta letra con la firma de los documentos de anulación, verás cómo no coincide.

Saúl la miró con suspicacia. No se fiaba de ella. Sabía que era una manipuladora y una mentirosa.

—¿Cómo sé que no has falseado ahora mismo la letra para que no coincida con la tuya?

—No lo sabes, pero puedes enseñarle esta nota a mi querida prima Eva. Ella podrá decirte si es mi letra o no, o puedes enseñarle directamente los

documentos de la nulidad matrimonial para que compruebe si es mi firma la que aparece en ellos. En cualquier caso, puedo asegurarte que nunca he firmado esos documentos y, si no los he firmado, la anulación no es válida.

—¡Qué demonios quieres! —exigió saber Saúl, al tiempo que cogía la hoja de papel que ella le extendía—. ¿Volver conmigo?

—¡Qué gracioso eres! —exclamó Sofía en medio de una sonora carcajada—. ¿Crees que después de estar con un hombre de verdad te querría? —preguntó mientras le lanzaba una mirada despectiva.

Saúl palideció por el insulto. Tuvo que contenerse porque lo que le apetecía en ese mismo instante era estrangularla.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó de nuevo con furia.

—¡Qué va a ser! —exclamó ella con desdén—. Que anulemos nuestro matrimonio de verdad, y que me vuelvas a compensar por ello.

Dentro de la furia que recorría su cuerpo, Saúl sintió cierto alivio. No quería a Sofía de nuevo en su vida, y menos ahora que Olivia había regresado. Si tenía que pagar de nuevo para librarse de ella, pagaría.

—Comprobaré tu firma —anunció con frialdad mientras se guardaba el papel con su firma en el bolsillo de la chaqueta—. Si, como aseguras, no es tu firma la que aparece en los documentos, iniciaremos de nuevo los trámites de la anulación. Después, no quiero volver a verte jamás.

—Que así sea —acordó ella con una sonrisa.

En cuanto Saúl salió de la salita tras una última mirada despreciativa, Marco, que lo había escuchado todo a través de la ventana del jardín, entró con una sonrisa que no le llegó a los ojos, y le dijo con frialdad:

—Lo has hecho muy bien. —Aún se sentía decepcionado y furioso por haberla encontrado inyectándose cuando le había jurado que no lo volvería a hacer.

Sofía se acercó a él para abrazarle. Sin embargo, él no se lo permitió. En ese momento no se veía capaz de tocarla, así que se apartó de su lado.

—Aquí no. Cualquiera podría vernos—. Al ver su mirada dolida ante su rechazo, se ablandó y la tomó por la barbilla—. Más tarde —le prometió—. Ahora mismo, aún estoy decepcionado contigo.

Con esas palabras abandonó la estancia mientras Sofía contemplaba la puerta por la que había salido con mirada desesperada. Extendió una mano ante ella y, al ver cómo le temblaba, gimió con desesperación. ¿Por qué no era capaz de dejarlo? Sentía una compulsión que le impulsaba a inyectarse una y otra

vez. A pesar del dolor agudo que le producía la posibilidad de que Marco la abandonara, no encontraba la fuerza de voluntad necesaria. Se cubrió los ojos con las manos y se dejó caer de rodillas al suelo mientras sollozaba.

Una hora después, Marco continuaba en la taberna mientras contemplaba la jarra de cerveza con gesto enfadado. Había dejado a Sofía sola porque temía no poder controlarse. Sentía furia y decepción hacia ella. Ya no sabía qué hacer. Estaba viendo cómo la mujer que amaba se consumía ante sus ojos por culpa de toda esa porquería que se inyectaba y se sentía impotente al no ser capaz de conseguir que lo dejara. Ni siquiera la promesa de abandonarla la había limitado a la hora de inyectarse de nuevo.

Recordó con culpabilidad cómo había comenzado todo. Hacía un año de aquella maldita fiesta. Dios sabe cómo se arrepentía de haber acudido a ella. Al principio, ambos lo habían encontrado divertido. Todas las personas que allí estaban se inyectaron morfina. Algunas mujeres, incluso llevaban su propia aguja hipodérmica en una cajita. A él no le había gustado nada la experiencia, ya que le había provocado malestar y vómitos; sin embargo, a Sofía le había encantado. Había disfrutado tanto que, sin decirle nada, en días posteriores se había vuelto a inyectar y lo había repetido en múltiples ocasiones. Y esa era la causa de la situación en la que se encontraban.

Apenas Sofía se hubo separado de Saúl, se habían ido del pueblo a las afueras de la capital para poder empezar una nueva vida en otro lugar donde nadie les conociera. Con el dinero que Saúl le había entregado a Sofía para que aceptara la anulación del matrimonio, habían cumplido el sueño de Marco de dedicarse a la cría de caballos. Habían adquirido una finca con una gran casa, rodeada de abundantes pastos y con unas magníficas cuerdas, perfectas para criar a los puras sangre con los que Marco, gran conocedor de estos animales tras haberse criado entre ellos, podría iniciar un negocio que, hasta el momento actual, le había ido muy bien.

El último año había sido algo complicado. Los caballos se habían visto afectados por una enfermedad, si bien ninguno de ellos había muerto. Se les veía decaídos, con pérdida de apetito y gran debilidad. Eso había hecho que las ventas de ejemplares se resintieran y también que no hubiera sido consciente de lo que estaba sucediendo con Sofía. Los cambios de humor. La delgadez. Los ojos inyectados en sangre. Pistas de lo que estaba pasando y a

las que no les había dado la importancia que se merecían.

Estaba tan centrado en la enfermedad de los caballos y en el trabajo de la finca, que había delegado en Sofía tareas como el pago a los proveedores y trabajadores a su cargo, lo cual había demostrado ser un gran error. La enfermedad de los caballos les había ocasionado cuantiosas pérdidas y era consciente de las abultadas facturas que habían tenido que abonar al veterinario. No obstante, todo ello por sí solo no era suficiente para haberles abocado a la ruina. Las amistades que había hecho en aquella fiesta, las que la habían inmerso en el mundo de las drogas, la habían introducido también en el mundo del juego. Al final, le confesó que había contraído enormes deudas que había abonado con el dinero que debía haber entregado a los proveedores.

—Lo siento —le confesó entre lágrimas, abrazada a su cintura.

—¿Que lo sientes? —exclamó él al tiempo que la apartaba de su lado con furia—. ¡Cómo demonios has podido gastarte una fortuna en el juego!

Sofía no dijo nada más. Se limitó a contemplarle mientras sollozaba. Marco no soportaba mirarla. Se dio la vuelta para abandonar el cuarto porque temía incluso llegar a golpearla. Tal era la furia que sentía. En el instante en el que iba a salir por la puerta, ella le llamó:

—¡Marco! ¡No te vayas! —le suplicó entre sollozos—. Lo solucionaré.

—¿Crees que esto se puede solucionar? —replicó él al tiempo que dejaba escapar una amarga carcajada.

Cuando Sofía le había explicado su plan, al principio le había parecido absurdo. Le parecía imposible que alguien como Saúl se creyera lo de que la firma de Sofía en los papeles de la anulación era falsa, puesto que no lo era. Ella realmente los había firmado en su día. Sin embargo, al final todo había resultado más sencillo de lo que había previsto.

Sofía le contó que mantenía contacto con una de las doncellas que trabajaban en casa de Saúl. Esta le había sido fiel durante todo el proceso de la anulación de su matrimonio y le había hablado sobre Olivia, el supuesto amor de su marido, la mujer que este había intentado recuperar en cuanto había conseguido la anulación. Le había explicado una historia sobre una carta que le había escrito a Saúl esa mujer, en la que afirmaba que regresaría al cabo de tres años, así que el plazo se iba a cumplir en breve, lo cual les beneficiaría.

—Saúl aceptará cualquier cosa que le diga —había afirmado Sofía con una mirada de súplica en sus ojos—. Si corre el riesgo de que ella le rechace al saber que nuestro matrimonio continúa siendo válido, estará

dispuesto a darme lo que haga falta para anularlo.

Había sido una oportuna casualidad que esa mujer hubiera llegado al pueblo un día después que ellos. La doncella le había mandado un mensaje a Sofía en el que le contaba que la tal Olivia había vuelto. Sofía lo vio como una oportunidad para presionar a Saúl y que se sintiera tan impelido a deshacer cualquier vínculo entre ellos que ni se planteara la posibilidad de sospechar que todo fuera una vil mentira. Por eso, había ido a ver a esa mujer, con la idea de que ella se lo contara a Saúl y él estuviera dispuesto a cualquier cosa con tal de conseguir de nuevo la anulación. Solo había hecho falta una pequeña cantidad de dinero para que la doncella sustituyera los verdaderos papeles de la anulación por unos falsos y ya estaba todo listo para el engaño.

Marco había hecho muchas cosas malas en la vida, así que estafar a un estúpido petimetre que ni siquiera era capaz de satisfacer a una mujer como Sofía no era algo que le quitara el sueño. No obstante, era consciente de que estaban cometiendo un delito de estafa y pensar que todo iba a resultar inútil si no conseguía que Sofía dejara las drogas, le enfurecía.

Con rabia, se terminó la cerveza de un solo trago. Si al menos hubiera alguien que pudiera ayudarle... Había hablado con un médico y este no le había dado ninguna importancia a sus preocupaciones.

—Muchas mujeres se inyectan morfina —le había dicho—. Es la última moda. No debería darle mayor importancia. Cuando se canse, dejará de hacerlo.

Sin embargo, era conocedor de los rumores de que la morfina provocaba adicción, de ahí que la heroína se hubiera presentado como una alternativa menos dañina. Antes de venir al pueblo, le había hecho jurar a Sofía que no se volvería a inyectar morfina, y descubrir que se había limitado a sustituirlo por heroína, le enfurecía. ¿No se llenaba la boca diciéndole lo mucho que le amaba? Si le amara de verdad, no se inyectaría.

XV

Un día después de que Saúl se reuniera con Sofía, este acudió a casa de Feran con Lucía para contarles lo que había pasado y que Eva le confirmara si la firma que aparecía en los documentos correspondía a Sofía. Después de que Lucía les contara todas las cosas emocionantes que había hecho con Saúl, salió a la terraza para jugar con su gatito, ya que este no la había acompañado.

—No te ha mentado —afirmó Eva con tristeza mientras examinaba los documentos que le había entregado Saúl—. Esta no es la firma de mi prima Sofía.

Saúl emitió un bufido de rabia, aunque ya se lo esperaba. Él mismo había podido comprobar que la firma que aparecía en los documentos de la anulación no se correspondía con la letra de la nota que le había dado Sofía. No obstante, eso no había impedido que se hiciese ilusiones con que Eva le dijese que la letra de la nota era falsa y la de los documentos no.

—¿Cómo pudiste haber pasado por alto ese detalle? —preguntó Feran sorprendido.

—No lo sé —reconoció Saúl confuso—. Es cierto que no los firmó en mi presencia, pero en aquel momento ni siquiera dudé. Supongo que tenía tantas ganas de anular mi matrimonio, y el hecho de que ella no me pusiese traba alguna después de la generosa cantidad de dinero que había entregado... lo que no entiendo —afirmó mientras fruncía el ceño—, es para qué demonios quiere tanto dinero. Es imposible que se haya gastado todo el que le di.

—Si te lo puedes permitir, dáselo —le aconsejó Eva—. El amor es muy difícil de encontrar. No hay dinero en el mundo que lo pueda pagar.

Al hacer esa afirmación evitó mirar a Feran. Ella misma había tenido dinero y, si hubiera podido, lo hubiera entregado todo por el amor de Feran.

Este sintió cómo las palabras de Eva le atravesaban el alma. Desde que habían vuelto de la isla, se había propuesto recuperar el amor de Eva. Sabía que no se lo merecía; sin embargo, era tan egoísta que no estaba dispuesto a renunciar a ella.

No le había vuelto a poner ni un dedo encima, a pesar de que la deseaba como jamás había deseado a mujer alguna. No obstante, no quería estropearlo. Sabía que su relación ahora mismo aún era muy frágil. Quería que, cuando ella se le entregara, no lo hiciera impelida por la desesperación o porque necesitara de su ayuda o su protección, como había sucedido la noche en que, debido a sus acciones, ella había intentado quitarse la vida. Ahora comprendía que había sido su propia actitud, la forma en la que la había tratado, la que la había empujado al borde del abismo. Hasta que había pensado que la única solución era el suicidio. Solo recordarla en el suelo, envuelta en su propia sangre, hacía que un frío helador le congelase el alma.

Le dolía profundamente ver su tristeza, de la que no era capaz de desprenderse ni siquiera en aquellos momentos en los que sonreía. Su risa, alegre y despreocupada, no era la que él recordaba, sino que siempre tenía un matiz de tristeza que le rompía el corazón, porque se sabía culpable. Esperaba que la vuelta de Lucía a la casa le proporcionara algo de alegría. Él solo parecía incapaz de conseguirlo y apenas sabía qué más hacer para llegar hasta su corazón.

—¿Has hablado con Olivia de esto? —le preguntó Eva a Saúl con suavidad.

—No. Quería estar seguro de que estos documentos eran realmente falsos antes de hablar de nuevo con ella.

—¿Por qué no la invitas a cenar? —sugirió Eva—. Con toda seguridad necesita ver que no te avergüenzas de ella y que estás dispuesto a luchar por su amor. El hecho de que la traigas para que la conozca, puede hacer que se sienta más confiada.

—Eva tiene razón —afirmó Feran—. Iba a invitarla yo mismo para que conociera a Eva, sin embargo, creo que ella tiene razón. El hecho de que seas tú el que la traiga puede hacer que se sienta más valorada. Aunque me mandó una nota para que supiera de su llegada, aún no he tenido la oportunidad de hablar con ella.

—Está bien. Lo haré —aseguró Saúl—. Ahora será mejor que me vaya. Solo he venido para traeros a Lucía y mostraros los documentos. Tengo que

hablar con mis abogados, porque si mi matrimonio no está anulado, debo iniciar los pasos necesarios para que lo esté.

—De acuerdo. Entonces, nos vemos esta noche.

Eva se despidió de Saúl y salió al jardín para acompañar a Lucía. Al cabo de cinco minutos, mientras contemplaba a su hija desde el banco en el que estaba sentada, notó la presencia de Feran a su espalda.

—Eva —la llamó él, y como siempre, un escalofrío recorrió su cuerpo al oír su voz.

Desde su regreso de la isla, Feran no había vuelto a tocarla ni siquiera con el roce de su mano, y aunque se lo agradecía porque le había dado la oportunidad de pensar y de tratar de aclarar sus sentimientos, en momentos como ese sentía un anhelo tan profundo que echaba de menos que lo intentara, para así tener la oportunidad de decidir si se lo permitiría o no.

—Quiero decirle a Lucía que somos sus verdaderos padres —le pidió Feran con suavidad mientras él también contemplaba a su hija, que jugaba en el jardín.

—De acuerdo —afirmó ella con un suspiro cansado sin dejar de darle la espalda. Temía lo que pudiera leer en su rostro si se giraba.

—¿No te opones? —preguntó él con sorpresa. Había pensado que le iba a poner alguna pega.

—No —afirmó ella con suavidad—. Sé que la quieres y ella te quiere a ti. Ella sabe que soy su madre.

—¿Lo sabe? —preguntó Feran con sorpresa.

—Sí. Creo que es lo mejor, que sepa la verdad. Si faltó algún día... —se le quebró la voz antes de continuar—, sé que siempre podrá contar contigo.

Feran sintió como si Eva le hubiera dado un puñetazo. Si faltó algún día... ¿a qué venía eso? ¿Acaso planeaba volver a intentar quitarse la vida? ¡No se lo permitiría! Abrió y cerró las manos con furia sin atreverse a pronunciar palabra alguna. No confiaba en sí mismo y temía decir algo de lo que luego se arrepintiera. Deseaba cogerla entre sus brazos y besarla hasta que perdiera el sentido; hasta que olvidara esa locura. No obstante, sabía que no podía, lo único que conseguiría sería asustarla y eso no era lo que pretendía.

—Hablaremos luego —masculló con la voz ronca por los sentimientos que le asolaban y se apartó de ella. Necesitaba alejarse, o no podría resistir dar rienda suelta a sus deseos más profundos.

Eva oyó cómo se alejaba y la inundó la tristeza. Había percibido la furia y

la tensión en su voz. Sabía que algo de lo que había dicho le había molestado, aunque no acertaba a adivinar el qué. Miró a su hija, que jugaba con alegría, ajena a todo. Recordó cómo con solo tres años le había preguntado por sus verdaderos padres por primera vez. Aunque nunca le había dicho que fuera adoptada, algún niño del pueblo lo había hecho.

Ese día le había confesado que era su verdadera madre y había decidido contarle la verdad sobre el anillo de Feran. Lo había conservado como un recuerdo de su estupidez. Sin embargo, en aquel momento, cuando su hija le había preguntado por su procedencia, había tejido una historia de fantasía sobre un padre ausente por culpa de las circunstancias. Un padre que se había visto obligado a abandonarlas en contra de su voluntad. Ahora, envuelta en sus propias mentiras, no sabía cómo explicarle que Feran era su verdadero padre.

—Lucía —llamó con incertidumbre. Ahora que había llegado el momento no sabía cómo abordarlo.

—Mami. ¡Te quiero! —exclamó Lucía al acercarse a ella. Tiró de su brazo para que se agachara y poder darle un beso en la mejilla.

Una ola de amor recorrió el cuerpo de Eva. Si algo le agradecería siempre a Feran, era el haberle dado a Lucía. Era lo más hermoso que tenía. Lo que le había dado una razón para seguir adelante en los momentos más oscuros de su vida.

—Yo también te quiero —le dijo mientras sus ojos se empañaban embargada por la emoción—. Tengo algo que decirte —Dudó unos segundos porque no sabía cómo decírselo. Qué palabras podría utilizar—. Feran... —se interrumpió mientras Lucía la miraba con expectación. Eva tragó saliva ruidosamente y se obligó a continuar.

—Feran es tu padre —soltó sin aliento. Lucía la miró durante unos segundos y luego sonrió.

—¡Vale! —dijo antes de alejarse de ella para seguir jugando.

Eva quedó estupefacta. Nunca hubiera imaginado semejante reacción. No estaba segura de que Lucía hubiera entendido lo que le había dicho, pero prefirió no insistir. Ya estaba dicho. Ahora era el turno de Feran de decidir si hablaba con Lucía al respecto o no.

Entró en la casa para buscar a Feran y contarle lo que había pasado y lo encontró en su despacho, inclinado sobre el escritorio con el flequillo cayendo sobre sus ojos. Tuvo que contener la ola de deseo que la inundó, cerrar los puños para resistir el impulso de hundir las manos en su cabello y rastrillar

sus mechones hasta llegar a la nuca, una vez allí entrelazar los dedos y empujarle contra su boca.

Como si la hubiera presentido, Feran levantó la cabeza y la miró a los ojos. Una miriada de emociones se reflejó en su rostro. Sorpresa, deseo, tristeza. Emociones que encontraron su reflejo en el alma de Eva y que, unidas a las imágenes que la habían asaltado al entrar en el cuarto, la hicieron emitir un jadeo. Feran se levantó con lentitud sin dejar de mirarla. Eva observó con pavor cómo se acercaba a ella con un objetivo en mente. Con angustia, rompió el hechizo en el que estaba sumida y recorrió con su mirada la estancia en busca de algo. Una salida. Cualquier cosa que la librara de él.

—Se lo he dicho a Lucía —murmuró con voz entrecortada para detenerle.

—¿Qué le has dicho? —preguntó él con sorpresa al tiempo que se quedaba inmóvil en el centro de cuarto.

—Que eres su padre. —murmuró ella con un susurro

—¿Qué ha dicho? —preguntó Feran con voz tensa.

—Vale.

—¿Vale?

—Es una niña pequeña —explicó Eva con un encogimiento de hombros y cierto temblor en la voz—. Los niños se toman las cosas de otra manera. Quizás deberías hablar con ella para estar seguro de que lo ha entendido. Yo no sabría decirte. Tuvo una reacción parecida cuando le dije que yo era su verdadera madre.

—De acuerdo. Hablaré con ella.

Al oír su asentimiento, Eva se giró para abandonar la estancia.

—No te vayas —le ordenó Feran con voz ronca.

Eva se quedó inmóvil aunque no se dio la vuelta para mirarle. Todo era tan frágil entre ellos. Notó que se acercaba y tiraba suavemente de sus cabellos. Enredó una mano entre los mechones y la cogió por la nuca para acercarla a su cuerpo. Un escalofrío de asco recorrió el cuerpo de Eva y la invadieron los recuerdos:

—*Haz que me corra* —oyó en su cabeza mientras la mano de Tomás sujetaba sus cabellos en un puño y la empujaba por la nuca para que se arrodillara frente a él.

Dio un paso atrás para que Feran la soltara y poder escapar de su pasado. En el instante en que notó libre sus cabellos, parpadeó y logró volver al presente.

—*Duquesa* —susurró Feran con dolor al ver como se apartaba de él con un estremecimiento.

Eva cerró los ojos mientras temblaba. Necesitaba ser sincera con él; que la entendiera. Se giró para mirarle a los ojos y la tristeza que percibió en ellos le destrozó el corazón.

—No hagas eso —le suplicó con voz ahogada.

—¿El qué? —preguntó Feran sin comprender a qué se refería.

—No me toques el pelo por detrás —susurró Eva con voz entrecortada, al tiempo que levantaba una mano temblorosa para señalar su nuca—. Él... Él siempre me cogía por ahí.

Feran endureció la mandíbula con rabia y soltó sus cabellos.

—Me obligaba a arrodillarme —continuó Eva con voz trémula mientras sus ojos se inundaron de lágrimas no derramadas.

—No hace falta que me lo cuentes —susurró él con voz dura al tiempo que ponía un dedo en sus labios para callarla—. Me lo puedo imaginar.

Las lágrimas contenidas resbalaron por las mejillas de Eva. Le ardían los labios, en el punto exacto donde Feran la tocaba. Él dirigió la vista a sus labios temblorosos y comenzó a acariciarlos con el dedo. Al ver la sorpresa en el rostro de Eva y que no se apartaba, le susurró:

—¿Y esto? ¿Te lo hizo alguna vez? —ella negó mientras temblaba.

—Bien —afirmó Feran. Introdujo el dedo en su boca, mientras con la otra mano la sujetaba por la cintura para acercarla más a su pecho—. Te haré todo lo que él jamás te haya hecho, y cuando haya acabado, volveré a empezar, hasta que lo único que recuerdes sea a mí y el placer que te pueda dar.

Al oír sus palabras, Eva sintió como si ardiera. Comprender que lo que le había hecho Tomás no había matado su capacidad de sentir deseo le hinchó el pecho de felicidad. El recuerdo de la única noche que había estado con Feran era el que le había ayudado a distinguir la diferencia; a saber que la violencia de Tomás no era la forma de tratar a una mujer. Aun así, tenía miedo a no ser capaz, a enloquecer. Feran apartó la mano de sus labios y se inclinó para lamerlos con suavidad.

—¿Alguna vez te hizo esto? —le preguntó en un murmullo.

Ella negó mientras temblaba. Tomás la había besado muchas veces. Con besos violentos, llenos de saliva, mientras la tenía sujeta por el pelo para que no pudiera escapar. Nada que ver con este asalto a sus sentidos. Tan parecido a los recuerdos de aquella primera vez, que sintió cómo se quebraba entre sus

brazos.

Después de lamerle los labios, Feran prestó atención a su cuello. Exhaló en él su aliento y generó olas de escalofríos que recorrieron el cuerpo de Eva y la hicieron gemir de deseo. Después, la acarició despacio con su nariz, trazando un camino que descendía por su cuello mientras le susurraba lo mucho que la adoraba. Subió de nuevo, se introdujo el lóbulo de la oreja en su boca y empezó a chupar. Eva gimió sin aliento mientras el deseo se derramaba entre sus piernas como la lava surgía de un volcán. Notar su propia humedad hizo que su alma se rompiera y comenzase a llorar. Al oír sus sollozos Feran se detuvo, consternado, y la apartó unos centímetros para examinar su rostro. No soportaba pensar que la hubiera dañado aún más.

—Perdóname —le pidió con ternura—. No quería hacerte daño.

—No me has hecho daño —logró decir con voz entrecortada por las lágrimas.

—¡Estás llorando! —exclamó Feran con voz torturada.

—Lloro porque creí que nunca más iba a ser capaz de volver a sentir placer —murmuró avergonzada al tiempo que sonreía con tristeza.

Feran se juró que mataría a ese cerdo de Tomás. Algún día tendría que volver y ese día lo mataría. Miró a Eva que temblaba entre sus brazos.

—Déjame hacerte olvidar —le susurró con ternura antes de volverla a besar.

Saúl paseaba de un lado al otro de la sala de espera en la casa de huéspedes. Tal y como le había sugerido Eva, le había enviado a Olivia una nota en la que le pedía que acudiese con él a comer en casa de Eva y Feran, y ella había aceptado.

—Hola, Saúl —le saludó Olivia con cierta tensión. Saúl, en la nota que le había hecho llegar, no había mencionado nada sobre su conversación con Sofía; quería hablarlo con ella en persona.

—Estás preciosa, Olivia —murmuró Saúl con admiración. Siempre le había parecido una mujer hermosa, pero desde que la había vuelto a ver se lo parecía aún más. En esa ocasión, llevaba un vestido mañanero de un color verde limón que acentuaba más su piel del color del melocotón y que la hacía aún más deseable a sus ojos. Se moría de ganas de estrecharla entre sus

brazos, aunque sabía que no podía. Antes, tenía que explicarle lo que había sucedido con Sofía—. ¿Nos vamos? —le preguntó mientras le ofrecía el brazo para que se lo tomara.

Olivia asintió con timidez y aceptó su brazo. Permanecieron unos minutos en silencio hasta que Olivia no pudo evitar preguntar lo que se moría de ganas por averiguar. Necesitaba saber si Saúl había hablado con Sofía.

—¿Hablaste con ella? —se atrevió a preguntar con cierta ansiedad. Necesitaba saber si lo que ella le había dicho era verdad o no. Saúl tardó unos segundos en contestarle, lo que le hizo temer su respuesta.

—Sí. He hablado con ella —reconoció Saúl tras un profundo suspiro. Se detuvo en mitad de la calle y la miró a los ojos. Quería que no dudara de la sinceridad de lo que iba a decirle—. Afirmo que seguimos casados porque no firmó los papeles de anulación del matrimonio.

—¿Cómo que no los firmó? —preguntó Olivia con sorpresa soltándose de su brazo para mirarle con consternación.

—Asegura que la firma que aparece en los documentos no es la suya. En aquel entonces yo pensé que lo era, pero parece ser que no.

—¿Cómo es posible? —preguntó Olivia mientras meneaba la cabeza con confusión—. ¿Estás seguro de ello?

—Al principio no la creí —reconoció Saúl con voz tensa. Volvió a coger la mano de Olivia, que ella había retirado, y la puso encima de su brazo para reemprender la marcha—. Sofía escribió delante de mí una nota para que la comparara con la firma que aparece en los documentos. En cuanto llegué a casa cogí los documentos y comprobé que efectivamente la firma no coincidía. A pesar de ello, con la esperanza de que no fuera verdad, se lo enseñé a su prima Eva, que me lo confirmó sin ningún género de dudas. La firma que allí aparece no es la suya, así que los documentos no tienen validez legal, por lo que nuestro matrimonio no ha sido anulado.

—¿Eva es la prima de Sofía? —preguntó Olivia consternada. Ese era un dato que desconocía. Cuando Feran les había comunicado en una escueta carta que se casaba. No había mencionado ese pequeño detalle. Se arrepentía de haber aceptado la invitación para comer. Lo último que le apetecía era confraternizar con una prima de Sofía. Saúl, al percatarse de su incomodidad, se apresuró en aclararle la ausencia de relación entre las primas.

—Aunque Eva y Sofía son primas no se parecen en nada. De hecho, hasta donde sé, apenas mantienen contacto alguno.

—¿Por qué Sofía falsificó los papeles de la anulación? —se preguntó Olivia. Para ella no tenía sentido ninguno—. No lo entiendo. ¿Qué esperaba conseguir?

—Supongo que ya en aquel momento pensó que de esta forma podría pedirme más dinero cuando mejor le conviniera.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Olivia con voz tensa.

Saúl se detuvo en seco al escuchar su pregunta. Se giró hacia ella y le lanzó una mirada indignada, como si no se pudiese creer lo que había dicho.

—¿Qué crees que voy a hacer? —preguntó con dureza—. Voy a hacer lo que sea necesario para conseguir la anulación. Si quiere dinero, se lo voy a dar. ¡No hay nada en el mundo que compense volver a perderte! —exclamó con pasión—. Fui un imbécil. Quisiera volver atrás en el tiempo, y darme cuenta que la vida sin ti no tiene sentido. Te amo, Olivia. Jamás he dejado de amarte. Y te lo repetiré las veces que hagan falta hasta que me creas.

Olivia le miró impactada por la pasión con que le habló. Quiso creerle. No obstante, tenía miedo no solo de que él le mintiera, sino de que en realidad ella misma estuviera enamorada de un espejismo. Tenía la sensación de que le había idealizado a él y a sus recuerdos. Era importante que no se olvidara del dolor, de la humillación de aquella tarde cuando le había dicho con total claridad que no era lo bastante buena para él; que no era el tipo de esposa que deseaba.

Saúl volvió a caminar ajeno a los pensamientos que poblaban la mente de Olivia y que le hacían dudar de él y de sus palabras. Antes de que se dieran cuenta, estaban frente a la casa de Feran. Olivia se encontraba muy nerviosa. El corazón le latía a mil por hora. Notaba las manos sudorosas y agradeció que Saúl no fuera consciente de ello. Saúl llamó al timbre, les abrió la puerta un criado que les condujo hasta el salón, donde les estaban esperando.

Feran les recibió con una sonrisa, se acercó a Olivia y besó su mano con ternura.

—Hola, Olivia. Estás tan hermosa como siempre. —Sin soltar su mano, se giró hacia Eva para presentársela—. Esta es mi esposa Eva. Eva, esta es Olivia, la enamorada de Saúl y desde hace unos años podría decirse que es como si fuera mi hermana adoptiva.

Olivia no pudo evitar enrojecer al oír cómo la presentaba. No estaba muy segura de lo que Eva debía de pensar sobre ella. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que sus temores eran infundados, ya que Eva se acercó con una

cálida sonrisa y la abrazó.

—Me alegro mucho de conocerte. Espero que le des una oportunidad a Saúl. Se portó como un tonto, pero te puedo asegurar que está muy arrepentido.

Olivia quedó sorprendida por la franqueza con la que le Eva se dirigió a ella. Sin embargo, antes de que pudiera replicar nada a su declaración, se vio interrumpida por la voz ronca de Feran.

—Todos merecemos una segunda oportunidad, Olivia. Sobre todo cuando la persona que te traicionó no te ha dejado de amar.

A pesar de dirigirse a ella, Feran no apartó la mirada de Eva al pronunciar esas palabras y Olivia vio como Eva se giraba al oírle y enrojecía. Durante unos instantes se sintió como una intrusa, como si estuviese siendo testigo de algo, aunque no comprendía el qué.

—Agradezco vuestro apoyo —intervino Saúl para aligerar el ambiente—. Ya le he pedido perdón a Olivia por lo que pasó en el pasado. Solo espero que me dé una segunda oportunidad para enmendar mis errores.

—Estoy segura de que te la dará —replicó Eva con amabilidad. Tomó a Olivia de la mano y comenzó a bombardearla a preguntas sobre su vida con la familia de Feran.

Tanto a Olivia como a los padres de Feran les había sorprendido mucho la noticia de su matrimonio y habían pensado que Eva y Feran apenas se conocían. Sin embargo, a medida que transcurría la tarde se dio cuenta de que no era así. Era evidente que se conocían desde hacía mucho más tiempo. Eva la trató con tanta calidez y amabilidad que, cuando llegó el momento de despedirse de ambos, lo hizo con tristeza.

—Espero que vengas alguna tarde a visitarme —le pidió Eva cuando se despedía de ella en la puerta—. ¿Has pensado ya dónde vas a vivir? No creo que quieras quedarte en la casa de huéspedes de forma permanente. Porque supongo que te quedarás en el pueblo mientras se soluciona lo de la anulación...

—Podrías alojarte con nosotros —le sugirió a su vez Feran.

—La verdad es que no había pensado mucho en ello. Aún no he decidido si me voy a quedar —afirmó Olivia avergonzada y sin mirar a Saúl.

Un tenso silencio secundó a su afirmación. Ni Eva ni Feran se atrevieron a decir nada más y Saúl apretó los puños con furia. No estaba dispuesto a que se fuera sin luchar por ella. Había aprendido la lección. No iba a cometer los

mismos errores del pasado.

Una vez que se hubieron despedido, tras arrancarle Eva a Olivia la promesa de que se mantendrían en contacto, Saúl le ofreció su brazo para acompañarla de nuevo a su alojamiento. Los primeros minutos transcurrieron en un tenso silencio, cada uno inmerso en sus propios pensamientos, hasta que Saúl no fue capaz de seguir callado. Necesitaba que supiera lo que anidaba en su corazón.

—Espero que me des la oportunidad de convencerte para que te quedes a mi lado —susurró con dulzura.

Olivia se limitó a permanecer en silencio, aunque Saúl fue consciente de la tensión que la embargaba.

—Quiero que seas mi esposa —añadió con pasión al ver que ella no contestaba—. Como debiste serlo hace años.

—Para eso, primero tendrás que anular tu matrimonio —le recordó ella sin poder evitar que un matiz de amargura se trasluciera de sus palabras.

—Ten por seguro que lo haré —le prometió Saúl con firmeza—. Le he pedido a mi abogado que haga lo que haga falta para anular mi matrimonio. Le daré a Sofía lo que quiera. Mientras tanto, te pido que no te vayas y que me esperes, porque no sé el tiempo que pueda demorar conseguir la anulación de nuevo.

—Está bien —aceptó Olivia con un suspiro cansado. No sabía qué más podía hacer; solo sabía que en estos años no había logrado olvidarle y estaba cansada de luchar contra su corazón—. Te esperaré —le prometió con voz queda—. Solo te pido, te exijo, que no me engañes, Saúl, porque en esta ocasión no creo que fuera capaz de perdonarte.

—Te lo juro, Olivia —le aseguró él mientras la miraba a los ojos y le aseguraba de forma apasionada—. Te amo más de lo que jamás creí que podría amar a nadie. Estos años sin ti han sido un auténtico infierno. Cometí un terrible error, pero te puedo asegurar que no lo voy a volver a cometer. No te imaginas la cantidad de veces que he repasado una y otra vez la última conversación que mantuvimos. Cómo he deseado ser capaz de volver atrás en el tiempo, y gritarme a mí mismo para evitar cometer el terrible error de apartarte de mi lado. Darme cuenta de que, sin ti, la vida no valdría la pena.

XVI

Olivia no dejaba de darle vueltas a las palabras de Saúl. Había decidido darle una oportunidad y consideraba que ya era hora de ejercer su profesión de enfermera, por eso en ese momento se dirigía al consultorio del pueblo.

Recordaba al Dr. Mendoza. Sabía que se estaba haciendo mayor y cada vez tenía más pacientes, así que esperaba que apreciase sus capacidades y aceptase contratarla como enfermera.

Cuando llegó a la puerta del consultorio dudó durante unos instantes. Se tocó el pecho para intentar regular los latidos de su corazón y llamó a la puerta.

—Buenas tardes —la saludó la mujer del doctor al abrirle la puerta. Al igual que al Dr. Mendoza, Olivia la recordaba, pero no recordaba esa terrible cicatriz que surcaba una de sus mejillas. No pudo evitar que su mirada se detuviese en ese punto, lo que hizo que la señora Mendoza enrojeciese ligeramente al ser consciente de su escrutinio.

—Buenas tardes —saludó Olivia con sonrojo al darse cuenta de lo grosero que era mirarla de esa manera—. Me llamo Olivia Dunham y quisiera ver al Dr. Mendoza.

—A no ser que se trate de una urgencia —le explicó la mujer con amabilidad—, tendré que concertarle una cita. Hoy tiene muchos pacientes que atender.

—No soy una paciente —le explicó Olivia—. Vengo a ofrecerle mis servicios como enfermera.

—¿Es enfermera? ¿Dónde ha estudiado?—le preguntó la señora Mendoza con un matiz de duda en la voz.

—He estudiado en la Escuela de Enfermería de Florence Nightingale, en

Londres —afirmó Olivia con orgullo.

—¿La dama de la lámpara? —preguntó la señora Mendoza con admiración. Era el apodo que se había ganado la señorita Nightingale durante la guerra de Crimea al recorrer los pasillos del hospital con una pequeña lámpara en la mano—. Nunca había conocido a nadie que hubiera estudiado allí. El problema es que aunque estoy segura de que nos vendrían muy bien sus servicios, no creo que podamos pagarlos. Son escasos los recursos de los que disponemos.

—Estoy segura de que podríamos llegar a un acuerdo satisfactorio para todos —aseguró Olivia con una sonrisa. Ya no estaba tan nerviosa como cuando había llamado a la puerta.

—Está bien —claudicó la señora Mendoza haciéndole un gesto para que pasase al interior del consultorio—. Hablaré con mi marido para que le dedique unos minutos en cuanto acabe de atender a este paciente.

—Le estaría muy agradecida —afirmó Olivia al tiempo que entraba.

La señora Mendoza la condujo a una pequeña salita en la que le pidió que esperase.

—Lamento no poder ofrecerle ningún refrigerio, pero en el consultorio no tenemos. La he hecho pasar a esta salita independiente, de la de los pacientes, porque en el consultorio solemos recibir a gente de clase social... más baja, y si ven que acaba de llegar y la hacemos pasar sin esperar su turno pueden pensar que hacemos distinciones por la clase social.

—Pero las hacen, ¿no? —replicó Olivia—. A los pacientes de otra clase social no los hacen venir hasta aquí, supongo que el Dr. Mendoza acude a sus domicilios.

—Tiene razón —reconoció la señora Mendoza avergonzada—. Sin embargo, no hace falta que nuestros pacientes sean conscientes de ello.

—No se preocupe —afirmó Olivia con una sonrisa tranquilizadora—. Lo entiendo.

La señora Mendoza abandonó la salita y no regresó a buscarla hasta que pasaron cerca de quince minutos.

—Señorita Dunham, mi marido dispone de diez minutos para dedicárselos a usted antes de atender a su próximo paciente. Si me acompaña, la llevaré hasta él.

Olivia asintió, se levantó de su asiento y siguió a la señora Mendoza a través de un estrecho pasillo que terminaba en una puerta. La señora Mendoza

llamó con los nudillos y abrió para dejar pasar a Olivia.

Al ver al Dr. Mendoza se dio cuenta de que estaba igual a como recordaba. Era una buena persona que trataba a todo el mundo por igual, con independencia de su estatus social.

—Buenos días, señorita Dunham —saludó el Dr. Mendoza—. Me dice mi esposa que es usted enfermera y que está dispuesta a ofrecernos sus servicios.

—Así es. Realicé mis estudios en la Escuela de Enfermería de Florence Nightingale, en Londres. Voy a instalarme en el pueblo durante un tiempo indefinido y me gustaría poder ejercer mi profesión.

—Como le ha comentado mi mujer, no disponemos de muchos recursos, así que no estoy seguro de que el sueldo le parezca... Disculpe mi atrevimiento, ¿nos conocemos de algo? Porque su cara me resulta muy familiar.

—Viví muchos años en este pueblo. Soy la hija de la cocinera de los señores Pedralbes —reconoció con una sonrisa triste.

—Claro, por eso me parecía tan conocida —afirmó el doctor con una sonrisa—. Recuerdo a su madre. Se parece mucho a ella. Disculpe que mi esposa no la reconociera. Es una persona muy despistada —le confesó con una sonrisa cómplice que hizo que su mujer, que se encontraba presente, enrojeciera avergonzada al tiempo que exclamaba con fingida indignación:

—¡Ricardo!

—No tiene que disculparse —afirmó a su vez Olivia, que también sonreía—. Gracias a Dios, pocas veces estuve enferma, así que es natural que no me reconociera.

—Me ofrece confianza el hecho de saber que nació aquí y que ha decidido volver para quedarse—afirmó el Dr. Mendoza—. No quisiera contratar a alguien que nos abandonara en breve.

A continuación, mencionó una cifra del sueldo que le podía pagar. No era mucho, pero le explicó que atendían a muchos pacientes sin recursos, lo que despertó en Olivia una admiración aún más profunda hacia la labor del doctor.

—No se preocupe —afirmó Olivia con una sonrisa—. No lo hago por dinero. Quiero sentirme útil, así que si a usted le parece bien, acepto.

—¿Si me parece bien? —preguntó el Dr. Mendoza con una gran sonrisa—. ¡Me parece fantástico! ¿Cuándo puede empezar?

—Mañana mismo, si así lo desea.

—Lorena. Explícale a la señorita Dunham dónde está todo. —Se giró

hacia Olivia y le tendió la mano con una gran sonrisa—. Bendigo la suerte de que se haya cruzado en nuestro camino.

La señora Mendoza le enseñó el consultorio y le explicó el funcionamiento de todo. Una hora más tarde, satisfecha, Olivia salía del consultorio. Nunca sería como esas señoritas de la alta sociedad cuya única finalidad en la vida era bordar e ir de compras; quería ejercer una profesión. Cuando lo había hablado con Saúl, no solo había aceptado, sino que la animó a acercarse al consultorio del Dr. Mendoza para ofrecerle sus servicios. Ahora, se alegraba de haberle hecho caso.

Eva notaba la mirada de Feran sobre ella mientras desayunaban. Aún le costaba aceptar su cambio de actitud hacia ella. Desde que había descubierto lo sucedido con Tomás, hacía todo lo posible por conseguir su perdón y que se sintiera amada. Después de abrazarla y besarla un par de días antes, no había vuelto a tocarla. Era como si quisiera darle tiempo a que procesara todo lo que había pasado entre ellos. Ella se lo agradecía, pero a pesar de la promesa que le había hecho Feran de que la ayudaría a olvidar lo que Tomás le había hecho, ella no estaba tan segura de lograrlo.

Odiaba a Tomás por haberla convertido en esta mujer temerosa del contacto del hombre que amaba, porque si había algo que no podía negar, era que seguía amando a Feran. Le aterrorizaba pensar que en el momento en que la tocara no fueran sus manos las que sintiera en su cuerpo, sino las de Tomás; que en el instante en que la poseyera, la asolaran los recuerdos y enloqueciera.

—¡Eva! —La voz de Feran la sacó de sus amargos pensamientos—. ¿Por qué no llevas a Lucía a pasear por el pueblo?

Fue consciente de la tensión que se apoderó de Eva en el momento en el que le sugirió la posibilidad de abandonar la casa. No había vuelto a hacerlo desde aquel terrible día en el que se había encontrado con Tomás.

—Tomás no está en el pueblo —le aseguró para tranquilizarla. Se acercó a ella, tomó su mano y la acercó a su corazón—. Mírame a los ojos — le pidió con voz ronca —. En el mismo instante en que ponga un pie en el pueblo me avisarán. Nunca volverá a tocarte.

—¿Qué vas a hacer cuando vuelva? —preguntó con voz trémula sin apartar la mirada. Necesitaba su fuerza, que le asegurase que nada le pasaría; de no

ser así, se derrumbaría y no estaba segura de ser capaz de levantarse.

—Le mataré —aseguró él con voz acerada.

—Si le matas, irás a la cárcel —afirmó ella en un susurro, para que no la oyese Lucía que correteaba alrededor.

Feran no contestó. Se limitó a llamar a Lucía y preguntarle si quería ir con su madre a pasear por el pueblo. La niña dio botes de alegría. Eva le lanzó a Feran una mirada torturada. No quería ir al pueblo, pero después de que Feran se lo hubiera propuesto a Lucía, sabía que no se podía negar.

—Iré a cambiarme de ropa —anunció sin mucho entusiasmo mientras se levantaba de la mesa—. Ven, Lucía, tú también tienes que cambiarte. ¿Vendrás con nosotros? —preguntó a Feran con voz trémula y esperanzada.

Él hubiera deseado poder decirle que sí, que las acompañaría y que las protegería frente a todo y frente a todos. No obstante, sabía que tenía que ir sin él. Era importante que recuperara la confianza en sí misma y este era el primer paso para conseguirlo.

—No —le respondió intentando ignorar la mirada dolida que le lanzó—. Tengo cosas que hacer, pero os estaré esperando—. Se acercó a ella, levantó una mano y cogió un mechón de sus cabellos que se había escapado del peinado—. No permitas que el miedo te domine. No deberías temer salir a dar un paseo. Nadie volverá a hacerte daño. No lo permitiré.

Eva dio un paso atrás obligando a Feran a soltar sus cabellos. Sabía que tenía razón pero, durante un momento, le odió por ello. Se dio la vuelta y siguió a Lucía, que ya subía por las escaleras en dirección a su cuarto. No era una cobarde e iba a demostrárselo a Feran.

Una hora después, paseaba por el pueblo con Lucía y Susana y no recordaba por qué había temido tanto aquel momento. Agradecía a Feran que la hubiera forzado a enfrentarse a sus temores, porque era la única forma de superar lo que le había pasado. Lucía, a su lado, iba feliz. Recorrieron todos los puestos del mercado con entusiasmo. No fueron conscientes del hombre que las observaba desde lejos ni se dieron cuenta del momento en el que comenzó a seguirlas hasta la misma puerta de su casa. Cuando entraron, Feran las esperaba con una sonrisa.

—Hola, *duquesa* —saludó a Eva con dulzura. El corazón de Eva se encogió con un estremecimiento al escucharle. Durante unos instantes, sintió como si no hubiera pasado el tiempo; como si hubiera vuelto a ser la joven alegre y optimista que una vez había sido; como si el suyo fuera un matrimonio

normal y corriente.

—¿Por qué llamas así a mamá? —preguntó Lucía con curiosidad.

—¿Quieres saber por qué la llamo así? —respondió Feran con una sonrisa, al tiempo que se agachaba a la altura de Lucía para mirarla a los ojos—. La llamo así porque un día, sin conocerla de nada, se acercó a mí... —Levantó la vista y miró a Eva con ternura, inmovilizándola con la fuerza de su mirada—. Me dijo... —continuó con su relato sin apartar la vista de Eva—, que aunque fuera un muerto de hambre... si me amara. No le importaría.

Las palabras quedaron flotando en el aire. Lucía miró de Eva a Feran, que permanecían en silencio sin apartar la vista el uno del otro. La niña apenas comprendía lo que sucedía, aunque era consciente de que pasaba algo. Tiró de la manga de la chaqueta de Feran para que le hiciera caso:

—¿Y qué paso? —Al ver que la ignoraba, sin dejar de mirar a su madre, volvió a tirarle de la manga con insistencia—. ¡Papá!

Al oír cómo se dirigía a él, Feran y Eva miraron a Lucía con sorpresa, que aguardaba expectante la respuesta de su padre como si no hubiera ocurrido nada extraordinario.

—Pensé que era una presumida —le contestó Feran con dulzura—. Y por eso la empecé a llamar *duquesa*.

—¿Yo también te puedo llamar *duquesa*, mamá? —preguntó Lucía con una gran sonrisa.

—¿Me estás llamando presumida? —preguntó Eva con falsa indignación—. ¿Cómo te atreves? ¡Te vas a enterar! —Se acercó a la niña y comenzó a hacerle cosquillas hasta que Lucía, entre carcajadas, le suplicó que parase.

Feran las observaba con una sonrisa cariñosa. Cuando finalmente dejaron de jugar, Eva le pidió a Lucía que subiera a su cuarto para cambiarse de ropa para la comida. En el momento en que ella se disponía a subir detrás de la niña, Feran la detuvo al sujetarla por el brazo. Ella le lanzó una mirada interrogativa, aunque no dijo nada. Feran, sin pronunciar palabra alguna, la atrajo hacia sus brazos y la besó.

Durante unos instantes, Eva se quedó paralizada por el temor. Feran la besó con dulzura para no asustarla y Eva sintió una tristeza tan grande que, antes de darse cuenta, empezó a llorar y temblar entre sus brazos. Al notar cómo temblaba, Feran se apartó de ella. Verla con los ojos empañados por las lágrimas, los labios entreabiertos e hinchados por sus besos y las mejillas enrojecidas, hizo que se sintiera como un miserable.

—Perdóname —le pidió en un murmullo al tiempo que empezaba a cubrir el rastro de sus lágrimas con besos dulces—. Perdóname. Perdóname —murmuró una y otra vez sin dejar de besarla mientras los sollozos la sacudían. La cogió en brazos y subió con ella las escaleras hasta llevarla a su propio cuarto. El cuarto que ella no había vuelto a visitar desde aquella aciaga noche que Feran hubiera querido poder borrar de su memoria. Con cuidado, la depositó en la cama sin dejar de abrazarla. Consciente de dónde se encontraba, Eva se revolvió entre sus brazos.

—No voy a hacerte daño —susurró Feran con suavidad sin soltarla—. Solo quiero abrazarte. Por favor, déjame hacerlo.

Eva comenzó a luchar contra él. Estaba furiosa. Quería hacerle daño. ¿Cómo se atrevía a tratarla con semejante ternura? ¿Cómo se atrevía a volver a su vida y volvérsela del revés? Empezó a darle patadas y puñetazos mientras intentaba desasirse. Él le permitió que le pegara, aunque no la soltó. Quería que se desahogara; que vertiera en él toda la rabia que tenía en su interior. Sabía que se lo merecía. Eva luchó y luchó, hasta que el agotamiento pudo con ella y se derrumbó entre sus brazos. Feran no dejó de abrazarla y de susurrarle todo lo que significaba para él; de decirle lo mucho que la amaba. No dejó de pedirle perdón una y otra vez, hasta que Eva se sintió desposeída de la furia y el dolor que la habían acompañado durante estos años. Solo en ese momento, fue capaz de empezar a perdonarle.

Saúl esperaba con impaciencia a que Sofía se presentase para firmar de nuevo los documentos de la anulación. En esta ocasión no estaba dispuesto a arriesgarse. La había citado en el despacho del notario para que firmase los documentos en su presencia.

—¡Ya era hora de que aparecieras! —exclamó con indignación cuando la vio aparecer con quince minutos de retraso.

—¡Qué grosero! —exclamó ella a su vez con un mohín de disgusto—. Esa no es manera de saludar a tu mujer.

—Tú no eres mi mujer —masculló Saúl con furia—. En realidad, podría jurar que nunca lo has sido. Acabemos con esto de una vez.

—Claro, querrás ser libre para casarte con la hija de la cocinera —

anunció Sofía de forma despectiva.

—Lo que yo haga o deje de hacer con mi vida no creo que sea de tu incumbencia. ¿Te pregunto yo acaso si te sigues viendo con tu amante? —preguntó Saúl sin importarle que el notario estuviera asistiendo a su intercambio de palabras. A fin de cuentas, ni siquiera le importaba que todo el mundo se enterase que Sofía le había sido infiel. Lo único que quería era verse libre de ella para siempre.

—Espero que estés satisfecha con el acuerdo que te propongo. Te voy a entregar una pequeña fortuna... de nuevo —añadió con acidez—. Aunque en esta ocasión quiero que la firma sea frente al notario, para que no puedas alegar que esa no es tu firma.

—Está bien —aceptó ella con rapidez. No quería tensar más la cuerda y que él se arrepintiera de lo que le estaba ofreciendo. No estaba segura de que la persona que le había ayudado a cambiar los documentos verdaderos por los falsos no sufriera un ataque de conciencia y decidiera confesar lo que había hecho—. Leeré los documentos primero —afirmó mientras se sentaba con tranquilidad y empezaba a leer.

A Saúl no le quedó más remedio que sentarse él también y armarse de paciencia mientras Sofía leía la documentación. Durante el tiempo que duró la lectura, se permitió el lujo de observarla con tranquilidad. La vez anterior estaba tan furioso con ella que apenas había prestado atención a su aspecto físico, pero ahora que se fijaba en ella fue consciente del aspecto enfermizo que presentaba. Pálida y muy delgada, la espesa capa de maquillaje apenas lograba disimular sus profundas ojeras y daba la impresión de que le temblaban un poco las manos al sostener los documentos. Sintió la tentación de preguntarle si estaba enferma, pero lo desechó. No le importaba. No quería saber nada de ella. Lo único que deseaba era que firmase los malditos documentos y no volver a verla nunca más.

Sofía leyó toda la documentación y comprobó, complacida, que Saúl estaba siendo tan generoso como la otra vez, así que firmó los documentos en cuanto terminó de leerlos.

—¿Satisfecho? —le preguntó tras hacerle entrega de los mismos al notario una vez firmados.

—Estaré satisfecho si me aseguras que jamás volveré a verte.

Ella sonrió con suficiencia y abandonó el despacho sin despedirse. A Saúl no le importó. Lo único que le importaba era volver a ser libre para casarse

con Olivia. Salió del despacho del abogado en una nube de felicidad y se acercó al consultorio a buscarla y darle la noticia. Se consideraba muy afortunado porque, a pesar del daño que le había hecho en el pasado, había decidido darle otra oportunidad y no estaba dispuesto a desaprovecharla.

Llamó a la puerta del consultorio con entusiasmo. Tan pronto la señora Mendoza le abrió la puerta, no pudo evitar entrar a toda prisa y casi llevársela por delante. Sabía que resultaba un poco grosero, pero ardía en deseos de compartir la noticia.

—¿Está Olivia? —preguntó con alegría.

—Está dentro con un paciente.

Fue lo único que pudo decir la señora Mendoza antes de que él se alejara en dirección a la enfermería.

—¡Señor Pedralbes! —le llamó en un intento infructuoso de que se detuviera.

Al oír el ruido de la puerta al abrirse, Olivia se giró con sorpresa.

—¡Saúl! —Fue lo único que pudo decir antes de encontrarse entre sus brazos. Quiso protestar, aunque le fue imposible porque Saúl le cubrió los labios con los suyos y empezó a besarla con toda la pasión que había mantenido contenida hasta el momento.

Cuando dejó de besarla y se apartó, Olivia le miraba conmocionada. Saúl se arrodilló frente a ella y le preguntó con pasión:

—¿Quieres casarte conmigo?

Olivia le miraba con estupor, y la mujer que estaba con ellos en el cuarto aún más, aunque se repuso antes que la propia Olivia y la animó mientras se tapaba la boca con una mano para disimular la risa:

—Yo le diría que sí.

Olivia, aún conmocionada, miró a la mujer y luego a Saúl, que permanecía arrodillado frente a ella.

—¿Firmó los papeles? —le preguntó en un murmullo.

—Los firmó —afirmó él con una gran sonrisa.

—Me casaré contigo —aceptó con una tímida sonrisa y con lágrimas en los ojos. Cuando Saúl se levantó del suelo para volver a abrazarla, se apartó un poco de él. y le pidió:

—¿Por qué no esperas fuera hasta que termine?

Hasta entonces, Saúl no había sido consciente de lo inapropiado de su actuación y de que no se encontraban solos en el cuarto. Se disculpó azorado

con la paciente, que lo había observado todo con una gran sonrisa, y retrocedió hasta la puerta de forma torpe. En el último momento, antes de salir, se dio la vuelta para acercarse a Olivia a toda velocidad, cogerla por la cintura y darle un último beso arrebatador. Cuando, por fin, abandonó el cuarto, Olivia estaba totalmente avergonzada. Sin embargo, la mujer que estaba con ella no pudo evitar soltar una carcajada.

—Será mejor que acabemos rápido —le advirtió a Olivia mientras reía—. Ese hombre no puede esperar.

Marco volvió a la casa de huéspedes con impaciencia. Necesitaba saber si Sofía había firmado los papeles y si Saúl le entregaría el dinero en un plazo breve. Si no era así, se arriesgaban a perderlo todo. Había enviado varios telegramas a sus acreedores, les había garantizado el pago de las deudas y había pedido un plazo para saldarlas.

Entró en la *suite* que compartía con Sofía y la imagen que se ofreció ante él hizo que se enfureciera. Sofía yacía en la cama con los brazos extendidos. La aguja hipodérmica en el suelo, en el punto al que había ido a parar después de que se le cayera de la mano tras haberse sumergido en el mundo de fantasía en el que había caído. Detestaba verla así.

Al conocerla, le había enamorado de ella su entusiasmo, su pasión. Su falta de prejuicios ante los placeres de la carne, siempre dispuesta a llevar a la práctica todas las fantasías que compartían. ¿En qué momento se había convertido en esa cáscara vacía? En esa adicta dispuesta a todo por una dosis de droga. Solo demostraba pasión si se la negaba. En todas aquellas ocasiones en las que no le había permitido inyectarse, había reaccionado con violencia y se había opuesto a él de una forma que le había sorprendido. Hubiera jurado que cada vez se inyectaba más a menudo.

—¿Sofía? —la llamó con furia.

—¿Ya estás de vuelta? —le preguntó ella con voz pastosa, al tiempo que intentaba abrir los ojos con gran esfuerzo.

Marco apretó los puños para contener las ganas de golpearla. Cada vez le costaba más ver en ella a la mujer de la que se había enamorado. Era consciente de que la Sofía que conocía desaparecía poco a poco frente a sus ojos y no sabía qué hacer para evitarlo.

—He conseguido el dinero —musitó ella con una sonrisa cansada.

—Ya veo en qué lo has empleado —replicó él con disgusto—. Me asqueas.

Ella le miró como si no le comprendiera.

—Voy a dejarte —le anunció Marco con tristeza. Ya no le importaba perder la finca ni los caballos. En ese momento comprendió que nada iba a cambiar. Aunque pagaran a los acreedores, ella volvería a gastarse el dinero en la maldita heroína. Estaba sumida en un pozo del que era evidente que no quería salir y no estaba dispuesto a ser testigo de ello ni a hundirse con ella.

—¿Y la finca?—afirmó ella sin comprender.

—Me encargaré de pagar a los acreedores —afirmó Marco con tristeza. Estaba renunciando no solo a su sueño, sino a la mujer que amaba—. Voy a abandonarte. Lo único que me importaba de verdad eras tú y ya no estás.

—¿Cómo que no estoy? —preguntó Sofia con la misma voz pastosa con la que le había recibido y una expresión confusa en su rostro—. ¿Qué dices? No me puedes abandonar.

Se levantó con dificultad de la cama y se le acercó con mirada vidriosa. Se arrodilló frente a él y le desabrochó el pantalón para sacar su miembro e introducirlo en la boca. Marco la dejó hacer durante unos segundos aunque su miembro permanecía flácido. Por primera vez desde que la conociera, no fue deseo lo que sintió, sino repugnancia. La apartó de un empujón.

—No me toques —le dijo con asco para a continuación preguntarle con furia tras abrocharse los pantalones—. ¿Me amas más que a tus queridas drogas? —Ella le miró como si no le comprendiera lo que le puso más furioso—. No hace falta que contestes. Ya tengo mi respuesta. Amas más a tu droga —sentenció—. Si no quieres que te deje, no vuelvas a drogarte.

—No puedo —gimió ella con voz trémula—. Te juro que no puedo. No me dejes —le suplicó mientras se abrazaba a sus piernas con angustia.

—Me voy —afirmó él con desprecio. La empujó de nuevo para apartarla y provocó que cayera al suelo desmadejada. La miró durante unos segundos con dolor. Nada quedaba de la mujer que un día había amado. Salió del cuarto y se dirigió hacia la recepción.

—Quiero liquidar los gastos del alojamiento —le dijo a la dueña de la pensión.

—¿Ya se van? —preguntó esta.

—Yo sí. Mi hermana no sé cuánto tiempo más se quedará. Pagaré unos

días por adelantado y el resto lo abonará mi hermana cuando se vaya.

—¿Su equipaje? —preguntó la dueña con sorpresa al comprobar que se iba con las manos vacías.

—He tenido unas desavenencias con mi hermana, por eso me voy. Le pagaré una generosa cantidad para que recojan mi equipaje y me lo lleven a la taberna El pájaro herido. Es donde me alojaré esta noche y mañana me iré a primera hora.

La mujer le miró con extrañeza pero se abstuvo de hacer comentarios. Aunque era cierto que la taberna tenía habitaciones, no parecía el sitio más adecuado para un caballero. Marco salió de la casa de huéspedes y se dirigió a la taberna para alquilar una habitación para esa noche. Una vez hecho, se sentó en una mesa y pidió una botella de *whisky*. Necesitaba embotar los sentidos para no pensar en ella. Le desgarraba el alma pensar que su amor no era suficiente para ella. Si le amara de verdad, dejaría esa droga.

XVII

Sofía trató de resistir la ardiente necesidad. Sin embargo, cuando empezaron las náuseas y las palpitaciones, no pudo más. Trató de aguantar por Marco, pero cuando las sombras de la tarde invadieron el cuarto y los escalofríos le sacudieron el cuerpo de forma violenta ya no pudo más. Se sentó en la cama y sacó todos los elementos necesarios para inyectarse. Tuvo que intentarlo varias veces porque le temblaban tanto las manos que no era capaz. Cuando por fin se inyectó la heroína, al segundo fue consciente de que algo iba mal. Se había inyectado demasiadas veces como para no notar la diferencia.

En el instante en el que la heroína entró en su torrente sanguíneo, sintió la misma sensación eufórica de siempre, pero multiplicada por mil, y a continuación empezó a costarle respirar. Sin apenas fuerzas, se dejó caer sobre la cama. Ni siquiera fue capaz de quitarse la aguja que se le había quedado clavada en el brazo. Sin fuerzas, extendió el brazo que contenía el frasco con la heroína y este se le escapó de la mano abierta y cayó al suelo con un sonido fuerte.

«Al menos... no se ha roto», fue su último pensamiento antes de caer en la inconsciencia.

La dueña de la pensión estaba preocupada por su huésped. Cuando la doncella había entrado en la *suite* para recoger las pertenencias del hermano, le había comentado que la mujer tenía aspecto enfermizo. No le había dado mucha importancia. Sin embargo, en este momento estaba preocupada. Había llamado en repetidas ocasiones a la puerta de la habitación para avisarle que era la

hora de cenar y nadie le había respondido, aunque estaba segura de que no había abandonado la estancia. Así que, antes de que pudiera arrepentirse, decidió hacer uso de su llave y entrar en la habitación. Prefería tener que disculparse con un huésped por haber interrumpido su descanso que pensar que podía haberla ayudado y no había hecho nada.

—Señorita Alcántara, ¿se encuentra bien? Estoy preocupada por usted. Si no me abre la puerta voy a tener que hacer uso de mi llave.

Esperó durante unos minutos algún tipo de respuesta, pero al ver que esta no se producía, llevó a cabo su advertencia. Hizo uso de la llave y, con cuidado, se introdujo en el cuarto que estaba sumido en la más completa oscuridad, ya que estaban cerrados los gruesos cortinajes. Se acercó a la llave de la luz, la accionó y quedó espantada ante el cuadro que se presentó frente a sus ojos.

La señorita Alcántara permanecía tumbada en la cama de una forma que solo podía calificarse como antinatural. Pálida e inmóvil, y con una aguja hipodérmica clavada en su brazo. La dueña de la pensión, horrorizada, salió a toda prisa del cuarto, se dirigió a la cocina y le gritó al chico de los recados:

—Deprisa, avisa al Dr. Mendoza par que venga lo antes posible.

Regresó de forma apresurada al cuarto una vez solicitada la ayuda del doctor, y se acercó a la joven para tratar de determinar si aún vivía. Le impresionó la aguja clavada en su brazo, pero no se atrevió a quitársela. Se acercó más para intentar averiguar si aún respiraba. Tropezó con algo que había en el suelo y que salió disparado hasta golpear contra la pared al otro extremo del cuarto.

Se inclinó sobre la mujer y la recorrió un escalofrío ante la posibilidad de encontrarse frente a un cadáver. Puso una mano temblorosa delante de su nariz y la mantuvo ahí durante unos segundos para intentar comprobar si salía aire, pero no fue capaz de determinarlo. Con frustración, comprendió que hasta que llegara el doctor no había mucho que pudiera hacer ya que no tenía ni idea de cómo actuar. Se dirigió hacia el objeto que había pateado y lo recogió del suelo.

—Heroína —leyó en voz alta. Había oído hablar de ella aunque nunca se la había inyectado y, si este era el resultado, jamás lo haría.

El revuelo de voces le confirmó la llegada del médico. No le extrañó la rapidez con la que había llegado, puesto que su consultorio estaba ubicado a menos de cien metros de la casa de huéspedes. El Dr. Mendoza irrumpió de

forma apresurada en el cuarto acompañado de una mujer a la que presentó como la enfermera Anderson.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el médico con preocupación mientras se acercaba a la mujer inconsciente en la cama.

—No estoy muy segura —le explicó la dueña de la pensión con angustia—. Entré en el cuarto porque me extrañó no verla en todo el día y me la he encontrado así. Esto estaba en el suelo —le dijo al tiempo que le hacía entrega del frasco que había encontrado.

—Creo que esta mujer se ha inyectado una dosis excesiva de este medicamento —afirmó el médico al examinar el frasco. Acto seguido, procedió a retirarle cuidadosamente la aguja hipodérmica que aún permanecía clavada en el brazo, de donde se escurrió un hilillo de sangre—. No es la primera vez que veo estos efectos. Necesita oxígeno. ¿Recuerdas los ejercicios que hemos practicado? —le preguntó a Olivia que permanecía inmóvil a su lado. Abandonaba el consultorio en el preciso instante en el que aquel chico llegó en busca del doctor y este le pidió que le acompañase.

Durante la semana anterior le había enseñado una técnica que servía para reanimar a pacientes y proporcionarles el oxígeno que necesitaban.

—Ayúdame a tumbarla en el suelo —le pidió el Dr. Mendoza a Olivia.

—¡Dios mío! —exclamó Olivia al ver el rostro de la mujer y reconocer a Sofía.

Era necesario bajarla al suelo para realizar las maniobras, puesto que los muelles de la cama hubieran disminuido su eficacia. Una vez realizadas, se necesitaba aumentar la temperatura del cuerpo e incrementar la circulación de la sangre. Cuando notó que volvía a tener pulso y recuperaba algo de color, la subieron de nuevo a la cama, la taparon con una manta y le pusieron una mascarilla para ayudarla con la respiración. El Dr. Mendoza frotó el cuerpo de la joven con vigor hasta que le pareció que había pasado el peligro.

—No debe quedarse sola —informó a la dueña de la posada cuando consideró que ya habían hecho todo lo posible en ese momento—. ¿Tiene familia?

—Su hermano se alojaba con ella hasta esta misma mañana —afirmó la dueña de la pensión.

—¿Hermano? —preguntó Olivia con extrañeza—. Sofía no tiene hermanos.

—¿La conoces? —preguntó a su vez el Dr. Mendoza con sorpresa.

Olivia asintió, aunque no quiso dar más explicaciones. La dueña de la pensión enrojeció al comprender cuál debía ser la verdadera naturaleza de la relación entre sus huéspedes.

—Yo nunca hubiera aceptado que se alojaran juntos si hubiera sospechado que no eran lo que decían —afirmó avergonzada.

—No es necesario que nos dé explicaciones —afirmó el Dr. Mendoza—. Muchos hermanos viajan juntos y es bastante normal que compartan cuarto. No había ningún motivo por el que hubiera debido desconfiar.

—El hombre que se identificó como su hermano abandonó esta mañana el alojamiento por supuestas desavenencias con su hermana —les explicó—. Me pidió que le llevaran el equipaje a la taberna, donde se iba a quedar esta noche, y que mañana partiría sin su hermana.

—Será mejor que mande a alguien a buscarlo —afirmó el Dr. Mendoza—. Creo que ha pasado el peligro, pero es importante que alguien permanezca a su lado.

—Está bien, doctor. Enviaré a alguien ahora mismo.

Marco iba por su cuarto *whisky* cuando vio a un joven, casi un niño, que entraba de forma apresurada en la taberna, se dirigía a la barra, le preguntaba algo al tabernero y este señalaba hacia el lugar donde Marco se encontraba sentado. El joven se acercó hasta él y cuando lo tuvo enfrente, Marco se dio cuenta de que lo conocía. Lo había visto en la casa de huéspedes.

—Señor Alcántara —preguntó el joven al llegar junto a él. No era su verdadero nombre. Al registrarse en la casa de huéspedes lo habían usado para evitar sospechas—. Me han enviado para que vaya a la casa de huéspedes con urgencia. ¡Deprisa!

—¿Qué ocurre? —preguntó Marco que sintió de repente un escalofrío recorrer su cuerpo—. ¿Le ha pasado algo a Sofía? —exclamó mientras sujetaba al joven por el brazo.

El muchacho le miró un poco asustado. Al darse cuenta de ello, Marco le liberó.

—¿Le ha pasado algo a mi hermana? —volvió a preguntar con angustia.

—Sí —afirmó el joven un poco asustado—. Aunque no sé el qué. Solo me pidieron que fuera a buscar al médico y ahora a usted.

—Vamos, entonces —le urgió Marco y salió delante de él.

Marco entró como una tromba en la *suite* que había compartido con Sofía. La vio tumbada en la cama, pálida e inmóvil. Junto a ella, sentada en una silla, la dueña de la pensión. Temía acercarse. Notaba la cabeza embotada y la meneó en un intento de aclarársela. La dueña de la pensión se levantó, sorprendida, sin saber qué decir. Ahora que sabía que sus huéspedes no eran hermanos no pudo evitar mirarle con incomodidad.

—Ha tomado una sobredosis de heroína —anunció el Dr. Mendoza a espaldas de Marco, lo que le indujo a salir de la inmovilidad en la que se encontraba. Había entrado con tanta rapidez en el cuarto que no había sido consciente de la presencia ni del que debía ser el médico, ni de la mujer que le acompañaba.

—¿Se recuperará? —preguntó con voz ronca.

—Esperemos que sí —afirmó el doctor con cierto tono de duda en su voz—. En realidad, no se lo puedo asegurar. He visto algunos casos de sobredosis con heroína. Unos han salido adelante, aunque otros...

No terminó la frase, pero no hizo falta. Marco asintió con preocupación. Se acercó a Sofía despacio y, con manos temblorosas, acarició su rostro. Verla tan pálida e inmóvil hizo que un sentimiento de culpa se adueñara de él. Pensaba que si se alejaba de su lado reaccionaría y abandonaría esa droga que la estaba matando. Sin embargo, era evidente que su amor no era suficiente para ella. Un dolor agudo brotó de su pecho y le hizo darse cuenta de lo mucho que la amaba, más de lo que nunca hubiera creído posible. Sofía era la otra parte de su alma. Su compañera y eso era lo más doloroso de todo. Ver cómo día a día desaparecía ante sus ojos y no ser capaz de hacer nada para evitarlo.

—Necesita ayuda —afirmó el Dr. Mendoza a sus espaldas.

—Sé que necesita ayuda —replicó Marco con una risa amarga—. Lo que no sé es cómo demonios ayudarla.

—Yo podría aconsejarle, aunque primero necesitaría saber con exactitud quién es, porque lo único que sé con seguridad es que usted no es su hermano —afirmó el Dr. Mendoza con dureza.

Marco se giró para mirarle con sorpresa, momento que aprovechó la dueña de la pensión para salir del cuarto y dejarles a solas. No quería meterse en líos y toda la situación le resultaba demasiado incómoda. Si fuera por ella, les diría que se fueran de inmediato, pero estando enferma como estaba esa mujer, no podía hacerlo. Marco observó en silencio cómo la dueña de la pensión

salía del cuarto. Una vez se hubo ido, se sentó con tranquilidad en el asiento que había quedado libre.

—¿De dónde saca que no soy su hermano? —le preguntó al médico con una fría sonrisa.

—Sofía no tiene hermanos —afirmó Olivia con rotundidad.

—¿Y usted lo sabe? —preguntó Marco mientras la examinaba con curiosidad.

—Conozco a Sofía desde hace muchos años —explicó ella con cierta arrogancia—, y sé que no tiene ningún hermano.

Tras unos minutos de silencio en los que únicamente se miraron a los ojos, Marco, agotado, claudicó y abandonó su actitud fría.

—Soy su marido.

Olivia emitió un gemido ahogado. ¿Su marido? ¿Cómo podía ser posible?

—No puede ser... quiero decir... ella todavía está casada...

—¿Con Saúl? —preguntó él con una sonrisa irónica—. Ese matrimonio fue anulado hace mucho tiempo.

Olivia no se atrevió a preguntar todo lo que deseaba. ¿Había sido todo una mentira o era ahora cuando mentía? Le hubiera gustado poder bombardear a preguntas a ese hombre, sin embargo, no se atrevió. No le pareció lo más apropiado dada la situación en la que se encontraban.

—Si es su marido —explicó el Dr. Mendoza—, hay algo que puede hacer para intentar curar a su esposa. Sé que dicen que la heroína no es adictiva, pero yo estoy convencido de que sí lo es. Me atrevería incluso a afirmar que es más adictiva que la morfina.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —preguntó Marco aunque sintió alivio al encontrar por primera vez a alguien que confirmaba sus temores.

—Mi hijo murió el año pasado —le contó el Dr. Mendoza, lo que hizo que Olivia le mirara con sorpresa. Sabía que el Dr. Mendoza tenía un hijo, sin embargo había pensado que vivía fuera. Nunca había sospechado que hubiera fallecido—. Empezó a drogarse, primero con el opio y la morfina, hasta que descubrió la heroína. Mi esposa y yo vimos cómo día a día se deterioraba cada vez más. Empezó a mentir, a robar... a hacer cualquier cosa que le permitiera conseguir dinero para pagar las drogas.

—¿Murió a causa de ellas? —preguntó Olivia con voz ronca.

—No —murmuró el Dr. Mendoza con tristeza—. Dejamos de darle dinero y le echamos de casa. Pensamos que así se daría cuenta de lo que estaba

haciendo y dejaría de drogarse; sin embargo, no fue así. Su necesidad era demasiado fuerte. Se presentó una tarde con un cuchillo y amenazó a su madre para que le diera el dinero que necesitaba. Ella se resistió...

Olivia le miró horrorizada al darse cuenta de que así era como la señora Mendoza se había hecho la cicatriz que cruzaba su mejilla.

—Esta droga es más fuerte que la voluntad de quien la toma —sentenció el Dr. Mendoza—. Nuestro hijo se dio cuenta de que había ido demasiado lejos cuando hizo daño a su madre, así que se suicidó allí mismo.

Marco miró a Sofía con desolación. La amaba, pero no sabía cómo ayudarla.

—Ha hablado de que podría hacer algo por ella, ¿el qué?, y ¿por qué no lo intentó con su propio hijo?

—Porque al principio no le di la importancia que debía. Todo el mundo opina que las drogas son un simple divertimento, incluso en la comunidad médica no se le da la importancia debida. Cuando fui consciente de la gravedad de la situación era demasiado tarde. Sin embargo, para su esposa aún hay una oportunidad. Lo primero que debe comprender es que la heroína, al igual que la morfina, anula su voluntad. No se trata de que no lo deje porque no quiera, sino que no lo deja porque no puede.

—¿Qué es lo que me propone? —Marco, desesperado, estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta—. Quiero recuperar a mi mujer.

—Entonces, escuche con atención. Si es cierto que está dispuesto a todo por ayudarla, solo se me ocurre una posible solución.

Un mes después...

—Ya ha pasado lo peor —le aseguró el médico a Marco.

Se encontraban en el despacho de la casa de reposo en la que había internado a Sofía. El Dr. Mendoza le había explicado que la heroína había anulado su voluntad y que lo primero que había que conseguir era sacarla de su organismo. La única manera era mediante la privación y para que pudiera resistirlo era preciso internarla.

—¿Cómo está, Sofía? —preguntó con derrota. En este mes se había planteado muchas veces la posibilidad de haber cometido un terrible error.

—Ya ha aceptado que no se le va a proporcionar más droga —le explicó

el médico—. No le hemos permitido recibir visitas hasta ahora porque pensamos que sería contraproducente para su recuperación. Sufría alucinaciones y mostraba un comportamiento violento. Fue necesario recurrir a la camisa de fuerza.

Imágenes de Sofía encerrada, tratada como una loca, le produjeron náuseas, pero era demasiado tarde para arrepentirse de lo que había hecho.

—¿Cómo está? —preguntó con pesar. Necesitaba que le dijeran que lo que había hecho había servido para algo, de lo contrario, jamás podría perdonárselo.

—Está más tranquila —reconoció el doctor—. Por eso creemos que una parte importante de su recuperación es que sepa que cuenta con su apoyo. ¿Desea verla? Aunque solo podrá hacerlo durante unos minutos.

—Sí —afirmó Marco, que por primera vez en su vida estaba aterrorizado.

El último mes había sido una tortura para él. Se sentía culpable por haberla abandonado allí; por no haberse dado cuenta a tiempo de lo que pasaba; por haberla llevado a aquella maldita fiesta donde le habían dado morfina por primera vez; incluso por haberla animado a probarla y por todas las consecuencias que eso le había acarreado. Nunca había sido un hombre creyente, sin embargo, en el último mes había rezado desesperadamente. Había suplicado a ese dios en el que no creía que le ayudase.

Se levantó del asiento y siguió al médico fuera del despacho. Cruzaron un pasillo y llegaron a una reja custodiada por un celador. El médico le hizo una señal para que les abriera y se adentraron en otro pasillo apenas iluminado. Un intenso sentimiento de culpabilidad atravesó el cuerpo de Marco al oír los gemidos de los pacientes.

Docenas de puertas tras las que se adivinaban las terribles historias que allí encerraban. Marco había oído muchos rumores que aseguraban que no todo el mundo encerrado en esos sitios tenía verdaderos problemas mentales. Con toda seguridad era cierto, a fin de cuentas, ¿no era eso lo que él había hecho con Sofía? Ella no estaba loca y, sin embargo, la había encerrado sin que ella pudiera hacer nada para impedirselo.

Lo había preparado todo con el Dr. Mendoza. Él había hablado, a su vez, con el director de la institución y en cuanto Sofía estuvo algo repuesta, la subió a un carruaje y la llevó mediante engaños. En las noches, imágenes del rostro horrorizado de Sofía al darse cuenta de lo que pretendía le acosaban y le impedían conciliar el sueño. El Dr. Mendoza le había asegurado que era la

única solución, sin embargo, mientras cruzaba ese horrible pasillo, sintió cómo el peso de la culpa le ahogaba y le impedía respirar. ¿Qué había hecho? ¿Cómo se había dejado convencer? Tan perdido estaba en sus remordimientos que no se dio cuenta de que el doctor se había detenido frente a una de las puertas cerradas.

—En este momento está dormida —le explicó el doctor—. No hemos querido darle ningún tipo de droga o sedante. Es muy poco lo que sabemos sobre la heroína e incluso muchos de mis colegas aún niegan sus efectos adictivos. Sin embargo, tanto el Dr. Mendoza como yo hemos visto casos semejantes al de su esposa y lo único que parece funcionar es la privación de cualquier droga, aunque afecta a los pacientes de tal forma que se vuelven violentos, por eso es necesario el internamiento. ¿Está preparado? —le preguntó antes de abrir la puerta.

—Sí —mintió Marco, que no se sentía en absoluto preparado.

Accedieron a la habitación. Esta era totalmente blanca, las paredes, el techo. Gruesas rejas cubrían la única ventana del cuarto que proyectaba la luz del exterior sobre la cama en la que Sofía permanecía tumbada. Marco se acercó hasta ella con temor. No pudo evitar recordar la última vez que había entrado en un cuarto para encontrarse a Sofía al borde de la muerte.

Lo primero que le llamó la atención fue su delgadez. Tenía los pómulos totalmente marcados y unas profundas ojeras. Los labios agrietados y llenos de heridas. Le habían cortado el pelo y parecía un muchacho. Con mano temblorosa acarició una de sus mejillas. Ella abrió los ojos y le miró. Por primera vez en mucho tiempo se dio cuenta de que le veía de verdad. No era esa mirada vidriosa a la que ya se había acostumbrado.

—Hola, Sofía —la saludó con dulzura.

A ella se le humedecieron los ojos. Trató de mover la mano para tocarle, sin embargo, las correas que la mantenían inmovilizada se lo impidieron.

—Marco. Sácame de aquí —le suplicó y sus palabras salieron claras y firmes, no con aquella voz pastosa que hacía tiempo la acompañaba.

—No puedo —contestó él con la voz rota. Cayó de rodillas frente a la cama y, por primera vez en su vida, rompió a llorar.

El doctor le dejó unos segundos para que se desahogara, tras los cuales se le acercó y tocó en el hombro. Marco levantó la cabeza. Sabía que tenía que irse, la visita debía ser breve.

—Tengo que irme, amor mío —le dijo a Sofía. Esta le miró con dolor y

giró la cabeza para no verle. No entendía cómo podía hacerle eso. ¿No sabía lo que estaba sufriendo? ¿Acaso no le importaba?

Marco salió de la habitación con el corazón roto de dolor aunque un poco más ligero. Había hecho bien. Ahora estaba seguro. La forma en la que le había mirado había sido la de la Sofía que le había enamorado, no aquella sombra de sí misma en la que se había convertido el último año.

—¿Cuánto tiempo más va a tener que estar internada? —preguntó al doctor con voz esperanzada.

—Si todo va bien, creo que para la semana que viene ya le podríamos dar el alta. Pero no se engañe. Esto solo es el principio. Su mujer va a necesitarle. Solo con su apoyo podrá lograrlo.

XVIII

Eva abrió los ojos y durante unos segundos miró a su alrededor con confusión. Debía haberse quedado dormida. Desde aquella noche hacía ya más de un mes en la que había sufrido aquella crisis y había compartido el lecho con Feran, no había vuelto a abandonarlo. Se había acostumbrado en las noches a dormir abrazada a Feran, aunque no habían ido más allá de los besos y los abrazos. En ningún momento le exigía nada y eso, poco a poco, estaba curando su alma.

La noche anterior, por primera vez, había deseado que hubiera ido más allá, sin embargo, no había reunido el valor para pedírselo. Se levantó de la cama y a través de la puerta de la terraza, que estaba entreabierta, oyó la voz de Feran y las risas de Lucía. Se acercó con una sonrisa y en el preciso instante en el que puso un pie en la terraza para asomarse alguien tiró de ella hacia atrás para impedírselo. Una mano sudorosa tapó su boca para que no pudiera emitir sonido alguno.

—Tomás me ha pedido que te mande recuerdos —susurró una voz ronca junto a su oído.

Eva empezó a temblar de forma compulsiva. Se revolvió entre los brazos de quien la tenía sujeta en un intento de escapar. Sin embargo, el hombre movió la mano de tal forma que no solo le tapó la boca, sino que también la nariz, lo que provocó que le resultara imposible respirar. Notó cómo se ahogaba, y cuando ya creía que iba a desmayarse, el hombre apartó la mano, lo justo para que pudiera respirar. Dejó de luchar para boquear en busca de aire, momento que aprovechó el individuo para lanzarla de un empujón contra la cama. Volvió a aplastar su mano sobre su boca y se apretó contra ella para que notara la dureza de su miembro.

—Lo vamos a pasar muy bien —murmuró de forma burlona mientras le

echaba su aliento pestilente en el cuello. Se desabrochó los pantalones con la mano que tenía libre y trató de introducirla entre las faldas de Eva. Le subió la parte inferior del camisón y le cubrió el rostro con él para usarlo de mordaza e impedirle que emitiera ningún sonido.

—Eres el mejor culo que he cogido en mi vida —jadeó el hombre por el esfuerzo—. La otra vez también luchaste, aunque no te sirvió de nada. Como tampoco te servirá ahora.

Eva creyó enloquecer al escuchar sus palabras. No podía ser. Con pánico reconoció su voz y los recuerdos amenazaron con ahogarla.

—*Sujétala, Tomás. Es una fiera.*

Las risotadas sonaban a su alrededor mientras Eva trataba de levantarse del suelo, donde había caído después de que Tomás le cruzara la cara de un bofetón. Notó cómo varias manos la sujetaban y la tumbaban de nuevo en la cama bocabajo. Trató de resistirse, pero fue inútil. Le separaron las nalgas entre risas y comentarios obscenos.

—*No te quejes tanto—afirmó el hombre entre risas—. Lo tienes muy dilatado. Esta vez no te va a doler.*

Con horror, comprobó que ese hombre era uno de los que la habían violado. Cuando la mano sudorosa del hombre ya estaba tocando su piel y Eva pensó que enloquecería, de pronto, se sintió libre de su peso. Con un gemido angustiado, gateó para alejarse mientras el sonido de una lucha retumbaba a su alrededor. Se giró en el preciso instante en el que Feran daba un puñetazo al hombre que la había atacado y lo lanzaba contra el suelo. Comenzó a golpearlo con furia una y otra vez hasta que provocó que perdiera el conocimiento y, aun así, no dejó de golpearlo. La sangre salpicaba las paredes. Eva, horrorizada, comprendió que Feran no se detendría hasta que estuviera muerto. Con esfuerzo, se acercó hasta él y le puso una mano temblorosa en el hombro.

—Feran —gimió con angustia—. Lo vas a matar.

La voz de Eva sacó a Feran de la vorágine de odio en la que estaba sumido. Se giró y al verla frente a él, llorosa y trémula, notó cómo la furia le abandonaba, dejó de golpear al individuo y la arrastró hacia sus brazos. Eva se derrumbó entre ellos y comenzó a llorar sin control.

—¡Mamá! —Se oyó la voz de Lucía desde la puerta. Solo en ese momento fueron conscientes de la presencia de Susana y de Lucía, que habían acudido al cuarto atraídas por las voces y los golpes.

—¡Qué no se acerque! —le pidió Feran a Susana. No quería que Lucía viera al hombre que permanecía tendido en el suelo en un charco de sangre. Cogió a Eva en brazos, ya que apenas se sostenía en pie, y la llevó hasta su cuarto, seguido de cerca por Lucía y Susana.

—Ahora vuelvo —le susurró a Eva tras depositarla en la cama. Ella hizo un gesto de dolor y extendió la mano para detenerle. No quería que se fuera de su lado. Feran puso un dedo en sus labios para acallarla y le susurró con dulzura—. Tengo que ocuparme de ese hombre. Lucía y Susana permanecerán contigo y en cuanto haya acabado, volveré.

Eva asintió. Sabía que tenía razón. Tanto si estaba muerto como si no, no podían dejarlo en el cuarto en medio de un charco de sangre.

—¡No la dejes sola bajo ninguna circunstancia! —exigió Feran a Susana antes de abandonar la estancia.

Estaba furioso. Si no hubiera sido porque había levantado la vista en el preciso momento en el que aquel hombre la atacaba, no hubiera visto como tiraba de ella hacia el interior del cuarto y le impedía salir a la terraza. Había murmurado una disculpa apresurada a Lucía para no asustarla, y había echado a correr hacia su habitación con el corazón en un puño. Había entrado en el preciso instante en el que escuchaba cómo el individuo le decía a Eva:

—La otra vez también luchaste, aunque no te sirvió de nada. Como tampoco te servirá ahora.

Darse cuenta, por sus palabras, de que era uno de los hombres que, junto con Tomás, la habían violado, había hecho que deseara matarlo. Si no hubiera sido por Eva, con toda seguridad lo habría hecho y aún no estaba seguro de no intentarlo. Al entrar en el cuarto no pudo evitar preguntarse el porqué de ese ataque. ¿Por qué se había arriesgado a entrar en la casa? ¿No hubiera sido más fácil asaltarla en la calle o secuestrarla y llevársela con él? ¿Por qué arriesgarse a introducirse a plena luz del día y atacarla ahí mismo?

Aún no podía matarle. Tenía que interrogarle antes. Se acercó hasta el hombre y comprobó que no estaba muerto, aún respiraba. Le quitó el cinturón de los pantalones y lo usó para atarle a la pata de la cama. En el improbable caso de que despertara no quería que pudiera huir. Se cambió la camisa manchada de sangre y bajó por las escaleras para dirigirse a su despacho y escribir una nota para Saúl. Se dirigió a la cocina para buscar al chico que les hacía los recados, le entregó la nota y le indicó a quién tenía que entregársela. A continuación, volvió a subir al cuarto de Eva. Esta permanecía recostada en

la cama con los ojos cerrados y abrazada a Lucía. Susana, sentada en una silla del cuarto, se retorció las manos con angustia.

—Susana —le pidió Feran en cuanto entró—. Lleva a Lucía a su cuarto.

Al ver que la niña estaba a punto de protestar, se le acercó, se agachó para estar a su altura y le dijo con dulzura:

—Cariño, mamá tiene que descansar.

La niña hizo pucheros, se abrazó a Feran y comenzó a llorar.

—Está bien, está bien —le susurró con dulzura sin dejar de abrazarla—. Nos quedaremos juntos. Vete, Susana. Estoy esperando a Saúl. En cuanto llegue me avisas.

—Sí, señor —respondió Susana antes de abandonar el cuarto.

Eva abrió los ojos y se apartó para dejar sitio a Feran, que se tumbó a su lado sin soltar a Lucía, que permanecía aferrada a él. La niña se acomodó entre ambos y se soltó de Feran lo justo para abrazar también a su madre. Cerró los ojos y a los pocos minutos se quedó dormida. Feran y Eva se miraban a los ojos. Él levantó la mano y acarició el rostro de Eva con ternura. Ella cerró los ojos mientras una lágrima solitaria caía por su mejilla. Feran se la limpió con un dedo.

—Te amo, Eva. Jamás permitiré que nadie te vuelva a hacer daño—No pararía de decírselo hasta el mismo día de su muerte—. Yo... —Una mano de Eva en sus labios le impidió continuar.

—Lo sé —susurró Eva con voz ronca—. Yo también te amo. Nunca he dejado de amarte.

—¿Qué pretendías? —preguntó Feran al tiempo que le daba un puñetazo al hombre que permanecía atado a la silla.

Este escupió la sangre que se le había acumulado en la boca a consecuencia del golpe y le dirigió una sonrisa de satisfacción.

—Follármela como ya lo hice la otra vez —replicó con arrogancia—. ¿Ya se la has metido por el culo? ¡Le encant...! —No pudo continuar porque Feran empezó a golpearlo con furia. Cayó al suelo junto a la silla en la que permanecía atado y Feran continuó dándole golpe tras golpe hasta que el rostro del hombre se convirtió en una masa informe.

—¡Lo vas a matar! —exclamó Saúl al tiempo que le apartaba de lo que

ahora era un guiñapo tirado en el suelo.

—¡Eso es lo que quiero! —rugió Feran fuera de sí.

—¡Cálmate, por favor! —le exigió Saúl mientras le sujetaba para que no siguiera golpeándole—. ¿Cómo vas a averiguar algo si lo matas?

Después de que el individuo atacase a Eva, Feran le había pedido ayuda a Saúl y se lo habían llevado a un cobertizo para interrogarle. Llevaban allí toda la tarde. Había oscurecido y aun así el hombre no les había contado nada. Feran sospechaba que había sido enviado por Tomás, pero quería saber por qué.

—Escúchame —le pidió Saúl—. Estás demasiado afectado. Déjame que le interrogue yo y trate de averiguar lo que sabe.

—Está bien —aceptó Feran con enfado, al tiempo que se desasía de forma brusca de su agarre y salía del cobertizo para tranquilizarse. Saúl tenía razón. Si seguía allí, lo mataría antes de que pudieran averiguar nada.

Salió al exterior, donde caminó de un lado a otro como un león enjaulado. Se miró los puños, despellejados y llenos de sangre, y notó cómo crecía su furia. Al cabo de diez minutos, Saúl salió del cobertizo.

—Me ha contado que Tomás le envió para secuestrarla.

Feran sintió una furia tan grande que, si en ese momento hubiera tenido delante a Tomás, con toda seguridad le habría matado.

—¿Dónde está ese cabrón? ¿Por qué no vuelve al pueblo? Si la orden que tenía era secuestrarla, ¿por qué intentó violarla? ¿Y cómo demonios has conseguido que te lo diga?

Saúl levantó las manos para que se tranquilizara un poco y le dejara responder antes de que le siguiera bombardeando a preguntas.

—En cuanto a dónde está Tomás, dice que no lo sabe.

—¿Y le has creído?

—No estoy seguro, aunque será fácil descubrir si ha dicho la verdad. Me ha indicado el lugar al que tenía que llevar a Eva. Se suponía que tenía que esperar a la noche, secuestrarla y llevarla a ese sitio. Tomás llegaría al amanecer. En cuanto a por qué no esperó a la noche e intentó violarla a plena luz del día. ¿Qué puedo decirte? Que es un imbécil sin inteligencia, y en cuanto a cómo he conseguido que me lo diga, le he asegurado que era la única manera de salir de aquí con vida. Después de la paliza que le has dado... me ha creído.

—No va a salir de aquí con vida —sentenció Feran con frialdad—. Voy a

matarle.

—Lo sé, pero no iba a decírselo. Deberíamos ir al lugar donde tenía que llevar a Eva y esperar allí a Tomás. Si no aparece él en persona, por lo menos enviará a alguien que nos pueda decir dónde encontrarlo.

—De acuerdo —aceptó Feran—. Ya ha oscurecido. Nos vemos al amanecer.

—No le mates todavía —le aconsejó Saúl al ver que pretendía volver al interior del cobertizo—. Podría habernos mentido. No se puede interrogar a un muerto —le recordó antes de irse.

Feran asintió de mala gana. Sabía que Saúl tenía razón. Aunque lo que más deseaba en ese momento era entrar en el cobertizo y acabar con ese cerdo, sabía que primero debían comprobar si les había dicho la verdad. Así que, en un intento por mantener la cabeza fría, se alejó del cobertizo en dirección a la casa.

Cuando entró, lo primero que hizo fue dirigirse a su propio cuarto para lavarse y cambiarse de ropa por segunda vez. Ese cerdo había vuelto a mancharlo de sangre. No quería que Eva le viera así, aunque las heridas de sus nudillos no tenían arreglo. Cuando ya le pareció que estaba presentable, se dirigió al cuarto de Eva. La encontró abrazada a Lucía, tal y como las había dejado cuando había llegado Saúl para que interrogaran juntos a ese miserable. Con cuidado de no despertarla, tomó a la niña en brazos y la llevó hasta su cuarto. En ese momento apareció Susana, que se ofreció a ponerle el camisón y acostarla.

Se tumbó junto a Eva y la miró con adoración. ¡Cuánto la amaba! Permaneció a su lado hasta que llegó la hora en la que había quedado con Saúl. Encontraría a Tomás y lo mataría. Jamás volvería a hacerle daño a Eva. Con esa promesa en su mente, abandonó el lecho tras depositar un beso en su frente.

Eva abrió los ojos con dificultad. No entendía muy bien por qué notaba la boca pastosa. Le costaba pensar. No lograba recordar dónde se encontraba, porque de lo único de lo que estaba segura al abrir los ojos era que no estaba en su cuarto ni en ningún cuarto de su casa.

Retazos de recuerdos de la noche anterior invadieron su mente. El ataque.

Feran salvándola. Recordaba haberse acostado con Lucía en brazos. ¿Dónde estaba? Trató de levantarse de la cama en la que estaba tumbada y se le escapó un gemido al notar como todo daba vueltas a su alrededor. Con asombro comprobó que solo estaba vestida con el camisón que llevaba la noche anterior.

—Por fin has despertado. Temía que la dosis de láudano hubiera sido demasiado fuerte.

Un frio helado la caló hasta los huesos al oír esa voz. La misma que poblaba sus sueños y los convertía en pesadillas. Se giró horrorizada y vio Tomás en el quicio de la puerta. La miraba como un lobo miraría a su presa.

—¿Qué... qué ha pasado! —Fue capaz de murmurar tras unos angustiosos segundos en los que intentaba comprender qué hacia allí y cómo había llegado—. ¿Dónde estoy? —preguntó con voz entrecortada.

—Estás en mi casa —afirmó Tomás con una sonrisa desagradable.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —gimió aterrada sin comprender cómo podía ser posible.

—He hecho que te traigan, por supuesto. El ingenuo de tu marido salió de la casa al amanecer y te dejó desprotegida ¡Es un imbécil!—exclamó con una carcajada.

—¿Lucía? —preguntó Eva con voz trémula al tiempo que se levantaba de la cama y se alejaba de Tomás lo más posible. Siempre había sido su mayor temor que le hiciera daño a su hija.

—La mocosa no está aquí —le aseguró Tomás de forma despectiva—. No tengo paciencia con los niños. Aunque si no me complaces... quizás me plantee traerla. —La amenaza velada provocó sudores fríos en Eva. Miró alrededor en busca de una salida. Tenía que escapar, aunque aún no sabía cómo.

—¡Feran me rescatará! —exclamó en un tono que a ella misma le pareció desesperado.

—Lo dudo mucho, querida, siento decirte que a estas horas con toda probabilidad ya debe estar muerto —anunció con una sonrisa cruel.

Eva palideció ante su afirmación y negó de forma vehemente con la cabeza.

—Eso no es cierto. ¡Estás mintiendo!

Tomás soltó otra sonora carcajada ante sus palabras. Se acercó despacio y se cernió sobre ella en toda su estatura aunque sin acercarse del todo. Eva permaneció inmóvil. Temía que si hacía cualquier movimiento, el que fuera,

Tomás se abalanzaría sobre ella.

—Feran ha caído en una trampa —le explicó Tomás con altanería—. Contaba con que atrapara a Román y le interrogara, y también sabía que este les contaría todo lo que sabía. Si por algo se ha caracterizado siempre Román, ha sido por ser un imbécil sin cerebro. Por eso era el hombre perfecto. Contaba con que le atrapasen y condujera a tu maridito a la trampa que le esperaba. Sabía que en su ansia por encontrarme te dejaría sola y desamparada. Ha sido como matar dos pájaros de un tiro. Matar a tu marido y poseerte para siempre de una vez.

—Estás loco —gimió Eva horrorizada.

—Puede ser —afirmó él con una sonrisa al tiempo que se acercaba.

Eva retrocedió con temor. No pudo evitar ponerse a temblar. La sola idea de que la tocara le revolvió el estómago. No lo soportaría de nuevo. Prefería morir.

Tomás se acercó hasta ella. Extendió una mano y rozó uno de sus pechos, al tiempo que con la otra mano se acariciaba a sí mismo.

—Estoy deseando poseerte —jadeó con lascivia—. Estoy seguro de que no me has olvidado.

—No me toques —exigió ella con asco sin poder evitar que le temblara la voz.

—Veo que sigues siendo una rebelde —afirmó él mientras se lamía los labios—. Voy a disfrutar domándote de nuevo, aunque en esta ocasión no seré tan delicado—. Le dirigió una mirada decepcionada—. Me ha molestado que te casaras con otro a pesar de saber que eres mía, así que creo que tendré que recordártelo. Sin embargo, no te emociones porque esta vez no voy a proponerte matrimonio. A fin de cuentas... ya eres mía, así que no necesito casarme contigo. Ahora, si me disculpas, tengo que dejarte sola, pero no te preocupes, esta noche disfrutarás de un hombre de verdad.

Con esas palabras salió del cuarto y cerró la puerta dejando a Eva horrorizada y temblorosa. En cuanto se encontró sola, se abalanzó sobre la puerta y comprobó que estaba cerrada. Se acercó a la ventana, la abrió, se asomó por ella y vio que apenas amanecía. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿En qué momento había abandonado Feran la casa? Las preguntas se sucedían una tras otra sin hallar respuesta. Trató de infundirse valor, convencerse a sí misma que lo que le había dicho Tomás no era cierto; que Feran continuaba con vida y que más tarde o más temprano la rescataría.

En el exterior había estallado una tormenta. La lluvia la golpeó con furia y le empapó el camisón. Tomás no le había mentado al asegurarle que estaba en su casa, en una habitación de la segunda planta. La reconoció ya que había ido en alguna ocasión de visita acompañada por su padre. Si intentaba saltar se mataría, aunque esa posibilidad le pareció un destino mejor que el que le esperaba si se quedaba allí sin hacer nada. Buscó por el cuarto algo que pudiera utilizar para escapar. Lo que fuera. Al comprender que su única salida era la ventana, apartó la colcha y la manta para retirar las sábanas que cubrían la cama y, con rapidez, las anudó entre sí y las ató a la pata de la cama con la intención de escapar por la ventana. Se negaba a creer que Feran estuviera muerto, pero no podía arriesgarse a esperar que la rescatara. Tenía que escapar antes de que Tomás volviera.

Se asomó a la ventana, lanzó la sábana y miró el suelo. Durante unos segundos el terror la paralizó. Inspiró y espiró para tratar de infundirse valor. Se subió al alféizar de la ventana y se sentó. Con manos temblorosas, se sujetó a la sábana que colgaba, sacó las piernas, se aferró a ella y comenzó a descolgarse por la fachada. El fuerte viento la zarandeaba de un lado a otro y la lluvia la golpeaba con fuerza. No obstante, nada importaba. Solo escapar. El frío le dejó las manos heladas, lo que hizo que perdiera las fuerzas cuando aún faltaban unos metros y acabó cayendo al suelo con un ruido sordo.

«¡Levántate! ¡Levántate!», se gritó a sí misma mientras se le escapaba una carcajada histérica y lágrimas cubrían sus mejillas confundándose con la lluvia.

El dolor del golpe hizo que se levantara con dificultad. Comprobó que no tenía nada roto y que las piernas la sostenían, antes de echar a correr de forma ciega para alejarse con la mayor rapidez de la casa. Sabía que si no huía ahora, jamás lo lograría.

El viento y la lluvia le impedían ver el camino pero, aun así, se obligó a avanzar. Debía tener cuidado puesto que solo había un camino para abandonar la propiedad, ya que un acantilado rodeaba una cuarta parte de la casa. Corrió y corrió hasta que chocó contra un cuerpo firme. Aterrorizada, se debatió entre los brazos de la persona que trataba de retenerla. Lanzó patadas y puñetazos mientras gritaba con furia.

—¡Duquesa! —Esa palabra la dejó inmóvil y provocó que dejara de luchar. Abrió los ojos que había mantenido cerrados mientras luchaba y contempló a Feran frente a ella. Empapado, pero vivo.

—¡Estás vivo! —exclamó con un sollozo ahogado mientras le abrazaba.

—Lo estoy —afirmó él con dulzura mientras besaba sus cabellos.

—Tomás...

—Lo sé —la interrumpió Feran. Trató de explicarle para que su voz se oyera por encima del viento y de la lluvia que les golpeaba con fiereza—. El ataque de ayer fue una trampa. Lo había planeado con la idea de asesinarme. Contaba con que te dejaría sola para ir tras él. Con lo que no contaba era con que iría acompañado. Gracias a Saúl continuó con vida, aunque él está herido. —La apretó más contra su cuerpo sin dejar de acariciar sus cabellos empapados por la lluvia—. Cuando volví a la casa y no te encontré... ¡deseé morir! —exclamó con desesperación—. Doy gracias a Dios por haberte encontrado.

—¡Apártate de ella!

La voz de Tomás resonó en el aire e hizo que ambos se girasen. Estaba de pie frente a ellos y les apuntaba con una pistola.

—¡No permitiré que la tengas! —exclamó Tomás en su locura—. Te mataré y será mía para siempre.

Los tres se miraron en silencio. Eva temblaba acurrucada entre los brazos de Feran que no se había apartado de ella. El viento soplaba cada vez con más fuerza. Mientras Feran obligaba a Eva a colocarse a su espalda, Tomás avanzó hacia ellos y levantó el arma con la clara intención de apretar el gatillo.

—¡Nooo! —gritó Eva desesperada. Se soltó del brazo de Feran y se interpuso entre él y Tomás—. ¡No le mates! —le suplicó entre lágrimas que borraba la lluvia—. Iré contigo. Haré lo que tú quieras.

—¡Qué haces, Eva! —exclamó Feran. Intentó impedirle que se alejara de su lado, pero ella avanzó hacia Tomás y se alejó de él.

—Eres mía y me obedecerás —exigió Tomás en cuanto llegó a su lado. La cogió por el brazo y la pegó a su pecho. Dio unos pasos para atrás en dirección al acantilado que rodeaba la casa con Eva sujeta. El viento rugía a su espalda en fuertes rachas que provocaban enormes olas que rompían contra el acantilado.

—Si te acercas, la arrojaré al acantilado —amenazó Tomás al ver que Feran hacía el amago de abalanzarse sobre él.

—Haré lo que quieras. Te obedeceré —aseguró Eva con voz trémula—. Deja que se vaya.

—¡Demuéstralo! —exigió Tomás con crueldad acercándola aún más contra

él.

Ella se giró hacia él. Con manos temblorosas tomó su rostro entre las manos y le besó. Tomás sonrió con aire triunfal. Devoró su boca y soltó el brazo que la sujetaba para levantarle las faldas e introducir la mano entre sus piernas. Eva se obligó a sí misma a no apartarse para demostrarle que estaba dispuesta a obedecerle. Levantó las manos, las posó en su pecho y le empujó con todas sus fuerzas al tiempo que ella misma se impulsaba hacia delante, lo que provocó que ambos se despeñaran por el acantilado.

—¡Nooooo! —gritó Feran, desencajado, al tiempo que se lanzaba él mismo contra el borde. Rozó las faldas de Eva pero no pudo alcanzarla y contempló horrorizado cómo ambos caían y Tomás se estrellaba contra las rocas. Cerró los ojos para no ver como Eva moría frente a él sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—¡Feran! —Oyó un gemido lejano que le hizo abrir los ojos sin poder creer lo que estaba viendo. Al fondo del acantilado, casi en el punto donde las olas rompían contra las rocas, una rama había detenido la caída de Eva, que permanecía aferrada a una caña y pataleaba con desesperación intentando encontrar un saliente, algo en lo que poder colocar los pies e impedir la caída.

—¡No te muevas! —gritó Feran con desesperación a través de la lluvia. Sin darse tiempo a pensar en la locura de sus actos, comenzó a descender por el acantilado. Los múltiples salientes le permitieron el descenso, más lento de lo que le hubiera gustado. El terreno estaba resbaladizo a causa de la lluvia que azotaba contra las rocas. Eva había dejado de moverse y permanecía aferrada a la rama tratando de protegerse de los elementos. En un último esfuerzo, logró llegar hasta ella.

—¡Tienes que soltarte! —le gritó mientras resollaba—. Hay un pequeño saliente un metro más abajo. Voy a descender hasta él. ¡Suéltate y te cogeré!

Una vez situado, Eva le hizo caso y se soltó. Feran la cogió entre los brazos.

—Saúl vendrá a buscarnos —le aseguró al ver cómo temblaba y lloraba aferrada a él—. Sabe que he venido aquí a buscarte. Cuando vea que me retraso, vendrá.

Al cabo de una hora, oyeron cómo les llamaban desde el borde del acantilado. La tormenta había amainado y comenzaba a amanecer. Levantaron la vista y vieron a Saúl asomado junto a otras personas. Pasado un rato, una cuerda se descolgó a su lado. Feran la ató a la cintura de Eva para que

podieran izarla. Volvieron a bajar la cuerda y Feran la utilizó para escalar. Cuando llegó arriba, Eva se lanzó a sus brazos y él la besó con desesperación hasta que ambos se quedaron sin aliento y un carraspeo les hizo darse cuenta de que no estaban solos, sino rodeados de varios trabajadores de la finca de Saúl.

—Me alegro de que no tardaras mucho —afirmó Feran mientras estrechaba la mano de Saúl sin dejar de abrazar a Eva.

—¿El cuerpo que hay al fondo del acantilado es el de Tomás? —preguntó Saúl.

—Sí —respondió Feran mientras rodeaba a Eva con sus brazos y la acompañaba hasta el carruaje que les esperaba.

—Volvamos a casa, *duquesa* —le susurró con dulzura—. Todo ha acabado. Jamás volverá a hacerte daño.

Durante todo el viaje a casa de Feran, Eva permaneció entre sus brazos. Al principio, tiritaba a pesar de que la habían tapado con una manta hasta que poco a poco empezó a entrar en calor y, ayudada por el traqueteo del carruaje y el estrés de toda la situación, se durmió. Al llegar a la casa, Saúl ayudó a Feran a bajarla del carruaje. Este volvió a sostenerla entre sus brazos y subió con ella hasta el cuarto que ambos compartían. Lucía aún dormía y la casa estaba en silencio. Depositó a Eva en la cama con cuidado de no despertarla y se apartó para despedir a Saúl:

—Gracias. No sé qué hubiera pasado si no hubieses llegado a tiempo.

—No te preocupes. Cuídala —le dijo mirando a Eva con cariño.

—Te acompaño hasta la puerta.

Bajaron las escaleras y en la puerta de la casa se despidieron con un abrazo. Feran permaneció unos minutos a solas en la oscuridad del *hall*. La realidad de todo lo que había pasado le golpeó; la posibilidad de haber estado a punto de perder a Eva casi le había hecho enloquecer. Verla retenida por Tomás al borde del acantilado había sido uno de los momentos más horribles de su vida; no sabía si hubiera sido capaz de vivir sin ella.

Regresó al cuarto de Eva y se sorprendió al encontrarla despierta. Le miró en silencio y se puso en pie despacio y sin apartar su mirada de la de Feran. Con suavidad, deshizo los lazos del camión que llevaba y dejó que cayera

arremolinado a sus pies. Feran quedó sin aliento al verla desnuda frente a él.

—Eva... —gimió con deseo—. ¿Qué haces?

Ella se le acercó. Extendió una mano temblorosa y la puso en su pecho. Feran sintió que su solo tacto le quemaba la piel. Cerró los ojos y trató de ser el hombre que debería haber sido cuando se casó con ella, así que dio un paso atrás para alejarse.

—Creo que lo mejor será que te vistas.

Eva le lanzó una mirada de dolor tan profunda que le atravesó y sintió la necesidad de explicarle:

—No es que no te desee, te lo aseguro. Me muero de ganas de abrazarte, de besarte, de hacerte mía; sin embargo, no creo que en este momento sea lo que necesites.

—Lo que necesito en este momento —aseguró Eva con voz decidida—, es a ti.

Tomás estaba muerto. Ahora era verdaderamente libre. No permitiría que el recuerdo de aquel monstruo marcara su vida. Quería ser feliz.

Feran la abrazó, la tomó en brazos, la tumbó en la cama y trazó un camino de dulces besos. Quería borrar todo rastro de violencia con su ternura. Todo rastro de dolor con placer y cubrirla de pasión hasta que lo único que fuera capaz de recordar fuera a él. Eva, al principio, temblaba de temor. Hacía tanto tiempo desde la última vez que alguien había poseído su cuerpo, que temía no ser capaz de olvidar jamás. Cuando Feran se introdujo en su interior y en vez del esperado dolor se vio inundada de oleadas de placer, rompió a llorar.

—¿Te he hecho daño? —preguntó Feran preocupado, al oír su llanto.

—No —gimió ella con las lágrimas cubriendo sus mejillas—. No pares.

Él hizo lo que le pedía y continuó sumergiéndose una y otra vez en su interior hasta que ambos culminaron en una ola de placer que los atravesó y barrió todos los recuerdos a su paso.

Epílogo

Varios meses después.

Feran entró en el cuarto y, durante unos instantes, se permitió contemplar a Eva en silencio sin que ella fuera consciente de su presencia. Estaba sentada en una mecedora junto a la ventana. Se mecía mientras acariciaba con ternura su abultado vientre y tarareaba una melodía. Feran sintió que su pecho se hinchaba de amor al contemplarla. Sus rubios cabellos caían en gruesas guedejas sobre los hombros y para él era la visión más bella del mundo.

Eva sostenía entre sus manos una carta, que leía tan abstraída que no se percató de la presencia de Feran hasta que este se inclinó para apartarle los cabellos y depositar un tierno beso en su cuello.

—¡Feran! —gimió ella con dulzura al tiempo que se giraba y cogía su rostro entre las manos para acercarle a sus labios.

—Dime, *duquesa* —susurró él tan cerca de su boca que notó la calidez de su aliento entre los labios—. ¿Qué lees? —Sin darle tiempo a responder la besó.

—Es una carta de mi prima Sofía —le explicó ella sin aliento cuando abandonó su boca—. Me alegro de que Olivia me contara lo sucedido. De no haber sido por ella, nunca me hubiera atrevido a escribirle. Si me hubieran dicho que mi prima y yo llegaríamos a ser tan amigas, hubiera asegurado que era una vil mentira.

—¿Y qué te cuenta esta vez tu prima? —preguntó Feran con una sonrisa al tiempo que la obligaba a levantarse de la mecedora para sentarse él y luego colocar a Eva en su regazo.

—Va a tener un hijo —le contó esta con una sonrisa mientras se reclinaba sobre Feran, que la acariciaba mientras ambos se mecían—. Está embarazada de tres meses, así que nacerá poco después de nuestro hijo. Es una pena que vivan lejos, me gustaría que los niños se conocieran y se quisieran —añadió

con un suspiro de tristeza.

—No tan lejos —le recordó Feran—. Aunque no viven en el pueblo, sí lo hacen en la isla. Podremos verlos de vez en cuando.

—Tienes razón —reconoció Eva.

Se mecieron durante unos minutos en un agradable silencio y Feran cubrió con sus manos el vientre de Eva para acariciarlo. Se había perdido el primer embarazo de Eva y los primeros años de vida de su hija Lucía, pero no se perdería este. Esperaba con expectación el nacimiento de su hijo. Jamás hubiera pensado que pudiera ser tan feliz. Agradecía a Dios que le hubiera dado la posibilidad de volver a encontrar a Eva y que le perdonara por todo el daño que le había ocasionado.

—¿Llegarán para la hora de la comida? —preguntó Eva con voz adormecida. Se sentía en completa paz en brazos de Feran. Su ternura y su paciencia eran las que habían hecho que fuera capaz de superar el pasado.

—Espero que sí —susurró él—. Si no, la cocinera se llevará una decepción. Ha preparado el postre favorito de Lucía.

—Aún no me puedo creer que le dejaras *El canto de la Sirena* a Saúl. Tenías que haber visto tu cara cuando te lo pidió —recordó Eva con una risita—. Y que se quisieran llevar a Lucía con ellos.

—Saúl es un buen amigo —afirmó Feran con una carcajada—. Adora a nuestra hija. Sin embargo, no te negaré que agradezco que de vez en cuando Saúl y Olivia se la lleven con ellos y nos permitan estar a solas. Estos días han sido como una segunda luna de miel.

—¿Segunda? —replicó Eva mientras se reía—. Nunca tuvimos una primera.

—Es cierto —reconoció él al tiempo que se quedaba repentinamente serio—. Te amo, *duquesa* —susurró con dulzura—. No te imaginas lo feliz que me haces.

—Yo también te amo —afirmó ella con una caricia.

—¡Mamá! ¡Papá!

—¿Esa no es Lucía? —preguntó Eva con asombro al tiempo que se sentaba y miraba a Feran con sorpresa—. Han vuelto antes de tiempo.

—Sí —afirmó Feran con una sonrisa—. Se nos ha acabado la tranquilidad.

Agradecimientos

Quiero agradecer a mis lectores por la ayuda que me han prestado al leer mi novela y hacerme notar aquellos aspectos de la misma que consideraban que debía modificar. Gracias a ellos, os presento esta novela tal y como es ahora.

Gracias a mi marido, Fernando; a la escritora R. M. Madera y a mi compañera M.^a José Espinosa. Sin vosotros esta novela no hubiera sido posible.

Otros títulos publicados de Sandra Gabriel

Te ofrecí mi corazón

Almas rotas

No te olvidé

Vuelve a mí

El precio de tu amor

www.itsandragabriel.blogspot.com

Si te ha gustado este libro, agradecería me dejases un comentario. Servirá para que se vendan más libros y así pueda seguir escribiendo más historias como esta.

Gracias